

SILVIA GARCÍA RUIZ



Una dama salvaje



zafiro

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Epílogo

Biografía

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

A Olivia Lowell le encanta vestir a la moda, ponerse zapatos de tacón y hacerse la manicura francesa. Pero también adora cuidar de los animales y quiere ser veterinaria, como su padre. Mucha gente no comprende cómo una refinada dama puede, en ocasiones, convertirse en toda una salvaje y, sin llegar a conocerla, la juzgan precipitadamente desde que era niña.

Harta de las miradas prejuiciosas, Olivia se enfrenta a cada una de ellas, incluida la de un arrogante ranchero que intenta fastidiarle la despedida de soltera de su prima Tori.

Jacob Walter es un atareado vaquero que sólo ha salido de su rancho para acabar con el despilfarro que su cuñada está llevando a cabo en Las Vegas. Escarmentado de mujeres que únicamente buscan su dinero para gastárselo en sus caprichos, no duda en reprender con su intransigente mirada a una niña mimada que se cruza en su camino. Tiene claro que debe mantenerse lo más lejos posible de ella y de los problemas que podría representar, pero, para su desgracia, una borrachera, una apuesta y una boda apresurada le pondrán muy difícil cumplir con su propósito. Quizá, después de todo, la chica no sea como Jacob pensaba.

Descubre en esta divertida comedia romántica de la alocada familia Lowell qué puede hacer una dama salvaje en un olvidado rancho de Texas cuando alguien la reta a poner en juego su corazón y descubrir el amor.

UNA DAMA SALVAJE

Silvia García Ruiz

zafiro 

Capítulo 1

Que la gente juzga muy rápidamente a las personas por su aspecto es algo que aprendí desde pequeña. Con ocho años me gustaba ponerme esos vestidos de volantes y lazos azul cielo que mi madre decía que eran los más adecuados para las damitas como yo, me gustaba repasar un viejo y ajado libro de protocolo que la vieja tía abuela Mildred había dejado en mis manos, y también me gustaba jugar al té con mis muñecas. Pero a pesar de la impoluta y perfecta apariencia que mostraba con mi bonito vestido, mi cuidada melena negra y mis delicados zapatos, también me gustaba correr detrás de mi padre para ayudarlo con sus animales, y no me importaba mancharme de barro para atrapar a un perro o rasgarme el vestido por rescatar a un gato de un árbol.

Mi alocada familia me comprendía a la perfección, pero las personas que veían mi comportamiento desde fuera se quedaban asombradas cuando hacía algo que no cuadraba con la idea preconcebida que tenían de mí. ¿Por qué no podía gustarme llevar vestidos de volantes y trepar a los árboles? ¿Por qué no podía disfrutar de jugar a las muñecas y perseguir un balón? ¿Por qué no podía ser una perfecta damita, pero también una buena veterinaria, como lo era mi padre?

Ese día en el que había ido a casa de Amelie, una de mis amigas, no era distinto de los demás. Yo me encontraba jugando tranquilamente a las casitas en su jardín mientras ambas tratábamos de ignorar a sus molestos hermanos: Blake, un fastidioso niño de cabellos rubios y cara de matón que era un año mayor que nosotras, y Cody, un chiquillo revoltoso de seis que

seguía muy de cerca el ejemplo de su hermano, comportándose como un bárbaro.

A los dos les gustaba fastidiarnos continuamente pateando su balón hacia la mesita del té donde manteníamos nuestra reunión, y poco a poco estaban acabando con mi paciencia. Pero como yo era una perfecta dama, y mi libro de buenos modales decía que no había que perder nunca la compostura, intenté ignorarlos. Una actitud que funcionó bastante bien, hasta que esos desaprensivos hicieron que el balón cayera en un charco de barro próximo a Amelie y salpicara el blanco vestido que ella llevaba y que adoraba, tras lo que mi amiga reaccionó entrando en su casa llorando desconsoladamente.

Cuando los pérfidos niños contemplaron con una sonrisa de satisfacción cómo su hermana se alejaba al fin de la zona de juegos que ellos reclamaban para su partido, sus ataques con el estúpido balón se dirigieron hacia mí con la idea de intimidarme. Un terrible error por su parte, porque, a pesar de mi dulce apariencia, yo no me dejaba amedrentar.

El balón no tardó en volver a interrumpir mis juegos, en esta ocasión impactando sobre la mesa de té y ensuciándola de barro tanto a ella como a mí.

Blake y Cody se rieron a carcajadas al ver que el barro manchaba levemente mi cara. Yo me lo limpié con las manos sin darle la menor importancia y me levanté de mi sitio, haciendo que esos dos pensarán que saldría corriendo desconsolada hacia el interior de la casa, como había hecho su hermana. Pero, para su asombro, cogí el balón, lo dejé en el suelo y, alzando mi hermoso vestido para que no me molestara, le di un puntapié de los que me había enseñado mi tío Alan, un antiguo *quarterback* de fútbol americano, y envié el dichoso balón a las ramas más altas del árbol del jardín. Luego, como si nada hubiera sucedido, volví a sentarme en mi sitio mientras me acomodaba el vestido para seguir jugando con mi muñeca.

Los niños continuaban boquiabiertos, sin dejar de dirigir sus sorprendidas miradas hacia el árbol y hacia mí, sin terminar de creerse que

la perfecta damita que tenían ante sí hubiera sido capaz de dar esa patada. Y esta vez fueron ellos los que lloraron desconsoladamente cuando su madre, después de salir al jardín alertada por Amelie, anunció que no pensaba recuperar ese balón que ellos habían empeñado en el árbol.

—¡Pero, mamá, no hemos sido nosotros! —se quejó el mayor de los dos llorones, señalándome.

—¡Ha sido ella! —se chivó Cody mientras yo continuaba comportándome como toda una dama.

La madre de los niños me miró, observó mi recatado aspecto y mis perfectas maneras y luego dirigió una fulminante mirada a sus hijos mientras volvía a reprenderlos con severidad.

—¿Qué os tengo dicho sobre contar mentiras?

—Pero... pero... —comenzaron a quejarse ellos, momento que yo aproveché para sacarles la lengua cuando su madre no miraba.

—¡Mamá, nos está sacando la lengua! —protestó el odioso matón mientras me señalaba con descaro con uno de sus impertinentes dedos. Pero cuando su madre miró sólo vio frente a ella a una perfecta damita de impecables modales.

—¿No os ha dicho nadie que es de mala educación señalar a las personas de esa manera? —apunté con petulancia al recordar una de las normas de protocolo del libro de mi tía abuela, consiguiendo con mis acertadas palabras que su madre le diera un capón al molesto niño hasta que éste se dignó bajar su dedo.

—¡Estáis castigados! —sentenció su madre mientras los arrastraba hacia el interior de la casa cogidos por las orejas, haciéndolos llorar más escandalosamente que Amelie, lo cual se tenían bien merecido.

—Nenazas... —susurré antes de dar un nuevo sorbo a mi taza de té mientras mi amiga corría hacia mí con un vestido limpio.

—¿Y mis hermanos?

—Han decidido que no quieren seguir jugando en el jardín —le anuncié solemnemente, sin dejar de fulminar con la mirada a las curiosas naricitas que nos observaban desde el interior de la casa reclamando una revancha. Pero eso no era algo para lo que una dama como yo no estuviera preparada...

* * *

Dan Lowell era el reputado veterinario de un pequeño pueblecito apenas localizable en el mapa, un lugar de entrañables casitas blancas de estilo colonial donde los negocios pasaban de padres a hijos y todo permanecía siempre prácticamente igual. Se podría catalogar como una localidad bastante aburrida, si no fuera por una peculiar pizarra en la que todos los miembros de su alocada familia acababan apareciendo y siendo objeto de apuestas de todo tipo en relación con su vida sentimental. Y, a pesar de sus protestas, su hija Olivia estaba retomando la tradición de los Lowell.

Olivia no era tan escandalosa como lo había sido su prima Helena. A ella le encantaban los bonitos vestidos y mantener los buenos modales que su madre, una recta abogada, le había inculcado. Pero aunque desde fuera tuviera la apariencia de una pequeña damita, dentro de ella bullía el carácter de los Lowell y eso la convertía en una chica bastante peligrosa cuando se cabreaba.

Su hermano y su cuñado se burlaban de Dan por haber tenido sólo una hija y, al ver la primorosa presencia de Olivia, creían erróneamente que, como padre de esa princesita, Dan estaría relegado solamente a jugar a las casitas y a las reuniones de té de por vida, pero lo que no sabían esos tontos que juzgaban sólo por las apariencias era que Olivia podía disfrutar siendo toda una dama de perfectos modales junto a su madre para luego jugar como toda una salvaje junto a él.

—¿A quién encontraremos hoy?, ¿a la damita o a la salvaje? —le preguntó su querida esposa, Victoria, mientras se dirigían hacia la casa de Delia Marshall para recoger a su pequeña.

—Simplemente, a Olivia Lowell —contestó Dan, luciendo una pícara sonrisa porque, aunque muchos no lo entendieran, Olivia era ambas cosas.

—Sería perfecta si no tuviera ese endemoniado carácter... —opinó Victoria, haciendo que su marido alzara una ceja burlón, recordándole de quién provenía precisamente ese «endemoniado carácter»—. Vale, yo puedo ser algo difícil de tratar en ocasiones, pero sus locuras salvajes sin duda vienen de tu rama de la familia.

—Sí, cariño, eso es algo que no puedo negar —repuso Dan dándole la razón—. Pero ¿a que eso lo hace todo más divertido? —añadió con una pícara sonrisa.

Y, antes de que su mujer volviera a abrir la boca, acalló sus protestas con un beso que la distrajera lo suficiente como para que no viera lo que estaba comenzando a pasar en el jardín de los Marshall.

—Estás tratando de distraerme, ¿verdad? —preguntó Victoria, apartándose de su manipulador marido para ver lo que estaba sucediendo en el lugar donde, según Olivia le había dicho, deberían estar jugando inocente y tranquilamente a las casitas.

»¡Olivia Lowell, baja ahora mismo de ahí! —reprendió con severidad a su hija cuando la vio sentada primorosamente en una de las ramas del viejo roble del jardín junto a su amiga Amelie—. ¡Y deja ahora mismo ese globo de agua! —añadió cada vez más enfadada después de ver que su hija obedecía sus órdenes a su manera, ya que, efectivamente, dejó el globo que tenía entre las manos..., de tal modo que impactó de lleno en la cabeza de uno de los niños que la miraban airadamente desde el suelo sin posibilidad alguna de alcanzar a las niñas, pues, cada vez que intentaban escalar, las chiquillas les lanzaban los globos de agua que Olivia tenía en su cestita del té—. ¡¿Crees que ése es el comportamiento adecuado de una dama?! —

increpó Victoria a su salvaje hija, ante lo que Dan sonrió porque, a pesar de que en ese aburrido libro de protocolo que Olivia solía llevar a todas partes especificaba con toda claridad cómo debía comportarse una dama, su hija había interpretado esos conceptos como le había dado la gana.

Tras arreglar su pulcro vestido como si estuviera sentada a la mesa y no en la rama de un árbol, Olivia comenzó su extensa explicación para justificar que su comportamiento no era inapropiado, una explicación totalmente coherente... para todo aquel que fuera un Lowell, claro estaba.

—No he descuidado mi apariencia y aún visto con total elegancia a pesar del pequeño inconveniente de haber tenido que cambiar el lugar de nuestra plácida velada, mamá —repuso con petulancia mientras señalaba la mesita del té que habían estado usando, empapada de agua, lo que imposibilitaba que Olivia y Amelie pudieran disfrutar de ningún tipo de juego—. No he usado un lenguaje soez a pesar de haber recibido alguna que otra muestra de él. Me he expresado con fluidez intentando que acabaran con sus hostigamientos hacia mí y hacia Amelie. He tratado de mostrarme considerada con ellos, pese a que ellos no lo han sido con nosotras, intentando que todos nos lleváramos bien. Y cuando las normas de protocolo no han servido de nada, simplemente me he remangado el vestido y he comenzado a defender con dignidad mi postura. Creo que, si repasas las normas de ese libro, verás que en ningún momento he dejado de ser una dama —finalizó Olivia, rebatiendo el regaño de su madre.

Dan se acercó con curiosidad a la mesa donde estaba ese olvidado y viejo libro, y, leyendo esas estúpidas normas de cortesía, no pudo sino estar de acuerdo con su hija: ella había cumplido con cada uno de esos preceptos para ser una dama al pie de la letra. Eso sí, lo había hecho a su manera.

—Tiene razón, Victoria —dijo Dan mientras le mostraba a su mujer las reglas de ese libro.

—¡Tú no la alientes! —lo reprendió Victoria mientras lo fulminaba con la mirada por no ayudarla en su regañina.

Y, sabiendo que si seguía por ese camino le esperaba una larga noche en un duro sofá, Dan decidió ayudar a Victoria a calmar la vena salvaje que todo Lowell sacaba cuando lo provocaban.

—Olivia: «Una dama también acepta la responsabilidad de sus actos» —leyó Dan del libro, haciendo que su hija recapacitara sobre si debía bajar o no del árbol para aceptar su castigo. Unas dudas que no tardaron en desaparecer cuando su padre se acercó al roble con su alegre sonrisa, y, abriendo cariñosamente los brazos hacia ella, exclamó en voz alta—: ¡Ven aquí, mi dama salvaje!

Sonriendo a su vez, Olivia saltó a los brazos de su padre, el único hombre que la conocía lo suficientemente bien como para saber cómo era en realidad.

—Te quiero, papá —dijo abrazándolo muy fuerte. Y, mientras Dan daba vueltas con ella en brazos, haciéndola reír y consiguiendo con su atrevido comportamiento que el ceño fruncido de su madre desapareciera, Olivia se prometió no enamorarse hasta encontrar a un hombre como su padre: uno que pudiera ver en ella tanto su elegante apariencia como su lado salvaje y que los quisiera a ambos por igual.

Dieciséis años después

Olivia Lowell adoraba a los animales. Pensaba que éstos eran mucho más sinceros que los humanos, y también mucho mejores juzgando a las personas. Ellos se acercaban sin prejuizar a la gente por su apariencia, no les importaba si llevabas un traje de marca o unos simples vaqueros: simplemente te olían y sentían tus intenciones, y, si eras apto, te daban la bienvenida a su mundo concediéndote una lealtad que duraba para siempre.

Las personas, por el contrario, primero te observaban, te juzgaban según sus prejuicios y se formaban una idea de cómo eras o cómo debías ser. Y

luego, a pesar de que les demostraras lo equivocados que estaban, no daban su brazo a torcer fácilmente porque ellos siempre tenían la razón.

Sólo cuando los dejabas boquiabiertos en más de una ocasión era cuando comenzaban a admitir, recelosos, que tal vez se hubieran equivocado, pero personas como ésas..., ¿qué falta hacían en la vida de nadie?

A sus veinticuatro años, Olivia acababa de terminar veterinaria, una carrera en la que había sido infravalorada a cada instante porque sus compañeros pensaban que, como a ella le gustaban los zapatos caros y la ropa fina, no se ensuciaría sus elegantes manos para tratar a ningún animal. Tras echar un simple vistazo a su distinguida apariencia, todos la juzgaron precipitadamente, incluido algún que otro profesor, que le puso más difícil que a otros aprobar sus asignaturas.

Todos y cada uno de los zoquetes de esa institución creyeron que estaba perdiendo el tiempo en una aburrida carrera que le pagaban sus adinerados padres, pero nada más lejos de la realidad, ya que la madre de Olivia, a pesar de ser una rica heredera, también era una prestigiosa abogada especializada en la defensa de mujeres maltratadas, que invertía la mayor parte de su fortuna en ayudar a personas sin recursos, enseñándole a Olivia a cada instante el valor del dinero y todo el bien que se podía llegar a hacer con él.

Por su lado, su padre era un despreocupado veterinario de un pequeño y perdido pueblo al que no le importaba otra cosa que no fuera su familia y los animales que cuidaba, una pasión que Olivia igualó desde pequeña, por lo que acabó siguiéndolo desde su infancia allá adónde fuera, aprendiendo continuamente todo lo que podía de él y de su duro trabajo. Lo bueno y lo malo.

Los sabios consejos de su padre, así como las prácticas forzosas que había tenido que hacer cuando lo ayudaba en alguna que otra ocasión en los momentos en los que carecía de personal adecuado, habían llevado a Olivia a dejar boquiabiertos a algunos de sus compañeros cuando, para asombro de

toda su clase, subía a un perro de más de treinta kilos a la mesa de examen sin romperse una uña o le aplicaba su tratamiento adecuado a una serpiente sin emitir un simple gritito, que, en cambio, sí había dejado escapar algún que otro robusto compañero.

Tras años de oír cuchicheos sobre ella, menospreciándola como profesional, unos rumores que sólo se basaban en su aspecto, por fin Olivia recibiría esepreciado título que se había ganado a pulso con su esfuerzo y su persistencia, saltando unos obstáculos que sentía que no habían tenido otros compañeros a los que sus profesores habían calificado como más aptos que ella. No obstante, y a pesar de todo, sería ella quien se subiría al pódium para pronunciar el discurso de despedida de su promoción, que siempre era encargado al mejor alumno de la misma.

Tan elegante como siempre, con un delicado traje blanco, su sedosa melena al viento, una manicura francesa impecable que se había hecho para la ocasión y unos tacones de aguja de diez centímetros para pisar a los que se interpusieran en su camino, Olivia caminó orgullosa con su título entre las manos hacia el lugar donde todos esperaban sus palabras.

Ante ella vio a los padres de sus compañeros, que la contemplaban con recelo mientras comenzaban a circular los consabidos cuchicheos que la juzgaban por su apariencia, generando más rumores calumniosos que especulaban sobre como su dinero había comprado su lugar en ese pódium. Detrás de ella tenía a sus envidiosos compañeros y a los profesores que nunca habían valorado su trabajo.

Sus manos, en otras circunstancias, posiblemente habrían temblado y sus ojos habrían derramado alguna que otra lágrima por lo mucho que le dolía que nadie reconociera su esfuerzo, pero en esos instantes, con toda su escandalosa familia mirándola orgullosa, no lo hizo. Y, recordando lo desvergonzados que eran los Lowell, no dudó en comportarse como era habitual en ellos.

—Buenas tardes. Hoy estamos aquí reunidos para celebrar el fin de carrera de esta promoción de estudiantes de veterinaria, así como el comienzo de nuestras vidas dedicadas a los preciados animales que hemos cuidado con tanto tesón y estudiado con tanto ahínco y... ¡a la mierda! —terminó exclamando Olivia, arrojando despreocupadamente hacia atrás las tarjetas que contenían su elaborado discurso cuando oyó un nuevo y prejuicioso cuchicheo dirigido hacia ella—. Tras estos cuatro años, sólo hay una cosa que me gustaría decir sobre mi posición en este pódium en estos momentos. Unas palabras dedicadas a todas aquellas personas que pensaron que no conseguiría mi título o que sólo estaba aquí para perder el tiempo: ¡que os den! ¡Soy mejor que vosotros... y lo sabéis! —declaró mientras, para el asombro de los asistentes, mostraba la magnífica manicura de su dedo corazón. Luego simplemente echó a un lado su sedosa melena negra con presunción y observó con orgullo las diferentes reacciones de sus familiares.

Su madre negó reprobadoramente con la cabeza, como era habitual en ella cada vez que Olivia dejaba atrás sus buenos modales y sacaba a relucir el alocado genio de los Lowell; su padre la miró con orgullo mientras alzaba los dos pulgares, muy de acuerdo con ese discurso. Sus primos Nathan, Helena, Raymond y Tori, conocedores de su esfuerzo y de todo a lo que había tenido que sobreponerse, la aplaudieron y silbaron escandalosamente, mientras su abuelo era reprendido por su abuela, sin duda porque, al oír su discurso, quería sacar su amada escopeta de perdigones para aleccionar a todo aquel que hubiera molestado a su nieta a lo largo de todos esos años, dándoles un merecido escarmiento. Uno que ya no era necesario, porque ella misma se lo había dado demostrándoles a todos que Olivia Lowell no era una mujer que se dejara pisotear.

—¡Y como últimas palabras os informo de que me voy a Las Vegas para disfrutar de mi graduación y planificar la alocada despedida de soltera que mi prima Tori jamás organizaría! —Acto seguido, Olivia cumplió con la

tradición de arrojar su birrete al aire. Y, bajando del pódium, cogió a su prima Tori del brazo para arrastrarla a una de sus locuras, algo que Olivia consideraba adecuado, ya que desde pequeñas era Tori la que siempre la arrastraba a ella hacia las suyas.

Tras esa última revelación, las reacciones de sus escandalosos familiares fueron muy dispares: mientras que las mujeres aplaudían, los hombres intentaban hacerla cambiar de opinión. Pero Olivia se limitó a seguir corriendo entre risas para dejar atrás todos esos prejuiciosos ojos que la juzgaban ahora y que, tal vez, seguirían juzgándola hasta que se acercaran a ella lo suficiente como para descubrir su verdadero valor.

Capítulo 2

La Cantina del Diablo, situada enfrente del Casino Monte-Carlo, era famosa por sus margaritas y sus coloridos cócteles, como el Dark Devil o el Sinful Vixen, algunos de ellos muy recomendados si lo que se quería era olvidar los propios problemas o disfrutar de una noche loca que pocos llegaban a recordar a la mañana siguiente.

Se trataba de un lugar para relajarse en medio de un ambiente animado y festivo, dejando atrás otros bares más sofisticados que se podían encontrar en Las Vegas. Allí, en la ciudad del pecado, las camareras de la Cantina del Diablo, apodadas *las Sirenas*, tentaban a los transeúntes a probar sus bebidas, ante lo que los más curiosos aceptaban probar el pecado.

Este bar contaba con dos amplios pisos. En la planta baja se encontraba un bar restaurante especializado en comida mexicana, con grupos de pequeñas mesas y una gran barra rodeada de taburetes; mientras, en la planta alta, contenía un escenario para ofrecer entretenimiento en vivo junto al que había una cabina de *disc-jockey*.

Normalmente, los bulliciosos jóvenes que querían disfrutar bailando hasta la madrugada, solían reunirse en la planta superior. Pero esa noche, después de que la cocina cerrara sus puertas, la barra especial para tequilas del restaurante había sido ocupada por una escandalosa familia que animaba a todo el mundo a unirse a su celebración, una celebración que no podían rechazar cuando tal propuesta provenía de una atractiva mujer que, subida a la barra, hacía girar una y otra vez una gran ruleta para conseguir un

descuento en sus bebidas y, de paso y sin saberlo, también el corazón de algún hombre que pasara por el lugar...

* * *

Jacob admiraba desde lejos a la excitante morena de la que no podía apartar los ojos desde que había llegado a ese bar de Las Vegas. Después de un nefasto día en la ciudad del pecado, en la que nada lo había tentado cuando intentaba cumplir con una de sus numerosas obligaciones, llegaba esa provocadora mujer y lo hacía desear caer de lleno en la tentación.

Sentado a una de las pequeñas mesas redondas del bar ambientado como una pequeña cantina mexicana, Jacob observaba a la mujer con su elegante vestido de marca y sus altos tacones de aguja mientras era ayudada por dos hombres, que prácticamente babeaban a sus pies, a subirse sobre la barra para hacer girar la ruleta de la «hora feliz», una práctica del bar que concedía a los presentes distintos descuentos en sus bebidas.

Con ésa ya eran cinco las ocasiones en las que los clientes habían ayudado a la mujer a subir a la barra mientras el camarero la animaba a probar suerte. Seguramente porque cada vez que esa chica subía allí mostrando las largas piernas envueltas por el tul de la falda de su vestido blanco, tuviera suerte o no en su tirada de ruleta, las peticiones de bebida se multiplicaban.

—¿Por qué no pruebas suerte tú también? —lo alentó su hermano Jayden mientras lo golpeaba en la espalda, animándolo, pero no precisamente a ir detrás de la ruleta.

—Esa damita, con su vestido de firma y su cara manicura, no es para mí —declaró Jacob, escarmentado con esa clase de chicas que sólo sabían gastar despreocupadamente el dinero de otros sin considerar el esfuerzo que costaba conseguirlo.

Y, como si la morena quisiera corroborar sus palabras, cuando obtuvo un imponente descuento en la dichosa ruleta, gritó bien alto:

—¡Estáis todos invitados a una copa de parte de mi primo Raymond!

Negando con la cabeza ante su descarado comportamiento, Jacob no pudo sino mirar molesto cómo la morena seguía tentándolos a todos cuando, animada por el jovial camarero, comenzó a caminar sobre la barra rellenando las bebidas de los clientes que allí se encontraban.

—Un humilde ranchero como yo, que trabaja con tesón para mantenerse y que lo consigue todo con su esfuerzo, nunca tendría nada en común con una princesita como ésa, a la que seguramente se lo han dado todo hecho.

—Estoy de acuerdo contigo, hermano, pero si hemos venido a Las Vegas no ha sido para que aburras a las mujeres con historias de tu dura vida o para que las reprendas por su despreocupado comportamiento, sino para que te acuestes con alguna y así te deshagas de ese mal humor con el que espantas últimamente a todos en el rancho.

—Hemos venido a Las Vegas porque aquí es donde se encuentra Francesca, registrada en el hotel Bellagio, en una cara estancia que no puede permitirse y de la cual me pasan unas facturas que yo tampoco puedo permitirme —lo corrigió Jacob—. Y mientras trataba de dejarle claro a la «desconsolada» viuda de nuestro hermano que ésta sería la última vez que pagaba uno de sus caprichos, esa víbora utilizó de nuevo la baza de nuestra sobrina para chantajearme. Cada vez que trato de hablar con ella sobre Gillian para que acceda a cederme su custodia legal, Francesca evita el tema aludiendo a que un hombre soltero no es la persona más adecuada para tratar con una adolescente, como si eso le hubiera importado mucho a ella cuando nos la dejó en el rancho hace dos años...

—Creo, hermano, que no acabas de pillar la sutil indirecta de esa arpía: como tú eres ahora el que se encarga del rancho, quiere echarte el lazo, igual que hizo con Evan en su momento.

—Jayden, antes me corto las pelotas que acabar con una mujer como ella —y como Jacob no tenía a esa mujer delante para fulminarla con la mirada, decidió fijar su reproche en otra muy parecida que no cesaba de atormentar a todos los hombres con su sensual caminar sobre la barra.

—No sé qué decirte; hay algunas que tienen su encanto —opinó Jayden mientras movía la cabeza siguiendo los sexis contoneos de la atractiva morena.

—Pues, la verdad, por más que miro, yo no lo veo —replicó Jacob mintiendo descaradamente, ya que, a pesar de intentarlo, no podía apartar sus ojos de esa atractiva mujer. Y cuando ella se deshizo de la chaqueta que cubría la parte superior de su vestido, arrojándosela con una sonrisa a uno de sus amigos y dejó ver cuán escandaloso era realmente su vestido, Jayden no pudo evitar señalar a su gruñón hermano.

—Si sigues sin verlo después de cómo nos lo está enseñando, creo que estás ciego, hermano.

Ante estas palabras Jacob no pudo evitar recorrer la espalda descubierta de esa mujer con deseo, y, cuando ella se dio media vuelta y mostró la transparente parte superior de su vestido, adornado estratégicamente con cientos de brillantes piedrecitas plateadas que cubrían sus senos y atraían las miradas de todos, Jacob apretó con fuerza los puños reteniendo las ganas de, tal y como lo había animado su hermano, perseguir ese premio.

—Ese tipo de mujeres no son para mí —repitió Jacob, sin saber muy bien si se lo estaba recordando a su hermano o a sí mismo, para luego añadir con decisión—: No estoy ciego, Jayden, tan sólo soy precavido. No quiero cometer un error tan grande como el de Evan. Además, a saber lo que busca una mujer como ella en Las Vegas... —concluyó mientras miraba reprobadoramente a esa chica.

—Bueno, eso es algo que no me importaría averiguar... —declaró Jayden, levantándose de su lugar para ir en pos de esa morena que por fin había bajado de la barra para disfrutar junto a sus amigos de la bebida. Pero,

en cuando Jayden trató de encaminarse hacia la chica, el fuerte agarre de un hombre que protestaba demasiado como para no estar interesado en esa mujer lo retuvo en su lugar.

—No te acerques a ella —ordenó Jacob con tono amenazante mientras seguía observando con atención a la atractiva morena, a la que no podía dejar de devorar con los ojos.

A pesar de que su hermano estuviera intentando evitar acercarse a la tentación, Jayden se preguntó cuánto tiempo podría eludir caer en ella. Y, mientras esperaba a ver el resultado, ocupó su lugar junto a Jacob con una ladina sonrisa en los labios, disfrutando del espectáculo de su hermano espantando con una sola mirada a más de un hombre cuyas intenciones eran bastante claras con respecto a esa chica.

—¿De verdad no estás cada vez más interesado en saber qué busca una mujer como ella en este lugar, Jacob? Y, sobre todo, ¿no te apetecería averiguar si tú se lo puedes dar? —susurró con malicia Jayden al oído de su hermano mientras éste mantenía una lucha interna entre sus prejuicios y sus deseos hacia esa mujer.

Y, tras un par de copas más, ganó su deseo.

* * *

—¿Que qué quiero hacer ahora que al fin he terminado mi carrera de veterinaria? —pregunté intentando esquivar la seria pregunta de mi primo, relacionada con un futuro que no tenía muy claro.

Y, para distraerme un poco de mis preocupaciones, señalé al malhumorado vaquero que no había dejado de observarme con gesto reprobador durante toda la noche sin ninguna razón, así que decidí darle una razón de peso para que pudiera justificar esa mala cara.

—¡Quiero acostarme con un vaquero! —grité escandalosamente—. Pero con ése no, que tiene cara de amargado: ¡con el otro mejor! —añadí

haciendo que mi dedo cambiara de dirección en el último momento y señalara un rostro más amigable que el que me acribillaba con la mirada..., aunque, cualquiera sabía por qué, a mí me atraía más el otro.

—Se supone que hemos venido a Las Vegas para que Tori celebre su despedida de soltera, no tú.

—Sí, Raymond, pero como Tori no sabe disfrutar de esta celebración, ya lo haré yo por ella —repliqué a la vez que señalaba a mi prima, una tímida pelirroja que no paraba de hacerle ojitos al futuro novio, desperdiciando a todos los demás atractivos varones que se cruzaban en su camino. Pero, a pesar de ello, yo la envidié en ese momento.

»Quiero eso... —añadí, bastante borracha, mientras me derrumbaba sobre la barra un poco deprimida—. ¿Se puede saber por qué yo no tengo un novio? Debería casarme yo primero, ya que soy mayor que Tori.

—No tienes novio porque eres muy quisquillosa con los hombres, Olivia —apuntó Raymond—. Pero, si quieres, por un módico precio, yo te busco al novio perfecto. Y hasta soy capaz de organizarte una boda para que te cases antes que Tori —terminó mi primo, intentando sacar tajada de mi momento depresivo.

—No creo que seas capaz de encontrar al hombre perfecto para mí en una sola noche, cuando yo no he dado con él durante años.

—¿Quieres que apostemos algo? —inquirió el intrigante de Raymond, alzando hacia mí una de sus impertinentes cejas, sin duda decidido a hacer alguna de las suyas y a poner mi nombre en la maldita pizarra del bar de Zoe, un local que ahora regentaba él mismo como una distracción de otros negocios más serios y productivos que muy pocos conocíamos... ¿Quién podría haber imaginado que ese despreocupado sujeto que era mi primo en realidad era un genio de las finanzas que comenzaba a manejar un gran imperio desde las sombras?

—No, no pienso apostar contigo, Raymond, porque el que encuentres a un hombre con las características que busco es, simplemente, imposible —

dije recordando que todos los hombres que se me acercaban me juzgaban por mi apariencia sin preocuparse de conocerme a mí—. Además, ¿se puede saber qué hacéis en una despedida de soltera que se supone que es sólo de chicas? —recordé indignada, señalando cómo mi gran celebración para Tori había quedado arruinada con la presencia de Raymond y la del futuro novio, Logan, en ese bar.

—Mi padre y mis tíos me animaron a seguirte en esta aventura, y no pude evitar traer conmigo al preocupado novio para celebrar su despedida. Pero él rechazó a las *strippers* que yo le había preparado y prefirió perseguir a Tori. ¡Resígnate, Olivia! Logan y ella son así desde el instituto, no hay nada que podamos hacer para corregir su meloso comportamiento. Y, cambiando de tema, si me dices cómo es tu hombre ideal, podremos cumplir tu deseo de una boda y el mío de anotar algo interesante en la pizarra.

—Primito, si tú eres capaz de hacer que me case con el hombre de mis sueños antes que Tori, te compro un poni... —bromeé, recordando algo que siempre le pedía a su padre cuando era pequeño y que nunca llegó a conseguir—. Pero mejor olvidémonos de cosas imposibles o apuestas improbables, ya que lo que yo busco en un hombre es sólo a una persona de la que pueda llegar a enamorarme. Y, por ahora, ninguno me ha mostrado que sea digno de que yo me fije en él o, por lo menos, que lo haga durante mucho tiempo... —dije sosteniendo la penetrante mirada de ese vaquero que me perseguía desde lejos, mostrándome su intenso deseo pero también su disgusto al desear a una chica como yo. Y ése era el principal problema en los hombres: que nunca llegaban a saber cómo era yo en realidad—. Además, primito, ¿dónde ibas a encontrar a un hombre que supiera domar a una dama tan salvaje? —bromeé otra vez mientras echaba mi melena presumidamente hacia un lado para ocultar que la mirada que me dirigía ese desconocido, juzgándome, dolía.

En mis precipitadas prisas por huir de él olvidé que a Raymond nunca había que retarlo y mucho menos hacer una apuesta con él, ya que era un gran tramposo al que sólo le gustaba ganar. Estuve segura de haber cometido el mayor error de mi vida cuando mi primo dirigió una intrigante sonrisa hacia ese vaquero para luego mirarme a mí. Y, cuando sacó su móvil, no tuve duda alguna de que estaba maquinando algo terrible en lo que, sin duda, estaba implicada una conocida pizarra.

* * *

Raymond observó con gran curiosidad al hombre que había llamado la atención de su prima Olivia. Ante sí tenía a un hombre vestido con unos vaqueros desgastados adornados con un gran cinturón de metal en cuya hebilla aparecía un hombre domando a un caballo salvaje, una camisa negra y un sombrero de vaquero a juego con sus botas.

Por su indumentaria y la de su acompañante, muy similar pero con el elegante toque de una chaqueta marrón, Raymond dedujo que esos dos individuos eran dos de tantos rancheros que se pasaban por Las Vegas para probar suerte con el juego y las mujeres antes de volver a reunirse con sus queridas vacas.

El hombre elegido por su prima no había sido el de fácil palabra y bonita sonrisa, no. Olivia tenía que ir a fijarse en un tipo de ruda apariencia y complexión fuerte, un hombre de unos treinta años, que debía de medir alrededor de un metro ochenta y cinco, con unos ásperos cabellos rubios y unos fríos ojos azules que en esos momentos lo taladraban creyéndolo un obstáculo en su camino hacia la mujer que deseaba. «O tal vez el obstáculo sea él mismo», pensó Raymond al verlo apretar con fuerza los puños mientras intentaba retener sus ganas de levantarse de la silla cuando vio a Olivia coqueteando nuevamente con el camarero para que la invitara a una

copa o volviera a dejarla probar suerte en la ruleta, el único divertimento que se habían permitido en Las Vegas.

—Lo que hay que hacer por la familia... —suspiró Raymond tras terminar su copa, decidido a conseguirle a su prima lo que le había pedido, si bien tal vez no para su propia diversión, sí para la de él y su escandalosa pizarra.

—¡Hola, chicos! ¿Qué estáis celebrando? Y, lo más importante, ¿me puedo unir a vosotros? Porque yo estoy en medio de una aburrida despedida de soltera en la que el novio se ha puesto meloso con la novia y nos ha arruinado la fiesta —dijo Raymond acercándose a la mesa de esos vaqueros con una botella de whisky como ofrenda de paz, un presente que fue recibido amablemente por uno de ellos mientras el otro tan sólo contestaba con un gruñido cuando Raymond se colocó frente a él, tapándole la encantadora vista de Olivia.

—Estoy intentando que mi hermano deje de lado sus responsabilidades por un día, así como su mal humor. He logrado que deje sus deberes en el rancho, pero el mal humor es algo que no he podido evitar que traiga consigo. ¿Qué tal? Soy Jayden Walter, y este de aquí es mi hermano mayor, Jacob —contestó jovialmente el más amable de los dos, tendiéndole la mano a Raymond.

—Raymond Taylor —se presentó él. Y, tras saludar al alegre muchacho, tomó asiento junto a Jacob para no perderse el espectáculo que representaba la lucha de miradas entre él y todo el que se acercara a Olivia.

—¿Quién es la que se casa? —preguntó Jacob bastante interesado. Y Raymond, decidido a jugar un poco con ese sujeto, movió su dedo imprecisamente, señalando un lugar a medias entre Olivia y Tori.

Tras unos segundos de disfrutar con el desconcierto del vaquero, Raymond finalmente señaló a Tori con precisión, tras lo que aumentó un poco la tensión de ese hombre al añadir:

—Se casa mi prima Tori. Pero como ella no está por la labor de celebrar su despedida de soltera, mi otra prima, Olivia, está muy dispuesta a hacerlo en su lugar —terminó Raymond, señalándola mientras ella coqueteaba con el camarero.

—Si sigue con esa actitud sólo se va a meter en problemas —manifestó reprobadoramente Jacob mientras veía a cuatro hombres de una mesa cercana que se levantaban para encaminarse directamente hacia ella. Y, a juzgar por los lascivos rostros que exhibían y las botellas vacías que dejaban en su mesa, parecían dispuestos a exigir de Olivia algo más que un simple coqueteo.

—Eso parece... Ahí llegan los problemas —anunció Raymond mientras observaba la acción desde lejos sabiendo que su prima, a pesar de su refinada apariencia, sabía defenderse muy bien ella sola.

—¿Es que no vas a hacer nada? —lo increpó el furioso vaquero. Y, consciente de las ganas que ese hombre tenía de acercarse a su prima, Raymond le dio la excusa perfecta para que lo hiciera.

—No, yo sólo he venido aquí para disfrutar de la fiesta. Los problemas en los que se meta Olivia no son asunto mío. Algo que deberías saber de mí es que no suelo mover un dedo si no saco nada de provecho a cambio —declaró Raymond mientras se pasaba despreocupadamente las manos por detrás de la cabeza y se reclinaba en la silla para disfrutar del espectáculo que conllevaba azuzar a un hombre como ése—. Pero, si quieres, eres libre de ayudarla...

—Las damas en apuros siempre necesitan que alguien las salve... —sentenció Jacob con mal humor, levantándose de su asiento con decisión. Y, después de fulminar a Raymond con una de sus furiosas miradas, se dirigió hacia la mujer que, indudablemente, necesitaría su ayuda.

—¿De verdad no vas a ayudar a tu prima? —preguntó Jayden, sospechando que ese hombre de despreocupada sonrisa que se sentaba a su mesa tramaba algo.

—Si tu hermano va en mi lugar no tiene sentido que vaya yo también. Además, estoy de acuerdo en lo que ha dicho: las damas en apuros siempre necesitan que alguien las salve..., excepto las que saben defenderse ellas solas.

—¿Crees que necesitará ayuda? —inquirió Jayden poniéndose en pie cuando vio cómo su hermano enfilaba hacia esa mujer, dirigiéndole una amenazante mirada a todo aquel que pretendiera acercarse, algo que desalentó a muchos hombres, salvo a esos cuatro borrachos que no estaban lo bastante lúcidos como para reconocer el peligro.

—Tú tan sólo siéntate y disfruta del espectáculo... —dijo Raymond, consciente de lo que era capaz un Lowell cuando se le provocaba.

* * *

Mientras mantenía una agradable charla con Tony, el barman de esa noche, sobre el cachorro de husky que quería regalarle a su novio, una conversación que me sacaba más de una sonrisa por poder ejercer como la profesional que era, el vaquero de ceño fruncido no dejaba de mirarme reprobadoramente desde su apartado rincón. Seguramente, como cualquier otro hombre, debía de creer que estaba coqueteando con Tony cuando en verdad solamente manteníamos una amigable conversación sobre lo que más nos apasionaba a ambos: los animales.

—¿Crees que será muy difícil adiestrar al cachorro?

—¡No, qué va! Los animales, en ocasiones, son mucho más listos que las personas. Hay varios tipos de adiestramiento que puedes utilizar para amaestrar a un macho alfa —contesté. Y, mientras intentaba explicarle a mi nuevo amigo cómo adiestrar a su cánido, no pude evitar mirar a los cuatro machotes de una mesa cercana que se acercaban pavoneándose hacia mí para dar muestras de un cortejo en el que no estaba interesada—. En las técnicas de adiestramiento tradicionales normalmente tienes que mostrar

quién es el líder de la manada —continué mientras le señalaba a mi risueño amigo cómo el más gallito del grupo de cuatro hombres iba a la cabeza de su tropa, mostrándose como el dominante al que los demás seguían sumisamente.

Para mi asombro, ese tipo fue interceptado por otro mucho más rudo que él, que demostró ser el verdadero macho alfa con una sola mirada: el vaquero que durante toda la noche me había recriminado en silencio con la mirada pasaba ahora a reprender a otros, e, interponiéndose en el camino de ese grupo, trataba de marcar su territorio.

Los dos animales en celo se enfrentaron el uno al otro como dos gallitos de pelea mientras los necios que seguían a su amigo trataban de avivar los ánimos para iniciar una pelea. Y, como yo no quería ver cómo estropeaban el local de mi nuevo amigo, tomándole prestado el sifón de entre sus manos, le dije antes de poner fin a ese ridículo comportamiento:

—Yo, por mi parte, me decanto más por el adiestramiento en positivo. Es fácil de entender para todos los animales.

Cuando llegué hasta donde estaban esos hombres, los ánimos se habían caldeado. El vaquero agarraba con fuerza de las solapas a uno de ellos mientras le hacía una advertencia a la vez que el otro se preparaba para dar el primer golpe, uno que iría acompañado por los de sus amigos, porque las alimañas nunca se enfrentaban solas a nadie.

—¡Chico malo! —exclamé mientras rociaba con el sifón al airado vaquero, consiguiendo toda su atención, aunque sólo fuera para que me fulminara con la mirada—. ¡Suéltalo! —ordené dándole otra rociada en el rostro.

—¡Eh! ¿Por qué has hecho eso?! —preguntó sorprendido y muy enfadado.

—Es la única forma que he encontrado verdaderamente efectiva para acabar con la pelea que se iba a iniciar aquí. Normalmente con los animales funciona, ¡quién me iba a decir que con los hombres también! —repliqué

despreocupadamente. Pero como la proximidad de ese hombre comenzó a ponerme nerviosa, empecé a divagar—: Se llama *adiestramiento en positivo*. Mediante esta técnica se reprenden las malas conductas y se refuerzan las buenas con premios y recompensas y...

—¡Ah, perfecto! Pues entonces quiero mi premio —me interrumpió el vaquero, mostrándome una sonrisa ladina mientras se acercaba más a mí. Su sonrisa era tan arrebatadora que, por primera vez, me olvidé de todo lo que no fuera él. Ese seductor individuo se aproximaba peligrosamente. Sus labios estaban cada vez más cerca de los míos, con la promesa de un beso tan rudo como él, un beso que me hizo temblar de anticipación..., pero nuestro momento se vio interrumpido cuando la voz de un gallito que no sabía cuándo debía retirarse sonó detrás de nosotros.

—¡Eh, tú! ¡Aún no he terminado contigo! —exclamó el energúmeno.

Y, para mi asombro, el rudo vaquero, que también parecía tener un perverso sentido del humor, me quitó el sifón de entre las manos y se volvió hacia él para vaciarle todo el contenido en la cara. Por supuesto, eso no calmó el airado temperamento de ese tipo, que, como solamente buscaba pelea, al fin encontró la excusa para dar el primer golpe, uno que el vaquero esquivó con gran habilidad.

Antes de meterse de lleno en la trifulca, se volvió hacia mí para dejar en mis manos el sifón vacío y, con una maliciosa sonrisa, anunció:

—Parece que tus métodos no siempre funcionan, en fin..., ¡tendré que utilizar los míos!

* * *

Decididamente, mis métodos eran bastante más efectivos que los de esa tentadora mujer: cuando golpeaba con contundencia, muy pocas veces mi contrincante volvía a levantarse del suelo. Por desgracia, en esa ocasión

eran cuatro los contendientes a los que tenía que tumbar, y aunque podía esquivar la mayoría de sus golpes, algunos de ellos me acertaron.

Mientras esquivaba y devolvía puñetazos, me pregunté por qué demonios me había metido en esa pelea y si valía la pena seguir con ella. Pero cuando desvié por unos instantes la mirada y vi a esa mujer tan refinada perdiendo la compostura que se mordisqueaba nerviosamente las uñas mientras buscaba ayudarme de algún modo, no me importó recibir algún que otro nuevo puñetazo.

Esa chica me había hechizado durante toda la noche, la había deseado nada más verla, y, a pesar de que no encajábamos en absoluto, entre nosotros existía una gran atracción. Una atracción de la que yo había intentado huir, ya que ella parecía ser una presumida damisela de las que estaba más que escarmentado, mientras que yo era un rudo y solitario vaquero al que ella no sabría cómo tratar.

Mi férrea determinación de no acercarme y resistirme al irracional deseo que sentía por esa mujer había saltado por los aires cuando había visto a esos hombres encaminándose hacia ella mientras llevaban grabadas en sus burdas caras sus evidentes intenciones de hacerle alguna sucia proposición que nunca sería apta para los oídos de una dulce y delicada señorita. Por eso, sin que apenas me diera cuenta, mis pies se movieron solos y me interpose en el camino de esos energúmenos dispuesto a desalentarlos con mi intimidante presencia. No obstante, ésta no pareció bastar, y finalmente tuve que utilizar los puños.

—¡Vamos, hombre! No creo que debamos pelearnos por una mujer como ésa: ¡seguro que esa fina zorrita puede con todos! —gritó uno de ellos mientras intentaba evitar mis agresivos puños, pero utilizó las palabras más inadecuadas para calmar mi agresivo temperamento.

Pese a que los otros tres se me hubieran echado encima aprovechando mi distracción por esas palabras, mis furiosos ojos estaban fijos en el que había pronunciado esa grosería. Pero eso sólo fue hasta que oí un indignado grito

proveniente de esa mujer y la vi subirse a la barra, descalza y armada con un elegante zapato en cada mano.

—¡Ay, lo que ha dicho! ¡Con lo quisquillosa que soy a la hora de elegir mis zapatos, y ellos solamente tocan mis pies! ¿Qué os lleva a pensar que lo seré menos cuando escoja a un hombre? —gritó aleccionándonos a todos. Una contestación que me hizo sonreír a pesar de recibir más de un golpe, hasta que esa loca saltó sobre la espalda de uno de mis atacantes para golpearlo en la cabeza con sus afilados tacones.

Furioso ante la posibilidad de que esa chica tan delicada se hiciera daño, me deshice de los hombres que me agarraban y enfilé hacia el tipo al que ella torturaba con sus finísimos tacones, un hombre que estaba demasiado distraído con la chica que tenía a su espalda como para prestarme atención, por lo que no vio llegar uno de mis fuertes puñetazos, que impactó en su cara y lo dejó inconsciente. Antes de que la chica cayera con el tipo que se deslizaba hacia el suelo, la atrapé entre los brazos y la senté en un apartado taburete junto a la barra, lejos de la trifulca.

Luego, sin una palabra de despedida, me volví hacia la pelea que todavía no había finalizado, pues los tres hombres a los que había esquivado se habían levantado del suelo y me buscaban para seguir nuestra disputa.

Volví a levantar los puños, decidido a darles a esos tipos lo que sin duda se merecían hasta que esa damita se subió a la barra, cogió impulso y saltó gritando como una posesa sobre la espalda de otro de esos hombres, lo que hizo que mi corazón se encogiera de miedo con la posibilidad de que saliera lastimada. De nuevo esquivé a los dos tipos que tenía frente a mí y me dirigí hacia la chica morena para volver a salvarla de sus imprudentes acciones. Mi puño encajó con furia en la cara de ese idiota, tras lo que volví a atrapar a esa mujer al vuelo y me dirigí con ella, otra vez, hacia uno de los taburetes junto a la barra.

—¡Quédate aquí! —le ordené. Y cuando vi que los dos que estaban todavía en pie se dirigían hacia mí, añadí—: ¡Quietecita!

Después me alejé de ella para continuar con la pelea. Pensé que esa mujer había comprendido mis palabras, ya que ante mis firmes órdenes guardó silencio y me sonrió con amabilidad. Pero fue un error por mi parte fiarme de ella, puesto que la endiablada chica volvió a ocupar su lugar sobre la barra y a dar otro de sus saltos para acabar, de nuevo, sobre la espalda de otro de esos tipos. Yo ya no sabía si estaba más furioso con los tipos a los que intentaba aleccionar o con la mujer que no se dejaba salvar y pretendía hacerlo ella sola.

—¿Se puede saber por qué narices no puedes quedarte donde te he dejado?! —grité. Y, esquivando a uno de esos tipos, fui a por el otro, que cargaba con una gata salvaje a sus espaldas. Eso sí: una gata con pedigrí.

Con éste repetí la experiencia que había usado con sus compañeros caídos y le encajé varios puñetazos en su robusto cuerpo mientras él trataba de deshacerse de su carga, pues los molestos zapatitos de cenicienta que tenía a su espalda dolían más de lo que podía parecer en un principio.

Cuando cogí a la chica, en esta ocasión no la cogí dulcemente entre mis brazos, sino que me la cargué sobre un hombro como si fuera uno de los pesados sacos que solía acarrear en mi día a día en el rancho. En cuanto llegamos a los taburetes, la dejé con algo de brusquedad y no reprimí mi ira al reprenderla por su imprudencia.

—¿Es que estás loca?! ¿Qué pretendes hacer al meterte en una pelea de esa manera? ¡Podrías salir herida! ¡Esos hombres son basura a la que no les importa golpear a una mujer, así que en esta ocasión hazme caso y quédate quietecita! —terminé, recibiendo de esa hermosa chica otra bonita sonrisa, algo que cualquier otro habría interpretado como un gesto afirmativo, de no haber visto cómo apretaba con furia sus zapatos.

—¡Sé defenderme perfectamente yo solita! No me hace falta que nadie lo haga por mí, aunque agradezco tu ayuda —respondió la fría damita mientras se calzaba de nuevo.

Y, como sospechaba que la idea de esa alocada chica era ir hacia el último hombre que quedaba en pie, mi contestación hacia ella fue dirigirme hacia ese tipejo para, tras unos hábiles movimientos de mis puños, acabar con el hombre con el que ella pretendía enfrentarse.

—¡Perfecto, bien por ti! ¡Pero ya no te queda nadie de quien tengas que defenderte! —anuncié desafiante cuando la damita se acercó a mí con mirada retadora. Luego desvió sus ojos desde mí hacia los cuatro sujetos que, definitivamente, no tenían ganas de volver a levantarse para enfrentarse a mis puños o a los afilados zapatos de esa chica.

—Y dime, ¿con un tipo como tú no tendría que mantener la guardia bien alta? —inquirió ella, preguntándome si yo tenía las mismas intenciones que esos cuatro idiotas cuando me dirigí hacia ella.

Y yo, a pesar de la intensa atracción que sentía por esa mujer, alcé los brazos en señal de rendición, mostrándole que nunca sería un peligro para ella, ya que sabía que una mujer tan elegante y yo nunca encajaríamos. Y, aunque la deseaba con gran intensidad, estuve dispuesto a dejarla marchar para no meterme en problemas. Pero ese día los problemas parecían buscarme.

—Yo soy totalmente inofensivo. Además, las damas salvajes como tú no son mi tipo —anuncié decidido a alejarme de ella. Pero ella me hizo cambiar de opinión cuando, tras escuchar mis palabras, se arrojó a mis brazos y me dio ese beso que ambos habíamos anhelado, acabando de lleno con todas mis defensas.

Cuando apretó su sinuoso cuerpo junto al mío mientras su lengua me buscaba, no pude pensar en otra cosa que no fuera esa mujer. Y, considerando que ése era el premio que me merecía por mi buen comportamiento, me perdí de lleno en los encantos de esa salvaje damita que me volvía loco.

* * *

Olivia no había podido evitar saltar a los brazos de ese hombre cuando oyó salir de sus labios la descripción perfecta de cómo era ella. No le importó no tener nada en común con ese hombre, ni que éste hubiera dicho que ella no era el tipo de mujer por el que él se sentía atraído, porque en esos momentos, mientras devoraba su boca y sus brazos la apretaban fuertemente contra su duro cuerpo, él no pensaba en otra que no fuera ella.

Tal vez, al principio de ese beso hubiera sido Olivia la que se había impuesto a ese vaquero, pero en cuanto sus labios se tocaron, fue él quien tomó el control. Su lengua, que buscaba una respuesta de ese hombre, pronto se vio avasallada por una pasión más ardiente de lo que esperaba.

Los poderosos brazos que la rodeaban la cobijaron protectoramente junto a su poderoso cuerpo, atrayéndola hacia sí pero sin aprisionarla ni obligarla a aceptarlo, sino concediéndole la libertad de elegir si abandonar ese deseo o fundirse en él.

Para Olivia, la decisión fue fácil. Ella no era una mujer que se negara a sus deseos, y el suyo en esos instantes era ese hombre, por lo que, derritiéndose entre sus brazos, cogió las fuertes manos que la sostenían y las dirigió hacia su trasero, pidiéndole más.

El control que ese vaquero intentaba mantener a raya saltó entonces por los aires, y, apretando con fuerza su trasero, la acercó más a él para que notara la cruda evidencia de su deseo. La lengua de Jacob devoró por completo la boca de Olivia, haciendo que un gemido saliera de sus labios. Ella se perdió en medio de la exigente pasión que la subyugaba, sin importarle que el momento no fuera el más acertado ni el lugar el más apropiado..., pero ¿para qué estaba la familia si no era para interrumpirte y recordarte quién eras cuando perdías la compostura?

Cuando ese hombre abandonó abruptamente ese beso, aunque sus brazos aún se negaran a dejarla marchar, Olivia lo miró confundida. Hasta que vio detrás de él a un impertinente individuo que le daba unos leves toquecitos

en un hombro para llamar su atención. Por otro lado, Raymond también intervino entre ellos, alejando a Olivia de los brazos de ese vaquero mientras la colocaba detrás de él, como si necesitara protección de algún tipo. Finalmente, con los brazos vacíos, el confuso individuo que aún la deseaba se quedó observándola con anhelo, hasta que le recordaron descaradamente sus propias palabras.

—Pero ¿no decías que esta clase de chicas no eran tu tipo, hermano? —inquirió el otro vaquero, alzando con impertinencia una ceja. La mención a unas palabras que demostraban que Olivia había sido juzgada igual de erróneamente que siempre hizo que ella recobrara la compostura y decidiera alejarse de ese hombre, no sin antes pronunciar unas últimas palabras con las que hacerle ver a ese tipo lo que se había perdido a causa de sus prejuicios.

—¿Ah, sí? ¿Soy de «esa clase de chicas»? ¿Pues sabes una cosa? Por un momento has llegado a engañarme, vaquero... —lo increpó antes de encaminarse con sus aires de princesa hacia la barra.

* * *

—Tal vez separarlos no haya sido lo más acertado —señaló Jayden mientras veía cómo la ardiente pareja que minutos antes habían separado volvían a dirigirse ahora furiosas miradas, cada uno desde su respectivo rincón.

—Créeme: separarlos era lo mejor. A no ser, claro está, que quisieras ver cómo tu hermano protagonizaba un escándalo público con mi prima —repuso Raymond, contemplando al airado dúo que había estado a punto de montárselo sobre una de las mesas del bar.

—Mi hermano nunca pierde la compostura —señaló Jayden, pero el furioso gruñido que Jacob dejó salir de su boca cuando un nuevo hombre

intentó acercarse a Olivia lo contradijo—. O, por lo menos, nunca la perdía hasta ahora.

—No te preocupes: eso es muy normal cuando se conoce a alguno de los miembros de mi familia.

—¿Qué hacemos ahora?

—Yo estoy pensando en cómo sacarle provecho a este asunto, ya que he hecho una apuesta con mi prima Olivia y estoy decidido a casarla antes que a Tori..., así que la boda debería celebrarse antes de mañana, que es cuando volveremos a casa para comenzar con los preparativos de la ceremonia que se llevará a cabo dentro de unos días. Para desgracia de tu hermano, o tal vez para su fortuna, el único candidato factible para Olivia es él.

—Te miraría escandalizado si no fuera porque me gusta tu idea: creo que a Jacob no le sentaría nada mal estar casado. Tal vez solucionaría alguno de sus problemas más gordos, entre ellos, su mal humor. Y, sinceramente, creo que si lo hace con esa chica, de la que no puede apartar los ojos, no se aburrirá. Pero siento decepcionarte, amigo mío, porque para unir a esos dos y convencerlos de participar en una boda harían falta años, así que, en resumen, creo que perderás esa apuesta.

—¡Oh, qué poco me conoces, Jayden! ¡Yo nunca pierdo una apuesta! —anunció Raymond con una maliciosa sonrisa, mostrando que, sin duda, ya había pensado en algún descabellado plan que únicamente faltaba llevar a cabo—. Para convencer a esos dos de que estén juntos no hace falta mucho tiempo: tan sólo unas cuantas botellas de whisky, o varios de esos estrambóticos cócteles, en el caso de mi prima. Si los emborrachamos y los juntamos en una habitación, sus deseos hablarán por ellos continuando con la..., hum..., «conversación» que nosotros hemos interrumpido.

»En cuanto a la planificación de la ceremonia..., te recuerdo que estamos en Las Vegas, donde las bodas exprés están a la orden del día. Así que ahora, querido amigo, te haré una proposición bastante indecente —bromeó Raymond mientras se ponía en pie y le tendía una mano a su nuevo

compinche para sellar un trato con otro sinvergüenza de su mismo calibre —. Jayden Walter, ¿quieres hacerme el honor de ser uno de los testigos de esa boda?

—¡Sí, quiero!—contestó Jayden con una ladina y astuta sonrisa sin dejar de observar al reticente novio y a la evasiva novia, que no tardarían en hacer su aparición frente al altar cuando el protagonista de esa noche fuera el alcohol.

Capítulo 3

—¡Dios mío! ¡Cómo me duele la cabeza! —me quejé en voz alta cuando abrí los ojos por el molesto sol de la mañana.

Cuando intenté ocultarme de nuevo debajo de las sábanas, noté que éstas estaban aprisionadas debajo de un gran cuerpo. Pensando que se trataba de mi molesta prima Tori, que había acaparado toda la cama como en otras ocasiones que habíamos dormido juntas, dirigí la mano a ciegas hacia el pesado bulto que había junto a mí, dispuesta a empujarla al suelo. Pero cuando mi mano topó con un cuerpo duro y desnudo, abrí los ojos espantada, sabiendo que la persona que estaba a mi lado no podía ser mi prima.

—Que no sea el vaquero, que no sea el vaquero..., ¡por Dios, que no sea el vaque...! ¡Mierda! ¡Es el vaquero! —exclamé entre susurros para no despertarlo cuando mis temores se confirmaron ante mis ojos—. Bueno, Olivia, vamos a ver: recuerda qué hiciste anoche... —musité tratando de rememorar algo de la pasada noche después de que mi primo Raymond me alentara a probar más de una extraña bebida de estrambótico nombre de aquel bar—. ¿Te acostaste con él? —me cuestioné estúpidamente, ya que, con mi desnudez y la suya, la respuesta era más que evidente—. ¿Y por qué te acostaste con él? —continué, una duda que me llevó a curiosear debajo del sombrero vaquero que, no sabía por qué, ese tipo no tenía precisamente en la cabeza—. Vale, ya sabes la razón... —me respondí volviendo a tapar la peligrosa arma con la que estaba dotado el vaquero, que era de un calibre descomunal.

«Vale..., y ahora, a ver qué narices hago...», me dije, aún paralizada en la cama por la sorpresa. «¡Joder, está claro: salir por patas!», me contesté a mí misma segundos después, llegando a la conclusión más obvia.

Así que, levantándome de la cama despacio para no despertar al hombre que roncaba junto a mí, comencé a buscar mi ropa por la habitación, una cara ropa que miré con enfado cuando contemplé cómo había sido maltratada la parte superior de mi vestido, lo que imposibilitaba que pudiera volver a utilizarlo.

Improvisando algo para no salir desnuda de la habitación, me puse mi vestido arruinado y la enorme camisa de aquel tipo, que até a mi cintura.

—No está mal —murmuré mientras me miraba en el gran espejo de la habitación y decidía que, me pusiera lo que me pusiese, yo estaba fantástica con todo.

Resuelta a salir cuanto antes de ese lugar, busqué el resto de mi ropa por la estancia. Los exclusivos zapatos que había usado la noche anterior se encontraban tirados en un rincón y, como pude comprobar con desazón cuando me acerqué a ellos, sus tacones estaban rotos, así que decidí abandonarlos. Para mi desgracia, mis bragas de seda se hallaban entre las sábanas de la cama, junto al cuerpo desnudo del vaquero.

—¡Mierda! —maldije mientras me arremangaba para adentrarme una vez más en la cama y recuperar así mi ropa interior, ya que por nada del mundo pensaba pasearme por Las Vegas sin bragas.

Desplazándome a gatas silenciosamente sobre el colchón, llegué hasta donde el robusto cuerpo de ese hombre aprisionaba mi ropa interior con el trasero, así que comencé a tirar lentamente de ella para recuperarla. Ante el roce de mis uñas sobre su piel, el vaquero gimió, se movió y su sombrero cayó, revelando los encantos de los que, al parecer, esa noche yo había disfrutado. Tal vez demasiado.

Me apresuré a taparlos para que no me distrajeran y volví a la complicada tarea de intentar recuperar mis bragas. Mientras hacía lo

imposible por no despertar a ese hombre, otra parte de él se despertó. Una que se me mostraba una y otra vez cuando, para mi intranquilidad, ese dichoso sombrero no se quedaba en su sitio y se caía.

Cuando al fin conseguí hacerme con mi ropa interior, miré con enfado cómo mis bragas estaban desgarradas, lo que no me iba a permitir utilizarlas.

—¡Vamos, no me jodas! —mascullé enfadada con ese hombre y con su manía de romper mi ropa mientras tiraba las bragas a la papelera.

Ataviada con unos cuantos pares de calcetines para poder ponerme las enormes botas de ese vaquero y su camisa, pensé que le faltaba algo a mi atuendo de esa mañana para que luciera tan espléndida como siempre. Así que, como compensación por mi destrozada ropa, cogí el llamativo cinturón que ese hombre había dejado descuidadamente colgado en el cabecero de la cama, lo coloqué en mi cintura y me dispuse a huir lo más sigilosamente posible.

Pero, al parecer, ése no era mi día, pues mi silenciosa huida dejó de serlo cuando mi teléfono comenzó a sonar dentro de mi minúsculo bolso con un estruendoso tono que imitaba los mugidos de una vaca, un sonido con el que había personalizado el número de teléfono de mi padre.

—Papá, éste no es un buen momento para que me llames —susurré atendiendo la llamada mientras rezaba para que el vaquero no se despertara. Pero como la mala suerte me perseguía, él, medio dormido, abrió los ojos. Ante lo que yo reaccioné poniendo a mi padre en espera y le dije, dispuesta a que volviera a su plácido sueño—: Esto es sólo un sueño erótico, vaquero... —Y, tras echar una mirada a mi ridículo atuendo, el soñoliento sujeto llegó a la conclusión de que mis palabras eran ciertas y se volvió a dormir.

—¿Olivia? ¿Dónde estás? ¿Qué estás haciendo? —preguntó mi padre preocupado cuando volví a atenderlo, ya que llevaba esquivando sus llamadas durante toda la semana desde que había llegado a Las Vegas.

Aunque estaba convencida de que mi primo Raymond seguramente se habría chivado de lo que estaba haciendo.

—Papá, estoy celebrando la despedida de soltera de Tori. ¿Estás totalmente seguro de que quieres saber lo que estoy haciendo en estos precisos momentos?

—Sí, quiero saber qué es lo que te ha tenido tan ocupada como para no poder llamar a casa y contactar con tu preocupado padre.

—En general, he estado ocupada organizando la escandalosa fiesta de soltera que Tori no me pidió, bien por timidez, bien porque sabía que acabaría disfrutándola yo en su lugar. Y, ahora mismo, lo que me mantiene ocupada es un *stripper* sobre cuyo torso estoy degustando un caro champán de importación —mentí descaradamente sólo para molestar un poco a mi padre, ya que normalmente era él el que me molestaba a mí.

—Deja de chupar cosas que a saber dónde han estado antes, hija...

—No te preocupes, papá: primero lo desinfecto con el champán y luego lo chupo.

—Vale. Ahora, para variar, deja de torturarme y dime la verdad.

—Pues, verás, me has pillado a punto de escaparme de una habitación de hotel donde duerme un vaquero al que creo que cabalgué anoche y del que aún me estoy pensando si robarle o no su sombrero para completar mi fantástico *look* de «escapando sin bragas» que llevo esta mañana.

—Olivia, ¿podrías dejar de lado las bromas y ponerte seria por unos instantes? —me reprendió mi padre sin creer mis palabras, a pesar de que en esta ocasión dijera la verdad.

—La seriedad y tú nunca habéis sido buenos amigos, papá, así que no veo por qué tendrías que exigírmela a mí —le repliqué, recordándole que, de sus hermanos, él era el más loco y el que siempre acababa metiendo a todos los demás en problemas, incluyendo a su hija.

—Te he llamado para hablarte de trabajo, Olivia, un trabajo que yo no puedo hacer y para el cual te he recomendado.

Y, sabiendo cómo eran a menudo los encargos de trabajo de mi padre, en los que solía meterme de lleno en la mierda, y en muchas ocasiones de forma literal, como cuando tuve que ayudar en la granja del señor Hiver, decidí que merecía una última satisfacción antes de enfrentarme a esa tortura. Así que, haciéndome finalmente con el sombrero del vaquero, le eché un último vistazo a su desnudo cuerpo. Y, tras dejarle anotado mi número de teléfono en un lugar donde no pudiera perderlo, por si quería recuperar alguna de sus pertenencias, pasé a contemplarme vanidosamente ante el espejo antes de salir por la puerta dispuesta a enfrentarme a todo lo que me echaran para demostrar que era la mejor veterinaria.

—Dispara, papá —declaré enfilando hacia el vestíbulo, decidida a olvidar la noche que había pasado con ese vaquero y todo lo que estuviera relacionado con él.

Cuando llegué al ascensor supe que eso no sería posible, ya que me encontré en él a mi primo Raymond, quien, revisando mi inusual aspecto, me ofreció una de sus maquinadoras sonrisas mientras seguramente calculaba cuánto podía sacarme si me chantajeaba. Aunque ese día se decantó más por jorobarme cuando, tras deducir quién estaba al teléfono al observar mi expresión, gritó bien alto:

—¡Olivia, a juzgar por tu atuendo de esta mañana, debes de haberte acostado con ese vaquero, ¿no?!

—¿Cómo que te has acostado con un vaquero?! ¡Olivia, no me digas que lo que me has contado antes era verdad! ¡Ése no es el comportamiento que tu madre y yo te hemos enseñado! ¡Ya estás volviendo a casa antes de que vaya yo mismo a Las Vegas y te traiga de las orejas...! —gritó mi padre a través del teléfono entre furioso y preocupado, demostrándome que había oído a mi primo a la perfección.

—Muchas gracias, Raymond... —ironicé mientras lo fulminaba con una de mis miradas, porque sabía que el sermón de mi padre no se prolongaría

durante horas, sino durante semanas, ya que cuando volviera a verlo me calentaría las orejas una y otra vez con sus reprimendas.

—De nada, primita, ¿para qué está la familia sino para recordarte cada uno de tus errores? —respondió él, dedicándome una mirada conspiradora y una sonrisa satisfecha que me hizo sospechar que se traía algo entre manos.

No obstante, como los gritos de mi padre exigían toda mi atención, decidí dejarlo de lado por el momento. Al fin y al cabo, ¿en qué otro lío más podía meterme Raymond antes de volver a casa?

* * *

—¿Cómo que me he casado?! —grité furioso al inconsciente de mi hermano, que meneaba ante mí un certificado de matrimonio con un gesto sonriente y burlón.

—Míralo por el lado bueno: ahora podrás quitarte de encima a Francesca y pedirle la custodia de Gillian. Además, las mujeres del pueblo ya no volverán a perseguirte, ni tú a quejarte por su empalagoso comportamiento.

—¡Necesito una copa! —dije pasando de largo de las mesas del bufet de desayuno y encaminándome directamente hacia el bar. Y sólo cuando hube dado un buen trago a mi fuerte bebida me atreví a preguntar—: ¿Y se puede saber con quién narices me he casado?

—Con la chica de la que no podías apartar tus ojos anoche: esa damita que llamó tanto tu atención —contestó mi hermano, haciendo que me atragantara con la bebida.

—¿Con la mujer que me ha dejado esta mañana después de robarme mis botas, mi camisa, mi sombrero y mi preciado cinturón que obtuve en el rodeo nacional?

—Bueno, puede que sea una compensación, ya que no le compraste un anillo y...

—¿Puedes explicarme cómo demonios llegué a la conclusión de que la mejor solución para mis problemas era casarme con esa mujer? —le pregunté a mi hermano, cuestionando que yo hubiera ido hacia el altar por mi propia voluntad para luego, sin esperar a que Jayden contestara, hacerme con ese certificado de matrimonio que descansaba entre sus manos para averiguar al menos el nombre de la mujer a la que debía buscar para deshacer el inmenso lío en el que me había metido o, mejor dicho, en el que otros me habían metido, hecho que deduje tras ver junto al nombre y firma de mi esposa, Olivia Lowell, el de uno de los testigos del enlace: mi propio hermano.

»¡Yo te mato, Jayden! —exclamé antes de cogerlo del cuello de la camisa, dispuesto a zarandearlo para que le entrara algo de raciocinio en la cabezota de ese sujeto que siempre acababa metiéndome en problemas.

—¿Sabes si Olivia te ha dejado su número de teléfono o alguna manera por la que puedas contactar con ella?

—Lo único que me ha dejado la tal Olivia esta mañana es un cabreo de mil pares de demonios... —repliqué acariciando cada sílaba del nombre de esa mujer que, en verdad, anhelaba volver a tener en mi cama después de recordar alguno de los confusos momentos de la noche anterior. Pero el deseo se mezclaba con el enfado cuando recordaba su abandono de esa mañana y todo lo que se había llevado consigo.

—Si quieres el divorcio... —comenzó Jayden, haciendo que alzara furioso uno de mis puños ante su recochineo—. Lo mejor sería que localizáramos a tu esposa antes de que abandone Las Vegas. Podríamos preguntar en la capilla o en las recepciones de los hoteles cercanos al bar de anoche —y como mi hermano dijo algo racional por primera vez esa mañana, finalmente lo solté.

—Espérame aquí, quietecito, y no me metas en más líos —le ordené antes de dejarlo solo unos instantes en la barra del bar para ir al baño.

Cuando estaba orinando despreocupadamente en uno de los urinarios, me percaté de alguna de las extrañas miradas que un par de hombres le dirigían a mi miembro con curiosidad. Al principio creí que eran unos simples pervertidos, pero después de observar mi pene me di cuenta de dónde había dejado anotado su número de teléfono esa endiablada mujer.

Cuando terminé, guardé la notita de esa bruja de nuevo en mis pantalones y, tras lavarme las manos, me dirigí furioso hacia mi hermano sin saber con quién estaba más molesto: si con el hombre que me había metido en ese jaleo o con la mujer que se había reído de mí esa mañana.

—¡Coge un papel y un boli y sígueme! —le ordené a Jayden con cara de cabreo, haciendo que él se apresurara a cumplir mi mandato.

—¡Ah! ¿Has encontrado alguna pista sobre el paradero de esa mujer?

—No, mejor: he encontrado dónde me ha dejado Olivia su número de teléfono —repuse mientras le abría invitadoramente la puerta del baño a mi querido hermano, algo que hizo que él me mirara confuso antes de entrar.

—¿Se puede saber dónde te ha dejado esa mujer anotado su número? —preguntó Jayden con curiosidad, ante lo que yo, tras asegurarme de que no había ningún testigo de mi humillación, me bajé los pantalones. Entonces mi hermano rompió a reír a carcajadas, y, antes de que comenzara con sus molestas bromas, lo corté de lleno:

—¡Ni un comentario!

—Creo que esa mujer ha conseguido lo que ninguna chica de las que te persiguen ha logrado nunca, porque no me parece que seas capaz de perder, ni mucho menos olvidar, ese número de teléfono... —se burló Jayden, recordándome las excusas que yo siempre solía ponerles a las mujeres que me perseguían insistentemente para acabar con mi soltería, una soltería con la que no había acabado finalmente una mujer, sino mi hermano y su peculiar sentido del humor.

Cuando las carcajadas de Jayden volvieron a resonar en el baño al contemplar los números que adornaban a mi amiguito, yo decidí acabar con

ellas cuando, con una maliciosa sonrisa, le anuncié:

—Me alegro de que te haga gracia mi situación, hermanito, porque no veo bien los números y tú me vas a ayudar a recuperarlos —dije. Y esta vez fui yo el que se rio a gusto al ver su cara de espanto.

Tendría que haber imaginado que mi hermano se vengaría de mí haciendo que algo que debería habernos tomado unos pocos segundos se convirtiera en un proceso que duró varios largos e intranquilos minutos en los que yo rezaba para que nadie entrara en los servicios y nos pillara en una situación tan comprometida.

—No sé si esto es un cuatro o un nueve, ¿tú qué crees, Jacob?

—¿Quieres dejar de tocarme las pelotas, Jayden, y anotar ese maldito número de una vez?

—No, en las pelotas no te ha escrito ninguna cifra. Aunque aquí sí que te ha dejado su firma y muchas equis y oes, que creo que significan abrazos y besos.

—Creo que es un cuatro, ¡así que termina de una vez! —dije cada vez más molesto mientras me sujetaba el pene y mi hermano lo revisaba en busca de esos malditos números como si mi miembro fuera un maldito mapa del tesoro.

Y mientras él me preguntaba por otro de los malditos números, lo que tanto me había temido desde que entré en ese baño ocurrió y un trajeado individuo entró por la puerta... para salir de inmediato espantado, seguramente en busca de los vigilantes de seguridad.

—No sé si esto es un siete o un cuatro...

—¡Un siete! —contesté apresuradamente, haciendo que mi hermano apuntara la última cifra, con lo que al fin pude subirme los pantalones en el momento más oportuno, ya que, mientras nosotros abandonábamos el baño con paso apresurado en busca de la salida, nos cruzamos con un empleado de seguridad que se dirigía hacia allí en nuestra busca, de lo que no me

quedó la menor duda cuando, a través de su radio, dieron la descripción de un par de perversos... que coincidía con la nuestra.

—¡Maldita mujer...! —murmuré en voz alta, lamentándome de los líos en los que me metía Olivia, y eso que ni siquiera estaba presente.

—Hermano, no puedes negarme que la vida de casado es emocionante... —manifestó Jayden con recochineo. Y, tras burlarse de mí, salió corriendo antes de que yo le dejara claro, con algún que otro contundente puñetazo, cuál era mi opinión al respecto.

* * *

Al comenzar la búsqueda de su esposa perdida, Jacob había creído que podría solucionar con celeridad el «pequeño inconveniente» de haberse casado. Pero, después de probar a llamar a ese número y a otra decena de combinaciones, perdió la esperanza de que fuera sencillo dar con el paradero de esa mujer.

Frustrado, visitó junto a su hermano el bar donde había conocido a esa chica la noche anterior, por si volvía a aparecer. A lo largo de los siguientes días indagó en los hoteles de los alrededores, sobre todo en los más elegantes y caros de Las Vegas: el Mandalay Bay Resort & Casino, con su distinguido ambiente y su amplia variedad de entretenimientos, incluyendo una playa privada de lujo; el Wynn Tower Suites, que disponía de las mejores habitaciones de lujo, un restaurante gourmet y actuaciones de los *disc-jockeys* más famosos; el Mandarin Oriental Las Vegas, un remanso de paz rodeado de las tiendas más lujosas de la ciudad... Y así continuó con su exhaustiva búsqueda en los hoteles de ese sitio infernal y extravagante, en el que se vio obligado incluso a pasear en barco para llegar a la recepción de uno de esos establecimientos.

Encontrar dónde se hospedaba Olivia parecía una misión imposible, y, después de visitar una docena de hoteles donde lo miraban con recochineo

cuando decía que había perdido a su esposa, Jacob llegó a la conclusión de que o bien Olivia Lowell había dado un nombre falso, u otra persona se había registrado por ella en Las Vegas. La visita a la capilla donde se habían casado tampoco fue de mucha utilidad, y lo único que consiguió fue que le vendieran unas fotografías y un vídeo del desastroso momento de su boda, lo que lo hacía todo más real.

Finalmente, el último día antes de volver a su hogar y a las múltiples responsabilidades que le esperaban en su rancho, Jacob se derrumbó delante de una botella de whisky y, sin poder evitarlo, sacó la foto de su boda que había guardado en su cartera a escondidas de su hermano.

En ella aparecía él con Olivia en brazos mientras ésta sonreía feliz a la cámara, posando con un pequeño ramo de rosas blancas y el sombrero vaquero marrón de Jacob sobre la cabeza, prescindiendo de velo o de algún elaborado tocado. Por su parte, él no sonreía a la cámara, porque sus ojos estaban pendientes de una sola cosa: la hermosa mujer que tenía entre sus brazos, de la que no podía apartar la mirada.

Delante del fuerte whisky que le servía el camarero, Jacob se preguntó si esa situación habría sido un juego para Olivia, una locura más de Las Vegas o si, como le había ocurrido a él, ella había sido una inocente víctima colateral de la jugarreta ideada por su hermano Jayden para, según sus propias palabras, «hacerlo evadirse de sus problemas», aunque, en realidad, solamente había logrado meterlo en muchos más.

—Olivia Lowell, tú y yo no tenemos nada en común... —murmuró sonriendo cínicamente a esa feliz foto que mostraba a una pareja tan desigual—. Y aun así... —añadió sin poder evitar acariciar con anhelo la imagen porque, por unos momentos, había sido tan feliz como ésta demostraba—. Tengo que encontrarte tan sólo para volver a perderte... Me pregunto si, cuando te encuentre de nuevo y a pesar de querer salir de toda esta locura, seré capaz de dejarte marchar.

Capítulo 4

Olivia asistía emocionada a la boda de Tori con Logan, el hombre que su prima había amado desde su adolescencia.

Su noviazgo con ese chico de rudo aspecto, que ahora era ya todo un hombre, había sido algo complicado, pues comenzó con una carta de amor entregada por error al muchacho equivocado. Ese muchacho era Logan, pero con el tiempo Tori aprendió a ver más allá de la apariencia del chico y acabó aprendiendo qué era el amor con ese hombre que su corazón había elegido en lugar de insistir en el que su estúpida y soñadora cabecita consideraba el candidato más apropiado y que había resultado ser un completo fiasco. Olivia había seguido muy de cerca los problemáticos inicios del noviazgo de esos dos, ya que, como era habitual en su familia, allá donde hubiera algún problema, acababan metiéndola a ella.

Después de que Tori y Logan resolvieran los malentendidos que rodearon su historia de amor en un primer momento, esa pareja había sido inseparable. Como todas, habían tenido sus disputas y sus diferencias, pero nada que no pudieran superar con su cariño y confianza en ese amor que se profesaban y del que ambos aseguraban que aún estaban aprendiendo.

Ahora que Tori había acabado sus estudios y estaba trabajando en la guardería del centro para mujeres de Whiterlande y que Logan había comenzado a trabajar con su padre en el bar familiar, ese chico los sorprendió a todos unos cuantos meses atrás con una romántica proposición de matrimonio en medio de una velada familiar, que provocó que todas las

mujeres acabaran llorando a moco tendido, mientras que los hombres..., bueno, los hombres simplemente se emborracharon para celebrarlo.

Después de muchos preparativos para el esperado día, al fin su prima caminaba hacia el altar en busca de ese futuro que ella y Logan deseaban labrarse juntos. Olivia no pudo evitar derramar alguna lágrima al ver a esa fastidiosa pelirroja, que siempre la había metido en problemas, más hermosa y radiante que nunca con un elaborado vestido blanco que le daba el aspecto de una princesa y un hermoso recogido, adornado con flores frescas y de vivos colores mientras se dirigía con decisión hacia el altar. A la vez que caminaba, sus ojos azules resplandecían más que nunca al observar al novio; ese rudo hombre, que no solía sonreír con demasiada frecuencia, lo hacía ahora de oreja a oreja mientras contemplaba cómo su prometida llegaba hasta él.

Olivia no pensaba permitir que nadie le estropeará ese día, a pesar de que su prima la hubiera hecho vestir, a ella y a las demás damas de honor, con un horrible vestido rosa fosforito lleno de flores, algo que Olivia le había consentido sólo porque era el día de Tori y porque, sin duda, su prima había olvidado que ella siempre estaba divina, se pusiera lo que se pusiese.

—No voy a llorar, no voy a llorar, no voy a... —se dijo Olivia en voz baja antes de comenzar a llorar.

—Ya, ya, primita —intentó calmarla Raymond mientras le tendía un pañuelo para que secara sus lágrimas y pudieran seguir con la ceremonia.

—Definitivamente, quiero una boda como ésta... Aunque creo que me resultará algo difícil, cuando ni siquiera he encontrado un novio —susurró Olivia tras calmar su emocionado llanto.

—¡Ah! Eso me recuerda, primita, que me debes un poni.

—Sí, claro. Si ni siquiera me has encontrado un hombre decente, Raymond, ¿de qué estás hablando? —bromeó ella despreocupadamente. Pero cuando vio cómo el rostro de su primo lucía una intrigante sonrisa, comenzó a temerse lo peor—. Raymond, ¿qué has hecho?

—¿Yo? Nada más que cumplir tu deseo, así que..., ¡felicidades, primita! ¡Te has casado antes que Tori!

—¿Que he hecho qué?! —gritó Olivia, recibiendo una fulminante mirada de todos los invitados, ante lo que ella simplemente sonrió intentando simular que todo iba bien y que en esos instantes no deseaba matar a Raymond—. Explicame detenidamente por qué dices eso —exigió amenazadoramente, cogiéndolo de las solapas de su traje mientras tiraba de él para obligarlo a ponerse a su misma altura.

—¿No te acuerdas? Allí, en Las Vegas, después de alguna que otra copa, pensaste que mi idea de casarte era fantástica, y, tal y como te prometí, te encontré el novio perfecto para la ocasión. Lo demás surgió por sí solo..., bueno, y por el alcohol, claro está —respondió Raymond risueño mientras se sacaba del bolsillo un certificado de matrimonio que le demostraba a Olivia que, desgraciadamente, no bromeaba.

—¡Mierda! Dime que no me casó un Elvis barrigudo... —pidió ella mientras cerraba los ojos, tratando de asimilar que su primo había roto todos sus sueños de una boda ideal únicamente por una apuesta.

—No, Elvis no estaba libre, así que te casó Darth Vader.

—¡La madre que te parió, Raymond! —volvió a gritar Olivia. Y, sin importarle en esta ocasión que todas las miradas se fijaran en ella, comenzó a golpear a su primo con el ramo de flores que todas las damas de honor sujetaban primorosamente entre las manos.

Raymond simplemente se rio de sus intentos por agredirlo, y, para fastidiarla un poco más, le recordó:

—¿Dónde está mi poni?

Después de que Olivia le murmurara algo sobre mandarlo a un lugar en donde, definitivamente, nunca cabría un poni, finalmente se tranquilizó. Y, decidida a coger el toro por los cuernos, le preguntó a Raymond para enterarse de lo más importante de esa preocupante situación.

—¿Con quién me he casado? —inquirió nerviosa, pero la maquiavélica sonrisa que le dedicó su primo no hizo sino agravar su preocupación—. No, no puede ser... —dijo ella mientras negaba con la cabeza, temiéndose lo peor.

—¿No es obvio? Te casaste con el único hombre que encontré esa noche capaz de domar a una dama tan salvaje como tú —repuso Raymond, repitiéndole las palabras con las que ella se había burlado de su primo y sus pretensiones, sin recordar lo que él era capaz de hacer por ganar una apuesta.

—Que no sea el vaquero, que no sea el vaquero, que no sea el... —rogó Olivia.

—Pues sí: es el vaquero —confirmó Raymond con una sonrisa satisfecha.

—¡Nooo...! —gritó Olivia furiosa mientras lo fulminaba con la mirada. Una mirada que intentó disimular cuando todos los invitados se volvieron hacia ella enfadados, incluso la propia novia, ya que, al parecer, su grito había intervenido justo en esa parte en la que el cura preguntaba si había alguien que pensara que ese enlace no debía celebrarse—. Eh, perdón. No me opongo —manifestó Olivia mientras soltaba a Raymond, simulando que había estado arreglándole su traje cuando en verdad lo que había querido hacer era estrangularlo con la corbata por lo que le había hecho.

Una vez que los invitados volvieron a prestar la debida atención a la boda, Olivia continuó con su interrogatorio, dispuesta a deshacer el lío en el que su primo la había metido.

—¿Sabes dónde puedo encontrar a ese hombre?

—Ni idea, pero al menos tienes su nombre en el certificado de boda, así que ya sabes por dónde empezar. Además, si le has dejado tu número de teléfono o alguna forma de contactar contigo puede que, más tarde o más temprano, lo haga.

—Bueno, le dejé mi número de teléfono, pero...

—Ya... ¿Y dónde se lo anotaste, exactamente? —preguntó Raymond, conocedor del carácter de Olivia.

—En un lugar en el que seguro que no lo perdería —contestó ella. Y, antes de que su primo comenzara a acosarla con preguntas que no pensaba contestar, le advirtió—: Mejor no preguntes.

Raymond respondió a su advertencia con unas estruendosas carcajadas que cesaron en cuanto la novia tiró el ramo y éste cayó directamente entre sus brazos. Entonces fue el turno de Olivia de reírse al ver la cara de confusión de su fastidioso primo.

—No me hace ninguna gracia —declaró él poniéndose serio por primera vez en la vida mientras intentaba cederle el ramo a ella.

—¡Oh, no, primito! Ese ramo es todo tuyo. Al fin y al cabo, yo ya estoy casada, ¿recuerdas? Aunque eso es algo que pienso remediar cuanto antes —anunció Olivia mientras le arrebatava a su primo el certificado de su boda—. Ahora sólo me falta encontrar al novio y evitar que mi alocada familia me meta en más problemas —añadió antes de dejar a su primo Raymond solo ante el peligro, que no era otro que una decena de mujeres solteras que miraban con envidia ese ramo mientras maquinaban cómo hacerse con él y, de paso, también con el hombre soltero que lo sujetaba.

—¡Olivia, ayúdame! —suplicó Raymond al verse rodeado.

—¡Oh, primito! ¡Te voy a ayudar tanto como tú has hecho conmigo! —manifestó una sonriente Olivia mientras se alejaba, para luego añadir a viva voz—: ¡Raymond es un rico soltero al que le encantaría casarse cuanto antes! De hecho, me ha confesado que lo hará con la chica que le arrebate ese ramo. Así que... ¡a por él, chicas!

Tras sus palabras, una marabunta de mujeres se arrojó sobre Raymond. Y aunque su padre, que había sido *quarterback* en el equipo de la universidad, le había enseñado cómo defenderse ante los placajes, ninguna de sus lecciones le sirvió para tratar con unas alocadas mujeres que, a través de tirones y mordiscos, intentaban llegar hasta el ramo.

«Bueno, y ahora que Raymond está entretenido y no puede meterme en más líos, concentrémonos en esta boda y dejemos los problemas para después», se dijo Olivia mientras guardaba el certificado de matrimonio con un tal Jacob Walter en el bolso, decidida a no dejarse arrastrar por más de los problemas en los que siempre la metía su familia.

* * *

—Tengo el mejor veterinario para ti, Tony, el más preparado y cualificado. A pesar de que ha terminado sus estudios hace poco, me ha estado ayudando desde hace muchos años con mi clínica. Puedo asegurarte que es la persona más responsable y capaz que conozco —declaró Dan Lowell tras atender la llamada de su preocupado amigo, un amigo que le había pedido ayuda varias semanas atrás, y ahora, después de que Olivia hubiera regresado por fin a casa desde Las Vegas, podría enviarle a alguien decente al rancho de sus sobrinos.

—No me lo sigas vendiendo, Dan, que ya está adjudicado: mi sobrino está tan desesperado ahora mismo que aceptaría a cualquiera. Deke, el viejo veterinario de su rancho, se ha jubilado, y su sustituto no puede llegar hasta dentro de seis meses. Y encima, para empeorarlo todo, tiene varias reses preñadas y además de atenderlas hay que hacer el registro de las crías y vacunar a los potros. Mi sobrino y sus trabajadores están muy ocupados con las reparaciones de las cercas, el mantenimiento de las zanjas y la limpieza de las instalaciones antes de que nazcan los terneros. Tan sólo te he llamado para ver si podías ayudarme o recomendarme a un veterinario, pero si dices que me vas a mandar a alguien, me haces un rey. ¿Cuándo crees que tardaría en llegar al rancho?

—Pues no sé... ¿Cuántas horas crees que puede prolongarse la celebración de una boda?

—¡Oh! ¿Acaso es el novio? —preguntó Tony, siguiéndole la broma al chistoso de su amigo.

—No: es una de las damas de honor —contestó Dan, haciendo que su amigo se desternillara. Y aunque éste intentó explicarle que no era una broma, Tony no lo creyó.

—Tan bromista como siempre, Dan... Bueno, tú sólo mándame un mensaje cuando coja su vuelo para que mi sobrino vaya a buscarlo al aeropuerto —manifestó Tony antes de terminar con la llamada sin darle ocasión a Dan de sacarlo de su error.

—Bueno, ya lo descubrirá cuando vayan a recogerla —se dijo Dan en voz alta antes de marcharse en busca de su hija para darle la buena noticia sobre su nuevo trabajo, que comenzaría en cuanto terminara la celebración de la boda de Tori.

A pesar de los numerosos invitados que los rodeaban, Dan no tardó en dar con Olivia, ya que, como era habitual en ella, aunque llevara puesto un vestido espantoso, lo hacía con la misma gracia y elegancia que su madre, lo que la llevaba a destacar siempre por encima de las demás mujeres, un hecho que a cualquier padre siempre le preocuparía, especialmente cuando esa atractiva imagen siempre acababa atrayendo a un montón de moscones.

Abriéndose paso entre los solteros del pueblo que rodeaban a su pequeña, Dan llegó hasta el centro de la mesa donde Olivia brindaba alegremente por la feliz pareja con una decena de hombres que sólo sabían babear a sus pies.

Para despejar ese ambiente tan cargado de testosterona, una vez que llegó junto a su pequeña, y dado que su fulminante mirada no parecía demasiado útil para desalentar a esos tipos, se decidió por recordarles abiertamente cuál era su profesión.

—Sabéis que estoy muy acostumbrado a castrar a machos en celo, ¿verdad? —inquirió Dan, ofreciéndoles una maliciosa sonrisa a los admiradores de su hija, lo que finalmente hizo que recularan mientras

alguno se colocaba disimuladamente las manos en sus partes nobles, dejando la mesa vacía para que él pudiera hablar de cosas más serias con su hija.

—Y luego mamá me pregunta por qué aún no tengo novio... —lo reprendió Olivia mientras lo declaraba culpable con una de sus miradas.

—Bueno, ahora que han pillado la indirecta y nos han dejado en paz, podremos sostener una conversación sobre tu nuevo trabajo —manifestó Dan, ignorando el regaño de su hija.

—¡No, no y no...! Ya te he dicho mil veces que, por muy amigo tuyo que sea ese hombre, no pienso irme a un rancho perdido en el culo del Texas para ayudar a unos sudorosos vaqueros que seguro que me mirarán por encima del hombro y no me valorarán ni a mí ni mi ayuda.

—Estoy seguro de que tú no tardarás en hacerles ver lo que vales, cariño, y, como trabajo, debes reconocer que es una gran oportunidad para ti para adquirir experiencia.

—Eso mismo me dijiste cuando me enviaste al local de estriptis para que tratara a una serpiente. O cuando me hiciste ir a la casa de la mayor cotilla del pueblo sólo porque su gata se había tragado una bola de pelos. O qué decir de cuando tuve que ir en tu lugar durante tu noche de guardia a atender el parto de una mula en medio de un aguacero en el que el dichoso animal se negaba a moverse del camino. ¡Ah! O cuando tuve que ayudar en la recolección de semen de toro para la inseminación artificial..., ¡eso ya fue la leche! Soy una buena veterinaria y con cada uno de tus encargos me supero, pero en estos momentos estoy demasiado ocupada como para acceder a otra más de tus locuras.

—Porfi... —añadió Dan, usando ese tono desvalido que siempre acababa convenciendo a su hija.

—Vamos a ver: ¿se puede saber por qué no puedes mandar a tu socio Tom o a alguno de los novatos de tu clínica?

—Porque tú siempre serás la mejor veterinaria —respondió él, logrando que Olivia bajara la guardia, ya que muy pocas personas iban más allá de su apariencia y la alababan por otra cosa que no fuera su aspecto, a pesar de lo mucho que ella se esforzaba.

—Papá, eres un maldito embaucador —dijo con lágrimas en los ojos, cediendo finalmente a uno más de los alocados encargos de su padre—. ¡Está bien! ¡Aceptaré ese trabajo! Dame unos días para preparar el viaje y...

—No hay tiempo, cariño: aquí está el pasaje, tienes la maleta hecha y en mi coche. El vuelo sale dentro de una hora, así que, yo que tú, me daría prisa en llegar al aeropuerto.

—¡Me la has vuelto a jugar, papá! —gritó ella sulfurada mientras señalaba acusadoramente a su padre, por lo que éste decidió perderse rápidamente entre los asistentes de la fiesta, dejando una vez más en manos de Olivia una de sus responsabilidades. Pero ¿para qué estaban los hijos sino para hacerles algún que otro favor a sus mayores?

Y cuando Dan vio desde lejos cómo su responsable hija corría hacia la salida tras mirar su reloj, supo que, a pesar de sus engaños, aceptaría ese trabajo. Un trabajo en el que, por un tiempo, Olivia se alejaría de los moscones que siempre la perseguían, ya que en un rancho lleno de vacas y viejos rancheros la chica sólo tendría tiempo para pensar en una cosa: su trabajo.

Capítulo 5

El rancho La Carreta abarcaba una amplia extensión de terreno que incluía instalaciones adecuadas para las reses, como establos donde descansaban los animales, graneros para guardar el forraje y espaciosas y verdes tierras de pasto. Los caballos también tenían su propio espacio en ese lugar, donde se separaban los purasangres, que eran criados para las carreras, y los salvajes, que a algunos de los Walter les gustaba domar para practicar de cara a algún rodeo.

La casa principal, donde vivía la familia, era de un estilo rústico que se mezclaba con la naturaleza, algo práctico y nada ostentoso que concordaba con el duro trabajo que llevaban a cabo los Walter, dedicado a la ganadería.

El terreno contenía varias casas pequeñas destinadas a los empleados más antiguos, como Clara, la vieja ama de llaves, y unos amplios barracones con baños privados que eran utilizados por los trabajadores temporales o por aquellos que tenían su casa en otro lugar y pasaban un largo tiempo empleados en el rancho. También había un comedor común, en donde todos recibían generosas raciones de sabrosa y nutritiva comida para el duro trabajo que les esperaba cada jornada.

Finalmente, el lugar disponía también de una clínica veterinaria y, a su lado, una vieja casita que estaban reformando en esos momentos mientras buscaban a una persona que ocupase el puesto de veterinario.

La Carreta había sido dirigida durante años por Jerome Walter, un hombre que había creado su imperio a base de esfuerzo y trabajo duro. Entre sus logros más destacados contaba con haber desarrollado sus propias

variedades de res, Santa Gertrudis y Santa Cruz, así como una de caballos cuarto de milla especializados en las carreras, aunque algunos de sus hijos siempre habían preferido los salvajes y la aventura que implicaba domarlos.

Cuando Jerome falleció en un accidente de tráfico junto a su mujer, su legado quedó en manos del mayor de sus cinco hijos, Evan Walter, sobre quien recayó la enorme responsabilidad de sacar adelante el rancho. Evan había intentado separar el lujoso tren de vida que su mujer le exigía que mantuvieran del extenuante trabajo que le había dejado la herencia de su padre.

Hasta el fallecimiento del cabeza de familia, Evan se había encargado sólo de los aspectos del negocio que tuvieran que ver con la venta de las reses desde su cómodo despacho con aire acondicionado, lejos de La Carreta. Pero, al cambiar la situación, Evan se vio obligado a trasladarse al rancho, a lo que su esposa se negó, provocando que él tuviera que dividir su tiempo entre su familia y su trabajo. Por desgracia, esa extenuante vida pudo con él, pues de camino a ver a su esposa sufrió el mismo trágico destino que sus padres en una solitaria carretera.

Hasta hacía dos años, Evan Walter había sido el encargado del gran rancho familiar, que abarcaba un inmenso terreno con incontables reses. Pero, tras su muerte, tanto sus responsabilidades laborales como las de la familia que había dejado atrás recayeron en el siguiente de los hermanos, Jacob, un hombre solitario que hasta entonces había centrado su vida en los caballos y en los rodeos, que solía ganar gracias a su destreza.

En la actualidad, el rancho La Carreta, situado al sur de Texas, estaba dirigido por él, que contaba con la ayuda de sus tres hermanos, Clay, Will y Jayden. Los cuatro eran jóvenes solteros altamente cotizados por los que las chicas de los pequeños pueblos de los alrededores se peleaban en más de una ocasión.

Clay, a sus veintisiete años, era el tercer hermano, un donjuán empedernido que con su hermosa sonrisa, sus vivaces ojos azules y su labia

para conquistar a las chicas los metía a todos en más de un problema por acostarse con la mujer equivocada. Este hermano se encargaba de negociar los contratos con los proveedores de suministros para el rancho, un aspecto del negocio en el que siempre conseguía los mejores tratos y el mejor precio.

Will, el cuarto hermano, a pesar de contar sólo con veinticinco años, era mucho más serio que los demás y se dedicaba a la tediosa pero imprescindible tarea de llevar la contabilidad, tanto del dinero como de las reses, además de ayudar a su hermano Jacob con el cuidado del ganado y las reparaciones del rancho cuando éste las necesitaba.

En cuanto a Jayden, el menor de todos, con veintitrés años, siempre había admirado a Jacob. Sobre todo cuando participaba en algún rodeo, así que, dispuesto a seguir sus pasos, era el encargado de la cría y la doma de los caballos.

Finalmente, Jacob, de treinta años, era el segundo hermano, ahora el mayor después del fallecimiento de Evan, y tenía la responsabilidad máxima. Se ocupaba de organizar las cuadrillas de trabajo, de realizar todo el papeleo que generaba la actividad del rancho, de supervisar las labores de sus hermanos y, en general, de resolver todos los problemas que surgieran. Y, en esos instantes, el problema más acuciante era la falta de un veterinario que atendiera a las reses preñadas y a sus crías en cuanto nacieran.

—¿Has encontrado ya a un veterinario decente? —preguntó Will, preocupado por la salud del ganado mientras entraba precipitadamente en el despacho de su hermano, interrumpiendo su trabajo.

—El tío Tony me ha dicho que uno de sus amigos nos va a enviar a un veterinario bastante experimentado al que tenemos que recoger dentro de una hora en el aeropuerto. Me estaba preparando para salir en su busca, pero algo me ha entretenido —respondió Jacob a la vez que escondía disimuladamente unos papeles de la vista de su hermano.

—¿El qué? —preguntó Will, sorprendido con el hecho de que su responsable hermano mayor se distrajera de sus responsabilidades.

—¿Qué va a ser? ¡Pues una mujer! Y, más concretamente, su esposa... — anunció Jayden jovialmente mientras entraba en la estancia sin llamar, desvelando los secretos de su hermano para todo aquel que quisiera escucharlos.

—¿Qué?! ¡Jacob, ¿te has casado?! —preguntó Will atónito, atrayendo con sus palabras al último hermano hacia el despacho.

—¿Que te has casado? ¿Y se puede saber dónde está mi bonita cuñada, hermano? —preguntó alegremente Clay mientras entraba en la estancia para tumbarse de forma despreocupada en el sofá, disfrutando de ese inusual momento en el que Jacob perdía la compostura.

—No lo sé, y justamente eso es lo que quiero averiguar para poder anular la boda.

—¡No me digas que te casaste en ese viaje que hicisteis Jayden y tú a Las Vegas! —exclamó acusadoramente Will, sin poder creerse que su responsable hermano hubiera llevado a cabo ese tipo de locuras.

—Todo fue culpa de Jayden y del alcohol.

—Sí, claro... Las miraditas que le echabas a esa atractiva morena desde que llegaste al bar y la pelea en la que te metiste para defenderla también fueron culpa mía, ¿verdad? —señaló Jayden a su hermano mientras alzaba irónicamente una ceja.

—Sí..., no... ¡Tú me llevaste a ese bar, así que es culpa tuya que conociera a Olivia!

—¡Uy! Cada vez me parece más interesante esa mujer. Cuéntanos, hermanito, ¿cómo es tu esposa?

—No tenemos nada en común —declaró Jacob. Y, tras proferir un gran suspiro, se resignó a contarles a sus hermanos cómo era la mujer que lo volvía loco y por qué una relación entre ellos que durara más de una noche era simplemente imposible—. Olivia es una de esas chicas mimadas cuyos

vestidos de marca seguramente cuestan más que el salario de un año de uno de nuestros empleados. Una niña malcriada que se nota que nunca ha hecho el menor esfuerzo y que derrocha despreocupadamente el dinero de sus padres.

—Vamos, que te has buscado otra Francesca... —lo reprendió Will, recordando el infierno en el que había convertido esa mujer la vida de su difunto hermano Evan.

—No me lo creo. Tú nunca has tenido mal ojo para elegir las reses, mucho menos para las mujeres. ¿Estás totalmente seguro de que ella es así? —preguntó Clay, haciendo reflexionar a Jacob sobre la forma de ser de Olivia.

—Estaría de acuerdo con la descripción que has hecho de ella si no hubiera visto a esa chica quitándose sus delicados tacones y subirse a la barra para lanzarse en medio de una pelea en la que demostró saber defenderse muy bien ella sola; si no hubiera contemplado los enfrentamientos que tuvo contigo sin amilanarse en absoluto ante esa cara de cabreo tuya que espanta a todos y si no hubiera visto dónde te dejó apuntado su número de teléfono... —replicó Jayden mientras le dedicaba una irónica mirada, aconsejándole a su hermano que dejara de engañarse a sí mismo y a los demás sobre Olivia.

—Si tienes su número de teléfono podrás contactar con ella y solucionarlo todo con rapidez —apuntó Will, decidido a alejar a su hermano de las pérdidas garras de una nueva Francesca.

—No creas: tiene una letra espantosa y no pude entender muy bien qué ponía —dijo Jacob, mostrando una sutil sonrisa al recordar el atrevimiento de esa mujer.

—Bueno, no importa. Tú muéstranos el papel o la tarjeta donde te anotó su número y tal vez entre todos podamos averiguarlo —propuso Will, haciendo que Jayden rompiera a reír a carcajadas.

Y cuando Clay se disponía a abrir la boca sospechando que ese número seguramente no había sido anotado en un papel, Jacob lo fulminó con una de sus miradas antes de advertirle:

—Ni una palabra.

»Bueno, cambiando de tema, ya que estáis todos aquí supongo que disponéis de mucho tiempo libre, así que... ¿cuál de vosotros va a ir al aeropuerto a recoger a nuestro nuevo veterinario? —preguntó a continuación, decidido a delegar esa responsabilidad en alguno de sus hermanos mientras él se concentraba en la tarea de localizar a su esposa.

—Yo puedo acercarme a recoger a ese hombre. Dame su nombre y su descripción y lo traeré aquí cuanto antes —se ofreció el siempre responsable Will.

—No sé su nombre. Tío Tony sólo me ha dicho cuál es su vuelo y a qué hora llega. Lleva un cartel con el nombre de nuestro rancho y espera a ver quién se te acerca. Si tienes dudas, recuerda cómo es el viejo Deke..., seguro que todos los veterinarios tienen una apariencia similar.

—¡Yo me apunto! —intervino Clay—. Después de todo, estoy aburrido y tal vez consiga conocer a alguna chica bonita en el aeropuerto, alegrando así su viaje y el mío.

—Entonces, perfecto. Coged el coche e intentad traerlo aquí cuanto antes, ya que una de las reses está a punto de dar a luz a su cría y lo necesitamos ya por si surge alguna complicación —anunció Jacob, lanzándole las llaves de su coche a Will. Y mientras lo hacía, el más irresponsable de los hermanos se levantó del sofá y, aprovechando la oportunidad, revolvió algunos de los papeles que Jacob intentaba ocultar.

—¡Oh! ¡Es muy bonita! —dijo Clay mientras contemplaba con una sonrisa la foto de la mujer que tanto alteraba a su hermano. Y, dispuesto a ver cuánto podía fastidiarlo, añadió—: Cuando te divorcies de ella, ¿me podrías pasar su número de teléfono? —La contestación de Jacob fue un

amenazante gruñido mientras arrancaba la foto de las manos de su hermano —. ¿Eso es un «no»? —insistió Clay, tan sólo para provocarlo.

—¡Fuera de mi despacho! —gritó Jacob furioso, señalándole a su díscolo hermano la salida mientras escondía de nuevo la foto.

—¿Estás totalmente seguro de que quieres encontrar a esa mujer para pedirle el divorcio en lugar de para llevarla a tu cama? —inquirió Clay, haciendo reflexionar a Jacob sobre cuáles eran sus verdaderos deseos, unos que, definitivamente, tendría que ignorar para cumplir con sus obligaciones y mostrarse como el hombre responsable que siempre se olvidaba de ser cuando pensaba en ella.

—¡Fuera! —volvió gritar Jacob como respuesta a la pregunta de su hermano, ya que responder con la verdad podía llegar a ser peligroso, tanto para su corazón como para el de esa salvaje dama que, seguramente, ya lo habría olvidado.

* * *

Will pretendía llegar temprano al aeropuerto para recoger a su nuevo veterinario, pero con las distracciones que su hermano Clay podía encontrar en el camino y los líos en los que se metía al coquetear con toda mujer que se le pusiera por delante, incluidas las casadas, habían llegado con la hora justa para ver desembarcar a los pasajeros del vuelo.

—¿Podrías dejar de tontear con todas las mujeres que nos encontramos durante un rato y ayudarme a localizar a ese hombre? —reprendió Will a su hermano cuando vio que, una vez más, se acercaba a un grupo de chicas para flirtear descaradamente con ellas en busca de alguna cita.

—¿Por qué tengo que ayudarte, si tú te bastas y te sobras para encontrar a ese viejo veterinario?

—Porque por tu culpa hemos llegado con la hora justa, ¿quién narices te manda intentar seducir a una chica delante de su novio?

—No me gustaba cómo la trataba su supuesto novio. Esa chica se merecía algo mejor y, por supuesto, ese algo soy yo.

—Te quedas a mi lado y no te mueves ni un milímetro a no ser que encuentres al veterinario.

—Vale, ¿y cómo se supone que es?

—¿Y yo qué demonios sé? Ya has oído a Jacob: recuerda cómo es el viejo Deke y busca a alguien parecido mientras yo sostengo el cartel con el nombre de nuestro rancho.

—De acuerdo... ¡Marchando un hombre bajito, gordito, canoso y con gafas! —manifestó Clay, tan bromista como siempre.

Tras buscar por los alrededores a alguien con esas características durante más de media hora, ninguno de los dos hermanos dio con él, así que finalmente Clay se dedicó a buscar a alguna bonita chica con la que entretenerse. Y mientras sus ojos se perdían entre las distintas bellezas que llegaban a Texas, se toparon de repente con una bastante inusual que destacaba entre todas las demás luciendo un llamativo vestido de fiesta bastante aparatoso y de un color rosa chillón e innumerables flores que la hacían resplandecer como a ninguna otra mientras esperaba a alguien, sentada sobre su maleta de diseño.

Clay rogó porque esa diosa de hermosos cabellos negros no tuviera a nadie, pero cuando ella volvió su rostro hacia él, maldijo su mala suerte al recordar que ya estaba pillada.

—Will, he encontrado algo mejor que ese viejo veterinario —le anunció a su hermano mientras señalaba con un dedo a la chica.

—No voy a comentar nada sobre tus gustos, hermano, pero sí te aconsejo que te busques a otra detrás de la que correr, ya que ésa parece tener demasiado pedigrí para ti —sugirió Will mientras negaba con la cabeza ante la desacertada elección de su hermano.

—Tus palabras no me desalentarían a perseguir a esa chica, pero como los puños de Jacob sí lo harían, puedo asegurarte que sólo contemplaré a

esa belleza desde la distancia.

—¿Eh? ¿Qué narices tiene que ver Jacob con esa chica? —preguntó Will, confuso ante las palabras de su hermano.

—Pues que ésa, querido hermano, es su esposa... —respondió Clay, dejándolo boquiabierto y sin palabras.

—¿Estás totalmente seguro? —preguntó Will, rogando porque su hermano Jacob no hubiera cometido semejante locura.

—Vi la foto que Jacob intentaba esconder entre sus papeles y, ya sabes, nunca olvido el rostro de una chica bonita.

—¿Y se puede saber qué demonios hace aquí una mujer como ella?

—No lo sé, pero ¿por qué no nos acercamos a averiguarlo? Si le llevamos esa chica a Jacob, seguro que él podría solucionar alguno de sus problemas...

—O tal vez meterse en muchos más —terminó Will por su hermano, haciendo que Clay sonriera complacido.

—¡Oh, hermanito! ¡Eso solamente es un aliciente más para que nos la llevemos a casa!

—Pues como no nos demos prisa le vamos a perder la pista —dijo Will, señalando cómo la mujer, harta de esperar, se levantaba de su cara maleta y enfilaba con ella hacia la salida.

Dejando de lado el encargo de su hermano Jacob y decidiendo que ese anciano veterinario ya se habría marchado del aeropuerto, Clay y Will se acercaron a la carrera hacia donde se hallaba ella. Cuando la encontraron preguntando por indicaciones para llegar a su rancho, ambos se miraron extrañados.

—¿Estará buscando a Jacob para anular esa boda, tal y como él quiere hacer? —murmuró Clay a su hermano antes de decidirse a ofrecerle su coche como transporte para que esa belleza llegara a su destino.

—Más bien lo estará buscando para sangrarlo como siempre hace Francesca... Cada vez estoy más convencido de que no es buena idea llevar

a esa chica a nuestro rancho, Clay. Seguramente es una cazafortunas que va en busca del dinero de nuestro hermano para poder pagar sus caros caprichos. Definitivamente, esa chica no es buena para Jacob.

—Pero esa decisión debe tomarla él cuando la tenga delante, no nosotros —replicó Clay mientras se dirigía hacia ella armado con su encantadora sonrisa para convencerla de que ellos eran su mejor transporte para llegar a su destino. El motivo por el que esa damita quería ir allí tal vez lo averiguarían durante el camino.

* * *

Gracias al atolondrado de mi padre y a otro más de sus locos encargos, había tenido que salir corriendo de la boda de mi prima para llegar a tiempo al aeropuerto. El vuelo que me había conseguido tenía dos escalas y había durado diez puñeteras horas; la comida del avión era pésima, los asientos estaban demasiado pegados para que pudiera mover siquiera las piernas, algo que ya me resultaba complicado de por sí por culpa del dichoso vestido, y yo lo único que quería era llegar a mi lugar de trabajo para arrancármelo y tirarme sobre una cama a descansar.

Una vez que llegué al aeropuerto, esperaba que algún empleado del rancho hiciera acto de presencia y viniera a recogerme, por lo que me senté sobre mi maleta y aguardé durante unos cuarenta y cinco minutos. Finalmente, ya cansada, me dirigí a la salida en busca de alguien que me señalara dónde demonios estaba el rancho, cuya dirección me había anotado mi padre, un padre al que no dejaba de maldecir en esos instantes.

Mientras preguntaba al amable dependiente del establecimiento de alquiler de coches por un transporte adecuado para llegar hasta allí, dos tipos bastantes sospechosos se me acercaron diciendo que eran trabajadores del rancho y se ofrecieron a llevarme hasta él.

Uno de ellos siempre tenía en el rostro una bonita sonrisa y no paraba de coquetear conmigo, por lo que le hice disimuladamente una foto con mi móvil y se la mandé a mi primo Raymond para que buscara en internet si era alguna clase de perverso buscado por la ley. Mientras tanto, el otro no dejaba de mirarme con el ceño fruncido y de proferir molestos gruñidos. Pensé seriamente si debería amaestrarlo, pero como sólo me pagaban por cuidar de las vacas lo ignoré y también le hice una foto, pero en esta ocasión para mandársela a mi padre, a ver si conocía un tratamiento adecuado para evitar su mala leche hacia mí.

La respuesta de mi jocosó padre no tardó en llegar, recomendándome, como siempre, la castración. Aunque luego lo pensó mejor y me mandó otro mensaje asegurándome que eran inofensivos y que esos hombres eran sobrinos de su amigo y, en efecto, pertenecían al rancho. Sólo después de ese mensaje y de que el empleado del alquiler de coches me confirmara que esos dos tipos eran dos de los dueños del rancho, fui con ellos hasta su vehículo.

Una vez acomodada en la parte trasera del automóvil, recordé mis buenos modales y traté de presentarme adecuadamente, aunque de nuevo me topé con unos desagradables gruñidos que, sin saber por qué, me recordaban a alguien.

—Encantada de conoceros, soy Olivia Lowell y he venido a...

—Eso mejor lo hablas con nuestro hermano, no con nosotros —cortó de forma áspera y tajante el rudo hombre. Y, suponiendo que su hermano era mi jefe, guardé silencio a la espera de conocerlo. A juzgar por la suerte que estaba teniendo ese día, seguro que ese tipo sería tan «encantador» como él.

—No le hagas caso: mi hermano siempre está de mal humor. Yo soy Clay Walter, y él es Will. Estaremos encantados de tenerte en el rancho, sobre todo nuestro hermano mayor —repuso el tal Clay, dirigiéndome una intrigante sonrisa que me dejó bastante confundida, por lo que, agotada, me

acomodé en el coche e ignoré a esos groseros hombres para pasar a ser igual de grosera que ellos quedándome dormida.

Cuando llegamos al rancho, el Walter rabioso me zarandeó para que me despertara, mientras que el Walter en celo me recibió con una sonrisa cuando al fin abrí los ojos.

—Vamos. Te llevaré con nuestro hermano —dijo el que sólo sabía gruñirme. Y yo lo seguí, deseando encontrar pronto una cama en la que volver a dormirme, para ver si cuando despertase todos habían desaparecido y eso sólo había sido una maldita pesadilla.

Tras preguntarles a algunos de los trabajadores dónde estaba mi futuro jefe, finalmente nos dirigimos hacia los establos donde se aislaban a las reses en cuarentena, ya que, al parecer, una de las vacas se encontraba de parto. Dispuesta a ayudar a ese animal, aceleré el paso hacia el lugar de donde procedían sus lamentables mugidos. Cuando llegué, me encontré con las espaldas de un fuerte vaquero que intentaba asistirle pero que, con sus pocos conocimientos, no se había dado cuenta de que había problemas con la cría.

—¡Ya hemos llegado, hermano! —anunció jovialmente el tipo de fácil sonrisa al que seguramente sería mi jefe.

—¡Ya era hora! —exclamó una ronca y sensual voz que recordaba muy bien. Y, cuando ese hombre se volvió hacia mí y nuestras miradas se encontraron, ambos nos quedamos boquiabiertos y sin saber qué hacer o decir. Totalmente paralizados.

Intenté explicar mi presencia en ese lugar, y más llevando ese ridículo vestido, pero las palabras simplemente no me salían por el impacto de volver a ver al hombre al que había deseado con tanta intensidad como para ceder a la locura de casarme con él. Gracias a Dios, el hermano de jovial sonrisa comenzó a explicar qué hacía yo allí, algo que después de observar la intensa mirada que Jacob me dirigía aún me preguntaba.

—No pudimos encontrar al veterinario que te han mandado, pero mira: encontramos algo mucho mejor en el aeropuerto —anunció Clay, haciéndome enfurecer... Entonces ¿qué cojones era yo, si no?, ¿un unicornio de color rosa? Y lo más importante, ¿por qué esos dos me habían llevado al rancho si no creían que fuera el veterinario que tenían que recoger? Tras echar una mirada a mi vestido comprendí que ellos, como muchos otros, tenían la idea preconcebida de que yo había ido hasta allí en busca de un hombre en vez de un trabajo, lo cual me hizo enfurecer y que sacara a relucir el escandaloso temperamento de los Lowell.

Después de oír las palabras de su hermano, Jacob me miró con resignación, como si yo fuera uno más de esos quebraderos de cabeza que no podía atender en esos instantes y, tras un largo suspiro, anunció:

—Me agrada tu visita, Olivia. De hecho, te estaba buscando porque hay muchas cosas que tenemos que solucionar entre nosotros, pero en estos instantes tengo algo más importante entre manos y...

Antes de que me cabreara más, corté su discurso aclarándole quién era yo y qué era lo que estaba haciendo en su rancho.

—Permíteme que me presente en condiciones: soy Olivia Lowell, tu nueva veterinaria. Y déjame decirte algo más antes de que me ponga manos a la obra: aunque tu desmesurado ego no pueda llegar a creerlo, yo no te estaba buscando, vaquero —dije ante varios hombres boquiabiertos.

Luego los dejé aún más atónitos cuando, tras desgarrar mi primoroso vestido, que era un engorro para ese trabajo, me cambié los tacones por unas enormes botas de agua que había en el lugar y, tras recoger mi pelo, me lavé las manos con el agua de una manguera y jabón.

Una vez limpia, me acerqué a un viejo vaquero que parecía ser el único que había recuperado el habla y que, tras dedicarme una sonrisa, no me infravaloró por mi aspecto y me trató como a la profesional que era.

—Creo que hay problemas —dijo él tanteando la barriga del animal, algo con lo que yo estuve de acuerdo después de inspeccionarla.

—Sí, Parece que la cría está en una mala posición, así que habrá que manipularla para poder sacarla. Necesito que alguien me ayude a sujetarla y que tire lentamente de las patas del becerro cuando yo lo diga —repuse comenzando a dar órdenes a los hombres que tenía a mi alrededor.

Cuando la vaca estuvo firmemente sujeta, ante el asombro de esos hombres que aún no se podían creer que fuera su nuevo veterinario, metí las manos en donde a ellos seguramente les daría repelús y comencé a darle la vuelta a la cría, buscando las patas del becerro. Y como era habitual en mí mientras llevaba a cabo ese difícil proceso, recibí esas «alentadoras» palabras que solía recibir de las personas que me infravaloraban. No obstante, el hecho de que esos menosprecios procedieran del hombre con el que me había casado sólo logró que me enfadase más.

—¿Estás segura de que sabes lo que estás haciendo?

—¿Acaso quieres hacerlo tú por mí? —lo increpé mientras lo fulminaba con la mirada.

—¿De verdad eres veterinaria? —me preguntó volviendo a tocarme las narices con su tono de incredulidad.

—Te mostraría mi título si no tuviera las manos ocupadas en estos momentos, pero no te preocupes: si no crees en mi palabra y mi título no llega a convencerte, siempre puedo demostrártelo con una castración —repliqué usando la típica amenaza de mi padre para que dejara de hacerme perder el tiempo con estupideces sin sentido.

Para mi asombro, ese sujeto que era mi marido recibió mis amenazas con una sonrisa y, agachándose junto a mí, me prestó algo de su fuerza cuando al fin encontré las patas del animal.

—¡Tira! —ordené cuando sus manos se unieron a las mías.

Y cuando al fin trajimos al mundo a ese ternerillo, los boquiabiertos rostros a mi alrededor siguieron contemplándome con incredulidad, aunque alguno que otro lo hacía con una divertida sonrisa.

—Lo sé: soy tan fabulosa que os he dejado sin habla —anuncié sabiendo que la verdad era bien distinta, pues muchos de los presentes todavía tenían que procesar que una mujer vestida como una princesa se había arremangado para hacer lo que ellos no podían y no le había importado mancharse y destrozar su caro vestido por el camino.

—Sí, lo eres... —susurró una embaucadora voz en mi oído, haciéndome saber que, una vez que había encontrado a mi marido, no me sería tan fácil deshacerme de ese matrimonio como yo había pensado.

Capítulo 6

Mi hogar en Texas era un gran rancho donde abundaba el trabajo. La vivienda principal consistía en una amplia casa de suelos de madera y altos techos, dotada de unos grandes ventanales que permitían la entrada de la luz del sol y cinco dormitorios ocupados por cada uno de los miembros de mi familia.

Nada más entrar en la casa, aparecía el extenso salón con sus grandes ventanales y una gran chimenea de piedra sobre la que descansaban unos enormes cuernos de vaca que una vez mi padre colgó allí. Cómodos sofás con coloridos cojines, bordados por mi madre, invitaban al descanso, mientras los estantes repletos de libros y trofeos mostraban a qué dedicábamos el tiempo libre los Walter: o leíamos sobre vacas o trabajábamos con ellas.

Otra de las estancias de mi hogar era el despacho, un sitio consagrado a interminables horas de odioso papeleo. Como el salón, también tenía unas extensas librerías llenas de tomos de economía, comercio y legislación, todos ellos relacionados con la actividad ganadera, que habían pertenecido a mi hermano Evan. Ante el ventanal y de espaldas a él, ocupaba su lugar un regio escritorio de madera con su correspondiente enorme silla, que, según la tradición, sólo usaba el cabeza de familia. Frente a él habían sido colocadas dos sillas más pequeñas para las visitas de negocios.

Un ordenador de última generación descansaba sobre el escritorio, donde en ocasiones pillaba a alguno de mis hermanos jugando al solitario. En un rincón había un cómodo sofá que utilizaba con frecuencia para tomarme un

descanso, y entre las estanterías había dispuesto un aparador que hacía las veces de mueble bar, muy útil para esas ocasiones en las que los hermanos discutíamos de asuntos de negocios sin hallar una solución que nos contentara a todos.

A pesar de que el despacho fuera el lugar donde manteníamos la mayoría de las conversaciones importantes sobre los negocios, la cocina era el lugar más concurrido de la casa. Especialmente cuando Clara, nuestra ama de llaves, elaboraba uno de sus exquisitos postres e intentaba esconderlo para que durara hasta la mañana siguiente, cosa que normalmente nunca sucedía, pues mis hermanos y yo siempre acabábamos encontrándolos después de la cena y no dudábamos en devorarlos a escondidas para no recibir sus reprimendas.

En ese instante, los Walter justamente nos encontrábamos sentados en torno a la gran mesa de la cocina, hablando sobre las sorpresas que nos habíamos llevado con nuestro nuevo veterinario. Mis hermanos no dejaban de tocarme las narices rememorando una y otra vez lo maravillosa que era Olivia y lo idiota que sería yo si la dejaba escapar.

—... Y entonces Olivia tiró de las patas del becerro y éste salió sin más dificultades. ¡Esa chica es fabulosa! Dime cuándo te vas a divorciar de ella, Jacob, para proponerme yo... —manifestó Clay tras contarle lo ocurrido a Jayden, tan emocionado como una quinceañera.

—Eso es algo entre Olivia y yo —repliqué secamente, sin querer desvelar ninguno de mis sentimientos porque si antes, cuando solamente deseaba a esa mujer, me era difícil olvidarla, ahora que además la admiraba me resultaría prácticamente imposible dejar de pensar en ella.

—Te quieres quedar con ella, ¿verdad? —preguntó Jayden con una ladina sonrisa, acertando de lleno mis intenciones.

—A primera vista esa mujer se parece mucho a Francesca, pero lo cierto es que nos ha demostrado a todos que las apariencias engañan. Tal vez deberías conocerla un poco mejor antes de pedirle el divorcio —opinó Will,

que hasta el momento había sido el más crítico de mis hermanos por mi matrimonio con Olivia.

—Esa chica ha hecho mucho más que simplemente demostrarnos que es una veterinaria cualificada: nos ha enamorado a todos. Incluso ha conseguido que el viejo Owen, que sólo sabe gruñir, sonría. Hermano, como no te pongas las pilas, te la robarán —insistió Clay, haciéndome pensar que tal vez tendría que hacer correr con mayor ímpetu la noticia de que Olivia era mi mujer.

—Mañana advertiré a los chicos de que es mi esposa, creo que será lo mejor para que nadie moleste a nuestra nueva veterinaria, de modo que pueda realizar su trabajo en paz —declaré buscando una excusa para evitar explicar mis celos ante la idea de que los empleados del rancho fueran detrás de Olivia.

—Sí, claro..., para que ella realice mejor su trabajo... —comentó irónicamente Clay mientras el resto de mis hermanos me dirigían una mirada con la que me aseguraban que no podía engañarlos acerca de mis intenciones hacia esa mujer.

—Si me perdonáis, ahora que Clara ha acomodado a Olivia, voy a ir a hablar con ella y a desearle una buena estancia en nuestro rancho.

—Ajá..., una pregunta, hermano: estaba previsto que nuestro nuevo veterinario durmiera en los barracones con los chicos hasta que termináramos de arreglar las dependencias adjuntas a la vieja clínica, por lo que, ¿se puede saber dónde dormirá Olivia? —preguntó Clay alzando ladinamente una ceja. Y, como esa respuesta era algo que tenía bien claro desde que había vuelto a encontrarme con ella, no dudé en resolver sus dudas.

—En mi cama —anuncié tajantemente antes de dejarlos a solas con sus especulaciones y dirigirme a mi habitación con decisión.

Cuando estuve frente a la puerta de mi dormitorio, tomé aire para enfrentarme a esa chica.

Clara seguramente le habría mostrado a Olivia el baño privado que contenía mi habitación y le habría suministrado lo necesario para su aseo. Su maleta había sido llevada a mi cuarto, por lo que Olivia ya se habría cambiado su vestido roto por alguna de esas elegantes prendas con las que siempre me tentaba y que le quedaban tan bien. El recuerdo de aquella excitante ropa interior que yo no dudé en arrancarle aquella desenfundada noche me hizo sudar al imaginarme la ropa que podría llevar en esos momentos: un tanga, un ligero, quizá algo con encaje o con transparencias, o tal vez algo suave y sugerente de seda que me hiciera perder el control...

Decidido a no perderme el sensual espectáculo que podía ser esa mujer, llamé a la puerta para avisarla. Y antes de que pusiera alguna excusa con la que librarse de mí, me adentré en la estancia para dejarle claro que el mejor lugar para ella en ese rancho siempre sería mi cama.

Entonces la contemplé saliendo despreocupadamente del baño mientras se secaba el pelo con una toalla y vi lo que se había puesto para dormir, dejándome sin habla de nuevo. Una camiseta de tirantes con la imagen de algún famoso grupo de música de su adolescencia estampada en ella se pegaba a su piel, mientras unos pantalones cortos negros adornados con finos lacitos rosas y unas largas calcetas elevadas hasta las rodillas completaban su atuendo. Tenía un aspecto tan juvenil como el de mi sobrina Gillian, por lo que no pude evitar exclamar alarmado:

—¡Dime que no me he casado con una menor!

—Por supuesto que no. Si tengo la carrera de veterinaria es obvio que no soy ninguna adolescente. Pero esto es lo que pasa cuando tu padre te manda precipitadamente a un trabajo y hace la maleta por ti: que acaba metiendo la primera bolsa de ropa que ve en el armario. Y, para mi desgracia, esa bolsa contenía ropa de mi adolescencia que iba a donar a la Iglesia. Por cierto, ¿qué haces en mi habitación, vaquero?

—No me llamo «vaquero». Como ya sabrás, soy Jacob Walter, tu jefe y también tu esposo —le anuncié recordándole el lugar que ocupaba en su

vida, algo que la hizo fruncir el ceño molesta.

—El papel de jefe no puedo negártelo, aunque te aviso desde ya que yo sólo seré una sustituta temporal hasta que encuentres a alguien mejor para atender a tu ganado. En cuanto al de esposa, es algo que pienso solucionar cuanto antes.

—Por mí, no hay prisa —repuse mientras me tumbaba despreocupadamente en mi cama, sorprendiéndola.

—Si crees que vamos a repetir lo que hicimos aquella noche con la excusa de que estamos casados, vas listo, vaquero... —me advirtió ella mientras se cruzaba de brazos, sin percatarse de lo sensual que estaba cuando hacía eso al provocar que la imagen de los integrantes de ese grupo se pegase a sus hermosos senos, haciéndome envidiar su posición.

—No pienso utilizar ninguna excusa para que repitamos lo que ocurrió aquella noche: sé que vamos a volver a hacerlo porque, a pesar de lo diferentes que somos, existe una atracción más que evidente entre nosotros que ninguno de los dos puede evitar.

—Sigue soñando, Jacob —respondió despectivamente Olivia, intentando aparentar que mis palabras no eran ciertas. Pero cuando me levanté de la cama y me acerqué a ella, Olivia no pudo ocultarme su nerviosismo o su excitación.

—Es lo que hago todas las noches: sueño contigo y con los recuerdos de una noche que dejaste grabada en mí.

—El acostarnos sólo nos traería más problemas y yo siempre procuro evitarlos, aunque mi familia muy a menudo insiste en meterme en ellos, como ya habrás notado con esa precipitada boda a la que nos llevó el alcohol y mi maldito primo Raymond —manifestó Olivia, alejándose de mí mientras no dejar de maldecir a su primo y decía algo sobre unas apuestas en una pizarra.

—Fuera quien fuese quien nos llevase a esa locura, nos encontramos sumida en ella de lleno y, por ahora, no me interesa divorciarme —declaré

mientras buscaba en mi mente una excusa para no concederle ese divorcio que ella me pedía, porque, si lo hacía, tendríamos una relación estrictamente laboral y, una vez finalizado su trabajo, Olivia volvería a desaparecer de mi vida. Y eso era algo que yo no pensaba permitir.

—¿Por qué no quieres divorciarte si no soy tu tipo de mujer? Recuerda que me elegiste después de una borrachera —me preguntó acortando la distancia entre nosotros mientras hacía que me comiera las precipitadas palabras que un día salieron de mi boca.

Pensé en decirle que me gustaba, que la deseaba, que quería conocer mejor tanto su lado refinado y elegante como su lado salvaje y que ese matrimonio me daría el tiempo adecuado para hacerlo y que ella no huyera de mí. Quería confesarle que no deseaba separarme de ella porque era la primera mujer con la que había podido olvidar las responsabilidades que tanto me agobiaban últimamente y con la única con la que había cedido a la locura, no tanto por el alcohol como por el deseo de tenerla en mis brazos.

Pero tal vez Olivia no creyera en mis palabras cuando unos cuantos días atrás no la había valorado, sino que la había encasillado y juzgado erróneamente, metiéndola en un molde de niña mimada y derrochadora cuando en realidad no existía ninguna categoría concreta donde encajara esa mujer. Así que, finalmente, me inventé un pretexto que se acercara un poco a la realidad y con el que pudiera excusar mi celoso y posesivo comportamiento hacia ella.

—Tengo una sobrina que vive en este rancho: Gillian. Se trata de una adolescente de quince años un poco rebelde que me trae de cabeza, pero, pese a ello, quiero su custodia exclusiva, pues su madre, Francesca, la «desconsolada» viuda de mi hermano mayor, nunca está aquí para ella, sino siempre de viaje, derrochando un dinero que no tiene y usando a su hija para poder continuar con su lujoso tren de vida. Cuando intento hablar con ella para que me ceda la custodia de Gillian, Francesca se excusa en que ninguno de los hermanos Walter podemos criar adecuadamente a la niña y

darle la familia que necesita al ser todos solteros. Sin embargo, ahora mi matrimonio evitará que vuelva a usar ese pretexto y tal vez consiga que finalmente firme esos documentos.

—Sabes que esa bruja sólo te está tirando los tejos, ¿verdad? —inquirió Olivia, aparentemente algo molesta, dándome esperanzas ante la idea de que pudiera estar celosa.

—Bueno, algo sospeché cuando se metió desnuda en mi cama en su última visita. Esta cama, por cierto... —recalqué señalándole que ésa era mi habitación.

—¡Mierda! Ahora tendré que quemar las sábanas... —comentó Olivia despreocupadamente mientras me dejaba claro que consideraba que esa cama ahora era suya, algo que no me importaba que hiciera si se quedaba conmigo en el proceso.

—No te preocupes: ya lo hice yo después de echarla de mi habitación —le aclaré, sacando de su rostro una sonrisa.

—Así que quieres utilizarme para espantar a las alimañas —declaró ladinamente mientras uno de sus dedos comenzaba a jugar conmigo moviéndose atrevidamente por mi cuerpo, recorriendo distraídamente mi torso por encima de la camisa—. Lo comprendo, ya que soy tan maravillosa que espantaría a cualquier mujer. Pero dime, Jacob, ¿ella se encuentra ahora mismo en este rancho? —me preguntó pillándome de lleno en mi mentira.

—No, pero... —traté de explicarme, cayendo de lleno en su trampa. Y, tal y como sospechaba, tras mis palabras, las manos de esa mujer dejaron de embaucarme para empujarme lejos de ella y explicarme por qué yo nunca estaría siquiera a la altura de sus zapatos.

—Entonces explícame detenidamente por qué razón debería compartir la habitación, y la cama, con un hombre que no me valora, que se casó conmigo después de una borrachera y que pretende permanecer casado conmigo para utilizarme en su intento de espantar a otra mujer —dijo

volviendo a cruzarse de brazos mientras su irónica ceja alzada me exigía una respuesta que yo no tenía.

—Porque, hasta que adecentemos las dependencias que hay junto a la clínica, sólo hay dos posibilidades para tu alojamiento: o los barracones con mis hombres o mi cama —repuse finalmente, enfadado, aunque no tanto con ella como conmigo mismo por haber sido tan idiota—. No te preocupes, volveré cuando estés dormida. Y prometo quedarme en mi rincón de la cama —añadí, haciéndole saber lo que iba a pasar lo quisiera o no. Y antes de marcharme no pude evitar recordarle a esa mujer que no todo lo concerniente a nuestra boda había sido culpa del alcohol—. Aunque me pregunto si tú podrás quedarte en el tuyo porque, siento recordártelo, Olivia, pero esa noche fuimos dos en aquella cama —dije finalizando la discusión con un portazo al que ella respondió arrojando algún objeto contundente contra la puerta, haciéndome ver que ella tampoco podía olvidarse con facilidad de aquella noche.

* * *

La habitación que habían encontrado para mí era perfecta. Se trataba de una amplia estancia con suelos de madera y un baño privado que no estaba nada mal, pues disponía de una ducha de hidromasaje en la que decidí tomarme mi tiempo para disfrutar después de un día muy ajetreado.

La enorme cama con el cabecero de forja parecía ser muy cómoda, y las colchas bordadas que había sobre ella invitaban al descanso. Debajo de los grandes ventanales había un arcón de madera con unos cómodos cojines que animaban a sentarse a ver las estrellas.

La gran chimenea de la pared opuesta garantizaba que no pasaría frío, mientras que el enorme armario empotrado indicaba que tendría espacio suficiente para todo mi lujoso vestuario, aunque de momento sólo lo había utilizado para guardar la pequeña maleta que me había preparado mi padre.

Una suave alfombra del mismo color que la colcha descansaba a los pies de la cama haciendo esa habitación más acogedora, aunque la decoración que colgaba en las paredes no era de mi gusto, ya que los sombreros vaqueros, las herraduras y algún que otro extraño cinturón me recordaban que no estaba en casa y que ése, realmente, no era mi cuarto, sino el de un vaquero que solamente me lo había cedido para intentar meterme en su cama.

Jacob y su engreída presunción me habían dejado con un cabreo de mil pares de narices.

—Los barracones o mi cama... —repetí burlándome de sus palabras mientras intentaba imitar el tono ronco de su sensual voz. Y, como sabía que esa cama no era una opción para mí si no quería volver a caer en la tentación que él representaba, la descarté por completo.

Tras aquella endemoniada noche en la que cometí la mayor locura de mi vida casándome con ese hombre, intenté enterrar en el fondo de mi memoria los recuerdos de una jornada desenfundada que, aunque al principio no estaban muy claros, poco a poco se fueron revelando en mi confusa mente.

Después de nuestra boda, Jacob me había llevado en brazos hasta la habitación de hotel cargándome como una princesa. Se había puesto tenso en el ascensor cuando yo, animada por el alcohol, repartí decenas de besos por su rostro, por su cuello y por su torso mientras él permanecía impertérrito.

Hasta que llegamos a su cuarto.

Entonces, en cuanto la puerta se cerró, ambos nos dejamos llevar por el deseo arrancando de nuestros cuerpos las ropas que nos estorbaban. Para nuestra primera vez no llegamos a la cama: la incómoda pared nos sirvió de apoyo para calmar algo de nuestra pasión. Luego, el enmoquetado suelo, la ducha, el lavabo, el escritorio de aquella habitación de hotel, uno de los sillones y, por último, la cama...

Aquella noche Jacob fue el amante perfecto: tan salvaje como yo deseaba en algunos momentos, tan dulce como precisaba en otros, y tan cariñoso y protector como en ocasiones necesitaba que un hombre fuera conmigo.

Sus besos y sus caricias aún perduraban en mi memoria y en mi piel, y aun así, estaba muy dispuesta a hacer todo lo posible por olvidarlo, ya que, en cuanto me desperté en la cama de aquella habitación de hotel, supe que esa noche había sido un gran error, pues recordé sus palabras y lo que un hombre como él siempre pensaría de una chica como yo. Así pues, tras recoger mis ropas, no me quedé a confrontar su mirada decepcionada ni a oír alguna de las palabras que me infravalorarían y que, aunque yo descartara con una sonrisa diciéndome a mí misma que era la mejor, me harían mucho daño.

Huí de él. Y pensaba seguir haciéndolo para que no me hiciera daño, porque yo no quería a un hombre que pensara de mí como un simple y bonito adorno que tener a su lado o un efectivo repelente de mujeres. No quería a un hombre que me mirara por encima del hombro sin que apreciara mi valor.

Yo quería a un hombre que quisiera conocerme de verdad, que se enamorara de mí y no de mi apariencia y que me apreciara como me merecía. Quería a un hombre que llegara a amarme como los alocados miembros de mi familia hacían con las mujeres de su vida, como mi padre hacía con mi madre, colocándola a ella y su amor por encima de todo, simplemente porque así se lo dictaba su corazón.

Cuando encontrara a ese hombre, no lo dejaría marchar. Pero, mientras tanto, pensaba demostrarle a cualquiera que me juzgara con sus injustos prejuicios que las apariencias engañan, y que una dama como yo, en ocasiones, podía sacar sus garras cuando más lo necesitaba.

—¿Los barracones o tu cama? Ésas son mis opciones, ¿verdad? —me pregunté en voz alta mientras una ladina sonrisa comenzaba a asomar a mis

labios a la vez que una alocada idea se formaba en mi mente.

Buscando en la maleta unas zapatillas deportivas de marca, me las puse. Luego me coloqué un corto batín de raso de color rosa que me llegaba hasta las rodillas, cuyo cinturón hacía tiempo que había perdido, y, después de hacerme dos coletas, me dirigí hacia la puerta decidida a tomar una de las dos opciones que ese hombre me había dado a elegir, una que no alabaría demasiado a su enorme ego.

—¿Dónde están los barracones? —le pregunté a uno de esos molestos hermanos cuando me lo encontré en mi camino, el que siempre me gruñía.

En esta ocasión no pudo hacerlo, ya que se quedó boquiabierto a causa de mi aspecto. Pese a ello, pudo alzar un brazo para señalarme el camino.

—Lo sé, lo sé: estoy divina, pero como la falta de sueño es mala para la piel, mejor me voy a la cama. ¡Hasta mañana! —declaré, tras lo que eché presumidamente una de mis colas hacia atrás antes de enfilarse hacia mi destino con decisión.

Siguiendo las indicaciones de algún trabajador más a los que también dejé boquiabiertos con mi modelito, al fin llegué a un ruidoso edificio donde descansaban los hombres. Se trataba de una construcción rectangular de una sola planta, de una arquitectura simple pero suficiente para cumplir su función de albergar a más de una docena de personas.

Sabía que Will, tras verme dirigiéndome hacia ese lugar, se habría apresurado a informar a su hermano acerca de mi aventura, y también que Jacob no tardaría en presentarse allí para sacarme de ese lugar. Pero, a pesar de ello, tuve que darme ánimos cuando estuve delante de la entrada.

—Vamos, será como cuando dormías junto a tus primos en casa de tus abuelos —me dije asiendo la manija de la puerta. Y, decidida a que mis acciones le dejaran claro a Jacob que yo no permitía que nadie jugara conmigo, me adentré en los barracones ocultando mis miedos y comportándome tan divinamente como siempre.

En cuanto entré en la amplia estancia vi numerosas literas de madera con sus confortables colchones agrupadas a un lado, mientras que en el otro se levantaban unas grandes taquillas de metal con un largo banco de madera delante. En medio quedaba un amplio pasillo que no dudé en recorrer para reclamar una cama.

Mientras caminaba por ese lugar lleno de testosterona hubo varias reacciones. Algunos hombres que sólo iban en calzoncillos se ocultaron avergonzados, mientras otros intentaban pavonearse ante mí.

Los silbidos y las frases subidas de tono comenzaron a aparecer, por lo que decidí presentarme antes de que los ánimos se caldearan en exceso.

—Buenas noches, soy Olivia Lowell, la nueva veterinaria. Estoy cabreada y sé cómo utilizar un escalpelo —unas palabras que los llevó a reírse de mí, hasta que añadí—: ¿Sabéis cuántas castraciones he llevado a cabo en la práctica de mi carrera?

Cuando comencé a describirles cómo era el proceso en sí para que comprobaran lo cualificada que estaba para ello, muchos de ellos se pusieron blancos. Otros se taparon sus partes nobles atemorizados. Y, aunque todavía seguí oyendo la voz de algún gallito, la mayoría de ellos se callaron.

—Muchacha, ¿qué haces aquí? —preguntó el viejo Owen con preocupación, un hombre amable al que no dudé en contestar con sinceridad.

—Sólo quiero dormir.

Él no me reprendió ni me echó del lugar. Simplemente me señaló una de las literas hacia las que dirigir mi cansado cuerpo, e, indicándome la parte de arriba, al fin pude descansar.

—No te preocupes, pequeña: nadie te molestará —dijo el viejo vaquero desde la cama de abajo. Y cuando lo vi haciendo guardia con una vieja escopeta, me recordó a mi abuelo John. Y, rememorando a mi loca y

querida familia, que siempre me esperaba en casa, me dormí finalmente con una sonrisa en los labios.

* * *

—¿Qué? ¿Olivia ha aceptado quedarse en tu habitación? —preguntó Clay cuando vio a su hermano Jacob en el despacho junto a una copa en vez de en su habitación, descansando de un largo día de trabajo.

—Claro, por supuesto: ¿dónde más podría quedarse si no es en mi habitación? —preguntó él muy seguro de sí mismo. Pero sólo hasta que alguien tocó a la puerta del despacho y Jacob abrió la puerta para encontrarse con una fila de sus trabajadores en el pasillo reclamando su ayuda.

—Jefe, el viejo Owen nos ha echado de los barracones.

—¿Qué? ¿Y por qué demonios iba a hacer eso? —inquirió él extrañado ante la conducta de sus hombres, especialmente con la de ese antiguo empleado, cuyo comportamiento siempre había sido ejemplar.

—Pues, verás, algunos de los chicos fueron algo groseros con la nueva veterinaria cuando vino a dormir a los barracones y... —comenzó a explicar Spike, uno de los más jóvenes mientras jugaba nerviosamente con el sombrero que tenía entre las manos.

Ante estas palabras, Jacob se atragantó con su bebida y, cuando la abandonó con brusquedad sobre el escritorio, el principio de un tic nervioso comenzó a aparecer en una de sus cejas.

—Comprendemos que no mande a esa chica a las dependencias adjuntas a la clínica, ya que todavía no están en condiciones, pero enviarla a los barracones es demasiado, jefe, tanto para ella como para nosotros —interrumpió Maverick, un veterano vaquero, provocando que el enfado de Jacob se hiciera cada vez más patente y aumentase de forma exponencial

cuando oyó detrás de él unas carcajadas procedentes de su hermano, seguidas de sus jocosos comentarios.

—Tenías razón, hermanito, ¿dónde más podría quedarse esa chica si no es en tu habitación?

—Será mejor que te calles, Clay... —le gruñó, para luego volverse hacia sus empleados—. ¿Dónde está mi nueva veterinaria en estos instantes?

—Durmiendo a pierna suelta en una litera mientras los demás nos congelamos el culo fuera porque Owen y su escopeta no nos dejan pasar —se quejó Jarod, el encargado de los caballos.

—Por eso hemos venido a buscarlo, jefe: para que encuentre otro lugar para que esa mujer pase la noche —expuso mansamente Vinny, uno de sus mejores trabajadores, haciendo que todos estuvieran de acuerdo con él.

—Creemos que eso sería lo mejor, tanto para su tranquilidad como para la nuestra —recalcó el siempre callado Buster, que sólo tenía dulces palabras para las vacas.

—Esa mujer ya tiene un lugar donde pasar la noche en este rancho, y ese lugar es mi cama, ya que Olivia es mi esposa —anunció Jacob con firmeza mientras advertía a todos los presentes con su peligrosa mirada lo que podía pasarles si se atrevían a ponerle un solo dedo encima a esa mujer.

—¡Ah, vale! Entonces esto no es más que una riña de enamorados... —apuntó Maverick, suspirando con más tranquilidad y provocando, sin saberlo, que el tic de la ceja de Jacob empeorara.

—Lo comprendo, jefe: mi mujer una vez cogió las maletas y se fue a casa de su madre después de una discusión. No se imagina lo que me costó que volviera... —repuso Vinny mientras golpeaba jovialmente la espalda de Jacob.

—Si quiere, puedo darle algún consejo para tratar con su mujer —manifestó Maverick. Y mientras Jacob se dirigía hacia la salida, cada vez más furioso, fue recibiendo consejos de cada uno de sus hombres sobre cómo debía comportarse con su esposa.

—¡Esto no me lo pierdo! —anunció Clay siguiendo a su hermano para presenciar el espectáculo de verlo tratar con una mujer que uno nunca sabía cómo podía acabar respondiendo.

Mientras Clay iba tras él, Will se interpuso precipitadamente en el camino de Jacob para informarlo con preocupación sobre lo que ya le habían notificado los hombres que lo seguían.

—¡Tu mujer ha ido a dormir a los barracones! —expuso intentando recuperar el aliento después de su apresurada carrera—. Cuando me preguntó la dirección de ese lugar creí que no sería capaz, pero luego la seguí y descubrí que sí lo era...

—Olivia es capaz de eso y de mucho más, como de acabar de lleno con mi paciencia y mi compostura —replicó Jacob antes de apartar a su hermano a un lado para seguir su camino hacia el lugar donde lo esperaba esa endiablada mujer que lo volvía loco de mil maneras distintas.

—No se preocupe, Will, sólo es una de esas discusiones de recién casados... —apuntó despreocupadamente Maverick, excusando el brusco comportamiento de su jefe.

—Seguro que no tardan en solucionarlo todo —añadió Jarod.

—La clave está en saber pedir disculpas —sugirió Buster, haciendo que más de un vaquero estuviera de acuerdo con él.

—Y recordad: ellas siempre tienen la razón, aunque no sepáis de qué narices os están hablando —añadió Vinny, uno de los pocos hombres casados del rancho, ante lo que todos asintieron.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jayden extrañado al ver pasar frente a él a toda esa comitiva de trabajadores que a esas horas deberían estar descansando en sus barracones, guiados por la imperturbable figura de su hermano mayor, quien, con su furiosa mirada y un tic nervioso en una ceja, ya no parecía tan imperturbable.

La respuesta se la ofrecieron sus otros hermanos, Will y Clay, cuando le indicaron con una sola palabra la causa de todo ese ajetreo mientras seguían

a Jacob y a una decena de hombres parcialmente vestidos:

—Olivia.

—¡Oh! ¡Voy con vosotros! —exclamó Jayden uniéndose a ellos, dispuesto a no perderse el entretenimiento que podía ser ver a su hermano lidiar con una mujer que siempre lo descolocaba.

—Esa chica le traerá problemas —señaló Will, aún alterado.

—Sí, pero serán unos problemas que nos tendrán muy entretenidos a todos —añadió el risueño Clay, haciendo que sus hermanos asintieran con la cabeza.

—Por cierto, acabo de recordar que el primo de Olivia me habló de una pizarra que tenían en su pueblo en la que, tal vez, sería divertido apostar... Os cuento... —manifestó Jayden, atrayendo la atención de sus hermanos y de alguno de los hombres cuando comenzó a hablar sobre el tipo de apuestas que se podían llevar a cabo en ella.

* * *

Estaba furioso. No..., furioso era poco para describir el humor del que me encontraba en esos momentos. La mujer que deseaba me había rechazado con toda claridad y, dándole una patada a mi ego, había acabado escogiendo dormir en unos barracones con una decena de desconocidos antes que hacerlo en mi cama, donde le aseguré que no le tocaría ni un pelo si ella no lo deseaba.

Sin embargo, lo que más me enfurecía no era su rechazo, sino que se hubiera puesto en peligro para darme una lección porque, a pesar de que la mayoría de esos hombres eran de mi total confianza, de vez en cuando contratábamos a algunos empleados temporales a los que no conocía tan bien.

Olivia podría simplemente haber cerrado el pestillo de mi habitación dejándome fuera o dormir en el inmenso sofá del salón, pero no: ella había

optado por la opción difícil, la opción menos racional, la opción que yo le había sugerido como una broma o, más bien, como un reto, pensando que esa mujer nunca la elegiría. Y, una vez más, ella hacía lo que menos me esperaba y provocaba que tuviera que tragarme mis propias palabras deseando no haberlas pronunciado jamás.

Cuando abrí la puerta de los barracones me recibió la escopeta del viejo Owen junto a una cara de enfado que mostraba que no estaba demasiado contento conmigo.

—Vengo a por mi mujer, Owen, creo que ya es hora de que la lleve a la cama y la saque de este lugar, adonde la ha traído su empecinado carácter —le anuncié a Owen mientras alzaba las manos mostrándole que nunca sería peligroso para Olivia. No obstante, él no bajó su escopeta.

—No voy a permitir que ningún hombre moleste a esa chica, ni siquiera tú, Jacob.

—Owen, Olivia es mi esposa. Me casé con ella en Las Vegas... —comencé a explicarme mientras me mesaba nerviosamente los cabellos.

—Peor me lo pones: esa chica ni siquiera ha tenido una boda decente y tú pretendes llevarla a tu cama. No me extraña que eligiera venirse a los barracones. Me decepcionas, Jacob, éstos no son los modales que te enseñó tu padre. Ni los que te he enseñado yo —dijo, recordándose con sus palabras que él formaba parte del rancho desde que mis hermanos y yo éramos pequeños y se había convertido en un segundo padre para nosotros, concediéndonos la atención que en muchas ocasiones no podía darnos él.

—Owen, las cosas entre Olivia y yo son complicadas... Si dejas que me lleve a esa caprichosa mujer de este lugar, mis cansados hombres podrán descansar y...

—¿Insinúas que esa chica no está cansada o que no ha trabajado como el que más? Cuando esa mujer entró por la puerta estuve a punto de reprenderla severamente por su atrevido comportamiento, hasta que vi sus ojeras, su cansancio y que apenas podía mantenerse en pie mientras buscaba

un lugar donde dormir. No sé qué le has dicho o qué has hecho para provocar que tu mujer acabe aquí, pero si ella quiere descansar, juro por Dios que va a descansar.

—Owen, yo... —comencé a justificarme un tanto avergonzado.

—¡No quiero ni una excusa! Igual que tú, he sido testigo de cómo llegó Olivia hasta aquí, llevando un pomposo vestido de alguna celebración que seguramente abandonó para ofrecerte su ayuda y cumplir con su trabajo. La he visto rasgar ese caro vestido para atender a un animal que necesitaba ayuda y enfrentarse no sólo a la difícil tarea del parto, sino también a muchos ojos que la juzgaban a cada momento. He observado cómo, a pesar del cansancio acumulado tras un largo viaje, no emitió ni una queja y se dedicó a revisar exhaustivamente y sin descanso a los animales hasta que estuvo segura de que todo estaba en orden. Si no sabes valorar el trabajo de esa mujer, será mejor que la dejes ir. ¡Dios! ¡Si tuviera unos cuantos años menos, te la robaba!

Sorprendido, miré a Olivia, que había conseguido lo imposible y había enamorado hasta al viejo y huraño Owen.

—¡Eh, que es mi mujer! —protesté, con lo que tan sólo logré que el viejo vaquero me apuntara de nuevo con su escopeta.

—Si no sabes cuidarla, lo menos que te mereces es que te la quiten. Y aunque yo no pueda hacerlo, puedo asegurarte que más de un hombre lo intentará.

—Pero está casada conmigo —insistí con orgullo, sabiendo que con eso alejaría a la mayoría de los hombres que intentaran acercarse a ella.

—Enhorabuena, chaval..., pero imagino que sabes que también existe el divorcio, ¿verdad? —manifestó Owen, acabando de lleno con mi orgullo cuando recordé que eso era precisamente lo que Olivia quería de mí.

—Mira, es tarde. Sólo quiero llevarla a mi dormitorio para que descanse en una cama cómoda en vez de en esas viejas literas. Así, tal vez todos

podamos llegar a dormir algo —dije, convenciendo finalmente al anciano para que apartara su escopeta.

Cuando llegué a la litera que ocupaba Olivia me sentí más avergonzado que nunca. Esa chica parecía haber caído en la cama absolutamente rendida por el cansancio, y daba la impresión de que nada podría despertarla del profundo sueño en el que se encontraba en esos instantes. Recordando las diez horas de vuelo que había pasado y la difícil tarea en la que se embarcó nada más llegar al rancho, me reprendí mentalmente de un modo más severo del que Owen ya había hecho. Y, cogiéndola entre mis brazos, me dirigí hacia la salida de los barracones.

Mientras la cargaba, contemplé con satisfacción cómo Olivia se acomodaba entre mis brazos. Y, cuando dijo mi nombre tras un suspiro soñador, no pude evitar devorar su cuerpo con los ojos al recordar otra noche en la que oí más de un suspiro similar en mi oído.

Para mi desgracia, cuando alcé el rostro, el viejo Owen y su escopeta aún me vigilaban.

—En esta ocasión lo vas a hacer bien, Jacob: vas a dejar a esa cansada chica en tu cama y luego regresarás a los barracones para dormir junto a tus hombres.

—Pero mi cama es muy grande...

—Y tus intenciones son muy evidentes. Así que más te vale que vuelvas a los barracones esta noche si no quieres que te traiga hasta aquí arrastrándote por las orejas.

—Owen, te recuerdo que soy tu jefe —repuse intentando poner a ese hombre en su lugar. Aunque él no tardó en ponerme en el mío.

—Y yo soy el que te ha limpiado los mocos desde que eras un crío, así que, si no me tembló la mano cuando tenía que aleccionarte cuando eras un niño, ¿por qué piensas que lo hará ahora que ya eres un adulto? No, Jacob: vas a hacer las cosas como es debido con esa mujer. Uno primero se gana el corazón de una chica y luego se casa con ella, no al revés. Así que olvídate

de intentar meterte en su cama con la excusa de que es tu esposa, porque sólo lo es sobre el papel —dijo firmemente Owen, haciéndome saber que esa noche dormiría junto a un montón de hombres cansados y sudorosos en vez de al lado de mi bella esposa.

Suspirando resignado, enfilé con Olivia hacia la casa del rancho, haciendo que mis trabajadores entraran en el barracón aliviados. Cuando pasé junto a mis hermanos con mi preciosa carga y sin poder dejar de admirar a la princesa que llevaba entre mis brazos, éstos me sonrieron burlonamente, unas sonrisas que simplemente ignoré dándoles un portazo en las narices cuando llegué a mi habitación.

En el instante en el que llegué a la cama traté de depositar a Olivia sobre ella como Owen me había indicado mientras me amenazaba con su escopeta. Pero mi firme decisión de dejarla descansar se tambaleó cuando, mientras la soltaba en mi lecho, Olivia se agarró a mi cuello y trajo a mi mente recuerdos de aquella apasionada noche al susurrar junto a mi oído:

—Mi vaquero...

Después de esas palabras, sus labios se posaron sobre los míos en un sutil beso. Yo sabía que aún estaba adormilada y que no debía aprovecharme de ella, pero pensar que estaba soñando conmigo me encendió la sangre. Así pues, adueñándome de su boca, respondí a ese beso con toda la pasión que me embargaba y le mostré el anhelo que había sentido por ella desde esa noche, mi desesperación por no poder encontrarla y la esperanza que bullía en mí después de que el destino nos concediera una nueva oportunidad de estar juntos.

—Jacob... —murmuró Olivia apasionadamente en sueños mientras se arqueaba entre mis brazos y su boca buscaba más de mis besos y su piel una mayor intimidad.

Entonces devoré su boca. Mi lengua buscó la suya para embriagarse con su excitante sabor y exigió una contestación, a lo que ella respondió lentamente, igualando el atrevimiento de mi beso. Mis manos comenzaron a

acariciar los exuberantes senos de mi esposa, haciéndola gemir un poco más entre mis brazos. Y cuando mi mano comenzaba a adentrarse debajo de la camiseta, oí detrás de mí un molesto carraspeo que me hizo saber que no estaba solo.

En ese instante aparté las manos de Olivia para deshacerme del molesto intruso, pero cuando me volví vi ante mí a mis hermanos, que se reían de la nueva y ridícula situación en la que me hallaba por culpa de esa chica, y al viejo Owen con su escopeta, que me señalaba el camino hacia los barracones mientras no dejaba de calentar mis orejas con sus sermones. Para colmo, cuando entré en los barracones en busca de mi litera, tuve que oír varios cuchicheos de mis hombres.

—Aún no sabe pedir perdón.

—No os preocupéis: aprenderá con el tiempo. Después de todo, son recién casados.

—Me pregunto cuántas noches dormiré aquí, en los barracones.

—Eso depende de cuánto enfade a su mujer.

—¿Os queréis callar de una vez?! —grité antes de taparme la cara con la almohada. Pero mis gritos sólo sirvieron para que los hombres comenzaran a volver a ofrecerme sus sabios consejos.

Por si fuera poco, la almohada tenía el olor de Olivia, lo que me provocó una erección que me dificultaba dormir y que me llevaba a pensar en los apasionados momentos que podría haber revivido si ella me hubiera permitido compartir su cama.

Capítulo 7

—¡He dormido de miedo! —anunció Olivia en cuanto vio entrar a Jacob en la cocina, donde todos sus hermanos compartían esa mañana un fantástico desayuno. La respuesta de él ante esa afirmación fue un gruñido molesto que hizo que los demás se rieran, aunque intentaron disimularlo—. Tus hermanos me han contado que anoche me cediste amablemente la cama, así que muchas gracias..., o tal vez debería agradecerérselo a Owen y a su escopeta —continuó Olivia con ironía mientras exhibía una compostura y unos modales que hicieron que Jacob deseara perturbar esa refinada fachada de señorita para sacar a relucir el lado más salvaje que él sabía que ella poseía.

—Tuviste que elegir los barracones, ¿verdad? —le recriminó bastante enfadado.

—De las dos opciones que me diste, ésa me pareció la mejor.

—¡Pero ¿tú estás loca?! ¡¿Sabes acaso lo que podría haberte ocurrido si no llego a ir a por ti?! —exclamó un iracundo Jacob mientras giraba el asiento de Olivia hacia él para que no pudiera evitar su reprimenda.

—No, pero estaba dispuesta a averiguarlo porque quiero que te quede clara una cosa, vaquero: nadie me dice en qué cama debo meterme. Yo elijo con quién compartirla, cosa que tú no tendrás el privilegio de volver a probar.

—¿Estás totalmente segura de eso? —inquirió él, provocándola, mientras la acorralaba entre la silla y sus brazos, forzando una cercanía que a esa chica siempre la ponía nerviosa.

Ambos se dirigieron miradas que retaban a su rival a aproximarse más sin recordar lo que sucedía cuando estaban juntos y la chispas del deseo se convertían en un ardiente fuego que hacía que ambos se descontrolaran.

—Niña mimada... —declaró Jacob mientras, perdido en el deseo que sentía por esa mujer, acortaba las distancias para acercarse a esos tentadores labios que tantas ganas tenía de volver a probar.

—Vaquero arrogante... —replicó Olivia mientras ella también se aproximaba a él en busca de ese beso que no llegaba con la rapidez que deseaba.

Y, cuando sus labios estuvieron a punto de tocarse, Jayden los interrumpió groseramente colocando unos documentos entre ambos que le recordaron a Jacob las responsabilidades que tenía como el serio y juicioso hombre que era, pero que siempre olvidaba cuando estaba junto a Olivia.

Consciente de que ése no era el momento ni el lugar más adecuados para dar rienda suelta al deseo, ambos se apartaron tratando de disimular que ese beso no había estado a punto de suceder. Jacob intentó perderse entre esos papeles que arrancó furiosamente de manos de su hermano, mientras que Olivia volvió a su plato, removiéndolo algo inquieta.

—Esto no es tan urgente como para que interrumpas mi desayuno —protestó Jacob tras observar con más detenimiento los documentos.

—Pero sí lo es para salvarte de cometer una locura —susurró Jayden al oído de su hermano, recibiendo como única respuesta un gruñido molesto.

—Bueno, Olivia, en cuanto termines de desayunar te mostraré la clínica y te asignaré tus tareas diarias como veterinaria del rancho —manifestó Jacob tras dejar los papeles a un lado.

—Si no te importa, jefe, me gustaría tomarme libre esta mañana para poder hacerme con algo de ropa, ya que todo lo que metió mi padre en mi maleta es inadecuado.

—¿Tu primer día y ya quieres tomarte una mañana libre? —preguntó Jacob alzando reprobadoramente una ceja.

—Bueno, siempre puedo intentar trabajar con la ropa que tengo... — anunció ella despreocupadamente al tiempo que se levantaba de su asiento. Y, cuando se dirigió hacia la salida, los vaqueros de diseño que llevaba puestos y que hasta ese momento habían parecido de lo más decente dejaron boquiabiertos a Jacob y a los demás hermanos Walter cuando apreciaron unos rotos estratégicamente colocados en el trasero.

Así pues, mostrando unos argumentos que Jacob no podía rebatir, éste cedió finalmente a la petición de Olivia a la vez que se mesaba los cabellos con frustración, reteniendo las ganas de tocar de nuevo a esa mujer que se exponía tan despreocupadamente ante él, convirtiéndose en toda una tentación.

—Espérame junto al coche: te llevaré al pueblo para que compres algo de ropa.

—Sabía que cambiarías de opinión, vaquero —repuso ella mientras le guiñaba un ojo burlona, declarándose victoriosa.

—¡Voy contigo! —anunció alegremente Jayden, levantándose de su silla lo más deprisa posible, de buen seguro para intentar seguir de cerca el espectáculo que era ver caminar a esa mujer con esos vaqueros.

—¡Me apunto! —dijo Clay emocionado y dispuesto a disfrutar lo máximo posible de las reacciones de Jacob ante esa mujer y sus provocaciones.

—Creo que tal vez lo mejor sería que yo también fuera para... — comenzó a manifestar Will, intentando apuntarse a esa aventura para seguir de cerca las locuras de las que su hermano era capaz cuando perseguía a esa chica.

—Tú tienes que resolver esto —dijo Jacob poniendo en manos de Jayden los papeles con los que minutos antes lo había molestado—. Y tú vas a ayudarlo —anunció señalando a Will—. En cuanto a ti... —continuó señalando al más problemático de sus hermanos.

—Yo por ahora he terminado con mis deberes, ya que los contratos de los trabajadores están todos hechos, firmados y sellados y los acuerdos de compra del ganado los cerré la semana pasada. Así que, como me merezco un descanso, voy a ir contigo a disfrutar de esta salida. Aunque te digo desde ya que es una lástima que Olivia se compre algo de la aburrida ropa que hay en el pueblo, porque me encantan esos vaqueros —declaró Clay con una ladina sonrisa que hizo que su hermano se acercara a él bastante molesto. Y, antes de que lo alcanzase, Clay salió corriendo hacia el coche.

—Será mejor que te lleves también a Gillian. Creo que necesitaba comprar algo —sugirió Will, convirtiendo ese viaje, ya de por sí incómodo, en algo más problemático con la presencia de una adolescente quejumbrosa a la que nada contentaba.

—Por cierto, ¿le has dicho ya a nuestra sobrina que te has casado? Y, lo mejor, ¿con quién? —le preguntó Jayden con una sonrisa maliciosa, recordando lo celosa que era su sobrina con ellos desde la muerte de su padre y el abandono de su madre.

—No lo he hecho. Creo que quizá debería decírselo después de que conozca un poco a Olivia. ¡Quién sabe, tal vez llegue a gustarle...! —dijo Jacob mientras sus hermanos alzaban irónicamente sus cejas ante tan remota posibilidad—. ¿Cómo creéis que debo darle la noticia a Gillian? —preguntó finalmente mientras se mesaba los cabellos, sin saber aún cómo tratar con una adolescente.

—Ante todo debes tener mucho tacto y delicadeza a la hora de contarle que te has casado, hermano —aconsejó Will, algo con lo que todos estuvieron de acuerdo al recordar que debían ir con pies de plomo al tratar con esa impresionable adolescente que era su sobrina.

* * *

—¿Que quién demonios soy yo? Pues nada: sólo soy la mujer que se ha casado con tu tío Jacob, además de la nueva veterinaria del rancho — respondí cuando los nerviosos vaqueros no supieron cómo contestar a la impertinente pregunta que les había hecho su sobrina mientras nos dirigíamos a la pequeña tienda del pueblo.

Con ello, Gillian, esa molesta adolescente que vestía unos pantalones rasgados, una camiseta de calaveras y llevaba el pelo con mechones verdes, al fin dejó de quejarse por todo. Básicamente porque se quedó boquiabierta, aunque no fui capaz de deducir si estaba más sorprendida por la noticia de mi boda con su tío o porque yo fuera la nueva veterinaria.

—Muy bien. Y ahora que cada uno tiene clara su posición, ¡me voy de compras! —anuncié mientras echaba despreocupadamente mi melena a un lado y me dirigía hacia la única tienda decente que parecía haber en ese pueblo.

La localidad más cercana al rancho de los Walter sólo tenía tres calles y era un lugar pequeño de lo más pintoresco. Las antiguas casas de madera que veía mientras caminaba albergaban negocios dedicados fundamentalmente a aparejos para el ganado y la agricultura, antigüedades del viejo Oeste, ropa bastante poco diversa y pequeños cafés y restaurantes.

El lugar más divertido del pueblo parecía ser Donnie, un gran y antiguo salón de baile que abría los fines de semana y se encontraba junto a un viejo café restaurante con el mismo nombre. El sitio estaba bastante concurrido, y me dio la sensación de que era ahí donde todos los vaqueros de los alrededores paraban a descansar, incluidos los dos que me habían acompañado esa mañana, quienes, despreocupándose de su sobrina, fueron a tomarse una cerveza.

Yo seguí mi camino hacia una tienda con un cartel que rezaba LAS BOTAS DE ROXIE, un establecimiento donde vendían ropa de mujer, destacando sobre todo la de estilo vaquero, que me iba que ni pintado para mi nuevo trabajo.

Cuando llegué a ella, cogí una de las cestas que había junto a la entrada y, tras saludar amablemente a la dependienta, comencé a llenar mi cesta con ropa práctica para mi trabajo y algún que otro capricho que, aunque no eran tan caros ni bonitos como a los que estaba acostumbrada, me serviría para calmar mi mal humor.

Mi momento de relax acabó cuando una adolescente huraña se unió a mí en mis compras intentando igualar mi efusividad al llenar su cesta hasta arriba mientras me perseguía por todo el establecimiento.

—No me gustas —dijo la cargante chica, que no había parado de intentar amargarme el trayecto hasta el pueblo.

—No serás ni la primera ni la última persona que me dice eso —contesté ignorándola por completo.

—Sólo te has casado con mi tío porque vas detrás de su dinero.

—No, querida: me casé con tu tío porque me emborraché en Las Vegas y tuve la desgracia de hacer una apuesta con mi primo Raymond en la que yo lo retaba a que me encontrara a mi hombre ideal. Y como ése no estaba a la vista, mi primo me lio en una boda con tu tío. En cuanto a lo del dinero..., no pretendo presumir, pero no me hace falta perseguir a tu tío para conseguirlo, ya que yo tengo de sobra, aunque no creo que tú puedas decir lo mismo —contraataqué señalando sus exageradas compras, en las que pretendía gastar el dinero de otros sin comprender su valor.

—Paga mi tío —dijo Gillian sacando una tarjeta de crédito que no dudé en arrebatarle.

—¡Eh, devuélvemela! —me exigió la adolescente tratando de quitármela, hasta que yo dije las palabras mágicas para que dejara de rebelarse.

—Muy bien, te la devolveré después de que hablemos con tu tío.

Tras marcar el número de teléfono para poder comunicarme con ese inconsciente que no sabía cómo tratar con una adolescente rebelde, Jacob me dijo que toda la compra que esa chica tenía que hacer se limitaba a unas

zapatillas deportivas. Le habría explicado de buena gana a ese obtuso sujeto que no era buena idea dejar una tarjeta de crédito en manos de una adolescente si el muy idiota no me hubiera hecho enfadar diciéndome que me comprara algo bonito y que, al ser él mi marido, cubriría mis gastos.

Después de colgarle a ese tipo que solamente sabía sacar lo peor de mí, extraje las deportivas del cesto de Gillian, pues era lo único que le dejaría que se llevara, y enfilé hacia uno de los estantes para meter en mi cesta lo único que dejaría que Jacob me comprara, para provocarlo.

Cuando llegué al mostrador para pagar, Gillian me miraba nerviosa, tal vez más de lo normal, mientras la atareada dependienta volvía a doblar toda la ropa que la chiquilla había metido innecesariamente en su cesta.

—¿Qué te ha dicho mi tío? —preguntó en tono molesto mientras observaba con envidia mis compras y las comparaba con la suya.

—Que podía utilizar su gran tarjeta para comprarme todo lo que quisiera... —presumí interpretando el papel de cazafortunas que la chiquilla me había otorgado y que la muchacha que nos atendía comenzaba a creerse, a juzgar por la mirada de reojo que me dedicó—. Pero entonces le he contestado que no hacía falta, porque la mía era mucho más grande... —continué, sacando una exclusiva tarjeta platino que hizo que la dependienta me mirara asombrada y que seguramente comenzara a pensar que el cazafortunas era mi marido—. Por cierto, tu tío me ha comentado que solamente venías a comprarte unas deportivas, así que procura no desperdiciar el dinero que otros ganan con su sudor y esfuerzo en tus caprichos —le aconsejé a Gillian mientras pagaba su compra con la tarjeta de Jacob para luego guardarla a buen recaudo.

—Sí, claro. Como que ese dinero lo has ganado tú... —dijo despectivamente la adolescente mientras la vendedora comenzaba a pasar mis artículos.

Y cuando Gillian intentó marcharse y sonó la alarma, yo fui más rápida que ella y la retuve, confirmando mis sospechas al haber detectado su

nerviosismo desde que había vuelto a su lado: que nuestra discusión sólo había sido una conveniente distracción.

—¿Qué llevas? —le pregunté antes de que la dependienta abriera siquiera la boca.

—¿Y a ti qué te importa?

—A mí nada, pero a tus tíos y a la mujer a la que ibas a robar, mucho. O lo resolvemos aquí y ahora o llamo a tus tíos y a la policía y lo solucionamos junto a ellos.

Tras oír mis palabras, Gillian al fin se dignó sacar del bolsillo un anillo de una calavera, de una talla mucho mayor que la suya, por lo que supuse que no era para ella. Me habría apiadado de esa chica y del regalo que seguramente querría hacerle a algún chico sin que sus tíos lo supieran si no hubiera sido porque la dependienta me dejó claro que no era la primera vez que Gillian intentaba agenciarse ese objeto.

—Ya sabía yo que ibas detrás de uno de esos anillos, llevas rondando el mostrador durante todo un mes desde que viniste a verlo con ese chico. ¿Qué pensarían tus tíos si te vieran ahora? —la reprendió Olivia, pero ni siquiera eso hizo que Gillian se arrepintiera de sus acciones.

—Nada, seguramente pagarían ese anillo para luego mirarme con pena, apiadándose de la pobre huérfana que no tiene a nadie... —replicó irónicamente mientras se reía de nosotras.

Y, como ese comportamiento tenía que acabarse, decidí tomar cartas en el asunto. Ya que sus tíos no sabían cómo hacerlo, me iba a encargar yo, pero a mi manera, por lo que me llevé el anillo al mostrador y le dije a la dependienta:

—Me lo quedo. —Gillian sonrió satisfecha, pensando que lo compraba para ella. Hasta que de un plumazo acabé con su sonrisa—. Me irá un poco grande..., aunque tal vez pueda colgármelo de una cadena que vaya a juego. ¿Usted qué opina? —pregunté a la vendedora, que me devolvió la sonrisa,

hasta que ambas nos fijamos en cómo Gillian dirigía su mirada hacia la vitrina en la que guardaba más de esos anillos.

—Bueno, ¡decidido! Me los llevo todos: uno para cada día de la semana.

—Pero... —comenzó a preocuparse la encargada de la tienda, viendo el dinero que estaba dispuesta a gastarme únicamente para darle una lección a esa chiquilla.

—El mes que viene llegarán más... —dijo Gillian con una sonrisa burlona, anunciándome que sería inútil hacer esa compra.

—¡Oh! ¡Estupendo! Pues, cuando lleguen, los quiero todos —declaré en voz alta para asombro de las dos—. ¿Qué? Una vez se me antojó el contenido especial de uno de esos huevos con sorpresa y compré todos los que había en el supermercado. En esta ocasión, no sé por qué, me ha dado por coleccionar estos anillos tan chulos... Después de todo, este dinero es mío y yo decido cómo gastarlo —dije mostrando de nuevo mi tarjeta y haciendo finalmente que la dependienta accediera a mi locura, tan dispuesta como yo a darle una lección a Gillian.

»Si quieres conseguir alguno de estos anillos, tendrás que hablar conmigo, Gillian. Pero ten en cuenta una cosa: no te pediré dinero a cambio de ellos, sino que trabajes tan duro como yo.

—¡Bah! Eso será pan comido... —respondió la joven rebelde, mirándome de arriba abajo con desprecio mientras se burlaba de mis palabras.

—¡Perfecto! Entonces, desde mañana serás mi ayudante en la clínica veterinaria. El trabajo empieza a las cinco de la madrugada: tenemos que ayudar a los muchachos a adecentar la clínica y hay muchas reses por revisar. Acuéstate temprano esta noche —anuncié mientras salía por la puerta, causando que la dependienta se riera mientras la chiquilla, confusa, me perseguía para hacerme la odiosa pregunta que, de vez en cuando, algunos idiotas me hacían cuando se cruzaban conmigo y les decía cuál era mi profesión, algo que chocaba con sus prejuicios al contemplar mi aspecto.

—¡Espera! ¿Qué...? ¡¿De verdad eres veterinaria?!

* * *

Tras terminar con sus compras, Olivia había tenido que esquivar a algún que otro cerdo que se cruzaba en su camino, así como evitar que alguna vaca se comiera sus bolsas mientras caminaba hacia el restaurante. Y todo porque alguien había tenido la fantástica idea de celebrar una feria del ganado justo cuando ella acababa de llegar a ese lugar, como si no hubiera días suficientes en el calendario.

Cuando llegó al restaurante donde había dejado a los hermanos Walter, ya estaba lo bastante cabreada por haber tenido que cargar con un buen montón de bolsas repletas y con una mocosa que no acababa de creerse que ella tuviera el título de veterinaria. Pero al ver a esos tipos sentados en unos amplios sillones rojos en torno a una gran mesa, en compañía de varias mujeres que no cesaban de coquetear con ellos, su enfado fue en aumento; sobre todo contra el hombre que no paraba de decir que era su esposo solamente en los momentos en los que le convenía, una conveniencia con la que Olivia pensaba acabar ya, porque, si él persistía en estar casado con ella para espantar a una mujer en concreto, ella pensaba espantarlas a todas hasta que a Jacob ya no lo beneficiara en absoluto que ella estuviera a su lado y se decidiera por fin a dejarla marchar firmando los papeles del divorcio.

—Siempre son así, a cuál más falsa —musitó Gillian mientras negaba con la cabeza ante la actuación de esas mujeres que intentaban mostrar su mejor cara ante sus tíos.

—Bueno, mi trabajo de veterinaria empezará mañana, pero, por lo que veo, mi tarea de espantamoscas comienza ahora... —apuntó ella ante una confusa adolescente que no comprendió sus palabras. Pero eso sólo fue hasta que Olivia comenzó su actuación.

Caminando como si el mundo le perteneciera, hizo que todos los hombres del restaurante se volvieran a su paso, seguramente para observar sus rasgados y provocadores vaqueros, que, con las prisas, había olvidado cambiarse en la tienda. Pero eso sirvió perfectamente para el propósito de Olivia de llamar la atención de esas mujeres, quienes, pegándose protectoramente a Jacob, la fulminaron con la mirada.

Cuando llegó hasta él, ignoró a las demás como si no tuvieran la menor importancia y comenzó a hablar con el hombre que, cómodamente sentado en medio de un harén, la desafiaba con una burlona sonrisa.

—Por fin he comprado lo que necesitaba. Me ha resultado algo difícil encontrarlo todo en este pueblo, pero me doy por satisfecha —declaró mientras le mostraba una decena de bolsas, aparentando ante todos los presentes ser una chica antojadiza y superficial—. ¿Quieres ver cuál es el único capricho que he permitido que me compraras, vaquero? —lo incitó, un reto ante el cual Jacob respondió con una sonrisa.

—Claro, a ver...

Cuando Olivia, sin ningún pudor ni vergüenza, puso sobre la mesa del restaurante unas provocativas bragas blancas de seda con unos llamativos lazos a los lados, Clay se atragantó mientras las mujeres observaban a Olivia escandalizadas. Jacob solamente pudo reírse de las provocaciones de esa chica, al menos hasta que ella le recordó:

—Me las debías, vaquero, ya que me rompiste unas. Aunque aquéllas eran mucho más caras que éstas, pero me conformaré... —dijo aumentando los cuchicheos de las mujeres que la rodeaban.

—Veo que en esta ocasión te has preparado para ello —anunció Jacob con voz sugerente, perdiéndose en los recuerdos de aquella noche. Y, sin poder evitarlo, deshizo uno de los lazos de esa ropa interior, añorando ver cómo quedaría esa prenda en la seductora mujer que tenía frente a él.

—Sí, pero no sé si tú lo estarás... —lo desafió Olivia, acercando tentadoramente sus labios a los suyos. Y, como tenía previsto, antes de que

éstos llegaran a tocarse, las voces de alguna que otra arpía que pretendía avergonzarla se alzaron para acabar con el embrujo del momento.

—¿Quién es esta mujer, Jacob? —preguntó una rubia mientras presionaba fuertemente la delantera contra su brazo.

—Veréis, ella es mi... —y antes de que Jacob luchara esa batalla por ella, Olivia lo acalló con un dedo.

—¿Me podéis decir primero quiénes sois vosotras? —inquirió altaneramente mientras les dirigía a esas mujeres una mirada de superioridad que las llevó a querer presumir del lugar que ocupaban o que habían ocupado alguna vez en la vida de Jacob.

—Yo soy Dolly Bell, su amiga de la infancia. Conozco a los hermanos Walter desde que era pequeña —respondió la rubia que aún sujetaba el brazo de Jacob muy orgullosamente, pero eso sólo fue hasta que Olivia le replicó destruyendo toda su presunción:

—Ah, entonces eres como una hermana pequeña para Jacob.

—Yo soy Jackie Reed. Fui su novia en el instituto —intervino otra de esas mujeres, echando su negra melena presumidamente hacia un lado.

—¡Oh, qué bonito! Eres uno de esos primeros amores que se olvidan en cuanto maduramos...

—Yo soy Kelly Cox. Mi familia, al igual que la de Jacob, dirige un rancho, por lo que tenemos muchos temas de los que conversar. Además, soy una docente cualificada que trabaja en el instituto al que va Gillian, por lo que Jacob siempre acude a mí para recibir consejos sobre su sobrina —anunció una presuntuosa pelirroja.

Y cuando Olivia vio cómo fulminaba Gillian a esa mujer con la mirada, dedujo que sus consejos no eran demasiado buenos.

—Estupendo. Y por eso siempre serás una buena consejera y nada más... —anunció mientras le ponía comprensivamente la mano sobre un hombro por unos instantes, como si realmente se compadeciera de su situación.

—¡Pero ¿se puede saber quién eres tú?! —exclamaron a la vez esas mujeres, cada vez más molestas con Olivia.

—Yo soy, simplemente, divina —respondió ella con presunción mientras se echaba la melena hacia un lado, logrando que cada una de esas mujeres rechinara los dientes, mientras Gillian, a la que nunca le habían caído demasiado bien, intentaba contener la risa—. Y, como soy maravillosa, Jacob no tardó nada en darse cuenta de ello y se casó conmigo de inmediato, convirtiéndome en su esposa. Así que, si no os importa, me gustaría mucho disfrutar de un almuerzo en familia al que, por supuesto, no estáis invitadas... —finalizó abruptamente, señalándoles la salida a las sorprendidas mujeres.

Y, dado que persistían en no moverse de ese lugar, tan vez porque la noticia las había dejado en *shock*, Olivia llamó al camarero, y, señalando la mesa, anunció a viva voz delante de todo el restaurante:

—Por favor, ¿podría usted limpiar mi mesa? Hay varias mosconas en ella que no paran de revolotear alrededor de mi marido y que, sin duda, me amargarán el almuerzo.

Las tres chicas, ofendidas, se alejaron del lugar muy molestas mientras el confundido camarero finalmente se limitaba a alzarse de hombros antes de recibir de Olivia una desmesurada propina mientras le comentaba alegremente:

—Lo ha hecho usted genial.

Cuando pudo al fin ocupar un sitio en esa mesa frente a su marido, Gillian se sentó junto a ella con una sonrisa de diversión en el rostro. Clay, por su parte, no pudo evitar romper a reír a carcajadas mientras Jacob simplemente negaba con la cabeza frente al escandaloso comportamiento de Olivia, aunque la sonrisa que lucía su rostro delataba que había disfrutado con él.

—¿Crees que he cumplido bien con el papel de esposa espantamosconas, Jacob? —preguntó Olivia, recordándole la excusa que él le había dado para

no concederle el divorcio.

—Has estado divina, como tú misma dirías..., pero preferiría que probaras a interpretar el papel de mi esposa cuando estuviéramos a solas —respondió él mientras jugueteaba provocadoramente con la ropa interior que Olivia había dejado sobre la mesa.

—Y probablemente prefieres que lo interprete en tu cama, ¿verdad, semental? —repuso ella sensualmente para luego arrancarle a Jacob de las manos la lencería con la que de buen seguro tendría algún pecaminoso sueño esa noche—. Para tu desgracia, vaquero, eso solamente ocurrirá cuando los cerdos vuelen.

Y como ése, definitivamente, no era el mejor día para Olivia, un escándalo procedente del exterior llamó la atención de todos. Cuando se asomaron por la ventana del establecimiento pudieron ver cómo el borracho de ese pueblo de ganaderos se peleaba con un pequeño cerdo que lo había hecho tropezar, y, pegándole una patada, hizo que saliera volando por los aires hasta una montaña de heno, de la que el animal se levantó como si nada hubiera ocurrido para proseguir su camino. Cuando tres personas se volvieron hacia ella alzando las cejas con ironía, Olivia se apresuró a exclamar:

—¡Eso no cuenta!

Ante esa respuesta, Jacob se rio a gusto para luego recordarle con una de sus profundas miradas que lo imposible siempre ocurría entre ellos dos y que él pensaba aprovecharse de ello para volver a tenerla en su cama.

* * *

Cuando llegamos al rancho ya era bien entrada la noche. Mi sobrina, la adolescente que sólo sabía quejarse, me sorprendió gratamente guardando silencio durante casi todo el trayecto y, mientras le explicaba a Olivia cuáles serían sus tareas desde el día siguiente, Gillian nos impresionó a Clay y a

mí cuando las egoístas quejas que siempre salían de su boca fueron sustituidas por otras que, en esta ocasión, se centraron en defender «a la pobre veterinaria a la cual saturábamos de trabajo», según ella.

Ante eso, mi hermano y yo nos miramos extrañados, pero Olivia simplemente se rio, haciéndome sospechar que el inusual comportamiento de mi sobrina era cosa suya.

Clara, la veterana ama de llaves de nuestro rancho, nos tenía preparada la cena y nos arrastró hasta la mesa en cuanto entramos por la puerta. En esta ocasión, ninguno de mis hermanos estaba tan atareado como para no asistir. Después de mucho tiempo, volvimos a celebrar una cena familiar, algo que yo sospechaba que se debía a Olivia y a la curiosidad que su presencia despertaba en mi familia. Una curiosidad que, en ocasiones, era bastante molesta.

—Bueno, Olivia, dinos: ¿qué piensas hacer cuando te divorcies de mi hermano? —preguntó Clay, bastante interesado en mi mujer mientras recorría su cuerpo con una ávida mirada, midiendo si podría tener alguna posibilidad con ella.

—Pienso volver a casa y pegarle una paliza a mi primo Raymond —respondió Olivia despreocupadamente sin prestarle demasiada atención, algo que lo libró de que le diera un puñetazo.

—¿Y si mi hermano no te concede el divorcio? —preguntó Jayden, haciendo que lo fulminara con la mirada por meterse donde no debía.

—Pienso volver a mi casa para pegarle una paliza a mi primo Raymond de todos modos —anunció Olivia, haciéndonos ver que sus planes no cambiarían pasara lo que pasase y que su primo no podría librarse de esa paliza de ninguna manera.

—¿Por qué quieres divorciarte de mí tío? —preguntó Gillian, algo confusa con nuestra extraña situación. Y cuando yo me disponía a explicarle el montón de errores que había cometido en Las Vegas, Olivia hizo que me atragantara con mis palabras.

—Porque tu tío no me quiere y yo no me he enamorado de él. Ambos cometimos un error que debemos solucionar cuanto antes. Además, cuando tienes una familia como la mía, los estándares son demasiado altos para algunos hombres, y tu tío, definitivamente, no los cumple —dijo ella, recorriéndome de arriba abajo con la mirada mientras me descartaba por completo, algo que me molestó bastante y me hizo reflexionar acerca de qué tendría que hacer un hombre como yo para poder estar junto a una mujer como ella.

—Ya me imagino cómo será tu familia: rica, mimada y, sin duda, algo elitista —declaré despectivamente mientras, en vez de cortar mi filete, más bien lo estaba asesinando al recordar las ricas amistades con las que Francesca siempre había querido enredar a mi hermano para subir de posición.

Pero, ante mi comentario, Olivia simplemente se rio.

—No sabes lo equivocado que estás, vaquero, pero no pienso sacarte de tu error —repuso mientras, mostrando sus mejores modales, comenzaba a ignorarme a mí y mi mal humor.

—Y dime, ¿cómo tiene que ser el hombre que cumpla tus estándares? —preguntó Will con seriedad, dejándome asombrado, ya que al ser el más formal de mis hermanos nunca creí que comenzara a coquetear con mi esposa como hacían los otros sinvergüenzas de mi familia, que no tenían remedio. Sin embargo, cuando Will cogió una libreta para apuntar esos requisitos, me sacó de mi error mostrándome que Olivia le interesaba tanto o más que a los demás.

—Veamos... —comenzó a decir ella mientras uno de sus dedos tocaba distraídamente sus sensuales labios, ganándose toda nuestra atención, aunque no sabría decir si hacia sus palabras o hacia esa seductora boca—. Básicamente debe ser un hombre que logre enamorarme —contestó vagamente. Y, desistiendo de jugar con nosotros, se levantó de la mesa y se

fue, dejándonos con las ganas de averiguar cómo podíamos conseguir conquistar a una mujer como ella.

—No lo ha puesto nada fácil, ¿verdad? —preguntó Will, mostrando su libreta vacía.

—Siempre podemos hacer como Jacob y emborracharla para casarnos con ella —bromeó Clay.

—No, no puedes, porque ya está casada —dije, recordándoles que Olivia era mi mujer.

—No te preocupes, Jacob: ya lo sabemos, por lo que no pretendemos ir detrás de ella... —dijo Jayden intentando calmar mi mal humor. Algo que casi logró hasta que continuó con su discurso, que me hizo desear morder la mano que había colocado consoladoramente sobre mi hombro—. O, por lo menos, no lo haremos hasta que se haya divorciado de ti.

—¡Olivia es mi mujer y no pienso darle el divorcio! ¡Así que ni penséis en intentar ir detrás de ella! —anuncié bastante enfadado, una afirmación que sólo consiguió que ellos se volvieran risueñamente hacia mí.

—Entonces, hermano, si quieres conservarla tendrás que conseguir que se enamore de ti —me recordó Jayden.

—Y, por cómo están las cosas, creo que Owen y su escopeta tienen más posibilidades que tú —apuntó Clay, burlándose abiertamente de mí.

—Sé que no me he comportado demasiado bien con ella, pero algún encanto tendré, ya que conseguí que se casara conmigo, ¿no?

Y, para mi asombro, el siempre serio Will, que nunca bromeaba, puso una botella de whisky en mi mano para decir a continuación:

—Ahí tienes tu encanto, pero no creo que te funcione siempre.

—Vais listos si pensáis conquistar a Olivia de esa manera —intervino entonces nuestra sobrina, a la que hasta ese momento habíamos ignorado, mientras se levantaba enfadada de la mesa para, a continuación, reprendernos a cada uno de nosotros con una severa mirada—. Si yo fuera ella os descartaría a todos a la menor oportunidad —anunció indignada

antes de retirarse a su habitación, sin duda ofendida con nuestra forma de llevar adelante una seducción.

Pero es que los hermanos Walter éramos siempre los perseguidos, y no los que perseguían a las mujeres, y no sabíamos muy bien cómo comportarnos cuando la mujer que deseábamos estaba tan cerca y, a la vez, tan lejos de nosotros.

Ante las acusadoras palabras de Gillian, mis hermanos y yo bajamos las cabezas avergonzados. Aunque el arrepentimiento por nuestras acciones únicamente duró lo que tardamos en vaciar la botella de whisky. Con mi último trago, todos mis hermanos me animaron a intentar enamorar a Olivia, aunque no tuve demasiada confianza en sus palabras cuando también me contaban cómo planeaban conquistarla cuando yo fracasara.

Aceptando jocosamente el reto que mi hermano Will había puesto minutos antes sobre la mesa, terminé deprisa mi copa y deposité con brusquedad el vaso junto a la botella vacía para anunciarles a mis hermanos antes de dirigirme hacia mi dormitorio:

—Bueno, y ahora probemos si mis encantos funcionan en esta ocasión.

Luego me levanté de la mesa e, ignorando los abucheos y los desastrosos consejos que me gritaban, decidí ir en busca de esa mujer que, de nuevo, dormiría plácidamente en mi cama sin mí, algo que yo estaba muy dispuesto a remediar mientras le recordaba lo placentero que era que yo la acompañara.

Cuando llegué frente a mi cuarto no me molesté en llamar a la puerta, sino que simplemente me adentré en la estancia intentando sorprenderla vistiendo uno de esos descarados modelitos que me quitaban el sueño. Pero, para mi desgracia, esa mujer sólo se había quitado los zapatos.

—¿Qué ocurre, Jacob? ¿Te has perdido? —preguntó Olivia irónicamente mientras se cruzaba de brazos para indicarme luego algo enfadada—: No te preocupes, no me importa recordarte el camino hacia los barracones: está

por allí —terminó señalándome la puerta, algo que yo ignoré deliberadamente.

—Te he prestado mi habitación, pero no pienso ducharme con los demás hombres, así que he venido a utilizar mi baño y a coger algo de ropa —la informé mientras abría el armario y me tomaba más tiempo de lo habitual para elegir mi atuendo de esa noche—. Antes has sugerido que los estándares de tu familia eran demasiado altos para mí. Siento curiosidad: ¿qué es lo que me exigirían? ¿Un estatus mayor? ¿Más dinero? ¿Un patrimonio enorme?... —solté despreocupadamente mientras cogía mi ropa, recordando todo lo que Francesca alguna vez le había exigido a mi hermano.

Cuando me volví, una cínica sonrisa asomaba a los labios de Olivia. Y, acercándose sensualmente a mí, volvió mi mundo patas arriba una vez más cuando, tras indicarme con un dedo que me agachara, decidió susurrarme al oído cuáles eran sus exigencias y las de su familia.

—Un hombre que me ame por encima de todas las cosas, que no me juzgue y, sobre todo, que esté dispuesto a hacer cualquier tipo de locura por amor. Y tú, Jacob, definitivamente no eres esa clase de hombre —manifestó apartándose de ella. Y, mientras se alejaba hacia la cama y yo me dirigía hacia el baño, me pregunté si no me estaría convirtiendo en ese hombre desde el momento en que me fijé en ella.

Debajo del chorro de agua intenté aclararme las ideas mientras reflexionaba sobre cómo podría acercarme más a ella. Era muy pronto para que surgiera entre nosotros ese amor que Olivia me exigía, además de ser algo totalmente desconocido para un hombre como yo, que nunca se había enamorado. Lo único que sabía era que la deseaba, que la necesitaba y que no podía dejar de pensar en ella. La idea de que se fuera con otro me hacía enfurecer, y el simple pensamiento de perderla me llenaba de desesperación. Si ésos eran o no los síntomas del enamoramiento era una cuestión que desconocía, pero no pensaba desperdiciar la oportunidad de

conocerla mejor y, tal vez, poder llegar a convencerla de que se quedara a mi lado y en mi cama.

Recordar los momentos de la lejana noche en la que ambos cedimos a nuestra pasión no me ayudó en absoluto a calmar mis caldeados ánimos debajo de la ducha, pero sí lo hizo mi mano cuando, descendiendo hasta mi rígido miembro, se movió al compás del recuerdo de las caricias que aquella noche Olivia me había prodigado, tanto con sus suaves manos como con su dulce boca.

Podría haber acallado mis gemidos o simplemente haberme negado a decir su nombre mientras mi mano imponía un ritmo firme hacia el éxtasis, pero quería que ella me oyera desde la habitación y supiera que la deseaba con tanta intensidad que se me hacía difícil ocultarlo.

Cuando mi ducha terminó, me sentí vacío. Mi mano había sido insuficiente para calmar mi deseo, y saber que ella estaba apenas a unos pasos de mí lo empeoraba todo. No obstante, me vestí y salí del cuarto de baño dispuesto a dormir, no con la mujer que deseaba, sino con un montón de hombres que me recordaban lo idiota que era siempre con esa mujer, a la que habitualmente juzgaba de forma precipitada.

Olivia no me esperaba con impaciencia para mostrarme la salida, sino que, acurrucada en un lado de mi cama y tapada con una simple sábana, trataba de simular que estaba dormida, cuando, por el evidente sonrojo de sus mejillas y la tensión que mostraba su cuerpo, resultaba obvio que estaba fingiendo mientras trataba de disimular que no me había oído y que mi pasión no la había afectado hasta el punto de desear hacerme compañía en la ducha.

—¿Estás dormida? —le susurré al oído, logrando que se estremeciera. Aun así, siguió fingiendo.

Obedeciendo las reglas que ella me había impuesto, no me metí en la cama como deseaba hacer con todo mi ser, sino que, de rodillas en el frío

suelo, la contemplé mientras le susurraba al oído mis mayores deseos sin tocar ni un milímetro de su piel.

—Te deseo... Quiero recorrer cada centímetro de tu cuerpo con mis manos y recordar la suavidad de tu piel —dije tan cerca de su oreja que mi aliento fue como una caricia. Una caricia que hizo que su piel se erizara, mostrándome que yo no le resultaba tan indiferente como trataba de aparentar—. Anhele volver a besar cada parte de tu cuerpo y lamer cada pedazo de ti como hice aquella noche —añadí, lo que provocó que el color de sus sonrojadas mejillas aumentara, permitiéndome saber que lo recordaba tan bien como yo—. Quiero volver a devorarte y hundir mi lengua en tu interior para hacerte gritar mi nombre —anuncié crudamente, atreviéndome en esta ocasión a acercar mi mano a ella para retener algún mechón de su cabello entre las mías—. Quiero que te derritas entre mis brazos abandonándote al placer que puedo darte y que, mientras lo haces, me mires a los ojos para que no puedas olvidarte del hombre que te concede ese placer —exigí, apretando por unos instantes su cabello entre las manos mientras deseaba que esos ojos que seguían fuertemente cerrados ante mí se abrieran y me miraran—. Quiero hundirme profundamente dentro de ti y dejarte cabalgarme como tú deseas. Quiero ver cómo te abandonas a ese goce que encuentras entre mis brazos y quiero deleitarme con tu imagen mientras lo haces, una imagen que no puedo borrar de mi memoria y que me acompaña todas las noches en mi solitaria cama —confesé acercando mis labios tentadoramente a los suyos pero sin llegar a tocarlos, preguntándome si ella acortaría esa mínima distancia que nos separaba o, simplemente, seguiría fingiendo que no me deseaba cuando su tembloroso cuerpo me indicaba lo contrario—. Pero no puedo, ya que, al parecer, eso no es lo que tú deseas de mí —dije. Y, alejándome de la promesa de ese beso, finalmente solté su melena y aparté unos rebeldes cabellos de su hermoso rostro.

Mientras su piel se estremecía de anticipación, besé castamente su frente, haciendo que frunciera el ceño molesta por mi despedida, que sin duda no era lo que ella esperaba después de mis provocadoras palabras.

—Buenas noches, Olivia —susurré una vez más en su oído, para añadir con atrevimiento—: Ahora ya puedes seguir fingiendo que estás dormida, algo que haces con tanta convicción como aparentar que no me deseas.

Cuando terminé pretendía alejarme de ella dejándola tan frustrada como yo me sentía, pero sus hermosos ojos azules al fin se abrieron ante mí. Y, aceptando el reto que yo le había arrojado, agarró las solapas de mi camisa para acercarme a ella y confesarme antes de rendirse a ese beso que ambos anhelábamos:

—Te deseo, Jacob, lo que pasa es que no me conviene desear a un hombre como tú...

Antes de que pudiera preguntarle qué tenía de malo desearme, su boca devoró la mía y me rendí ante ella y finalmente hice lo que no me había permitido hacer: ocupar un lugar en esa cama.

A continuación, le arrebaté la iniciativa de ese beso que Olivia había comenzado y le exigí toda la pasión que recordaba de ella. Mi lengua devoró su boca buscando su sabor y que ella me siguiera en el implacable juego de deseo en el que ambos nos habíamos embarcado.

Las manos de esa mujer se enlazaban detrás de mi cuello y me volvieron loco cuando sus uñas se clavaron levemente sobre mi piel, exigiendo más de esa pasión que para nosotros siempre era insuficiente. Moviendo mi duro cuerpo sobre ella, me hice un hueco entre sus piernas, donde mi firme miembro se acomodó en el acogedor vértice entre ellas, mostrándole mi duro deseo.

Las sábanas se deslizaron por su cuerpo, enseñándome unos cortos pantalones de pijama y una aún más corta camiseta que apenas le cubría el ombligo. Cuando mis manos comenzaron a subir esa prenda, unos molestos

toques comenzaron a sonar en la puerta, algo que ignoré mientras intentaba averiguar si Olivia llevaba o no un sujetador debajo de la camiseta.

—¡Cenicienta, el hada madrina ha venido a por ti cargada con su escopeta! Por lo visto, ha comenzado el toque de queda y tú todavía no estás en la cama. O, al menos, no en la cama en la que deberías estar —dijo la jocosa voz de mi hermano Clay a través de la puerta.

—¡Estoy ocupado! —anuncié permitiéndome abandonar por un instante los labios de Olivia. Y, antes de que ella pudiera protestar, volví a unirnos en un apasionado beso sin importarme nada que no fuera la ardiente mujer que tenía entre mis brazos.

Cuando mis manos se dirigían una vez más hacia las excitantes cumbres que reclamaban mis caricias haciéndome notar que entre ellas y yo sólo había ese molesto trozo de tela que apenas le tapaba el ombligo, la puerta que había a mi espalda se abrió de una patada y el pesado de Owen, cargando su escopeta como había mencionado Clay, entró en la habitación seguido de cerca por todos mis hermanos, que no dudaron en reírse de mí cuando el viejo me apartó de Olivia tirándome de una oreja.

—¿Qué te he dicho sobre meterte en la cama de esa chica? —me reprendió mientras ella, asombrada, se cubría con la sábana hasta la barbilla, seguramente para ocultar su vergüenza o, tal vez, su risa por nuestra ridícula situación.

—Owen, que estoy casado con ella... —dije intentando librarme del anciano. Pero él era un hombre de férreos principios que se había autoimpuesto el papel de carabina de Olivia, un papel que, para mi desgracia, estaba interpretando a las mil maravillas.

—No veo ningún anillo en esos dedos —replicó Owen, señalando acusadoramente las manos vacías de Olivia y las mías.

—Bueno, es que aún no me ha dado tiempo a comprarle uno y... —intenté excusarme pobremente, pero eso sólo sirvió para que Owen tirase más fuerte de mi oreja mientras volvía a regañarme.

—¿No tienes tiempo para comprarle un anillo pero sí para intentar meterte en su cama?

—¡Eh! ¡Que ésa es mi cama! —exclamé recordándoles a todos que ésa era mi habitación.

—No. Hasta que aprendas a comportarte, tu habitación y tu cama están en los barracones.

—¡Dile algo, Olivia! —le exigí entonces a la mujer que me observaba desde detrás de las sábanas. Y, cuando dejó de ocultarse y me mostró una ladina sonrisa, supe que ella también estaba de acuerdo con la decisión de Owen de que durmiera en los barracones, aunque, por unos instantes, casi había podido convencerla de lo contrario.

—Buenas noches, vaquero. Que duermas bien. Por cierto, aunque no sea un anillo, llevo puesto el regalo que me has hecho esta mañana... —dijo perversamente, recordándome que lo único que me había permitido comprarle eran unas excitantes bragas, lo que hizo que diera un paso hacia delante en su dirección, aunque de inmediato tuve que dar dos hacia atrás cuando Owen volvió a tirarme de la oreja y finalmente me expulsó de la habitación, donde la mujer de mis sueños se encontraba disfrutando plácidamente de mi cama, y de nuevo sin mi grata compañía.

En esos momentos no sabía qué era peor: si oír las molestas risas de mis hermanos, que me acompañaron hasta los barracones, o los estúpidos consejos que comenzaron a ofrecirme mis hombres cuando me vieron volver a aparecer por allí.

—Definitivamente, lo peor son esas bragas... —mascullé una hora después, hundiendo la cara bajo la almohada mientras volvía a intentar calmar mi erección a la vez que maldecía a esa mujer y su sexy lencería, que elevaban mi deseo haciéndome imposible pensar en otra cosa que no fuera ella luciendo esas escandalosas braguitas.

Capítulo 8

Si Jacob había creído que los días siguientes a la llegada de Olivia tendría algo de paz, no podría haber estado más equivocado. Desde que esa mujer llegó a su casa, él había quedado desterrado a los barracones por el viejo Owen y su escopeta, y nada de lo que dijera podía convencer al anciano de que desistiera de su idea de convertirse en una efectiva carabina para la chica. Owen se había declarado a sí mismo el más acérrimo defensor de Olivia, y ya que él había cometido algún que otro error en su relación con ella, el viejo, que siempre había mostrado mano dura con él, ahora no dudaba a la hora de enseñarle el camino que seguir, aunque fuera a balazos.

A pesar de sus advertencias, Jacob intentaba volver a su cama todas las noches. Pero la puerta cerrada que lo recibía en cada ocasión le mostraba la fría respuesta de Olivia, una mujer que se estaba alejando poco a poco de él, sin darle la menor oportunidad por miedo a abandonarse de nuevo a ese deseo que siempre estaba presente entre ellos.

La frustración llenaba sus noches, y el trabajo, sus días, porque le esperaba una montaña de responsabilidades. Jacob se preguntaba cuándo tendría tiempo, o una excusa, para acercarse a Olivia, una mujer a la que deseaba conocer como a ninguna otra.

Después de un rápido desayuno, suspiró una vez más ante la mesa vacía en la que se encontraba en esos instantes y comenzó su ocupado día en el rancho dejando en manos de su hermano Jayden la tarea de dirigir a Olivia en su trabajo y de mostrarle los alrededores.

Sin embargo, era él quien deseaba mostrarle sus tierras y pasear junto a ella enseñándole con orgullo todo lo que había conseguido. Él, Jacob, debería ser quien le indicara cómo era la labor que ella debía realizar en su rancho mientras aprovechaba la oportunidad de recordarle que el destino había tenido algo que ver en ese reencuentro. Pero sus responsabilidades en ocasiones se convertían en una cadena que lo ataban bien fuerte, haciéndole imposible correr hacia lo que más deseaba, y tenía que contentarse con admirar desde lejos a su esposa.

Ver a esa mujer riendo con otros, bromeando y permitiendo que otros hombres se acercaran a ella para que la conocieran, tal y como él deseaba hacer, lo estaba matando. Y la verdad era que no sabía cuánto más podría resistir la tentación que Olivia representaba para él. Una tentación de la que se había mantenido alejado gracias a su ingente trabajo, pero que, por lo visto, lo perseguía fuera donde fuese, ya que sus hombres no dejaban de hablar sobre esa mujer que lo volvía loco mientras reparaban las vallas esa mañana.

—¿Habéis visto a la nueva veterinaria? —preguntó Hank, uno de los chicos nuevos que Jacob había contratado, y del que estaba pensando si despedirlo después de oírlo emitir un silbido de admiración hacia Olivia.

—¡Sí, Dios mío! ¡Y quiero volver a verla! Estoy impaciente por tener una excusa para ir a la clínica veterinaria y volver a verla con esos vaqueros... —manifestó Bill, otro de los novatos, mientras formaba en el aire las curvas de una mujer con las manos.

—No, no habrás sido capaz... Y menos después de que me obligaras a llevarte de compras... —murmuró Jacob molesto a la vez que se acercaba disimuladamente a esos hombres para averiguar si Olivia llevaba o no esos pantalones vaqueros con los que podía torturar a cualquier hombre. Sobre todo a él.

—¡Joder! Cuando entré para ayudarla a limpiar la clínica me quise quedar allí para siempre: cada vez que se agachaba, los rotos de esos

vaqueros me mostraban un culito que...

—Sí, sí has sido capaz... —gruñó Jacob. Y, mientras depositaba sus herramientas en manos de esos novatos, acabó con su atrevida conversación acerca de la veterinaria fulminándolos con la mirada y ordenándoles que arreglaran las vallas y charlaran menos.

Y así fue durante un rato, hasta que volvieron a surgir las conversaciones sobre la chica.

—¿Crees que la veterinaria accederá a acompañarnos esta noche en nuestra salida de chicos?

—Creo que Bob se atrevió a proponérselo, ya que Owen se ha ido por unos días del rancho para visitar a su hija. Ahora sólo falta que ella nos dé una contestación.

—¡Ojalá acepte y lleve puestos esos vaqueros!

—Definitivamente, si esa mujer nos acompaña hoy, será una noche digna de recordar.

—¿Qué crees que puede pasar si se emborracha...? —inquirió uno de ellos en tono de broma.

Y Jacob, harto de oír esa estúpida conversación, les gruñó a sus despreocupados trabajadores antes de decidirse a ir en busca de esa endiablada mujer:

—Que se casa conmigo.

* * *

La clínica que estaba intentando poner a punto para mi trabajo desde hacía unos cuantos días disponía de materiales algo antiguos, pero, gracias a Dios, funcionaba a la perfección. Se trataba de una pequeña casita con lavabos de piedra, unas amplias puertas laterales para dar paso al ganado y suelos de cemento pintado. Como estaba construida para el adecuado

tratamiento de las reses, tanto las mesas de metal como los pesos eran de proporciones bastante más grandes que las que tenía mi padre en su clínica.

La estancia principal era la sala de operaciones, preparada con una iluminación adecuada y suficiente por si había que realizar algún tipo de intervención, aunque era más habitual que fuera yo la que se desplazara para tratar a los animales en sus distintas cuadras.

Los armarios estaban llenos de materiales quirúrgicos y medicamentos a los que no dudaba en echar la llave y revisar todas las mañanas. A un lado había una mesa con un ordenador portátil donde procedía a revisar los archivos de cada una de las reses y mantenerlos al día con sus vacunaciones, enfermedades o nacimientos, algo que se llevaba gran parte de mi tiempo. En una de las salas contiguas se encontraban jaulas preparadas para animales más pequeños, como podían ser los perros de algunos de los rancheros, que eran tan gruñones y «encantadores» como sus dueños.

Mientras terminaba de adecuar el lugar para poder proseguir con el trabajo que me había sido encomendado no podía dejar de pensar en Jacob, en sus tentadoras palabras, en su beso y en lo que habría ocurrido unos días atrás si Owen no nos hubiera interrumpido con su escopeta, muy convenientemente.

En lo que se refería a ese hombre, yo era algo estúpida y caía una y otra vez entre sus brazos. Ante sus seductoras palabras o sus ardientes besos tenía que recordarme a mí misma lo que él pensaba de mí para evitar el embaucador hechizo que siempre me afectaba cuando me acercaba demasiado a él.

—¡Maldito vaquero! —maldije una vez más mientras frotaba las paredes con furia, debido en parte a mi enfado con Jacob y en parte a mi frustración por ese momento interrumpido entre nosotros que, aunque me negara a retomar para no equivocarme más en nuestra extraña relación, yo anhelaba.

Por suerte, Jacob estaba demasiado atareado con su trabajo y yo con el mío. Y mientras ponía en marcha la clínica no tendría que verlo. Su hermano Jayden había sido designado mi superior inmediato, una responsabilidad que le había encargado su ocupado hermano mayor, seguramente para no perder su valioso tiempo enseñándome la clínica o los alrededores, algo que me había molestado bastante porque luego, por las noches, Jacob sí encontraba tiempo para intentar meterse en mi cama poniéndose delante de la puerta cerrada que nos separaba mientras rememoraba a viva voz esa noche que pasamos juntos, haciéndome imposible olvidarla.

—Como jefe dejas mucho que desear, y como marido ni te digo... —declaré furiosa al recordar el momento en el que se había preguntado cómo estar a mi altura utilizando las palabras equivocadas, ya que ni su dinero ni su posición eran algo que a mí me importara.

Pero, como siempre, los hombres como Jacob juzgaban duramente a las personas por su mera apariencia, sin molestarse en conocerlas.

—Como que me llamo Olivia Lowell que no voy a permitir que te acerques más a mí, y mucho menos a mis bragas... —me prometí, decidiendo no ceder ante ese hombre a pesar de las dulces palabras con las que intentaba embaucarme todas las noches.

Yo sabía lo que pensaba Jacob de mí, pero, a pesar de que no tuviera muy buena opinión de mi forma de ser, eso no le importaba nada a la hora de intentar llevarme a su cama. Un hecho que no se volvería a repetir porque yo necesitaba a un hombre en mi vida que me quisiera y me comprendiera, no uno que solamente me deseara.

Ésa fue una promesa que me hice a mí misma sin comprender lo difícil que sería de mantener, hasta que ese hombre entró por la puerta y mi estúpido corazón volvió a acelerarse después de varios días sin verlo. Por suerte, pude calmarme, ya que Jacob me gritaba unas exigencias que no alentaron precisamente mi buen humor.

—¡Quiero que me des ahora mismo esos malditos pantalones! —exigió mientras se dirigía con decisión hacia mí. Ante su actitud, no dudé en recular hasta la pared. Y, ocultando mi trasero de su fría mirada, me negué a cumplir con un requerimiento que me dejaría aún más expuesta.

—Ni de coña —respondí extendiendo las manos para detener su avance.

—Cuando te llevé al pueblo hace unos días fue con la intención de que te compraras una indumentaria más adecuada para el trabajo, ¡no para que adquirieras algún caprichito de niña mimada!

—Yo no me compré ningún caprichito —dije provocando que Jacob alzara una ceja con ironía, ya que comenzaba a conocerme. Tal vez demasiado—. ¡Bueno, vale! Me compré algunos anillos y ropa interior de encaje, pero ya está. Y eso tiene una explicación... Además, el resto de mis ropas son prendas totalmente respetables y prácticas.

—Mentira. Tiene una camiseta transparente que está llena de agujeros —intervino Gillian asomando la cabeza desde la habitación de las jaulas, lo que nos hizo ver que su curiosa naricilla había estado pendiente de nuestra conversación mientras intentaba escaquearse de la limpieza.

No tuve dudas de que la molesta adolescente que me ayudaba con mi trabajo desde hacía varios días para conseguir uno de esos anillos ahora se estaba vengando de las duras tareas que le mandaba diariamente avivando el mal humor de su tío. Algo que supe que había conseguido cuando Jacob me reprendió con la mirada, aunque luego, gracias a Dios, la posó en su sobrina.

—¿Qué haces aquí, Gillian? —le preguntó.

Y, cuando yo intenté escabullirme silenciosamente, Jacob me fulminó con la mirada mientras ponía sus manos a ambos lados de mi cuerpo y me acorralaba contra la pared, haciéndome ver que no me escaparía con tanta facilidad de su reprimenda.

Luego, mientras yo estaba acorralada, volvió a prestarle atención a su sobrina.

—Me está ayudando en la clínica —anuncié, haciendo que él volviera a centrarse en mí y dejara a Gillian en paz, algo de lo que me arrepentí en cuanto la adolescente volvió a abrir la boca.

—¿Sabes, tío Jacob? Llevo ayudando a Olivia toda esta semana y he descubierto que me apasionan los bichos y tal vez decida hacerme veterinaria. Me gusta cuidar de ellos, pero no me gusta limpiar las instalaciones, porque mientras trabajamos con el ganado nadie nos interrumpe ni nos molesta, pero cuando limpiamos la clínica algunos de tus trabajadores se ofrecen a ayudarnos y se convierten en un completo incordio. No sé cuántas veces se han puesto a babear a los pies de Olivia cuando la han visto con esos vaqueros rotos.

—¿Podrías salir un momento de aquí, Gillian? Tengo que hablar con Olivia en privado —dijo Jacob, dedicándole a su sobrina una falsa sonrisa mientras un pequeño tic junto su ceja comenzaba a aparecer, mostrándome finalmente que esos pantalones le habían afectado más de lo que deberían.

—Supongo que será una de esas conversaciones de enamorados. Qué le vamos a hacer..., esperaré fuera —anunció burlonamente esa maldita adolescente mientras se despedía de mí con una maliciosa sonrisa.

—¡Mañana limpiarás la mierda de las vacas! —le grité maldiciéndola, algo que sólo hizo que me ganara una nueva mirada de disgusto de Jacob.

—Más tarde me explicarás a qué se debe esta sorprendente situación de mi sobrina ayudándote, pero ahora lo único que quiero saber es por qué motivo, si te compraste ropa aceptable para el trabajo, estás usando esos escandalosos vaqueros en estos precisos momentos —me reprendió en cuanto Gillian salió de la estancia.

—Como comprenderás, no me voy a poner unos vaqueros nuevos para hacer la limpieza, así que, simplemente, decidí usar éstos, que están para el arrastre, antes de tirarlos —respondí. Y, nerviosa por su proximidad, no me atreví a mirarlo a los ojos, ni mucho menos al duro torso que tenía enfrente hasta que no pude evitar hacerlo cuando Jacob, para mi asombro, comenzó

a desnudarse—. Pero ¿qué haces? —le pregunté desviando la mirada cuando desabrochó por completo su camisa y comenzó a sacarla de sus pantalones.

—Que esos pantalones están para el arrastre es obvio. De hecho, están rotos por todos lados, incluso en los lugares menos indicados. — Sorprendiéndome una vez más, cuando tuvo la camisa entre las manos, me apartó de la pared y, cuando nuestros cuerpos casi se tocaron y mis manos sudaban por la impaciencia de acariciar de nuevo su piel, él enfrió el ambiente anudando con fuerza la camisa en torno a mi cintura para luego alejarse de mí mientras me contemplaba con una sonrisa satisfecha.

—Ahora eres tú el que viste de una manera inadecuada —anuncié señalando su desnudo torso.

—Sí, pero puedo asegurarte que ni mis hombres ni yo nos distraeremos de nuestras labores si voy sin camisa, algo que no puedo decir de ti y esos vaqueros.

—¿Alguna cosa más, *jefe*? —le pregunté incidiendo en la última palabra para recordar cuál era nuestra posición en ese momento, en el que Jacob comenzaba a devorarme con una de sus ávidas miradas, seguramente arrepintiéndose de haber tapado mis vaqueros de su vista.

—Sí, tienes prohibido salir con los chicos esta noche.

—¿Por qué? —pregunté molesta mientras me cruzaba de brazos. Y, a pesar de que antes estuviera dispuesta a rechazar una salida que en verdad no me interesaba, ahora estaba más que decidida a ir a esa cita sólo para fastidiarlo.

—Porque estás bajo mi cuidado, porque tienes que madrugar, porque es peligroso y porque no me da la gana... Elige la respuesta que más te convenga.

—Sé cuidarme solita muy bien. No necesito a nadie que lo haga por mí —dije alzando un dedo mientras descartaba todas sus lógicas y no tan lógicas razones para que me prohibiera esa salida—. Yo soy la que madruga

y, por tanto, la que decide a la hora que tengo que acostarme. No será peligroso, ya que estaré rodeada de una decena de hombres que me protegerán de cualquier posible altercado, algo que no ocurrirá, pues no suelo meterme en problemas —mentí con descaro, ya que, si por algo era conocida mi familia, era por todos los líos en los que podíamos llegar a meternos los Lowell, lo quisiéramos o no—. Y, por último, lo que tú desees no es de mi incumbencia, ya que solamente eres mi jefe —declaré dejándole bien claro cuál era su papel en mi vida, a pesar de que él siempre quisiera hacerme recordar el otro.

—Muy bien. Haz lo que quieras, pero en ese caso te advierto que yo también voy.

—Lo que quieres es amargarme la noche, ¿verdad? —pregunté molesta con su insistente vigilancia.

—No, los chicos siempre me invitan a salir, pero normalmente estoy demasiado ocupado para ir. Excepto hoy, que, mira tú por dónde, no tengo nada mejor que hacer.

—Bien, no me molesta. Pero te advierto desde ya que no quiero ningún tipo de comportamiento posesivo por tu parte, porque entre tú y yo la única relación que estoy dispuesta a admitir, más allá de la pequeña actuación que hago para espantar a tus mosconas, es la de jefe y empleada.

—De acuerdo. Entonces tenemos una cita esta noche —apuntó Jacob, sonriéndome como si hubiera conseguido una victoria entre nosotros.

Una sonrisa que no tardé en borrar de su rostro cuando le recordé maliciosamente:

—Sí: tú, yo y quince chicos más.

—¿Quieres salir con los chicos esta noche? Pues no te preocupes: vas a conocer de primera mano lo que es una noche de chicos. Sólo espero que puedas aguantar hasta el final y, sobre todo, que no te arrepientas de ello.

—Yo puedo con todo lo que me echen, vaquero —repuse aceptando el reto que me lanzaba.

—Perfecto. En ese caso, voy a comunicarles a los chicos que en esta ocasión yo planificaré la salida —dijo Jacob, mostrando una maliciosa sonrisa que me hizo sospechar que esa noche no sería una simple velada en un bar en la que tomaríamos unas cervezas mientras hablábamos de nuestros problemas, algo que me confirmó su sobrina cuando, tras cruzarse con la sonrisa de su tío, se adentró en la clínica.

—Esta noche lo llevas crudo... —declaró la descarada adolescente, mostrando una cínica sonrisa que me confirmó que, una vez más, había estado espiando mi conversación.

—No te preocupes, yo siempre estoy preparada para todo —anuncié.

Y, decidida a no dejarme sorprender por Jacob ni por nada de lo que me deparara esa noche, busqué en mi móvil el número del hombre más sinvergüenza y escandaloso de cuantos conocía. Y cuando al fin se dignó contestar mi llamada, le pregunté sin vacilar por lo que podría encontrarme esa noche cuando los chicos se desmelenaran y Jacob quisiera ahuyentarme con sus acciones. Qué pena para él que, después de vivir con los alocados miembros de mi familia, yo estuviera curada de espantos y no me escandalizara con tanta facilidad como las chicas a las que él estaba acostumbrado..., pero eso era algo que Jacob tendría que descubrir esa noche, después de que el muy ingenuo hubiera osado retar a una Lowell.

* * *

—¿Que qué hacen los hombres en sus reuniones de chicos? —preguntó Dan extrañado por la cuestión que le había planteado su hija nada más contestar al teléfono—. Pues no sé: supongo que beben té y juegan al bridge... —contestó mintiendo como un bellaco, ante lo que Olivia le gritó por el teléfono con indignación—. Es que aún eres muy joven para saber esas cosas, hija —se excusó Dan débilmente, sin saber cómo decirle a su hija que, por mucho que creciera, para él siempre sería su pequeña.

—¡Papá, tengo veinticuatro años! Creo que ya soy lo suficientemente mayor como para saber ese tipo de cosas.

—Vale, está bien... —cedió al fin Dan mientras mesaba con frustración sus cabellos e intentaba explicarle lo mejor posible alguna de sus locuras de los sábados—. Bueno, normalmente los hombres casados se emborrachan y acaban hablando de las discusiones que tienen con sus esposas o los dolores de cabeza que les provocan los cabezotas de sus hijos. Y luego, en muy contadas ocasiones, cuando el hermano y el cuñado de algún pobre sujeto lo alientan mucho, pueden acabar haciendo alguna estúpida apuesta en la que, al final, acaban subidos a una vaca en pelotas.

—No pienso preguntarte por qué encima de una vaca. Y mucho menos sobre lo de ir desnudo: pienso borrar eso de mi mente desde ya... Pero dime, papá: si eso es lo que hacen los hombres casados, ¿qué es lo que hacen los que están solteros y sin compromiso alguno? ¿Papá...? ¿Papá...? ¿Estás ahí?

—Sí, hija. Estoy aquí. Sólo reflexionaba sobre cómo explicarte lo que me pides y, la verdad, no sé por dónde empezar.

—Bien, simplifiquemos un poco. Tú tan sólo cuéntame qué hiciste en la noche más loca de tu vida cuando aún no estabas casado con mamá.

—¡Hum! Bueno, verás..., todo comenzó con una planificación precipitada que me obligó a desviarme por un encargo de mi trabajo y...

Cuando Dan terminó de relatar su historia, el silencio al otro lado de la línea le mostró que su hija aún estaba intentando asimilar su historia.

—¿En serio hiciste eso?

—Sí. Pero, vamos, tampoco fue para tanto... —contestó Dan, recordando con una sonrisa algunas de las locuras de las que había sido capaz cuando era un soltero sin ninguna responsabilidad.

—De verdad..., ¿puedes explicarme cómo acabaste casándote con mamá? Porque yo aún no lo entiendo.

—Me enamoré de ella e hice todo lo posible para conquistarla. Y cuando ella se dejó convencer, la abracé bien fuerte para no dejarla escapar nunca

de mi lado —anunció Dan como el tonto enamorado que aún seguía siendo, a pesar de los años transcurridos.

—Gracias, papá: ¡ahora estoy preparada! —anunció Olivia mientras recordaba el amor que se profesaban los miembros de su familia y se decía que ella no merecía menos.

—¿Preparada para qué, Olivia? —preguntó Dan, confuso y preocupado por encontrarse lejos de su pequeña. Por suerte, ella se parecía más a su madre que a él y no cometería ninguna de esas locuras por las que eran conocidos los Lowell.

—¿Para qué va a ser, papá? ¡Para mi primera noche de chicos! —contestó ella justo antes de colgar, lo que hizo que Dan se preguntara si su hija bromeaba una vez más con él o si, simplemente, se estaba preparando para iniciar una de esas irreflexivas acciones por las que era tan conocida su familia.

—No, ni siquiera tú puedes ser tan temeraria, Olivia Lowell —musitó Dan, negando con la cabeza ante esa inverosímil posibilidad.

No obstante, cuando su hija no contestó al teléfono mientras trataba de volver a contactar con ella, mirándolo con preocupación, volvió a preguntarse: «¿O sí...?».

Capítulo 9

Olivia se esmeró en arreglarse para esa noche de chicos.

En esta ocasión, los vaqueros que vestía no tenían ningún roto o descosido que pudiera llevar a Jacob a proferir alguno de sus gruñidos de protesta. No obstante, cuando ella pasó por su lado para ocupar un lugar en la camioneta junto a sus hombres, él le gruñó.

Tal vez su descontento esta vez se debiera a que, a pesar de no ser tan escandalosos como sus anteriores pantalones, esta nueva indumentaria era tan ceñida que hacía resaltar cada una de sus curvas.

La camisa estilo «chica de rancho» que había comprado en la tienda era de un llamativo rosa chillón y tenía unas coquetas mangas que sólo llegaban hasta los codos. El resto de la tela se ceñía a su cuerpo, dejando entrever un poco de su escote, por lo que estaba recibiendo más de una mirada de Jacob.

Éste no paró de devorarla con los ojos cuando se sentó frente a ella en la camioneta, y más aún cuando se fijó en que la parte inferior de la camisa estaba suelta y anudada por encima del ombligo, exhibiendo algo de su piel.

Cuando la mirada de ese hombre se dirigió más allá de su ombligo, Jacob sonrió complacido al darse cuenta de que llevaba su cinturón, un cinturón que ella se había puesto únicamente porque le sentaba mucho mejor que a ese vaquero y sabía lucirlo con mucha más gracia. El sombrero marrón también pertenecía a Jacob, pero las botas que lucía esta vez no eran prestadas y le sentaban como un guante: Olivia se había permitido comprarse unas adecuadas para ella, unas que mezclaban el soso tono

marrón propio de la monótona ropa de los rancheros con un llamativo rosa que atraería la atención sobre su persona.

Como últimos detalles, su sedosa melena morena estaba suelta debajo del sombrero, su maquillaje era muy sutil, básicamente incidiendo en sus carnosos labios, y en una de sus muñecas llevaba unas pulseras de herraduras que le darían la suerte que necesitaba para que esa noche todo saliera bien. O eso, al menos, era lo que Olivia pensaba hasta que Jacob le dedicó una maliciosa sonrisa y, sin apartar de ella sus burlones ojos, le preguntó:

—¿Estás preparada para esta velada, princesa?

—Yo siempre estoy preparada, vaquero —anunció calándose el sombrero mientras le devolvía la mirada, lo que hizo que Jacob ordenara al conductor que los llevara a su destino.

Cuando se plantaron delante del primer local que visitarían esa noche, «tugurio» fue la única palabra que acudió a la mente de Olivia después de contemplar el sucio y viejo establecimiento al que habían llegado, en donde un llamativo cartel rojo de neón, en el que una mujer abría y cerraba insinuantemente las piernas, les daba la bienvenida. Todos los vaqueros miraron hacia el suelo avergonzados intentando esquivar su mirada, mientras el único responsable de esa nefasta elección no sólo no lo hizo, sino que la invitó burlonamente a seguir con el juego.

—Las damas primero... —manifestó Jacob mientras abría caballerosamente la puerta de ese antro, esperando sin duda a que, después de que Olivia oyera el escándalo del interior y echara un vistazo al tipo de local de que se trataba, acabaría huyendo hacia la camioneta.

—Pero qué poco me conoces, vaquero... —dijo ella.

Y, dejándolo asombrado, se encaminó con sensuales andares hacia el interior de ese local de *strippers*, seguida muy de cerca por todos los piropos de los hombres que se encontraban en el interior, así como por los trabajadores del rancho, que, tras fulminar a su jefe con sus miradas para

reprender su comportamiento infantil, decidieron seguir a esa dama que, sin duda, necesitaría de su protección.

* * *

—¡Sé cuatro maneras diferentes de castrar a un cerdo, y la primera de ellas es con las manos! —exclamé bastante cabreada mientras, sin ningún reparo, agarraba con fuerza las pelotas del hombre que se había atrevido a tocarme el trasero. A juzgar por el color rojo de su rostro y el agudo tono de su voz, estuve segura de que captó quién era el cerdo en esa ecuación.

Levantando las manos en son de paz, mostró que había captado la indirecta de que mi culo no se tocaba, así que me decidí a soltarlo, pero, a pesar de que ya lo había liberado, el tipo que tenía ante mí se había puesto blanco como el papel, e incluso había comenzado a temblar de miedo mientras tartamudeaba una disculpa.

Ya que yo no intimidaba demasiado, al menos no hasta que tenía un escalpelo entre las manos, me volví buscando al culpable de que ese tipo por poco no se meara en los pantalones y me encontré detrás de mí las asombradas miradas de quince hombres que aún no se creían que hubiera sido capaz de amenazar la hombría de ese tipo con mis delicadas manos, así como también la furiosa mirada de Jacob, quien, crujiendo sus nudillos, se dirigía hacia el sujeto que temblaba a mi espalda para terminar de aleccionarlo.

—¿Qué esperabas que ocurriera al traerme a este lugar, vaquero? —le pregunté, interponiéndome en el camino de Jacob mientras le daba el tiempo necesario al tembloroso individuo para que escapara—. Si quieres gruñirle a alguien, será mejor que comiences por ti mismo —añadí, recordándole quién era el verdadero responsable de todo.

—¡Nos vamos! —anunció Jacob entre gruñidos mientras agarraba una de mis manos para dirigirse al exterior, un agarre del que yo no tardé en

deshacerme.

—¿Y estropear mi noche de chicos? ¡Ni de coña! —exclamé.

Y, mostrándole una perversa sonrisa, antes de dirigirme a una mesa bastante cercana al escenario, le indiqué que esa noche tan sólo acababa de comenzar y que era él quien no sabía lo que le esperaba cuando un Lowell aceptaba un reto y estaba decidido a ganarlo.

—¡Quiero las mejores mesas para mis amigos y para mí! —exigí cuando el dueño del local se acercó a nosotros dispuesto a echarnos, en especial a mí, hasta que me vio sacar un fajo de billetes de cien dólares del bolso y abanicarme con ellos. Entonces detuvo sus pasos mientras decidía qué hacer conmigo, de modo que, para convencerlo del todo, no tardé en informarlo a viva voz—: ¡He venido decidida a gastar todo mi dinero en mis chicos, así que quiero el mejor espectáculo! ¡Y, hasta que nos marchemos del local, habrá barra libre para todos! ¡Yo invito!

A pesar de mi escandaloso anuncio, el duro y frío dueño del tugurio siguió avanzando con decisión hacia mí. Y, cuando la sonrisa complacida de Jacob se hacía cada vez más grande ante la idea de que me echaran a patadas del local, el duro hombre que tenía ante mí nos sorprendió a todos al dedicarme una sonrisa. Por lo visto, era la primera vez que un tipo como él sonreía, ya que nos costó a todos asimilar que ese raro gesto significaba que nos brindaba su amabilidad. Aunque sí terminamos de captarlo cuando, fulminando con la mirada a los clientes que se encontraban sentados más cerca del escenario, despejó rápidamente nuestras mesas con un brusco y cortante «¡Fuera!».

Cuando algún que otro borracho se resistió a moverse de su lugar, el implacable dueño lo cogió como si de un saco de patatas se tratara y lo arrojó lejos. Incluso tuvo el detalle de limpiar la mesa usando como trapo a otro de los clientes desalojados cuando me dedicó algún que otro obsceno insulto. Luego, como si nada hubiera ocurrido, nos ofreció las mesas despejadas a mí y a mis compañeros utilizando los exquisitos modales que

no había usado unos instantes antes. Frente a su comportamiento, no pude evitar acercarme a ese hombre y expresar en voz alta, para asombro de todos los presentes:

—¡Éste es, sin duda, el mejor servicio que he recibido en la vida!
¡Gracias!

A continuación deposité una propina de cien dólares en el bolsillo de su camisa y, con un alegre caminar, me dirigí hacia mi mesa para tomar asiento. Mis compañeros tardaron unos segundos en recuperarse del *shock* de contemplar a una mujer como yo, que nunca hacía lo que ellos esperaban, al tiempo que Jacob se limitaba a volver a gruñirme mientras me reprendía con la mirada. No obstante, a todos nos quedó claro que nadie me echaría esa noche de ese local cuando el dueño, al observar mi actuación, se rio con estruendosas carcajadas.

Después de un rato de contemplar tetas mucho más grandes que las mías y de comprobar cómo el ambiente que me rodeaba estaba bastante tenso, ya que los chicos que me acompañaban no sabían cómo comportarse al encontrarme entre ellos, decidí darle la vuelta a la salida y hacer algo para que nos divirtiéramos todos o, por lo menos, que lo hiciera yo.

—Si tan sólo pudiera descansar un rato... —se quejó una chica cuando pasó por mi lado, llevando unos altos tacones de aguja que seguro que la estaban matando mientras repartía las consumiciones.

—¿Podrías decirme cómo se llama el dueño de este establecimiento, por favor? —le pregunté a la camarera cuando colocó mi cerveza sobre la mesa, dejándola sorprendida por mis modales y por la extraña pregunta.

—Bodhi. ¿Por qué quieres saberlo?

—Es que me estoy aburriendo y he decidido cambiar un poco de ambiente..., así que siéntate y disfruta del espectáculo —le dije invitándola a ocupar mi lugar para que descansara. Y, desafiando al hombre que era responsable de todas las locuras que hiciera esa noche, al pasar por su lado

le dije—: No sabes las cosas que pueden suceder cuando yo me aburro, ¿verdad, vaquero?

Jacob intentó retenerme, pero yo fui más rápida. Y, acercándome al dueño del local, le hice una proposición que sacó una nueva sonrisa de su severo rostro y una nueva carcajada cuando yo, con decisión, enfilé hacia el escenario.

* * *

—¿Qué demonios piensas hacer ahora?! —mascullé enfadado desde mi asiento, maldiciendo una vez más a esa mujer mientras contemplaba el inadecuado antro al que la había llevado para provocarla.

Los suelos de madera estaban deslucidos y sucios, la iluminación prácticamente era inexistente, salvo por esas chillonas luces de neón que se encontraban junto a la barra, en la que varias camareras servían las copas vestidas con unas escuetas camisetas. También estaba iluminado el escenario, donde las mujeres se deshacían de la ropa al son de una lamentable música y unos aún más lamentables hombres que les gritaban obscenidades, ya fuera de pie junto al escenario o desde las pequeñas mesas redondas que no estaban muy lejos de él.

Se suponía que Olivia debería haber huido espantada nada más comprobar cómo era ese local, que debería haber metido su lindo culito en la camioneta mientras me rogaba que la llevara de vuelta al rancho..., pero no: ella tenía que sorprendernos a todos entrando la primera en ese escandaloso tugurio, enfrentándose sola a un hombre que la doblaba en tamaño y convirtiendo esa noche en un peligroso juego en el que ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder.

Cualquier mujer se habría sentido perdida en medio de ese ambiente e intimidada entre esos tipos, pero ella había cogido el toro por los cuernos, y, haciéndose con la situación, había conseguido que los tipos de ese local

bailaran a su son o, mejor dicho, al de sus billetes, mientras ella establecía las reglas en el lugar.

Cuando la vi subir al escenario comencé a preocuparme por las locuras que podría cometer sobre él. Finalmente, mi preocupación se convirtió en enfado cuando algunos de los presentes la animaron a desnudarse, petición que me llevó a levantarme dispuesto a romper algunos dientes para que sus bocazas no pudieran lanzar ninguna proposición indecente como ésa nunca más.

No obstante, Olivia se limitó a sonreírme con malicia, recordándome que esa noche de chicos no estaba saliendo como yo había planeado. Después de dedicarme esa sonrisa, profirió un agudo silbido con el que llamó la atención de todos y, a continuación, lanzó un atrevido reto que, seguramente, ninguno de esos desvergonzados tipos habría oído en su vida pero que, aun así, Olivia osó proponer con todo el descaro.

—He oído que las chicas están cansadas, y yo estoy aburrida, así que Bodhi me ha permitido cambiar el juego sobre este escenario. Por tanto, todo aquel que suba aquí y me haga un bailecito sexy recibirá mi dinero.

Yo sonreí mientras negaba con la cabeza ante la ridícula idea de que Olivia pudiera salirse con la suya en esa ocasión. Por un momento me tensé al ver cómo un hombre subía al escenario, pero cuando comenzó a quejarse supe que no llegaría a nada. O eso pensé, hasta que vi a Olivia introduciendo billetes de cien dólares en los bolsillos de la camisa de ese tipo y éste, finalmente, acabó moviendo las caderas al ritmo de la música. Tras ello, y para mi asombro, una decena de hombres se pelearon por subir al escenario para ofrecer su lamentable espectáculo a Olivia. E, incluso, para mi desgracia, algunos de mis trabajadores.

Luego bajó del escenario para, según ella, contemplar mejor el *show*. Pero yo sabía que lo hacía sólo para fastidiarme aún más, lo que me confirmó cuando se sentó a mi lado y me preguntó con recochineo:

—¿A que la noche no está saliendo como tú esperabas, vaquero?

Y, después de mirar al escenario y contemplar a un montón de hombres sudorosos que comenzaban a desnudarse, no pude más con esa tortura y ordené a mis empleados en voz alta:

—¡Nos vamos!

—¿Por qué? ¡Si la noche tan sólo acaba de comenzar! —dijo Olivia, riéndose de mí.

—Cambiamos de ambiente a otro más adecuado que no ofenda tu sensibilidad.

—Pero ¿por qué? Si éste me gusta —declaró ella, rebelándose ante mis palabras.

Y, sin permitir que me pusiera más excusas, añadí:

—Entonces lo haremos para que no ofenda la mía.

En el momento en que ella se rio no le di tiempo a emitir ninguna protesta más contra mi decisión, y, cargándomela al hombro, me alejé con ella hacia la salida. Olivia dejó salir alguna que otra divertida carcajada, y, mientras se acomodaba sobre mi hombro, le dio tiempo a hacer una última locura cuando, gritando a todos los hombres del escenario, declaró:

—¡Habéis estado fantásticos! —Y, tras ello, arrojó un fajo de billetes en su dirección, provocando que pasáramos de presenciar un lamentable baile a ser testigos de un penoso espectáculo donde una decena de hombres con los pantalones bajados se peleaban por hacerse con su premio.

Olivia, desde su posición sobre mi hombro, podía parecer una chica caprichosa que había decidido jugar con todos esa noche, pero la verdad era que su sonrisa llena de satisfacción hacia las chicas que rodeaban el escenario ocultaba algo más.

—Creo que hoy podrán descansar a gusto y disfrutar de un espectáculo que, sin duda, jamás olvidarán —opinó dirigiendo su mirada hacia las sillas del local, ocupadas en esta ocasión por esas mujeres que desempeñaban en ese momento el papel de espectadoras en vez de formar parte del espectáculo.

—¿Qué pretendías conseguir con eso?

—¿Además de fastidiarte, quieres decir? Muy sencillo: quería que las empleadas de este local descansaran y que mañana, cuando vuelvan a subirse a ese escenario, puedan sonreír en algún momento de su actuación al recordar que los hombres que las hacen bailar a su son también son capaces de bailar bajo el de otra persona que tenga el suficiente dinero y que, por supuesto, lo hacen mucho peor que ellas... Y dime, vaquero, ¿qué más me tienes preparado para esta noche? —me preguntó cuando nos encontramos fuera de ese inadecuado lugar y yo ya había recibido mi merecida lección acerca de cómo no debía tratarla.

—Unas cervezas en un tranquilo bar antes de volver a casa y poco más —contesté rindiéndome a ella mientras la dejaba en el suelo frente a mí.

—¿Es que acaso crees que no puedo aguantar todo lo que me eches? —me retó provocadoramente.

Y, declarándola vencedora de ese encuentro, le anuncié mientras meaba nerviosamente mis cabellos:

—El que no puede aguantarlo soy yo.

—¡Ah! ¡Veo que ya vas conociéndome! —manifestó Olivia. Y, tras guiñarme un ojo, se dirigió hacia la camioneta dejando salir una jovial risa que me hizo sonreír también a mí.

Contemplándola desde lejos, me coloqué adecuadamente el sombrero, decidido a ir detrás de esa mujer mientras me prometía a mí mismo que aún tenía que conocerla mucho mejor.

* * *

El siguiente establecimiento de la noche fue un acogedor bar llamado El Rancho, donde la bulliciosa gente se reunía para disfrutar de una cerveza fría o de los bailes que, de vez en cuando, improvisaba en la pista alguna pareja.

Al contrario que el anterior local, los suelos de madera estaban limpios y resplandecientes, las luces no eran pobres y tenues y el ambiente no estaba cargado de obscenos susurros ni de pecaminosas miradas hacia las camareras. Además, la música no dañaba los oídos con su estruendo, sino que consistía en hermosas melodías country interpretadas por una pequeña banda desde un pequeño escenario, donde aceptaban peticiones de su animado público.

Nada más entrar por la puerta, Jacob fue saludado por todos los conocidos de ese pequeño pueblo, y los chicos no tardaron en encontrar un agradable lugar cercano a la música pero alejado de la pista de baile, que, seguramente, esa noche no pensaban pisar.

Jacob se dirigió hacia la vieja barra de madera, desde donde un amable camarero lo saludó con efusividad reclamando su presencia. Cuando llegó hasta ella, los clientes que estaban sentados en sus altos taburetes le hicieron un sitio de honor mientras, reunidos a su alrededor, señalaban recortes de prensa que colgaban en las paredes entre algún que otro exagerado adorno, como una cabeza de toro, unos lazos de rodeo o algunos viejos sombreros.

Atraída por esa parte de Jacob que Olivia desconocía, se acercó al vaquero dejando solos a los hombres que la acompañaban mientras contemplaba con una sonrisa cómo, por primera vez en la noche, los muchachos se relajaban.

En el momento en el que comenzó a acercarse a Jacob, varios de los reunidos le dirigieron una sonrisa de complacencia a Jacob, y, mientras lo felicitaban con alguna que otra amistosa palmadita en la espalda, no dejaron de señalarla a ella y su cinturón.

Olivia se preguntó el motivo de esas extrañas felicitaciones, hasta que vio el mismo cinturón que ella llevaba en uno de los recortes de prensa que adornaban la pared, una noticia publicada años atrás que anunciaba que

Jacob había sido el vencedor de algún tipo de rodeo y que ese cinturón que ella llevaba en esos momentos fue el premio que recibió.

—Vengo a por la cerveza que me prometiste, vaquero —anunció mientras se sentaba al lado de Jacob y admiraba complacida cómo el habitualmente preocupado rostro y el severo ceño fruncido que solía mostrar Jacob desaparecían al estar lejos de sus responsabilidades.

—Richard, ponle una cerveza a mi... —comenzó a decir él. Y cuando Olivia se preparaba para reprenderlo por reclamarla nuevamente ante todos como su esposa, Jacob terminó su frase con una ladina sonrisa— a mi nueva veterinaria.

El camarero dejó una fría cerveza frente a ella, y, tras dedicarles un pícaro guiño, los dejó a solas haciéndole saber a Olivia que, aunque Jacob no había dicho cuál era el lugar que ella ocupaba en su vida, todos parecían estar al tanto de ello.

—Ponerme este cinturón ha sido como llevar un cartel de neón con tu nombre, ¿verdad? —inquirió Olivia tras dar un largo trago a su cerveza.

—Más o menos. Todos en el pueblo saben a quién pertenece, y también que yo jamás me desprendería de él con facilidad.

—Entonces creo que tendré que devolvértelo —repuso ella llevando las manos hacia el cinturón. Pero, antes de que tocan la hebilla, Jacob le cogió las manos y la arrastró hasta la pista de baile.

—¡Bailemos! —propuso mientras la acogía entre sus brazos.

—No sabía que este cinturón fuese tan importante para ti, de lo contrario no me lo habría llevado —declaró ella, dispuesta a volver a poner esa preciada posesión entre sus manos y a alejarse de nuevo del hombre cuya cercanía la afectaba demasiado.

—Fue el premio de mi último rodeo, el que recibí antes de despedirme de la despreocupada vida que había llevado hasta ese momento y verme obligado a hacerme cargo de un montón de responsabilidades que no sabía

cómo manejar. Cuando mi hermano mayor murió hace dos años, todas las responsabilidades del rancho y de su familia pasaron a mí.

—¿Y tú qué querías hacer? —preguntó Olivia, buscando al alocado hombre que estaba tan asfixiado por sus compromisos que sólo salía a jugar cuando ella lo provocaba.

—Nadie me preguntó nunca sobre lo que yo quería hacer en esos momentos: sólo cargaron sobre mis hombros un montón de tareas para las que no estaba preparado.

—Y aun así no huiste y supiste enfrentarte a todas y cada una de ellas. ¿Por qué lo hiciste?

—Porque tenía que hacerlo. Muchas personas dependían de que yo tomara las riendas en ese momento, así que desde ese día no me permito pensar egoístamente en lo que quiero o en lo que he dejado atrás y simplemente sigo adelante —respondió Jacob. Y, mientras la apretaba fuertemente contra su cuerpo e intentaba seguir la balada que estaba sonando en esos momentos, se permitió hacer una última confesión antes de que ella decidiera alejarse de él—. Excepto contigo. Tú eres lo único que me he permitido desear y lo único que me niego a dejar atrás.

Olivia abrió los ojos, asombrada ante la revelación de Jacob. Y, asustada por la profundidad de sus palabras, intentó apartarse de él mientras le recordaba:

—¡Pero si yo sólo he sido el error de una noche de la que tal vez muy pronto te arrepentirás!

—No, Olivia. Tú eres ese maravilloso error del que nunca me arrepentiré —susurró él íntimamente en su oído para luego hacerla dar vueltas por la pista, logrando que volara entre la segura protección de sus brazos—. Si tú estás en una habitación, no puedo pensar en nada más que no sea en ti. Las responsabilidades que siempre giran en mi cabeza se deshacen en mi mente en cuanto tú estás cerca, y en esos momentos sólo queda en mí la idea de

perseguirte para conocerte mejor. Mi seguro mundo se deshace en tu presencia porque nunca sé qué vas a hacer a continuación.

—¡Vaya! ¿Ahora pretendes interpretar el papel de tonto enamorado para meterte en mi cama?

—No, pero la verdad es que siempre quedo como un tonto cuando te juzgo precipitadamente, por lo que ahora solamente quiero saber quién eres, Olivia Lowell.

—Eso es fácil: sólo soy una mujer que quiere hallar su lugar en la vida y que, mientras lo encontraba, por unos instantes se desvió erróneamente de su camino buscando en una alocada noche lo que toda chica busca en un hombre..., y a pesar de tus amargas experiencias, te puedo asegurar que no me refiero al dinero, Jacob.

—¿Que querías de mí aquella noche? —preguntó él con curiosidad. Y, a pesar de que la música cesó, él se negó a abandonar el placer de sujetar a esa mujer entre sus brazos.

—Lo creas o no, buscaba amor. Mi familia me ha enseñado que incluso una simple mirada puede bastar para encontrar a la persona que te robará el corazón. Y, por unos instantes, tú lo hiciste, Jacob. Aquella noche, durante unos minutos, llegué a pensar que tú podrías ser el hombre que vería más allá de mi mera apariencia. Pero luego, para mi desgracia, abriste la boca y te comportaste como todos los demás —respondió ella con sinceridad mientras ponía las manos sobre el pecho de Jacob, pretendiendo establecer una barrera entre ellos al tratar de separarse de sus brazos.

Jacob, asombrado por su sincera respuesta, le permitió alejarse de él. Pero, antes de perderla por completo, cogió una de sus manos entre las suyas, y, acercándose a ella, le mostró que su decisión de conocerla de verdad no era mentira.

—¿Cómo puedo ser diferente de los demás?

—Mírame —contestó Olivia, cogiendo el rostro de Jacob entre las manos para que fijara sus ojos en ella—. Y no veas sólo mi apariencia, sino

ve más allá de ella y observa a la mujer que soy.

—Te veo. Me resulta imposible no verte, y eso tan sólo me lleva a desearte aún más —confesó él, colocando sus manos sobre las de Olivia y acercándolas a su pecho para que notara su acelerado corazón.

—Pero el deseo no es amor, Jacob —replicó ella, retirando sus manos del tentador cuerpo de ese hombre.

—¿Y quién dice que no puedo llegar a amarte o que tú no puedes enamorarte de mí si nos das una oportunidad?

—El problema es que si te arrepientes de desearme después de una noche, Jacob, no me harás daño; pero si te arrepientes de amarme después de que nos hayamos enamorado, me romperás el corazón —declaró Olivia, alejándose finalmente de sus brazos y del acelerado corazón que latía sólo por ella.

Olivia puso distancia entre Jacob y ella ocupando un lugar entre los chicos del rancho. Bromeó y rio con ellos mientras disfrutaban de unas cervezas.

Por su parte, Jacob se dedicó a observar desde un apartado rincón cómo pretendía Olivia marcar una vez más la distancia entre ambos. Pero en esta ocasión él no lo permitió.

Uniéndose a las risas de sus hombres, se adentró en sus juegos y bromas. Y, cuando propusieron uno de esos estúpidos retos en los que se alentaba a tomarse un trago de un fuerte tequila como castigo o como premio, según se mire, Jacob aceptó.

Olivia, a pesar de ser animada por todos a participar, rehusó y decidió huir del alcohol como de la peste, posiblemente después de recordar lo que había ocurrido la última ocasión en la que ambos habían abusado de la bebida. Pero esta vez a Jacob no le importó jugar sucio con tal de recuperar a esa mujer, y, siendo consciente de cómo actuaba esa familia cuando alguien les lanzaba un reto, gritó dirigiéndose a ella:

—¡Cobarde!

Y ésa fue la palabra clave para que Olivia olvidara la prudencia y se sentara frente a él con una mirada desafiante, aceptando cualquier reto que le lanzara esa noche. No obstante, para su desgracia, los trabajadores del rancho eran bastante imaginativos a la hora de inventar un nuevo juego, y el tequila en ese bar era algo que nunca escaseaba.

* * *

Que Jacob pretendía emborracharme era algo que me quedó bien claro después de que los hombres pusieran ante mí una fila de chupitos del tequila más fuerte que había en el local. Sabía que en cualquier momento podía negarme a seguir ese estúpido juego y retirarme de él, pero cada vez que surgían mis dudas, Jacob sonreía y me arrojaba a la cara ese «cobarde» que ningún miembro de mi familia, incluida yo, podía soportar.

El resultado de esa noche fue que hice trampas en más de una ocasión. Pero, como decía mi abuelo, John Lowell, el hombre más taimado de cuantos conocía, «si el premio merece la pena, todo vale a la hora de ganar». Y, aunque yo aún no tenía muy claro cuál era mi premio, lo que sí sabía era que quería ganar a Jacob por encima de todo.

Así pues, comenzamos el juego con una ronda de preguntas en la que ambos acabamos vaciando todos los tragos de la mesa, porque, mientras él me hacía complicadas preguntas sobre los rodeos y sus reglas para que yo acabara bebiendo, yo le hacía preguntas sobre moda y complementos acerca de los que él no tenía ni idea.

Tras perder en ese juego ambos por igual, alguien propuso hacer un pulso, algo que a la Olivia beoda le pareció genial en aquellos momentos, a pesar de que mi contrincante tuviera un brazo musculoso que podía levantarme en el aire y que, sin duda, me dejaría para el arrastre. Pero, para ganar, en ocasiones no necesitaba ser la persona más fuerte, sino la más lista.

Cuando Jacob apoyó el codo sobre la mesa, yo coloque el mío en posición y entrelazamos nuestras manos en ese íntimo encuentro. Uno de los chicos del rancho, llamado Wilson, se preparó para dar comienzo a nuestro pulso y Jacob me sonrió, satisfecho por la que él creía que sería una rápida victoria. Pero, aprovechándome de su confianza, cuando Wilson dio inicio a nuestro juego, yo grité escandalosamente:

—¡No llevo bragas!

Todos los hombres del local, incluido mi contrincante, se quedaron paralizados por unos segundos, intentando asimilar lo que había dicho, o tal vez imaginándose sin esa prenda en concreto. Pero ese pequeño instante de vacilación me valió para tumbar la mano de Jacob y que él se encontrara preguntándose cómo había podido perder ante mí.

—¿Me has ganado? —inquirió mirándome asombrado, tanto a mí como su brazo tumbado.

—Cuando los Lowell jugamos, siempre lo hacemos para ganar —anuncié con una sonrisa presumida, haciéndole saber que ésa no sería la primera trampa que utilizaría esa noche para conseguir mi victoria.

—No volverás a distraerme con tanta facilidad. Vayamos al mejor de tres —propuso retadoramente Jacob mientras, con una sonrisa bravucona, volvía a colocar su brazo en posición.

En el segundo encuentro no tuve ninguna posibilidad de ganarle, y eso que le grité escandalosas proposiciones, una detrás de otra, que hicieron sonrojar a más de un hombre. Pero Jacob simplemente sonrió mientras mantenía su brazo con firmeza sobre la mesa. Yo intenté tumbarlo, utilizando incluso las dos manos. Y, cuando nada funcionó, él se regocijó en su victoria.

—¿Te rindes?

—¡No! —grité enfadada mientras intentaba mover ese brazo aunque sólo fuera un milímetro.

Pero todo fue inútil y finalmente él, entre carcajadas, tumbó mi mano sobre la mesa, declarándose vencedor.

—Estoy impaciente por ver qué truco utilizas ahora... —se rio de mí mientras Wilson volvía a colocar nuestras manos en posición y daba la señal de comienzo del pulso definitivo—, porque nada de lo que hagas va a conseguir distraerme de... —continuó Jacob con chulería.

Entonces, sabiendo cómo podría distraer a ese hombre, acerqué mi rostro al suyo y le di un apasionado beso que provocó más de un silbido a nuestro alrededor.

Como tenía previsto, él se olvidó de todo lo que no fuera yo y, agarrando mi cabello con la mano que tenía libre, me hizo imposible que me alejara de su boca. Se suponía que ese beso era una distracción para él, pero yo acabé distrayéndome tanto o más cuando su deseo se hizo patente y su lengua reclamó la mía en busca de esa pasión que yo siempre mostraba entre sus brazos.

Los dos nos olvidamos del mundo por unos instantes, y cuando al fin separamos nuestros labios para coger aliento, Jacob me retuvo frente a él, juntó su frente con la mía y me confesó una vez más:

—Te deseo.

Yo estuve tentada de mostrarme igual de sincera que él y decirle que yo también lo deseaba, pero sentí miedo de dejar mi corazón expuesto si volvíamos a acostarnos, por lo que finalmente sólo le señale que nuestro juego había terminado.

—He ganado —declaré señalando su brazo tumbado sobre mesa.

Jacob, asombrado por el sucio truco que había utilizado para conseguir su rendición, se limitó a reírse.

—Tramposa... —susurró sensualmente en mi oído antes de soltarme—. ¡Quiero la revancha! —gritó ante todos, lanzándome un nuevo reto del que me fuera imposible alejarme.

Y, a pesar de que deseaba establecer una distancia apropiada entre nosotros para no poner en riesgo mi corazón, cuando Jacob señaló el toro mecánico, que era la principal atracción de ese bar, yo acepté el desafío dispuesta a jugar una vez más con él.

Cuando llegamos junto al toro mecánico en medio de los ánimos de los demás parroquianos del bar que habían comenzado a seguir nuestras apuestas, Jacob me subió a él. Y, demorándose tal vez demasiado en sus explicaciones acerca del funcionamiento de esa pequeña atracción, me retuvo unos instantes entre sus brazos.

—¿Estás segura de que podrás con él? —preguntó provocativamente en mi oído.

—Si he podido contigo, ¿qué te hace pensar que no podré con él? —repliqué igual de atrevida que él, recordándole la cabalgada de aquella noche que ninguno de los dos podíamos olvidar.

Las manos de Jacob, que rodeaban mi cintura, se negaron a moverse por unos instantes, pero los gritos a nuestro alrededor nos recordaron dónde estábamos, y entonces él me soltó dando comienzo a ese juego.

A pesar de aferrarme con todas mis fuerzas a ese animal, duré menos de un minuto sobre ese trasto. Y cuando mi culo se dio de bruces contra el suelo acolchado, allí estaba él para levantarme con una sonrisa satisfecha.

—Veamos cuánto duras tú, vaquero —dije después de aceptar su mano.

Pero ante mi provocación Jacob simplemente se limitó a señalar los carteles que adornaban el bar, recordándome cómo había ganado el cinturón que llevaba puesto.

Cuando se subió al toro fue todo un espectáculo verlo en él. El hombre que ponía en marcha esa atracción no se limitó a darle un suave balanceo como había hecho conmigo, sino que puso a prueba a Jacob y todas sus habilidades. A pesar de los bruscos movimientos del animal mecánico, Jacob se mantuvo firme sobre él y lo hizo con una sola mano. Incluso se

permitió quitarse el sombrero y guiñarme un ojo antes de proseguir con su pelea con ese bicho.

Sobrepasó con creces mi escaso minuto, y cuando su tiempo comenzaba a alargarse y su sonrisa de triunfo a agrandarse por su victoria, yo quise verlo caer a mis pies, así que, ni corta ni perezosa, busqué su mirada y, cuando nuestros ojos se encontraron y yo me aseguré de que nadie le prestaba atención a mis acciones, me levanté la blusa y le enseñé las tetas.

—Tres, dos, uno... —susurré antes de verlo caer. Y, en cuanto lo conseguí, volví a recomponer mi aspecto como si nada hubiera pasado.

—¿Qué te ha ocurrido, Jacob? —preguntaron intrigados algunos de sus admiradores ante su precipitada caída.

—Eso, Jacob, ¿qué te ha ocurrido? —pregunté burlándome de él, ya que era consciente de que yo era la única responsable de que su culo estuviera en esa colchoneta y no encima del toro.

—Nada. Tan sólo que tenía un par de poderosas razones que me han llevado a querer bajarme de esa atracción.

—Entonces es un empate —dije ofreciéndole mi mano.

—No, princesa: las reglas del juego establecen que gana el que más tiempo pasa sobre el toro —repuso Jacob. Y, aceptando mi mano, en vez de levantarse del suelo me arrastró junto a él, aprisionándome entre sus fuertes brazos—. Y ahora quiero mi premio —me reclamó al oído sin dejarme marchar.

—¿Y cuál es ese premio que tanto deseas? —pregunté dispuesta a darle lo que deseara con tal de que me dejase marchar.

Sin embargo, debería haber imaginado que Jacob nunca me permitiría huir de sus brazos.

—A ti —respondió. Y, cargándome sobre su hombro, se alejó hacia la salida dispuesto a poner fin a nuestras apuestas y a esa endemoniada noche de chicos.

Para su desgracia, quince hombres se cruzaron en su camino, ya que, al recordar que Jacob era quien tenía las llaves de su único medio de transporte, no estaban dispuestos a volver al rancho a pie.

—¿Por qué no jugamos a otra cosa? —propuso Wilson mientras señalaba la apartada mesa de billar o los dardos.

Creí que Jacob se negaría con rotundidad, pero, tras un suspiro resignado, me bajó lentamente al suelo, haciendo que nuestros cuerpos se rozaran y recordándole a mi sensible piel lo que era arder bajo el simple contacto con la suya. Luego, antes de adentrarse de nuevo en juegos que tal vez continuaran durante toda la noche, me susurró sensualmente al oído:

—Creo que mi premio tendrá que esperar, pero no dudes ni por un instante que lo deseo como nunca he deseado nada, y que estoy dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de conseguirlo.

Y, por si no me había quedado claro que el premio que anhelaba era yo, lo dejó bien patente cuando me devoró con una de sus miradas, una que intenté evitar durante toda la noche, pero con la que él me persiguió en cada reto que lanzaba a mis pies, muy dispuesto a que no lo ignorara y que olvidarlo me fuera completamente imposible.

Capítulo 10

Los Walter contemplaban con disgusto el resultado de esa noche, en la que su responsable hermano mayor les había asegurado, antes de salir por la puerta, que él se encargaría de que sus chicos no se desmadraran. El hombre que los reprendía severamente cuando ellos mismos cometían un error y que nunca se desviaba de su recto camino, en esta ocasión, lo había hecho. Y, al parecer, se lo había pasado en grande haciéndolo. O, al menos, eso era lo que les indicaba la enorme sonrisa que Jacob lucía en el rostro mientras los chicos lo cargaban hacia el interior de la casa.

—¿Qué es lo que le ha pasado a mi hermano? —preguntó Will confuso al ver cómo el serio Jacob entraba tambaleante en su hogar.

—Ella —contestaron algunos de los muchachos con una sonrisa cómplice.

Y, antes de que Will u otro de los hermanos Walter preguntaran quién era «ella», Olivia fue conducida a la casa mostrando el mismo lamentable estado que Jacob.

—No os preocupéis, muchachos: nosotros nos encargaremos a partir de ahora —anunció Clay divertido al ver que, por una vez, Jacob exhibía uno de esos indecentes comportamientos por los que cada uno de los Walter se había llevado algún rapapolvo en alguna ocasión.

Quitándoles a los chicos la responsabilidad de cargar con esa pesada carga que era Jacob, Will y Clay se ocuparon de su hermano, mientras Jayden, mucho más afortunado, se hacía cargo de una delicada mujer que, a

pesar de haberse bebido medio bar, como le aseguraban los chicos, aún tenía ganas de discutir.

—Que conste que he sido yo quien ha ganado ese último encuentro... —reclamó Olivia, sin importarle encontrarse subida a la espalda de Jayden e intentando acercarse a Jacob, con el resultado de que casi hizo perder el equilibrio a Jayden, especialmente después de verse distraído al notar los pechos de esa mujer apoyándose sobre su cabeza.

—¡Y una mierda! He ganado yo... Además, ¡hiciste trampas! —rugió Jacob tratando de acercarse a ella, sin importarle arrastrar literalmente a sus dos hermanos en su camino para continuar la discusión que mantenían.

—¿Ah, sí? ¡Demuestra que hice trampas! —se rio Olivia desafiante.

—No puedo —reconoció Jacob algo desanimado.

—Claro, ¡porque no he hecho trampas! —concluyó ella victoriosa.

—No: no puedo porque volviste a taparte las tetas, con las que me llevas torturando toda la noche, antes de que alguien más pudiera verlas.

—¡Grosero!

—¡Bruja!

La discusión entre ellos continuó mientras se acercaban cada vez más. Y, cuando ya estaban tan cerca que por poco saltaban chispas entre ellos, los hermanos Walter se prepararon para separar a esos dos de una agresiva disputa, pero, para su asombro, ésta terminó aun antes de comenzar.

—Enséñamelas una vez más y tú ganas... —propuso atrevidamente Jacob, exhibiendo un comportamiento que nunca habría mostrado si estuviera sobrio... «¿O sí?», se preguntaron los hermanos Walter mientras veían a Jacob discutiendo con esa mujer que era su perdición, pero que también era su salvación al hacerlo desviarse del estricto camino que se había autoimpuesto desde la muerte de su hermano Evan y del que no se salía jamás..., hasta que la conoció a ella.

—Pues vale —contestó Olivia para asombro de los demás, decidida más que nunca a ganar ese último reto.

Y cuando todos y cada uno de los hermanos Walter esperaban expectantes para ver esa hermosa delantera, la intransigente mirada de Clara, la vieja mujer que siempre los había cuidado y que les reclamaba que su comportamiento no era el más adecuado, terminó con su diversión.

—¡Jacob, dile a esa chica que ha ganado! —dijo severamente la anciana, adentrándose en la casa ataviada con un viejo camisón tapado con una ajada bata y unos rulos en la cabeza, lo que les hizo saber que el escandaloso comportamiento de esos dos la había obligado a levantarse de la cama sólo para reprenderlos.

—Pero eso no es justo... —se quejó el habitualmente serio individuo, que, en esos momentos, parecía un niño caprichoso al que le hubieran prohibido un juguete.

—¡Jacob, no hagas que vaya a tirarte de las orejas! —amenazó Clara, logrando finalmente que él cediera ante su petición.

—Está bien: tú ganas —declaró Jacob con desgana, lo que hizo suspirar con fastidio a cada uno de sus hermanos, que habían sido privados del espectáculo que pretendía ofrecerles esa mujer.

—Y ahora sed unos buenos niños y llevadlos a la cama —ordenó Clara a los hermanos Walter antes de retirarse para intentar retomar el sueño del que esos escandalosos chicos la habían despertado.

—¡Yupi! ¡A la cama! —gritó una emocionada Olivia señalándole el camino a Jayden.

Y, en cuanto éste la depositó sobre ella, toda la efusividad de la chica se apagó al ceder de inmediato ante el sueño y el cansancio.

Por su parte, Will y Clay tumbaron bruscamente a Jacob sobre esa misma cama, en la que él también quedó para el arrastre mientras roncaba a pierna suelta sobre el amplio lecho, no muy lejos de su mujer.

—¿No creéis que el hermano que siempre nos reprende por nuestro inadecuado comportamiento se merece esta vez una lección, pues el suyo ha

sido bastante escandaloso? —preguntó Clay mientras se acariciaba pensativamente la barbilla.

Y como cada uno de ellos había recibido de Jacob un severo sermón o algún rígido castigo en alguna que otra ocasión, los Walter estuvieron totalmente de acuerdo por una vez, y cada uno de ellos propuso una idea para darle un escarmiento a su hermano mayor. Como resultado, Jacob acabaría metido en algunos problemas más, pero eso sólo lo averiguaría cuando despertara de su plácido sueño.

* * *

Me desperté de un apacible sueño en mitad de la noche y, medio adormilada, me desprendí de las ropas que me molestaban y con las que, por lo visto, me había tirado directamente sobre la cama. Al no tener ningunas ganas de buscar mi pijama, simplemente me metí desnuda entre las sábanas y traté de retomar mi tranquilo sueño..., hasta que alguien emitió un fuerte ronquido junto a mi oído.

Confundida por la somnolencia que me embargaba, creí que me hallaba en mi casa, por lo que hice los ruiditos que solía hacer para que *Henry II*, el chucho de mi padre, cesara en sus ronquidos y se marchara de mi cuarto. Sin embargo, cuando éstos se hicieron más fuertes encendí la luz de la pequeña lámpara que había junto a la cama y, al ver la habitación en la que estaba, recordé que no me encontraba en mi casa y que, por tanto, el animal que dormía a mi lado no podía ser el perro de mi padre.

Al volverme me encontré de frente con Jacob, dormido y completamente desnudo a excepción de su sombrero, que, en esta ocasión, descansaba sobre su cabeza. Lo habría echado a patadas si no se hubiera hallado atado a la cama de pies y manos y con una nota sobre su pene que decía «Cabálgame».

—Mira que tienes gustos extraños, vaquero... —susurré después de retirar la nota de su miembro. Luego, simplemente tapé su exigente pene con el sombrero y volví a acurrucarme en la cama para ignorarlo y seguir durmiendo.

Hasta que poco después encendí de nuevo la lámpara, sabiendo lo que pasaba allí.

«Esto tiene que ser un sueño erótico», me dije, convencida de que el carácter de Jacob nunca lo llevaría a meterse en mi cama, o, por lo menos, no de esa manera tan lamentable.

—Pues prepárate, vaquero, porque voy a darte la cabalgada de tu vida... —le susurré. Supe que me había oído porque, tras retirar el sombrero, su miembro comenzó a animarse ante mis palabras.

Decidida a jugar con él tanto como deseaba y como nunca me permitiría hacer en la realidad por miedo a enamorarme, me calé el sombrero y me subí a horcadas encima de él para comenzar a seducirlo con las mismas caricias que recordaba haberle dedicado aquella noche que ninguno de los dos había podido olvidar.

Mis piernas se rozaron con las suyas mientras el húmedo vértice de mi sexo se mecía contra su dura erección, haciendo gemir de deseo a mi adormecido semental. Mis senos se restregaron contra su fuerte torso consiguiendo excitar mis erguidos pezones, que exigían estar más unidos a esa ardiente piel.

Sin poder resistirme a deleitarme con cada parte de ese fuerte cuerpo que estaba debajo de mí, mis manos se dirigieron hacia los musculosos brazos que permanecían atados a la cama hasta llegar al nudo de sus muñecas. Y, mientras lo hacía, no me olvidaba de acariciar lentamente su piel, para luego bajar lánguidamente por ellos, marcándolos levemente con las uñas. Se me hizo bastante tentador besar ese fruncido ceño que siempre se hallaba demasiado serio, deseando que, por una vez, dejara de lado sus

responsabilidades y saliera a jugar conmigo. Y, tras hacerlo, no pude evitar susurrar en su oído:

—Te deseo, vaquero.

Jacob finalmente abrió los ojos en medio de ese extraño sueño y me miró con unos ojos azules tan profundos que, por una vez, dudé de si en realidad eso era una simple fantasía.

Me observó confundido. Luego contempló sus ataduras, y cuando comenzó a forcejear con ellas, le recordé que ése era mi sueño y que, por tanto, era yo la que llevaba la voz cantante.

—Éste es mi sueño erótico, vaquero, así que más vale que recuerdes que soy yo quien manda aquí.

—Pero, Olivia, esto no es... —comenzó a decir él, hasta que le introduje una teta en la boca y entonces se calló, lo que dio paso a que ambos pudiéramos proseguir con ese delirante sueño en el que esa noche todas nuestras fantasías se harían realidad.

* * *

Sabía que tenía que decirle a Olivia que eso no era ningún sueño erótico como ella creía en medio de su aturdimiento, algo de lo que dudé al contemplarla desnuda sobre mí, luciendo por toda indumentaria mi sombrero. Al principio, yo mismo creí que estaba soñando, pero mi confusión sólo duró hasta que noté las ataduras de mis pies y mis manos y, tras forcejear con ellas y contemplar los inamovibles nudos, llegué a la conclusión de que eso era obra de mis hermanos, quienes, enfadados a causa de mi comportamiento, seguramente me la habían jugado.

Recordando lo que había ocurrido a lo largo de toda la noche, deduje que los efectos del alcohol aún estaban presentes en Olivia, y que la extraña situación en la que nos habían metido mis hermanos la había llevado a pensar que eso no era la realidad, sino un sueño muy realista.

Nada más abrir los ojos intenté decirle la verdad, pero ella me acalló de una forma en la que, definitivamente, no pude resistirme a guardar silencio. La salvaje mujer que recordaba de aquella lejana noche y que había deseado durante tanto tiempo se encontraba junto a mí, pero después de conocer a Olivia yo no la deseaba sólo para una noche y, desgraciadamente, si guardaba silencio, eso era lo único que tendría.

A pesar de mis buenas intenciones, el erecto pezón que tenía entre los labios era tan tentador que no pude resistirme a saborearlo con mi lengua y a castigarlo con mis dientes hasta hacer que la mujer que se cernía implacablemente sobre mí se rindiera a mis caricias tanto como yo estaba rindiéndome a las suyas.

—Síííí... —gimió Olivia mientras se mecía frenéticamente contra mi erección.

Y, cuando sus pechos se alejaron de mí con sus movimientos, a pesar de que deseaba volver a degustarlos, intenté aprovechar la oportunidad para hablar y razonar con ella. Algo bastante difícil cuando Olivia me cabalgaba y yo dudaba sobre si ser un caballero valdría la pena en esa ocasión.

—Olivia, esto no es un sueño.

—Sí, ya lo sé... —repuso haciéndome sonreír feliz, ya que, si sabía que ésa era la realidad, podríamos seguir con ese tórrido encuentro que ambos deseábamos—. Es una fantasía erótica... —añadió, borrando de golpe mi sonrisa.

—¡Mierda! —exclamé disgustado antes de intentar seguir con mis explicaciones—. ¿Qué es lo último que recuerdas de esta noche? —pregunté intentando que comprendiera que esa situación no era ninguna fantasía, sino una nueva locura a la que habíamos llegado por culpa del alcohol.

—A ti pidiéndome que te enseñara las tetas... Así que míralas... —me respondió mientras movía sus pechos tentadoramente muy cerca de mi boca.

Sabiendo que estaba cayendo de lleno bajo el embrujo de esa mujer y que si seguía de esa manera no podría comportarme como un caballero, cerré los ojos y comencé a contar ovejas.

Para mi desgracia, mientras yo contaba animales imaginarios en voz alta, Olivia decidió acompañarme en mi juego y empezó a contar junto a mí, pero dejando un ardiente beso en mi piel en cada ocasión a la vez que descendía por mi cuerpo. Cuando llegamos al treinta yo lo tenía muy crudo, ya que sus labios estaban muy cerca de mi erección.

—Olivia, ¿puedes decirme por qué crees que esto es un sueño y no la realidad? —insistí en un último intento de hacerla recapacitar.

—Porque estás desnudo y atado en mi cama y tenías una nota en el pene que me decía que te cabalgara... —contestó llevándome a maldecir a mis hermanos mientras pensaba que en esas circunstancias, aderezadas por la gran cantidad de alcohol que habíamos tomado, era de lo más normal que ella pensara que yo sólo formaba parte de sus fantasías—. Y ahora cállate, Jacob, que quiero disfrutar de este sueño.

En el instante en el que Olivia introdujo mi miembro en su boca, todas mis buenas intenciones saltaron por los aires, y, haciéndole caso, me dejé llevar mientras ella hacía conmigo todo aquello con lo que había soñado en sus fantasías.

—Desátame, Olivia... —gemí mientras ella movía su ardiente boca sobre mí y utilizando la presión de sus manos me hacía delirar de deseo y anhelar estar libre para agarrar sus cabellos y dirigir el apremiante ritmo que mi miembro necesitaba.

Me sonrió maliciosamente y ascendió por mi cuerpo con sus besos, su lengua y algún que otro atrevido roce de sus dientes hasta que llegó junto a mi oído para susurrarme sensualmente:

—¿Por qué debería darme prisa en desatarte si ahora que te tengo atado a mi cama estás a mi merced?

—Porque quiero cumplir cada una de tus ardientes fantasías. Porque quiero cambiar de posición y recorrer todo tu cuerpo con mis manos, saborear cada rincón de tu piel de arriba abajo, abrirte a mí para devorar profundamente tu sexo mientras gritas mi nombre una y otra vez... Y sólo cuando haya grabado en tu cuerpo mi deseo, querré hundirme profundamente en tu interior. Primero con un ritmo suave, lento y enloquecedor. Y, luego, con otro más acelerado y feroz que te haga olvidarte hasta de tu propio nombre.

Mis sensuales palabras la hicieron gemir y dirigirse con apremio hacia mis ataduras. Para mi desgracia, los nudos de mis hermanos no podían deshacerse con tanta facilidad, y en la habitación no teníamos nada con lo que romper esas cuerdas.

—¡Joder! ¡Esta fantasía es una mierda! —exclamó Olivia frustrada, tumbándose sobre mí. Y, mientras recorría mi pecho distraídamente con un dedo, dejó salir unas palabras que tal vez no confesaría fuera de sus sueños —: Quería amarte, Jacob, aprovechar esta cercanía que no me permitiría fuera de mis sueños por miedo a enamorarme de ti. Pero incluso mis sueños me muestran lo imposible que es que tú y yo estemos juntos.

—Esta fantasía será como tú desees que sea, Olivia. Ninguna cuerda nos impedirá disfrutar de ella —dije decidido a cumplir el sueño de esa noche, en el que no sólo anhelaba su cuerpo, sino también su corazón—. Quiero devorarte, así que súbete encima de mí y agárrate al cabecero, porque tengo mucha hambre...

Ella se sonrojó deliciosamente ante mí como nunca lo había hecho, y, obedeciendo mis deseos y cediendo a los suyos, colocó su sexo al alcance de mi boca y se agarró al cabecero de la cama. Mi ansiosa lengua la probó con sutiles roces que la hicieron gemir, para luego pasar a devorarla como había anhelado desde aquella primera noche que pasamos juntos. Mis ojos admiraban complacidos cómo el desnudo y excitado cuerpo de Olivia

comenzaba a perder el control, y, deseando aún más de ella, no pude evitar exigirle:

—Acaricia tus pechos como si fueran mis manos las que descendieran por tu piel y piensa en mí cada vez que te toques.

Ella dudó por unos instantes, pero las caricias de mi lengua se detuvieron hasta que Olivia se decidió a seguir con nuestra fantasía. No dejé de agasajarla lentamente, rozando poco a poco la parte más sensible de ella con la lengua mientras observaba cómo sus delicadas manos jugaban con sus pechos, acariciando, apretando y pellizcando levemente esos enhiestos pezones que deseé volver a degustar.

Sus manos fueron más allá y, tan atrevidas como si fueran las mías, una de ellas se deslizó hasta el húmedo vértice entre sus piernas. Hipnotizado, aparté la boca mientras ella alzaba las caderas para introducir uno de sus delicados dedos en su interior. Después, cuando añadió otro para marcar un ritmo que la hizo gemir mi nombre, yo no pude más y mi control se perdió por completo.

—Olivia, agárrate bien fuerte al cabecero porque voy a devorarte sin piedad —le advertí.

Y cuando ella apartó las manos para volver a agarrarse titubeante a la cama, yo pasé a probar su dulce miel con las ansias de un hombre hambriento. Mi atrevida lengua comenzó a acariciar su excitado clítoris con más intensidad, haciendo que ella se meciera lentamente en busca del ritmo más adecuado para su placer.

Pero para mí, que quería oírla gritar, no fue suficiente. Así que hundí mi lengua en ella, haciendo que sus caderas comenzaran a moverse contra mi boca. Cada vez que estaba cerca del orgasmo las caricias de mi lengua se apaciguaban sin concederle el placer que ella buscaba y Olivia agarraba más fuertemente el cabecero mientras maldecía mi nombre y me tentaba con su húmedo sexo.

Cuando mi lengua volvía a acariciarla despacio, ella mecía sus caderas contra mí buscando más implacablemente ese placer. Yo, con una maliciosa sonrisa, la castigaba con leves caricias que no eran suficientes. Al final, sus manos abandonaron el cabecero, y, cuando comenzó a acariciar con audacia sus pechos, ofreciéndome una imagen terriblemente excitante que avivaba mi pasión, mi lengua estableció un ritmo despiadado que ella siguió con las caderas hasta comenzar a convulsionar sobre mí, llegando al éxtasis hacia el que yo quería llevarla.

En el momento en que su primer orgasmo terminó, Olivia pensó que le concedería un descanso, pero no supo lo equivocada que estaba hasta que mi lengua volvió a moverse con impaciencia sobre su clítoris, uniendo los ecos de su anterior orgasmo con otro nuevo que la llevó a gritar mi nombre mientras se agarraba al cabecero de mi cama como yo le había aconsejado, dejando grabada en él su pasión.

—Y ahora ya puedes cabalgarme... —le susurré con malicia cuando le resultaba difícil seguir manteniendo esa precaria posición.

Olivia se deslizó temblorosa por mi cuerpo, rozando sus exuberantes senos contra mi piel. Y, cuando volvió a sentarse sobre mí, dirigió lentamente mi miembro hacia su interior. Pero, sabiendo lo que necesitaba, alcé las caderas y la sorprendí adentrándome en ella de una ruda embestida que la hizo gemir nuevamente de deseo.

Sin la posibilidad de guiar sus caderas como yo quería, ambos nos dejamos guiar por los gritos de pasión del otro, y pronto establecimos nuestro propio ritmo en el que el placer era nuestro único propósito. Ofreciéndome sus succulentos senos, yo los agasajé con mi boca y los torturé con mis dientes, disfrutando de las sonrosadas cumbres que primero mordisqueaba sutilmente para luego aplacar con las caricias de mi lengua.

Mi duro miembro se adentraba de forma implacable en ella, tan profundamente como me permitían esas ataduras que me imposibilitaban

agarrarla de las caderas para marcar un ritmo más apremiante para satisfacer nuestro deseo.

Sus uñas quedaron grabadas en mi pecho mientras me cabalgaba y mis caderas se alzaban una y otra vez, sorprendiéndola con furiosas embestidas que ella no dejó de buscar para tratar de igualarlas con el apasionado movimiento de su propio cuerpo, descendiendo una y otra vez sobre mí, buscando el éxtasis.

Cuando al fin encontramos la sincronización adecuada para nuestro encuentro, ambos nos dirigimos juntos hacia la cumbre del placer. Olivia gritó mi nombre mientras llegaba al clímax y yo, gritando el suyo, la acompañé.

Una vez que ella se derrumbó saciada sobre mi cuerpo, luciendo en su rostro una bella sonrisa, no pude evitar susurrarle maliciosamente al oído:

—¿Qué más tengo que hacer para cumplir tus fantasías?

—Dime que me quieres —me pidió mientras, por unos instantes, me miraba con anhelo, esperando que esas palabras salieran de mis labios.

A pesar de las veces que le había pedido una oportunidad, la miré sorprendido, sin saber qué decir ante ese ruego, porque yo nunca había amado a nadie. Sin embargo, aunque esas palabras no salieran de mi boca, mi alterado y acelerado corazón me señalaba que ese sentimiento que ella me reclamaba comenzaba a crecer en mi interior.

Ante mi falta de reacción, Olivia desvió la mirada de mí con desilusión y se acurrucó sobre mi pecho.

—Ni siquiera en mis fantasías puede amarme alguien... —susurró desolada, haciéndome notar la humedad de sus lágrimas en mi pecho—. ¿Por qué nadie me conoce de verdad? ¿Y por qué, cuando alguien lo hace, no me quiere? —la oí decir mientras mi corazón se rompía ante su dolor. Y fue entonces cuando deseé protegerla de todo el que le hiciera daño, incluido yo.

—Yo te quiero, mi dama salvaje... —le confesé reclamando las dos partes de esa mujer, tan únicas que muy pocos llegaban a apreciarlas.

Mis palabras parecieron ser las acertadas, ya que sus lágrimas cesaron y Olivia cedió ante el sueño con una sonrisa en los labios, sin aclararme si ella sabía que lo que había comenzado a albergar mi corazón era amor o si creía que mis palabras no eran más que una parte de esa irreal fantasía en la que había convertido nuestro encuentro de esa noche.

Capítulo 11

—¡Dios mío! ¡Cómo me duele la cabeza! —protestó Olivia. Y mientras tanteaba con los ojos cerrados en busca de una almohada con la que cubrir su rostro de los primeros rayos del sol que entraban por la ventana, dio con otra cosa que, por el tacto, dedujo que no era una almohada.

—¿Has averiguado ya lo que es o quieres seguir tocando? Te lo pregunto porque se está animando, y, como sigo atado, deberás ser tú la que tenga que hacer todo el trabajo de nuevo.

—¡Dios! ¡Que no me haya acostado otra vez con el vaquero! Dime que no me he acostado otra vez con él, por favor, que no sea el vaquero... —comenzó a susurrar al reconocer esa presuntuosa voz, queriendo negar la realidad. Pero cuando abrió los ojos ésta la recibió, más firme que nunca.

—Sí, te has vuelto a acostar conmigo —declaró Jacob con una burlona y satisfecha sonrisa en el rostro a pesar de su precaria situación—. Creo que suele ocurrirte cada vez que te emborrachas, así que... ¿cuándo quieres tener tu próxima «noche de chicos»?

—¡Te has aprovechado de mí! —exclamó ella indignada mientras golpeaba al hombre que se había metido en su cama.

—No, princesa, por la situación en la que me encuentro podemos afirmar sin ninguna duda que has sido tú la que se ha aprovechado de mí esta noche —anunció Jacob mientras tiraba levemente de sus ataduras para que se enfrentara a la realidad.

—Creí que era una fantasía... —musitó Olivia con un hilo de voz, ya no tan segura de sus recriminaciones como antes. A continuación, se metió

debajo de las sábanas mientras se hacía un ovillo e intentaba huir de su vergüenza.

—¡Ah, sí! ¡Y qué fantasía! —se regodeó Jacob con satisfacción.

—¡Maldita sea! Si hice todo eso fue porque pensaba que era un sueño. Que fueras tú no tuvo nada que ver...

—¿Podrías dejar de esconderte debajo de las sábanas? Te lo digo porque quiero comprobar si te atreves a mirarme a los ojos mientras me mientes con tanto descaro.

—¡Yo no miento! —gritó ella saliendo de su escondrijo. No obstante, su mirada se desvió de la de Jacob—. ¿Qué querías que pensara cuando te metiste en mi cama desnudo y atado de esa manera?

—Siento decepcionarte, pero yo no me metí en tu cama, princesa: lo hicieron mis hermanos para gastarme algún tipo de broma. Aunque no puedo negar que he perseguido durante semanas acabar aquí, nunca lo habría hecho atado, ya que mis manos han echado mucho de menos tocar tu suave piel.

—Esto es un error —dijo Olivia mientras, enrollando una de las sábanas sobre su cuerpo, comenzaba a caminar nerviosamente por la habitación—. Un error que, por nada del mundo, se volverá a repetir.

—Tengo una botella de tequila que no me importaría compartir contigo. Sobre todo cuando sé cómo acabaría la noche...

—¡Escúchame bien, Jacob Walter: por nada del mundo pienso volver a meterme en una cama contigo y...!

Las palabras con las que Olivia pretendía advertir a ese hombre para que se alejara de ella murieron en sus labios en cuanto oyó un escándalo proveniente del exterior, donde la desagradable y chillona voz de una mujer exigía la presencia de Jacob.

—¿Cómo que Jacob no puede verme?!

Molesta con los desagradables gritos de la desconocida que lo reclamaba, Olivia estuvo más que dispuesta a representar el papel que él le

había dado en su vida y espantar a la persona que se encontraba detrás de esa puerta, una víbora que Jacob le había advertido que lo perseguía sin descanso. Olivia se metió rápidamente en la cama que había jurado no volver a compartir con él y tuvo que aguantar la complacida sonrisa de ese hombre mientras éste le recordaba burlonamente:

—¿Qué decías de no volver a meterte en la cama conmigo?

—Si quieres que te ayude a deshacerte de esa lapa, más vale que te comportes. Por cierto, debo decirte que tu hermano tenía un gusto pésimo para las mujeres —señaló ella tras oír los persistentes gritos y las exigencias de esa arpía.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo en eso, pero puedo asegurarte que no todos los hermanos Walter somos tan pésimos eligiendo a nuestra pareja —repuso él mientras la recorría de arriba abajo con una de sus intensas miradas.

—Yo sólo soy tu esposa temporal, la mujer que elegiste después de una borrachera. Aunque por el bien de tu reputación fingiré lo contrario mientras esa víbora chillona te persiga. Y ahora será mejor que tapemos tus encantos antes de que comience el espectáculo —anunció Olivia, consiguiendo que Jacob se riera a pesar de su terrible situación cuando ella se limitó a utilizar su sombrero para tapar una parte en concreto de su persona que aún lamentaba la inoportuna interrupción de Francesca.

—¿Se puede saber qué es eso tan importante que está haciendo en estos momentos Jacob para no poder hablar conmigo?! —gritó una vez más la molesta mujer. Y en esta ocasión ninguno de los hermanos Walter pudo impedir que abriera la puerta del cuarto.

Decidida a escandalizar un poco más a la arpía que se había quedado boquiabierta ante la escandalosa escena que encontró ante ella, Olivia se levantó de la cama. Y, enrollando la sábana en torno a su cuerpo como si de una diosa se tratase, se dirigió hacia la intrusa para dejarle claro cuál era su lugar en esa casa.

—Esa cosa tan importante que tiene que hacer Jacob en estos instantes es acostarse conmigo, ¿tienes algún problema? —dijo Olivia, enfrentándose a esa irritante persona que, con su melena rubia, sus avariciosos ojos azules y su cuerpo lleno de tentadoras curvas se creía mejor que ella. Pero ¿para qué estaba allí Olivia si no era para sacarla de su presuntuoso error?

—Recuerdo que, la última vez que abandoné tu cama, ésos no eran tus gustos, Jacob. ¿Qué te ha pasado? ¿Has tenido que inventar alguna perversión para animarte? —manifestó Francesca, dispuesta a meter cizaña entre la pareja.

Y cuando él se disponía a contestarle a la víbora, Olivia se anticipó, sorprendiéndolos a todos con su contestación:

—Son los míos. Me gustan los hombres atados, calladitos y obedientes. Y ahora, si me haces el favor de marcharte por donde has venido, continuaré con el pertinente adiestramiento de Jacob.

—¿Y se puede saber quién eres tú? —inquirió Francesca mirándola despectivamente.

—¡Oh, es cierto! No me he presentado... Perdón por mostrarme tan grosera, no suelo olvidar tan fácilmente mis modales, pero cuando alguien ignora deliberadamente las más elementales normas de cortesía mientras entra en mi habitación sin ni siquiera llamar a la puerta yo suelo responder de la misma manera. Soy Olivia, hasta hace poco me apellidaba Lowell, pero ahora mi apellido es Walter... ¿Y usted es...? ¡Oh! ¡Espere, ya lo sé! Es la grosera mujer que nos ha interrumpido a mi marido y a mí cuando nos encontrábamos en lo mejor...

—¿Te has casado?! —preguntó Francesca alterada y atónita mientras señalaba a Jacob. Algo a lo que el aludido sólo contestó con unas estruendosas carcajadas—. ¿Se ha casado? —preguntó la mujer con desesperación a los demás hermanos Walter que se encontraban presenciando el espectáculo.

Will, Clay y Jayden se limitaron a encogerse de hombros.

—Sí. Y lo ha hecho con la mejor —anunció Olivia.

Y, mientras pasaba junto a Francesca en dirección a la puerta, no pudo evitar golpearla en toda la cara con su hermosa melena morena. En cuanto llegó junto a la puerta, Olivia le señaló la salida a la mujer mientras Jacob contemplaba su actuación con una sonrisa satisfecha.

—Esto no va a quedar así... —comenzó a decir Francesca indignada—. ¡Que sepas que yo también soy miembro de esta familia y que me metí en la cama de Jacob mucho antes que tú...! —prosiguió la irritante mujer, hasta que la puerta se cerró justo delante de sus narices cortando de lleno su discurso mientras una voz más impertinente que la suya le replicaba:

—Cuéntaselo a quien le interese.

Tanto Jacob como los demás hermanos Walter, que se encontraban en la habitación, fueron incapaces de aguantar sus carcajadas. Hasta que los reprobadores ojos azules de Olivia los reprendieron a todos.

—Te has olvidado de dejar fuera de la habitación a mis hermanos para que podamos seguir disfrutando de nuestra luna de miel, querida —bromeó Jacob intentando provocarla. Un reto que, como siempre, Olivia aceptó.

—No, no me he olvidado. Es que quería probar lo que es una orgía... —anunció despreocupadamente ella. Hasta que se dio cuenta de que con sus palabras sólo había conseguido que Jacob mirara airadamente desde la cama a sus hermanos cuando Clay comenzó a desabrocharse la camisa. Así que, tras proferir un resignado suspiro, se preparó mentalmente de nuevo para tratar con esos problemáticos hombres—. Bueno, definitivamente, no habrá orgía, ya que tengo mucho trabajo. Así que lo mejor será que desatéis a vuestro hermano antes de que regrese la víbora. ¡Ah! Y, la próxima vez que queráis vengaros de Jacob, podríais hacer algo con lo que no puedan tacharme a mí de pervertida —sugirió Olivia antes de entrar en el baño con su ropa, tratando de alejarse de esa familia que sólo sabía meterla en problemas, de los que el más preocupante de todos, por ahora, sería cómo

compartir de nuevo la cama de ese hombre sin caer en la tentación de volver a acostarse con él.

* * *

Gillian no sabía qué pensar de la mujer con la que su tío Jacob había acabado casándose. Al principio, nada más observar su refinado aspecto y sus presumidos modales, había pensado que era una de esas cazafortunas que iban detrás del dinero de los Walter, una mujer demasiado parecida a su madre como para que llegara a gustarle. Posteriormente, cuando Olivia le demostró que tenía mucho más dinero que su tío Jacob, pasó a pensar que era una niña mimada que tiraba el dinero de sus padres sin haber dado un palo al agua en la vida. Por ese motivo, cuando le anunció que era la nueva veterinaria del rancho, Gillian se lo tomó a risa..., hasta que se comprometió a ayudarla y Olivia la levantó todos los días a las cinco de la mañana para comenzar su recorrido por el lugar.

A lo largo de las siguientes semanas, la chica había aprendido que Olivia, pese a su fachada frívola y despreocupada, era una mujer a la que no le importaba lo más mínimo ensuciarse las manos cuando el trabajo lo requería. Era paciente respondiendo a todas las preocupaciones de los rancheros o a sus curiosas preguntas, y cuando terminaba de revisar al ganado, no le molestaba ayudar a los trabajadores a limpiar las cuadras o a alimentar a las reses.

Olivia adoraba a los animales, siempre tenía una voz tranquilizadora para ellos y, aunque su labor fuera extenuante y a menudo acabara llena de barro, suciedad y excrementos, en todo momento lucía una sonrisa en el rostro al terminar el día, demostrando cuánto le gustaba su empleo.

Con ella haciendo de las suyas, Gillian se encontró con que no se aburría por primera vez en mucho tiempo. Y, a pesar de las diferencias que había entre ambas, Gillian había hallado su lugar en el rancho, pues mientras sus

tíos siempre la apartaban a un lado cuando ella intentaba ayudarlos en su trabajo, Olivia le explicaba cómo debía hacer las cosas a la vez que la animaba a hacerlo por sí misma, convirtiéndola en alguien de provecho, en alguien necesario y útil, algo que Gillian siempre había buscado desde que su padre había muerto y ella comenzó a sentirse como una carga para todos, una que nadie quería en su camino.

Gillian no sabía si Olivia sería buena para la tranquilidad de su tío Jacob. De hecho, desde que ella estaba allí, su tío había comenzado a mostrar con mayor frecuencia un tic nervioso sobre su ceja. Pero también era cierto que sonreía mucho más, un gesto que Gillian apenas había visto después de que muriera su padre.

Ella tampoco comprendía cómo eran las cosas en esa extraña pareja, en la que Olivia aseguraba querer separarse de Jacob pero lo buscaba a cada instante con la mirada mientras él afirmaba que no la amaba, pero no podía dejar de gruñirle a todo aquel que se aproximara a ella. Gillian sólo tenía una cosa clara, y era que si su madre aparecía se avecinarían problemas para la pareja. Y eso era algo que la adolescente quería evitar, sobre todo cuando esos problemas de una manera u otra al final acabarían afectándola a ella.

—Te has acostado con mi tío, ¿verdad? —le preguntó impertinentemente a Olivia esa mañana, después de escuchar los rumores de la casa mientras la ayudaba en la clínica.

—Hum... —murmuró ella, intentando esquivar la cuestión mientras se centraba en su trabajo.

Pero Gillian era demasiado insistente en lo referente a sus tíos como para que nadie pudiera tratar de esquivarla.

—¿Sí o no?

—Aún estoy pensando qué contestar. Ayer fue una noche muy movidita, y esta mañana, ni te cuento...

—Yo creo que sí te has acostado con él, ya que la bruja está de un humor de mil demonios por tu culpa y soy yo quien tiene que aguantarla —confesó Gillian, sin dejar entrever el dolor que sentía ante el hecho de que las primeras palabras que le dirigía su madre, a la que no veía desde hacía varias semanas, fueran unos gritos a causa de una situación de la que ella no era responsable.

—No veo por qué razón debería poner de mal humor a tu madre que me acueste o no con mi marido.

—Pues es fácil: porque mi madre quiere ocupar tu lugar en esa cama. Que tú estés ahí le molesta —dijo Gillian, sin importarle desvelar las intenciones de su madre, ya que ella nunca había estado de acuerdo con ello.

—Pero tu tío no la quiere allí.

—Sí, tío Jacob es bastante listo y tiene un buen gusto con respecto a las mujeres. O por lo menos eso era lo que pensaba hasta que me enteré de que se casó contigo. No sé en qué estaría pensando en esos momentos —declaró Gillian, reticente todavía a mostrar que, poco a poco, estaba aceptando a esa mujer que ya no le caía tan mal como al principio.

—Creo que ninguno de los dos pensaba demasiado en esos instantes, ya que ambos estábamos borrachos como una cuba —respondió Olivia sin sentirse ofendida por la afilada lengua de Gillian, a la que ya estaba acostumbrada.

—¿Crees que lograrás espantar a mi madre? —preguntó Gillian mientras acariciaba distraídamente a *Toby*, el perro de uno de los rancheros, el primer animal que había ayudado a curar cuando éste quedó atrapado en una zanja. Y, mientras lo hacía, intentaba aparentar que la respuesta de Olivia no le interesaba.

—No te preocupes por mí, soy capaz de ofender hasta al mismísimo diablo si me lo propongo. Estaré preparada para todo lo que haya planeado tu madre.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque sé cómo piensan las mujeres como ella y estoy prevenida para cada una de sus artimañas, ya que yo puedo ser mucho peor.

—¿Gillian? ¿Gillian? ¿Dónde estás? —gritó una chillona voz que la chica no tardó en reconocer.

Y, mientras cerraba los ojos, resignada a ser perseguida una vez más por las quejas de su madre, Gillian alzó irónicamente una ceja hacia la confiada mujer que creía ser capaz de poder con su irritante madre y preguntó algo escéptica mientras Francesca entraba por la puerta:

—¿Tú crees?

Una cuestión a la que Olivia contestó con una ladina sonrisa. Y, apoyando una mano sobre uno de los hombros de Gillian, le dio ánimos mientras iba a recibir a su invitada. Por su parte, la muchacha se preparó para contemplar un nuevo escándalo de los que era capaz esa mujer cuando alguien la provocaba.

* * *

Que esa irritante mujer hubiera irrumpido esa mañana en mi habitación me había molestado, aunque en parte se lo agradecí porque, gracias a ello, me había evitado mantener una conversación más profunda con Jacob acerca de lo ocurrido esa noche. Pero que esa víbora se atreviera a invadir mi espacio de trabajo era algo que no estaba dispuesta a permitir: ése era mi territorio, mi lugar de descanso, mi paraíso privado, mi vía de escape cuando mi mente estaba tan confusa que necesitaba despejarse de alguna manera y, en vez de pensar, me limitaba a hacer lo que siempre había hecho desde pequeña junto a mi padre: cuidar de los animales, a los que adoraba.

—Gillian, ¿qué haces aquí? —preguntó Francesca, mirando a su hija desdeñosamente y lo que yo hacía con desprecio, algo que no pensaba permitir.

—Está trabajando —respondí con seriedad, poniéndome entre ella y su hija para que Gillian no notara esos ojos de desprecio que nunca debía exhibir una madre—. Me ayuda a cuidar los animales de la clínica y a revisar las reses del rancho.

—Ah... —dijo ella, fijándose por primera vez en que tanto Gillian como yo estábamos vestidas con un uniforme azul adecuado para nuestra labor en la clínica. Un uniforme que Jacob nos había comprado y que ella miró con aversión—. ¿Y desde cuándo te gusta trabajar, Gillian? —se burló esa mujer, sin valorar en absoluto el esfuerzo de su hija—. Bueno, no importa. Sea cual sea tu trabajo, sólo eres una niña, así que lo que ganes en esta clínica me pertenece —añadió haciéndome arder de furia e indignación por querer hacerse con el dinero de su hija, seguramente con la intención de pagarse algún caro capricho.

Cuando Gillian fue a abrir la boca para decirle a su madre que yo no le pagaba o, por lo menos, que no lo hacía como ella pensaba, ya que el anillo que Gillian quería estaba guardado a buen recaudo en mi armario, le hice un discreto gesto con una mano para que guardara silencio y, decidida a darle a esa mujer lo que se merecía, anuncié alegremente mientras me dirigía a la habitación de las jaulas.

—¡Claro, ahora mismo te pago!

Cuando volví, la avariciosa Francesca extendió una mano complacida al tiempo que aguardaba con una sonrisa victoriosa a que depositara sobre ella un cheque o algún billete. Pero cuando le di su pago, no fue para nada lo que esperaba, por lo que comenzó a protestar.

—¡¿Qué es esto?! —estalló Francesca indignada, haciendo que sus gritos resonaran por todo el lugar.

—Es mierda, mamá —contestó Gillian, perdiendo por unos instantes la tristeza que había mostrado hasta ese momento mientras no podía evitar burlarse de su madre—. Concretamente, heces de perro.

—¿Qué demonios significa esto? —me exigió a continuación la irritante mujer después de tirar al suelo el «pago» que le había dado, a la vez que se frotaba las manos en el lavabo con desesperación.

Yo, por mi parte, me quité los guantes. Y, tras desecharlos en una de las papeleras, le expliqué con tranquilidad y sin dejarme alterar por sus gritos:

—Lo que gana Gillian con su trabajo es experiencia, así que, como tú querías un poco de ella, no he podido evitar dártela. Si deseas un poco más, las jaulas de la parte de atrás necesitan una buena limpieza.

—¿Quién te crees que eres para hacerme esto?

—¿En estos instantes? Solamente la veterinaria del rancho. De modo que, si no necesitas una vacuna antirrábica o una desparasitación, ahí tienes la puerta.

—¡Esto no va a quedar así! —gritó esa histérica, resistiéndose aún a salir de mi clínica; así que, dispuesta a proporcionarle un tratamiento adecuado, pedí ayuda a mi asistente, que en esos momentos trataba de aguantarse la risa.

—¡Gillian, tráeme el bozal más grande que tenemos!

Ante esa amenaza, Francesca al fin pareció captar la indirecta de que ése era mi territorio y decidió salir por la puerta. No obstante, yo la seguí con la mirada mientras jugaba con el bozal entre las manos, muy dispuesta a utilizarlo si volvía a tocarme las narices.

Cuando finalmente desapareció de nuestra vista, Gillian volvió a sonreír a gusto. Incluso se permitió alguna que otra carcajada y, para mi asombro, declaró dándome una muestra de su apoyo:

—Definitivamente, tú eres mucho peor.

* * *

Mientras Jacob revisaba el libro de cuentas intentando no pensar en la atrevida mujer que se negaba a compartir su cama, otra que no tenía ningún

problema para intentar meterse en ella, y con la que siempre trataría de mantener las distancias, apareció en su despacho.

—¡Quiero a esa mujer fuera de mi rancho! —exigió Francesca abriendo teatralmente la puerta sin molestarse siquiera en llamar.

—Espero que por «esa mujer» no te refieras a mi esposa y que por «mi rancho» no te refieras a esta propiedad, ya que no es tuya, Francesca: este rancho pertenece a todos y cada uno de los hermanos Walter, y tú, o, mejor dicho, tu hija sólo tiene una parte de este lugar. Una parte que, tal y como dejó recogido mi hermano en su testamento, yo administraré hasta que Gillian sea mayor de edad —replicó Jacob mientras intentaba ignorar su berrinche y seguir revisando sus papeles.

—¿Es que no te das cuenta de que esa mujer sólo es una intrusa que va detrás de tu dinero y que quiere sacarte todo lo que pueda sin importarle arruinar este lugar? —inquirió Francesca, haciendo que Jacob alzara una ceja con ironía ante la mujer que, precisamente, había hecho eso mismo con su hermano hasta llevarlo a la perdición.

—Para tu información, Olivia no está conmigo por mi dinero, ya que ella tiene mucho más que yo.

—No veo ninguna otra razón por la que una mujer como ella accedería a perderse en este mugriento y recóndito lugar que no sea el dinero.

—Claro que no lo ves, pero Olivia no es como tú —declaró Jacob enfadado, dándose cuenta del gran error que había cometido cuando la conoció y la juzgó tan precipitadamente como hacía ahora Francesca.

—No sé por qué has tenido que ir en busca de una mujer si aquí tenías una tan cerca... —manifestó Francesca mientras se sentaba insinuantemente sobre la mesa, tratando que Jacob desviara los ojos de los documentos hacia ella, lo cual no consiguió.

—¿Me creerías si te dijera que me he enamorado?

—¡¿Tú, enamorado?! ¡Vamos, Jacob! ¡No me hagas reír! —exclamó Francesca burlona—. Y, además, de ese tipo de chica en vez de una buena

pueblerina que cumpla con todos tus estrictos estándares..., eso es simplemente imposible. Tan imposible como que te hayas casado con ella.

—No obstante, lo he hecho, Francesca. Y, lo quieras creer o no, Olivia es mi mujer —declaró molesto con las burlas de Francesca porque, aunque ni él mismo podía llegar a comprenderlo, finalmente se había enamorado, y lo había hecho de una mujer con la que tal vez nunca encajaría y, a pesar de ello, se negaba a dejarla marchar.

—Pero ¿cuánto tiempo durará ese matrimonio? —susurró Francesca en su oído, acercándose insinuante a él.

Jacob comprendió demasiado tarde que ésa había sido otra más de las artimañas de la mujer, ya que cualquiera que pasara por el pasillo podía verlos a través de la puerta abierta de su despacho en una posición que los haría parecer muy íntimos.

Cuando estaba a punto de reprenderla, sus palabras murieron en su boca, ya que la persona que menos habría deseado que contemplara esa escena apareció en la estancia y Francesca le sonrió maliciosamente mientras seguía manteniendo su atrevida posición encima de la mesa.

—¡Oh, querida! Siento que hayas tenido que presenciar esta lamentable situación... —comenzó a decir intentando meter cizaña entre ellos, algo que con Olivia no funcionó.

—Sí, la verdad es que creo que es muy lamentable tener que oír las banales quejas con las que, sin duda, has venido a molestar a mi marido reclamando su ayuda porque tú eres tan inútil que no puedes hacer nada por ti misma —replicó ella, apagando la sonrisa de esa víbora.

—¿Ah, sí? Pues como soy una inútil creo que me tomaré mi tiempo para contarle a Jacob todos y cada uno de mis problemas, así que tú eliges: puedes esperar fuera o sentarte aquí mientras hablo con él —dijo Francesca declarándole la guerra mientras le señalaba las sillas que se encontraban frente al escritorio, para luego ignorar su presencia mientras volvía a acercarse insinuante a Jacob.

Pero que alguien tratara de ignorarla era algo que Olivia nunca permitiría, así que, dejando atrás las sillas que ella le había indicado, se dirigió hacia Jacob y, girando el sillón que él ocupaba, los sorprendió a los dos tomando asiento en su regazo. Después, una vez sentada firmemente sobre él, hizo que éste rodeara su cintura con las manos. Finalmente, desde esa íntima posición que mostraba abiertamente cuál era su relación ante el anonadado rostro de esa arpía, anunció con aires de superioridad:

—Bueno, ahora que he tomado asiento, ya puedes comenzar con tus quejas.

—¡La quiero fuera de aquí! —exigió Francesca, más furiosa que nunca mientras señalaba impertinentemente a Olivia.

—Lo siento, pero estoy muy a gusto en este lugar y no pienso marcharme —repuso ella.

Y, sin especificar si «ese lugar» eran los brazos de Jacob o el rancho, se movió insinuantemente sobre su marido, provocando como respuesta de ese hombre una tonta sonrisa que mostraba lo complacido que se encontraba también él con la posición de Olivia.

Sabiendo que ningún hombre que luciera ese tipo de sonrisa se desharía de la mujer que la provocaba, Francesca cambió de táctica y decidió hacerle la vida imposible a esa mujer hasta que ella decidiera marcharse por sí misma.

—Ya que no quieres echarla, espero que la mantengas alejada de Gillian. No creo que sea una buena influencia para una joven e impresionable adolescente. Y, por supuesto, espero que su trabajo como ayudante cese de inmediato: mi hija no es una persona que deba ensuciarse las manos con ese tipo de labores desagradables.

Olivia se revolvió entre los brazos de Jacob dispuesta a saltar sobre esa víbora y sus despectivas palabras, pero las manos de él apretaron su cintura advirtiéndole que debía guardar silencio mientras Francesca continuaba.

—Jacob, si no sabes cómo cuidar adecuadamente de una adolescente, creo que tendré que llevármela conmigo —amenazó Francesca, haciendo que Jacob perdiera su sonrisa y se tensara, dispuesto a bailar una vez más al son de esa mujer por el bien de su sobrina.

—Hablaré de ello con Olivia. Ahora, si nos disculpas... —exigió Jacob con un tono serio que no permitía discusión, lo que hizo que finalmente Francesca se marchara de su despacho.

En cuanto ella hubo salido, Olivia se levantó furiosamente de su regazo y, enfrentándose beligerante a él, le advirtió antes de que dijera una palabra:

—¡No pienso prescindir de Gillian en mi clínica, así que olvídate de hacer lo que te dicte esa bruja!

—Las visitas de Francesca pueden traerme muchos problemas, Olivia, así que sólo la contento durante el tiempo que está aquí hasta que se aburre y vuelve a marcharse. Gillian se quedará en casa, y si tanto necesitas la ayuda, uno de mis hombres podrá encargarse de ello.

—Veo que no lo entiendes: no soy yo la que necesita a Gillian, sino que es ella quien necesita ese trabajo. Yo le he dado una tarea que hacer, un lugar que ocupar en este rancho, cosa que ni tú ni tus hermanos hacéis. Os limitáis a apartarla a un lado sin explicarle nada de lo que hacéis o de lo que hará ella un día cuando ocupe el lugar de su padre. La tratáis como a una niña cuando deberíais ver que está creciendo y convirtiéndose en una mujer. Así que, si quieres, puedes despedirme por no obedecerte porque mientras Gillian quiera seguir ayudándome en mi trabajo, yo no rechazaré su ayuda.

—No quiero que Francesca se lleve a mi sobrina lejos de nosotros y la convierta en una chica infeliz —dijo Jacob, mesando sus cabellos con frustración.

—¡Ah, qué bien! Y por eso permites que la haga infeliz ahora... —protestó ella con ironía.

—¿Cómo puedes creer que conoces tan bien a mi sobrina si tan sólo llevas unas pocas semanas en este rancho?

—Ésa no es la cuestión, Jacob, la verdadera pregunta que debes hacerte es ¿cómo es que la conoces tú tan poco siendo su tío? Te aconsejo que hables más con tu sobrina y que la escuches y, sobre todo, ¡que en vez de elegir por ella le preguntes qué es lo que quiere!

—¿Y qué es lo que quieres tú? ¿Por qué me ayudas? —inquirió él, preguntándose por qué había aceptado Olivia seguir interpretando el papel de su esposa a pesar de que siempre quisiera alejarse de él.

—Eso es algo que yo misma aún me estoy preguntando, Jacob —anunció Olivia antes de abandonar el despacho cerrando enérgicamente la puerta.

Después de salir, se percató de que Gillian la había seguido hasta allí y la esperaba apoyada en una de las paredes del pasillo.

—¿Ha conseguido ya mi madre que me despidas? —preguntó la chica resignada, haciéndole saber que había oído parte de la conversación.

—Tu madre ha sacado las garras, pero yo aún estoy afilando las mías. Así que, mientras quieras ese anillo, deberás seguir viniendo a trabajar sin falta todos los días —respondió Olivia, dándole una excusa a Gillian para aceptar seguir haciendo lo que le gustaba.

—Aún me pregunto si ese anillo vale la pena... —protestó ella, aunque sus palabras no engañaron a nadie cuando en su rostro apareció una gran sonrisa, mostrándole a Olivia que lo que había comenzado como una obligación finalmente había terminado por convertirse en una oportunidad para que se probara a sí misma.

Capítulo 12

Durante toda la tarde intenté sumergirme en mis papeles y en las responsabilidades de mi trabajo, pero las palabras que me había dicho Olivia acudían a mi mente a la menor oportunidad. ¿De verdad estaba convirtiendo a mi sobrina en una chica infeliz? ¿Realmente la estaba alejando de nosotros o negándole un lugar en esa casa?

Yo sólo quería que disfrutara de una vida sin preocupaciones, sin las responsabilidades que tanto habían agobiado a mi hermano Evan y que ahora me asfixiaban a mí. Pero, por lo visto, alejarla de todas las responsabilidades no era la mejor opción.

La impertinente pregunta que me había hecho Olivia cuestionando si alguna vez le había preguntado a mi sobrina acerca de lo que quería hacer me llevó a recordar el momento en el que Gillian había llegado al rancho dos años antes. Aquella pequeña que acababa de perder a su padre mostraba una enorme curiosidad que la llevó a hacer montones de preguntas, preguntas que ni mis hermanos ni yo contestamos mientras le asegurábamos que jamás tendría que preocuparse por nada.

La débil sonrisa que había lucido en un principio fue apagándose, hasta dar lugar a una adolescente huraña y silenciosa con la que ninguno de nosotros sabía tratar. Ahora me preguntaba si mis hermanos y yo no éramos culpables de ese cambio.

Decidido a averiguar si Olivia tenía razón, llamé a mis hermanos y a Gillian para que se reunieran en mi despacho. Y, cuando estuvimos todos

reunidos en esa habitación, fijando mis ojos sobre mi sobrina, le pregunté, por primera vez en dos años:

—Gillian, ¿qué es lo que quieres hacer en nuestro rancho?

Mis hermanos comenzaron a alzarse en protestas, aludiendo a que con quince años nuestra sobrina solamente era una niña. Pero yo los acallé con un gesto de la mano mientras mis ojos buscaban los de ella. Gillian me devolvió una firme mirada y, tras susurrar un leve «¡Por fin!» que me confirmaba que había tardado mucho tiempo en preguntarle, comenzó a explicarme quién quería ser y qué lugar deseaba ocupar en esa casa.

—No quiero que me alejes de las tareas de la clínica sólo porque mi madre se ha cabreado con Olivia, tío Jacob. Me gusta mucho ayudar a Olivia y quiero seguir haciéndolo, pero también quiero aprender lo que hacéis cada uno de vosotros en el rancho. Y también lo que hacía mi padre. ¡Quiero aprender tanto como pueda y, tal vez, algún día pueda llegar a tener un lugar aquí!

—Ya tienes un lugar aquí, Gillian —repuse apenado porque Olivia tuviera razón y mi sobrina no se sintiera parte de nuestra familia.

—Sí, lo tengo: soy la molesta carga que siempre atrae a esa arpía de vuelta a vuestro hogar haciéndoos la vida imposible —manifestó ella tristemente sin poder impedir que se le escapara un sollozo.

—¡Por Dios, Gillian! ¡Tú nunca has sido una carga para nosotros! —exclamó el serio Will mientras pasaba a abrazar a nuestra desconsolada sobrina. Sus lágrimas hicieron que cada uno de nosotros se le acercara para dejarle claro que ella siempre ocuparía un lugar en nuestro hogar y en nuestros corazones porque, simple y llanamente, era nuestra pequeña.

—Pero mi madre sólo viene aquí porque yo estoy viviendo con vosotros, y... ¿por qué nadie me quiere? —continuó Gillian desgarradoramente, llevándome a recordar las lágrimas derramadas por otra mujer que usó un argumento parecido ante mí y haciéndome entender por qué motivo había comprendido Olivia tan bien lo que necesitaba mi sobrina.

—No: tu madre viene aquí porque yo me niego a que te vayas con ella. Te queremos, Gillian, y deseamos que te quedes con nosotros. Pero debes comprender que ninguno de nosotros ha sido padre y tal vez hemos cometido y cometeremos muchos errores, el primero de ellos, no preguntarte lo que tú quieres.

—¡Quiero quedarme aquí, tío Jacob! Pero quiero hacer algo, no permanecer sola en esta enorme casa sin nada que hacer mientras todos trabajáis sin descanso.

—Deberíamos haber recordado que los Walter somos demasiado activos como para quedarnos sin hacer nada. Eso nos genera mucha frustración —opinó Clay mientras su sobrina pasaba a sus brazos.

—Sí, es digna hija de su padre —declaró Jayden, arrebatándosela de entre los brazos a Clay para darle un fuerte abrazo y un cariñoso beso en la cabeza.

—Eres una Walter, cariño, y siempre tendrás un lugar en esta casa. Eres nuestra sobrina, y por ello siempre tendrás un sitio en esta familia, y también eres Gillian, la niña a la que hemos visto crecer y a la que todos adoramos, y, por ello siempre tendrás un lugar en nuestros corazones —le dije recordándole cuál era el lugar que había ocupado desde que nació.

En esta ocasión fue Gillian la que corrió hacia mis brazos y yo la acogí fuertemente, mostrándole cuánto la quería.

—Desde mañana, y hasta que terminen las vacaciones de verano, compaginarás los trabajos de la clínica con otras tareas del rancho. Cada día acompañarás a uno de nosotros en su trabajo para aprender lo que hacemos. ¿Te parece bien? —le propuse, una decisión con la que mis hermanos estuvieron de acuerdo.

—Pero mi madre... —replicó Gillian.

—No te preocupes por eso, déjalo en mis manos. Francesca no es algo que no pueda manejar —dije evitando mencionarle a mi sobrina que tratar con esa conflictiva mujer sin duda me traería más de un quebradero de

cabeza. No obstante, eso era algo que estaba dispuesto a soportar con tal de conseguir la felicidad de Gillian.

—Tío Jacob, el matrimonio te sienta bien —señaló Gillian con una sonrisa, haciéndome saber que sospechaba quién era la persona que me había hecho recapacitar sobre su situación—. Deberías seguir casado —añadió, advirtiéndome que no dejara escapar a esa mujer, algo que yo no pensaba hacer por nada del mundo.

—No te preocupes: ésa es mi idea —le respondí con una sonrisa ladina.

—¿Y cómo piensas retenerla a tu lado? —preguntaron mis hermanos, curiosos.

Me negaba a contestar a esa cuestión mientras una menor siguiera presente en la habitación, así que, simplemente, les dediqué una sonrisa lobuna al tiempo que repasaba en mi mente un montón de placenteras alternativas con las que podía convencer a Olivia para que siguiera siendo mi esposa.

* * *

—Por más que me enseñes esas cuerdas, Jacob, no vas a convencerme para ocupar esta cama. Así que ve haciéndote a la idea de que vas a dormir en el suelo —afirmé furiosa con un hombre con el que tenía que compartir la habitación y que se había traído esas cuerdas para tocarme las narices recordándome lo débil que había sido la noche anterior al ceder a mis deseos.

—Vale. ¿Y qué tal con esto? —insistió Jacob, mostrándome una botella de tequila que había mantenido oculta a la espalda.

—¡Menos aún! —exclamé furiosa, apresurándome a arrebatarme la botella para encerrarme con ella en el baño.

Una vez allí, la abrí y le di un fuerte trago mientras me preparaba para lo que tenía que hacer. A continuación, tras desvestirme, me puse la

indumentaria adecuada para esa noche. Después, al tiempo que me dedicaba a contemplar mi propia imagen en el espejo, me pregunté a mí misma:

—¿Por qué llegas tan lejos por ese hombre, Olivia?

Y, como respuesta, alcé los hombros sin saber por qué hacía todo lo posible por alejar de Jacob a todas las mujeres y utilizaba como excusa para justificarlo que eso era lo que él me había pedido al hacerme representar el papel de su esposa.

—Tal vez porque me gustaría representar de verdad el papel que él me ha dado en su vida, pero éste sólo encajaría si estuviéramos enamorados... —repuse soñadoramente a mi reflejo, y luego, volviendo a la realidad, oculté mi divina imagen bajo una burda camiseta, miré mi reloj y abrí la puerta a la vez que me preparaba mentalmente para el espectáculo que la víbora de Francesca seguramente traería a mi puerta esa noche. Uno para el que, definitivamente, yo estaba más que preparada.

Cuando salí del cuarto de baño, me encontré con Jacob murmurando sus protestas mientras preparaba un improvisado lecho en el suelo. Yo lo dejé hacer hasta que oí unos repentinos toques en la puerta. Como había llegado el momento que estaba esperando, deshice el trabajo de Jacob de una patada y lo escondí todo debajo de la cama. Luego me quité la camiseta que llevaba y la oculté también.

Al comprobar la respuesta de Jacob, que se quedó sin habla al observar mi atrevido y sexy conjunto, supe que mi indumentaria para recibir a nuestra inoportuna visita era la adecuada.

—Lo sé: estoy divina —le dije mientras me paseaba por la habitación, provocando que Jacob se pasara nerviosamente las manos por el rostro y se mordiera un puño mientras se preguntaba cómo podría mantener las manos alejadas de mí esa noche.

Un corsé transparente de color carne con bordados que tapaban estratégicamente mis senos a la vez que los realzaban insinuantemente se ceñía a mis curvas, acompañado de un provocativo tanga del mismo color.

El pícaro conjunto me hacía parecer una chica bastante indecente, más aún cuando la elegante y sexy lencería iba acompañada por unos altos tacones negros de aguja.

Cuando volví a oír unos leves toques en la puerta, una interrupción para la que me había vestido adecuadamente, puse fin al sufrimiento de Jacob al ordenarle:

—A la cama.

Él, como cualquier hombre en su situación, se tomó mi frase como una invitación y comenzó a desnudarse, así que, mientras pasaba por su lado, tuve que darle un empujoncito para que cayera sobre el colchón y no entorpeciera mi brillante actuación.

En cuanto abrí la puerta, me encontré con la víbora de Francesca, que me esperaba luciendo un incitante salto de cama de un chillón tono rojo algo vulgar, apenas tapado por un batín a juego. Para su desgracia, el mío era mucho más pecaminoso y tentador. Y mucho más caro, dicho sea de paso.

—No sé qué has venido a ofrecerle a mi esposo esta noche —comencé dejándole entrever el cuerpo semidesnudo de Jacob en nuestra cama—, pero todo lo que tú puedas pretender darle ya se lo doy yo. ¡Ah, y por cierto! Yo sólo uso las mejores marcas —concluí mientras la recorría de arriba abajo con la mirada, dejándola por los suelos.

Pero eso era lo menos que se merecía esa mujer que había intentado hacer lo mismo conmigo, al suponer que una mujer tan atareada como yo apenas tendría tiempo o ropa adecuada para arreglarse de un modo tan insinuante como ella. Luego, mientras Francesca aún se preguntaba cómo su plan podía haber fracasado tan estrepitosamente, me limité a soltar la puerta y la cerré en sus narices, dándole así la respuesta de que su plan había fallado, simple y llanamente, porque yo estaba allí.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jacob confuso, y más todavía cuando me vio ponerme de nuevo una camiseta que me llegaba hasta las rodillas, acabando de lleno con toda su diversión.

—Que Francesca ha venido a tu habitación con una indumentaria escandalosa y la intención de que nos comparases y yo saliera perdiendo. Por supuesto, estaba preparada para esa jugada y la que ha salido perdiendo en esa comparación ha sido ella, porque yo siempre estaré divina.

—¿Y eso cuándo ha ocurrido? —preguntó Jacob, mostrándome dónde había estado su mente mientras yo tenía un enfrentamiento con la víbora.

—Hace un momento, mientras tú intentabas quitarte los pantalones, Jacob —repuse.

Y, tras meterme en el baño otra vez, bastante molesta con ese hombre, me cambié de ropa y salí vestida con una vieja y holgada camiseta y unos pantalones cortos, dejándole claro que ninguna de sus calenturientas ideas tendrían lugar esa noche. Pero, por si acaso le quedaba alguna duda, le señalé a Jacob su lugar, pues éste no había perdido el tiempo para meterse en mi cama.

—Al suelo.

Refunfuñando de nuevo, Jacob salió de la cama. Esta vez fui yo la que se quedó sin palabras cuando él pasó por mi lado desnudo. Y, mientras lo hacía, susurró tentadoramente en mi oído:

—Te pongas lo que te pongas seguiré deseándote, solamente porque eres tú.

Entonces me sentí tentada de ceder ante él, sobre todo cuando se paseaba por la habitación mostrándome tan abiertamente sus encantos. Pero al final, recordando cómo era nuestra situación, corrí hacia la cama y me escondí debajo de las mantas, apagué la luz y le di la espalda a la tentación, sin recordar que ésta era capaz de perseguirme allá donde yo fuera.

* * *

—Olivia, ¿estás dormida? —preguntó Jacob desde el frío suelo, incapaz de conciliar el sueño por tener tan cerca a la mujer que deseaba.

—Sí —contestó ella con un tono de reprimenda que no lo hizo desistir de su empeño de hablar con ella.

—¿Sabes? Tú tenías razón —dijo él. Por lo visto, esas eran las palabras mágicas para que ella dejara de darle la espalda y se volviera en su dirección.

—Por supuesto. Siempre la tengo —declaró presumidamente Olivia, haciendo que al rostro de Jacob asomara una sonrisa—. ¿En referencia a qué?

—Sobre mi sobrina. Gillian sentía que no tenía un lugar en esta casa y eso me ha llevado a reflexionar sobre todos los errores que he cometido para que llegara a sentirse así. En que tal vez yo no sea la mejor persona para cuidar de ella ni que este rancho sea el mejor ambiente para que viva, pero yo... no sé qué hacer... Lo único que tengo claro es que no quiero dejarla con su madre, una mujer que se despreocupa de ella a la menor oportunidad —declaró Jacob mientras se mesaba con frustración los cabellos, dejando salir todas las dudas que guardaba dentro y que nunca se atrevía a pronunciar en voz alta.

—Hazme un sitio —reclamó Olivia.

Y, para asombro de Jacob, la mujer que le había asegurado que se mantendría lejos de él descendió de su cómoda cama hasta el frío y duro suelo. Y, como si supiera que en esos momentos la necesitaba, se tumbó junto a él.

—¿Te digo un secreto, vaquero? —inquirió Olivia acercándose juguetonamente a su oído. Y, sacando de sus labios una sonrisa, le dijo—: No eres perfecto, pero nadie lo es, por lo que, por supuesto, cometerás errores. Pero, a pesar de ello, lo harás bien porque lo que buscas es la felicidad de tu sobrina. Por eso eres el más indicado para cuidar de ella —apuntó mientras entrelazaba una mano con la de Jacob y la apretaba, dándole el apoyo que necesitaba—. Lo estás haciendo bien, cuidas muy bien de Gillian. Sólo que en ocasiones eres un hombre tan ocupado que te

olvidas de echar un vistazo a lo que tienes a tu alrededor y pierdes de vista las cosas importantes.

—¿Como a ti? —preguntó él acariciando con cariño su rostro y consiguiendo con ello que Olivia se volviera avergonzada.

—No. Me refiero a los sentimientos de tu sobrina.

—Me siento tan inútil por no haberme dado cuenta antes de que Gillian no se sentía parte de este lugar... Olivia, llevo años viviendo con ella y nunca lo había visto. Sin embargo, llegaste tú y lo notaste enseguida.

—Bueno, no debes desalentarte, vaquero: es que yo soy maravillosa y lo noto todo a la primera —bromeó ella.

—Creo que me estoy enamorando de ti... —confesó Jacob sorprendiéndola y haciendo que dejara atrás sus bromas y guardara silencio.

—Sólo lo dices para conseguir llevarme a tu cama —repuso Olivia tras unos segundos, intentando apartar su mano de la de él.

Pero éste, resistiéndose a dejarla marchar, le recordó:

—No, porque ya estás en ella. Y meterte en ella ha sido tu elección —anunció señalando el improvisado lecho que esa noche sería su cama.

—Tan sólo lo hice porque me necesitabas —comentó Olivia, aludiendo a la charla que acababan de mantener.

—¿Y quién te ha dicho que no sigo necesitándote? —manifestó Jacob mientras la atraía hacia sí y le arrebatava un beso para que entendiera que ella era algo que nunca dejaría de necesitar en su vida.

Las manos de Olivia, que al principio intentaron mantener la distancia, no tardaron en enredarse en los cabellos de él, igualando su deseo y exigiendo la desbordante pasión que sólo podía conseguir entre sus brazos.

—Esto es un error... que sólo complicará más las cosas entre nosotros... —dijo ella entrecortadamente cuando los besos de Jacob comenzaron a recorrer su cuello.

—¿Y ayer también fue un error? —preguntó él, observando con una sonrisa cómo Olivia, a pesar de sus palabras, se derretía entre sus brazos.

—Sí, ayer fue mi error... —confirmó admitiendo al fin que esa noche había ocurrido porque ella lo había deseado.

—Entonces deja que esta noche sea el mío —pidió Jacob. Y, mientras sus manos descendían por su cuerpo reteniéndola junto a él, sus labios comenzaron a calentar su piel.

—Sólo una noche más... —anunció ella rindiéndose a las caricias de ese hombre, una respuesta que Jacob recibió con una sonrisa ladina, porque ambos sabían que una noche no sería suficiente para ninguno de los dos.

Él acarició lentamente los brazos de Olivia, y, alzándolos por encima de su cabeza, le quitó la camiseta. Queriendo admirar cada porción de la mujer que desnudaría esa noche, pero no sólo su cuerpo, sino también su corazón, Jacob se dirigió hacia la pequeña lámpara que había junto a la cama y la encendió.

—¿Qué haces? —preguntó ella mientras, avergonzada, ocultaba la desnudez de sus pechos con los brazos.

—Quiero verte y no perderme nada de la maravillosa mujer que tengo ante mí —contestó, dándole a Olivia la seguridad que necesitaba al tiempo que se deshacía de su propia camiseta, arrojándola a un lado, para apresurarse a regresar al improvisado lecho donde se amarían esa noche.

—Ven aquí, vaquero... —pidió ella. Y, mostrándose tan atrevida como siempre, abrió sus brazos hacia ese hombre y hacia la pasión que esa noche quería mostrarle.

Jacob premió su audacia con un beso que la hizo reclamar más de las caricias que se había negado hasta entonces. Sus labios probaron dulcemente los suyos, con tentadores besos que apenas representaban un leve contacto. Una y otra vez se limitó a rozar sutilmente su boca, prometiéndole más pero sin darle lo que ella deseaba.

Olivia respondió buscando más de esos besos, y él castigó su impaciencia con un leve mordisco en el labio inferior que la hizo gemir de deseo. Su boca se abrió a él y Jacob no dudó en degustar de nuevo el sabor

de esa mujer, buscando con su lengua una respuesta que igualara la pasión con la que él la deseaba esa noche.

Las manos de Olivia no se mantuvieron impasibles ante ese beso y recorrieron la fuerte espalda de él de arriba abajo, acariciando y marcando con sus uñas al hombre que anhelaba. Mientras, Jacob la sostenía entre sus brazos haciendo que sus pieles ardieran con el mutuo roce de sus caricias.

La lengua de Jacob reclamó la de Olivia sin llegar nunca a saciarse con el sabor de esa mujer, y exigió una y otra vez que lo igualara en su deseo. Y cuando ella contestó como él deseaba, no le dio tregua: demandando más de ella, devoró su boca con el anhelo que le causaba saber que ella solamente pretendía concederle una noche, una noche que él pensaba aprovechar y grabar en su cuerpo para tratar de convencerla de que tuvieran muchas más.

Los besos de Jacob comenzaron a descender por el cuello de Olivia mientras sus fuertes manos marcaban el camino, haciendo que ella se estremeciera de deseo entre sus brazos. Las leves caricias de sus manos hacían arder su piel, y los fogosos besos que las seguían, acompañados por una traviesa lengua, lograban que ella se olvidara de todo lo que no fuera ese hombre, que, en ocasiones, le exigía demasiado, tanto a ella como a su corazón.

—Esta noche no podrás utilizar la excusa del alcohol para ceder ante tus deseos, Olivia, y yo no te permitiré que eludas la verdad que hay entre nosotros. Esta noche voy a amarte como yo anhelo y como tú deseas. Mañana tal vez intentes mentirnos de nuevo tanto a mí como a ti misma diciendo que es un error, pero esta noche no te lo permitiré.

Tras estas palabras, Jacob no aguardó una respuesta de los reticentes labios de esa mujer, sino que, simplemente, obtuvo la que siempre le daría su ardiente cuerpo cuando él la tocaba.

Olivia gimió su nombre cuando él acogió sus senos para agasajarlos con las caricias de sus manos, de su lengua y de sus dientes cuando sus enhiestos pezones se alzaron reclamando su atención.

Una de las manos de Jacob siguió descendiendo hasta llegar al escueto pantalón que apenas tapaba su cuerpo, una prenda de la que no tardó en deshacerse para acariciar el húmedo triángulo que se hallaba entre sus piernas por encima de una tentadora ropa interior que no tardó en reconocer.

A pesar de que Olivia hubiera prescindido del provocativo conjunto que solamente le había mostrado mientras representaba su farsa ante Francesca, la pequeña parte del mismo que se había llevado a la cama le demostraba que no todo era tan falso como pretendía aparentar.

—Lo elegiste pensando en mí, ¿verdad? —preguntó Jacob, con una sonrisa satisfecha, mientras su instigadora mano no podía evitar acariciar su excitado sexo por encima del encaje.

—No sé de lo que me estás hablando... —contestó ella mientras evitaba su mirada.

Una respuesta que Jacob castigó dirigiendo su mano hacia el trasero de Olivia para tirar del delicado hilo de su tanga, rozando sin clemencia ese fino trozo de tela contra su excitada feminidad. Como reacción, las manos de Olivia se aferraron fuertemente a las mantas que formaban el improvisado lecho y su cuerpo se alzó con impaciencia hacia ese hombre en el instante en el que Jacob comenzó a provocarla con sus caricias y a jugar con ella.

Su boca devoró con más ansia uno de sus pechos, mientras una de sus manos agasajaba al otro propinándole excitantes y leves pellizcos en sus erectos pezones, un punzante y minúsculo dolor que calmaba inmediatamente con las suaves caricias de su lengua.

La otra mano de Jacob continuaba dedicándose al placentero juego con el que torturaba a Olivia con el roce de ese trozo de tela con el que ella lo había mortificado antes.

Buscando el placer que Jacob le prometía con sus caricias, Olivia permitió que él cambiara su posición en el lecho y la colocase de rodillas sobre las mantas mientras sus manos se apoyaban temblorosas en el suelo a

la espera del siguiente movimiento que ese hombre llevaría a cabo en su seducción.

Tras enlazar una de sus manos con la de esa mujer, Jacob acercó el fuerte pecho a su espalda y pegó la firme erección al trasero de ella para mostrarle cuan férreo era su deseo. Y, mientras se acercaba más, no pudo evitar dejar salir lo que sentía su corazón, y más en ese momento en el que Olivia, encerrada entre sus brazos, no podía escapar de sus palabras.

—Te deseo tan intensamente como nunca he hecho con otra mujer. Eres mi dama salvaje, una mujer llena de contradicciones que para mí representa toda una tentación, que me distrae de mis responsabilidades, de mi trabajo, que me hace olvidarme de quien soy... y, aun así..., eres una tentación ante la que no puedo ni quiero resistirme.

El cuerpo de Olivia se tensó ante la sinceridad de ese hombre que le hablaba con el corazón, esperando que ella respondiera con el suyo. Por unos instantes, intentó librarse de la mano que la retenía en ese lecho, pero los dulces besos que comenzaron a descender por su espalda la hicieron cambiar de opinión, y las palabras que Jacob le susurró al oído la llevaron a decidirse a ser tan franca con lo que deseaba como él.

—No tienes que responder a mis palabras. Sólo quiero que sepas cómo me siento cuando estoy contigo y que me permitas amarte esta noche.

—Tú también eres alguien ante quien no puedo resistirme, Jacob. A pesar de que lo intente.

—Pues deja de intentar alejarte de mí y concédenos a ambos una oportunidad para descubrir si entre nosotros puede surgir ese amor que tanto persigues —rogó él a la vez que conducía la mano que todavía retenía con la suya a sus labios, para besarla, y fijaba sus profundos ojos en ella exigiendo una respuesta.

—¿Y si le doy una oportunidad a este amor y al final lo nuestro no funciona y me rompes el corazón? —preguntó Olivia precavidamente,

alejando temerosa su mano de ese hombre para volver a darle la espalda y apoyarse en ese improvisado lecho de una noche.

—El tuyo no sería el único que se rompería en ese caso, Olivia —le susurró él. Y, ante la silenciosa respuesta de esa mujer, sólo tomó lo que ella se permitía darle.

Apartando delicadamente la rebelde melena morena a un lado, Jacob besó su nuca haciéndola estremecer de deseo. Y, mientras sus besos la marcaban, recordándole el calor de sus labios, sus manos descendieron lentamente por el cuerpo de Olivia, como si quisiera grabar en su mente y en su piel el recuerdo de esa noche.

Jacob unió su cuerpo al suyo y, a pesar de la barrera de ropa que los separaba, Olivia no tardó en notar la dura evidencia de su deseo, que rozaba expectante contra su provocativo trasero.

Las caricias de Jacob no le dieron descanso. Sus manos descendieron lentamente por su costado, y, mientras la sujetaba para que no huyera de los besos que le prodigaba a su espalda, continuaron atrevidamente hacia sus senos, excitándolos.

Jacob jugó con ellos, haciéndola gemir y que buscara más de esas caricias que tanto placer le prometían. Pero se negó a complacerla del todo, y, dejando de acariciarla como ella deseaba, hizo que apoyase la cabeza sobre uno de los almohadones que reposaban en el suelo. En esa posición, sus excitados senos rozaban contra la manta, haciéndola gemir al concederle una leve caricia a su encendido cuerpo, unas caricias que ella reclamaba y que Jacob se negaba a otorgarle en esos instantes.

Olivia podría haber protestado, pero cuando las manos de Jacob siguieron descendiendo hacia su trasero, acompañadas por sus besos, olvidó todo lo que no fuera ese hombre. E, intentando provocarlo tan perversamente como él hacía con ella, movió insinuante el trasero contra su dura erección.

Esta vez fue Jacob el que gimió su nombre mientras cerraba los ojos, disfrutando de esos traviesos movimientos que lo llevaban a olvidarse de que él, en esa noche, quería grabar cada una de sus caricias en el cuerpo de esa mujer para que nunca lo olvidara, aunque, desde luego, en el proceso no podría evitar que ella y cada una de sus excitantes reacciones quedaran grabadas en su propio recuerdo.

Jacob pronunció su nombre roncamente, como una advertencia de que esa noche no debía jugar con él. Pero a esa mujer le gustaban demasiado los retos como para rechazar uno, especialmente si provenía de él. Así pues, para castigar los apremiantes movimientos de ese impaciente trasero, no dudó en acariciar sus nalgas para luego tirar levemente de la pequeña tira del tanga, logrando que su excitado sexo rozara enloquecedoramente con la tela.

Los apremiantes movimientos con los que Jacob dirigía su cuerpo causaban que sus pezones se frotaran excitantemente con la manta que tenían debajo de ellos y que su sexo se humedeciera ante el contacto con la tela del tanga mientras su trasero acunaba expectante esa dura erección que Olivia ansiaba en su interior.

—Muy bonito, pero te prefiero sin nada... —susurró sensualmente Jacob en su oído mientras jugaba con el fino hilo del tanga para pasar a desgarrarlo sin más.

Y, cuando sus manos la tocaron como ella deseaba y comenzaron a acariciar su clítoris, Olivia gimió su nombre mientras se mecía contra esa ruda mano que sólo quería darle placer.

Castigando sus impulsivos movimientos, Jacob retuvo sus caderas mientras su mano le prodigaba un sutil roce a su anhelante sexo. Y, cuando ella rogaba por caricias más profundas, maldiciendo y alabando a ese vaquero por igual, Jacob la sorprendió placenteramente haciendo que uno de sus dedos se adentrara en su apretado interior.

Olivia no pudo evitar dejarse ir, moviendo impetuosamente sus caderas contra esa mano para buscar el placer al que esas caricias prometían llevarla.

Cuando otro de los duros dedos se adentró en ella, gritó sorprendida el nombre de Jacob. Éste comenzó a marcar un acelerado e inclemente ritmo, y, mientras una de sus fuertes manos dirigía firmemente las caderas de su mujer, la otra se hundía profundamente en ella haciéndola delirar al tiempo que sus dedos entraban y salían de su húmedo interior y acariciaban su sensible clítoris en el proceso.

Olivia meció su cuerpo frenéticamente contra esas exigentes manos que lo pedían todo de ella y, a la vez, sus excitados senos se rozaban con las mantas que tenía debajo, incrementando su goce y haciéndola arder cada vez con más intensidad entre las manos de ese hombre.

Mordiéndola la almohada que tenía bajo el rostro, Olivia finalmente gritó el nombre del hombre que la llevaba a la locura mientras se dejaba guiar por la firme mano de Jacob hasta la cúspide del placer. Y, tras un arrollador orgasmo, Olivia se derrumbó sobre el lecho. Pero su torturador particular no le permitió caer, sino que le anunció atrevidamente al oído:

—Apenas acabamos de empezar...

Después de esa advertencia, Olivia oyó cómo Jacob se bajaba los pantalones y no tardó en notar cómo su firme erección acariciaba tentadoramente la entrada de su húmedo sexo, excitándola nuevamente hasta hacerla gemir su nombre. A continuación, se adentró en ella de una dura y fuerte embestida que la dejó sin habla mientras intentaba asimilar el placer y el dolor del brusco movimiento de ese hombre.

Aprovechando la sensibilidad que el cuerpo de Olivia mostraba todavía después de su reciente orgasmo, Jacob no tardó en volver a hacerla arder con sus caricias, y muy pronto ella volvió a mover impacientemente sus caderas en busca del arrollador placer que sólo entre sus brazos podía encontrar.

El roce de sus senos contra las mantas y las fuertes manos de Jacob, que la guiaban implacablemente contra su duro miembro, exigiéndolo todo de ella, hicieron que su cuerpo se descontrolara y que ella volviera a gritar su nombre, causando que Jacob se perdiera en ella y estableciera un ritmo más apremiante en sus rudas embestidas, que llevaron a Olivia a rendirse de nuevo al placer de un nuevo orgasmo mientras él la acompañaba en esta ocasión.

Derrumbados entre las revueltas mantas del suelo, ambos amantes se abrazaron desnudos, y Jacob cobijó fuertemente entre sus brazos a una adormilada mujer que únicamente en sueños se permitía decir la verdad.

—Eres una tentación a la que nunca puedo resistirme si te acercas demasiado... —musitó Olivia, acariciando tiernamente el rostro de Jacob antes de ceder al sueño.

—Entonces lo único que tengo que hacer para que te enamores de mí es no apartarme de tu lado —manifestó él con una sonrisa triunfal, decidido a que esa mujer nunca abandonara el placer de sus brazos, que tan vacíos se quedaban cuando ella no estaba entre ellos—. Después de todo, no puede ser tan difícil —concluyó Jacob, resuelto a ganarse el amor de esa mujer, olvidando por unos instantes todas las trabas que tanto ellos mismos como otros podían interponer en su camino.

Capítulo 13

A la mañana siguiente no desperté plácidamente entre los brazos de la mujer con la que había pasado la noche, sino abrazado a una simple almohada. Las pataditas que mis hermanos me propinaron antes de que abriera los ojos me indicaron que mi noche de ensueño se había acabado y que ya era hora de volver a mis responsabilidades, ya que la atractiva mujer que había ocupado mi lecho hacía mucho que se había separado de mí.

—¿Qué pasa, Jacob? ¿Te has caído de la cama? —se rio Jayden mientras me apresuraba a soltar la almohada que mantenía entre los brazos únicamente porque el excitante olor de Olivia aún permanecía allí.

—¿O es que ni siquiera llegaste a ella? —insinuó Clay con una sonrisa, señalando mi desnudez.

—Esa mujer se merece una cama —me reprendió Will con una severa mirada, haciendo que cubriera avergonzado mi desnudez con las revueltas mantas del suelo.

—Le di esa opción, pero ella prefirió acompañarme en el suelo —repliqué, mostrándoles a mis hermanos una sonrisa satisfecha con la que ellos no tardaron en acabar.

—Nos alegra mucho que disfrutes de esta hermosa mañana, hermanito, pero nos vemos en la penosa obligación de tener que recordarte tus responsabilidades, que no tardarán demasiado en llamar a tu puerta. Por eso hemos venido nosotros: para despertarte antes de que lo hiciera ella —anunció con ironía Clay, recordándome la presencia de esa víbora que aún

se paseaba por mi hogar intentando meterse en mi cama a la menor oportunidad, aunque ésta se encontrara ya ocupada.

—¿Qué ha hecho ahora Francesca? —pregunté mientras me resignaba a no poder disfrutar ni un minuto más de mi descanso y recogía el improvisado lecho de esa noche para comenzar a vestirme.

—Nada, lo de siempre: protestar, quejarse por todo y dar la lata a nuestra sobrina... Hasta que Olivia apareció por la puerta y la cabreó lo bastante como para que se fuera de la habitación —respondió Jayden con una sonrisa complacida.

—Sí, ése suele ser un efecto que Olivia provoca en Francesca. Ayer esa mujer entró como una loca en mi despacho, exigiéndome que expulsara a mi esposa del rancho. Algo que, por supuesto, no pienso hacer jamás —dije advirtiéndoles a mis hermanos que ellos nunca tendrían la menor oportunidad con Olivia.

—Creo que le preguntaré a Gillian si sabe algo del enfrentamiento que tuvieron esas dos ayer. Puede que nuestra sobrina estuviera delante, ya que esta mañana, al contrario que en otras visitas de su madre, lucía una sonrisa burlona en el rostro —comentó Jayden, orgulloso de que Gillian pudiera sonreír hasta en los momentos más difíciles, gracias en parte a Olivia y a alguna de sus locas reacciones.

—¡Esa chica es fantástica! Dime, Jacob, ¿cuándo vas a concederle el divorcio que te ha pedido? Te lo pregunto para saber cuándo podré proponerle yo una excitante aventura —me preguntó Clay desvergonzadamente, lo que hizo que me enfadara y le dirigiera una furiosa mirada, molesto ante la idea de que Olivia pudiera estar con otro hombre que no fuera yo.

—Nunca, Clay. Nunca se lo concederé. Y menos ahora que sé cómo convencerla para que le dé una oportunidad a nuestro matrimonio, o por lo menos a un aspecto de él... —repuse con satisfacción mientras terminaba de vestirme y me calaba el sombrero dispuesto a no separarme de Olivia en

toda la mañana para afectarle con mi presencia tanto como ella me afectaba a mí.

—¿Y cómo harás tal cosa? —se interesó Will, el más serio de mis hermanos, alzando escéptico una ceja.

—No separándome de ella nunca más —contesté saliendo de mi habitación, decidido a encontrarla cuanto antes para poder recordarle con mi cercanía que lo que habíamos compartido esa noche no eran sólo deseo o pasión, sino también unos sentimientos que, aunque nos negáramos a expresar en voz alta, estaban ahí, guiando nuestros corazones por un camino en el que ambos siempre acabábamos encontrándonos, lo quisiéramos o no.

—No puedes —me negó Will mientras me bloqueaba el paso junto a Jayden y Clay—. Tienes programada la visita de un posible comprador después del desayuno desde la semana pasada —me recordó poniendo en mis manos toda la información de esa reunión que había olvidado por completo.

—Y hay que revisar las cercas que están reparando los chicos... —apuntó Jayden, depositando en mis manos las llaves de la camioneta.

—Además, en cualquier momento, nuestra querida vecina, Abigail Chester, aparecerá por la puerta para pedir mi ayuda para uno de esos molestos eventos benéficos, algo de lo que pienso huir como de la peste, por lo que te tocará a ti atenderla —añadió Clay, sorprendiéndome enormemente al huir de una mujer por primera vez.

—¡Vaya! ¿Qué ocurre, hermano? ¿Se trata de una mujer a la que no puedes seducir? —repliqué intentando cabrearlo tanto como él hacía conmigo.

—¡Oh, no! Solamente que me marco mis objetivos de uno en uno y, por ahora, tengo en mi punto de mira a tu bella esposa. Ya sabes cuánto me gustan las mujeres casadas... —repuso con sorna, haciendo que apretara con fuerza los puños mientras decidía seriamente si pegarle o no un puñetazo al sonriente rostro que se despedía de mí.

—No te preocupes, hermano: Olivia es un objetivo muy difícil porque muestra todos los síntomas de una mujer enamorada. Ahora sólo falta que se dé cuenta de ello... —dijo Clay entonces, sacando de mi rostro una sonrisa..., hasta que volvió a hablar y la borró por completo— y que el afortunado seas tú, claro.

En esos instantes deseé ir detrás de mi hermano para pegarle una paliza, aunque deseaba aún más ir en pos de la mujer que amaba para convencerla de que lo nuestro no era sólo deseo, y de que ese «error de una noche» que ella aseguraba que era nuestra relación se estaba convirtiendo en amor. Pero mis deseos, una vez más, tuvieron que esperar y verse relegados a un lado a causa de mis responsabilidades.

—A pesar de todas las dificultades que se crucen en mi camino, no pienso dejar que te alejes de mí, Olivia —murmuré para mis adentros al tiempo que me preparaba para las duras tareas que me esperaban ese día, incluida la de perseguir a la mujer que amaba para convencerla, de una manera u otra, de que le diera una oportunidad a nuestro amor.

* * *

Abigail Chester iba una vez más de visita al rancho La Carreta.

Por esas fechas ella siempre comenzaba con los preparativos para organizar una gran fiesta en su rancho, un acto benéfico en el que intentaba que todos participaran para recaudar fondos para la asociación de mujeres y niños maltratados que promocionaba. Para ese evento, Abigail invitaba a todo el pueblo y a los ranchos vecinos, pero pocos eran los que aceptaban su invitación.

Su padre, Milton Chester, era un hombre rico al que le encantaba presumir de su fortuna, obtenida no a base de su propio esfuerzo, como otros rancheros del lugar, sino por un golpe de suerte que le trajo la muerte

de un pariente lejano. Este hecho, unido a su presunción, hacía que Milton no cayera muy bien entre los vecinos y, por tanto, ella tampoco.

Abigail quería ayudar a su padre en los negocios y demostrar con su propio esfuerzo que, aunque hubieran tenido la suerte de heredar esas tierras, ellos estaban capacitados para sacarlas adelante. Pero su padre siempre dejaba sus negocios en manos de terceros, y era un hombre tan anticuado que no le permitía a su hija que se acercara a ellos por pensar que las mujeres no debían ocuparse de los negocios. Así que, a pesar de que ella hubiera logrado acabar su carrera de gestión y administración de empresas con unas calificaciones muy buenas, Milton siempre la apartaba y la relegaba al simple manejo de la casa o a la organización de esa fiesta benéfica que le permitía hacer una vez al año.

Abigail ponía su máximo esfuerzo en ese tipo de eventos para demostrarle a su padre de lo que era capaz. Pero, a causa de su apellido, solamente había obtenido miradas desdeñosas. Y, por si fuera poco, la presumida hija del principal rival de su padre había decidido organizar una fiesta benéfica propia precisamente el mismo día que ella, arruinando así sus intentos de destacar.

Al final siempre le ocurría lo mismo: pocos asistentes y una mirada condescendiente de su padre, que, mientras le acariciaba la cabecita como si fuera estúpida, intentaba animarla diciéndole: «El año que viene lo harás mejor».

Detestaba que su padre la tratara como a una idiota, que todos en ese lugar la odiaran sin conocerla siquiera y que, a pesar de que intentaba mantener en secreto el día en el que celebraría su fiesta ante personas ajenas a la organización, la fastidiosa Clementine Brans siempre acabara enterándose para fastidiarlo todo en el último momento. Pero, definitivamente, lo que Abigail odiaba más que nada en el mundo era que el hombre del que se había enamorado, y que siempre ayudaba amablemente a todas las mujeres, la ignorara a ella descaradamente. Clay Walter jamás se

fijaba en ella por más veces que se cruzara en su camino, pero sí tenía ojos para las demás mujeres, sobre todo si estaban casadas.

Suspirando resignada a pasar desapercibida una vez más frente a Clay mientras solicitaba la ayuda de sus hermanos, Abigail se acercó al rancho de los Walter, donde Clara la recibió tan amistosamente como siempre y le indicó el camino hacia el despacho en el que la recibían los Walter. Pero, mientras se dirigía hacia allí, sus curiosos oídos fueron atraídos por una conversación que mantenían algunos de los miembros de esa familia en la cocina.

—Bueno, Gillian, ¿puedes contarnos qué hizo Olivia ayer para cabrear a tu madre de esa manera? —preguntaba con curiosidad Will, lo que provocó que Abigail se acercara y se pegara a la entreabierta puerta para husmear en la conversación, ya que eran pocos los que osaban enfrentarse a esa víbora que había sido la esposa de Evan Walter.

—¡Oh! Pues nada, que mi madre le reclamó que le pagara a ella por el trabajo que yo estaba realizando en la clínica. Y Olivia le respondió dándole una mierda —contestó Gillian.

—Bueno, es normal que Olivia se negara a pagarle a tu madre por tu trabajo, pero tampoco es necesario que emplees ese vocabulario tan... —manifestó Jayden, hasta que fue interrumpido por Gillian.

—No, tío Jayden: Olivia le dio literalmente una mierda a mi madre. Fue a la habitación de las jaulas y le entregó unas heces que recogió —contestó incapaz de retener la risa.

—Esto...

—Bueno...

Will y Jayden comenzaron a balbucear, quedándose sin palabras ante esa alocada acción, para luego pasar a reírse mientras se imaginaban la curiosa escena.

—¡Mierda, Gillian! ¡La próxima vez grábalo en vídeo! —bromeó Jayden con su sobrina, y ante el asombro de Abigail, el habitualmente serio Will

estuvo totalmente de acuerdo.

—No os preocupéis: ¡hoy vengo preparada para ello! —anunció la chica, mostrándoles a sus tíos que llevaba consigo su teléfono móvil—. Ahora, si me perdonáis, debo ir a ayudar a Olivia en la clínica. No quiero perderme nada de lo que podría pasar si mi madre volviera a aparecer por allí para tocarle las narices.

Tras escuchar esa conversación, Abigail se alejó de la puerta y cambió de opinión decidiendo que ese año no necesitaba la ayuda de los hermanos Walter, sino la de esa mujer recién llegada al rancho, cuya chispa era justamente lo que les faltaba a sus fiestas para que nadie pudiera resistirse a asistir a ellas.

Por ese motivo, cuando Gillian salió de la cocina, Abigail la interceptó en el pasillo y no dejó de insistirle hasta hacerle prometer que la conduciría hacia donde se encontraba esa mujer. La rebelde adolescente, que durante la mayor parte del tiempo sólo tenía airadas miradas o groseras contestaciones hacia las mujeres que se acercaban a sus tíos, defendió a la tal Olivia como si fuera un miembro más de su familia. Pero ante su persistencia y la idea de que iba a llegar tarde a su trabajo, le dirigió a Abigail una perversa sonrisa antes de preguntarle:

—¿De verdad crees que estás preparada para conocer a mi tía Olivia?

—¡Eh! Espera un momento, ¿cómo que tu tía Olivia? Los Walter no tienen ninguna hermana..., a no ser que sea la hermana de tu madre o...

—O se haya casado con uno de mis tíos —dijo la adolescente mientras su malévola sonrisa se agrandaba ante la manifiesta incomodidad de la mujer que perseguía incansablemente a uno de sus tíos.

—¡Oh! Y dime..., ¿cuál de los hermanos Walter se ha casado? —preguntó Abigail, preocupada porque el hombre que ella amaba se hubiera alejado de ella todavía más.

Pero la molesta adolescente siguió su camino sin contestar a su pregunta mientras se reía de ella.

—Veamos..., están tío Jacob, tío Will, tío Jayden y tío Clay... ¿Con cuál de ellos se habrá casado esa mujer? —inquirió Gillian burlonamente, acabando con la paciencia de Abigail.

Y, aunque fuera terriblemente dolorosa la posibilidad de que el hombre que amaba pudiera no estar ya a su alcance, lo era aún más no conocer la verdad. Así que, acompañando con decisión a Gillian hasta donde se hallaba la nueva señora Walter, Abigail declaró con firmeza:

—Ahora estoy más decidida que nunca a conocer a esa mujer.

—Entonces más vale que te prepares, porque con Olivia nunca se sabe lo que puede pasar —advirtió la chica sin dejar de mirar el reloj y acelerar sus pasos.

—Bueno, entonces tal vez podrías decirme cómo es ella mientras vamos en su busca —tanteó Abigail, decidida a estar preparada para cualquier situación. Pero la respuesta de Gillian fueron unas estruendosas carcajadas que ella nunca le había oído, así como una enigmática respuesta que no resolvió ninguna de sus dudas.

—Olivia es... simplemente Olivia —dijo Gillian para luego seguir ignorándola mientras continuaba su camino, haciéndola dudar de si conocer a la tal Olivia sería tan buena idea como había pensado en un principio.

* * *

Esa mañana estaba muy confusa.

Tras despertarme entre los brazos de Jacob y notar lo bien que encajaba en ellos, así como lo cómoda y protegida que me sentía junto a ese hombre, tuve que huir tanto de él como de los confusos sentimientos que sentía.

—¡Mierda! No puedo creer que me esté enamorando de ese vaquero... No, si al final voy a tener que comprarle ese poni a Raymond... —me quejé en voz alta mientras recordaba que mi primo me había emparejado con Jacob cuando lo reté a que encontrara a mi hombre ideal.

Y, al parecer, era verdad que Raymond nunca perdía una apuesta, ya que, poco a poco, Jacob se estaba convirtiendo en ese hombre para mí.

«No te dejes engañar, Olivia: a él sólo le interesa llevarte a la cama», me reprendí a mí misma. Pero a mis palabras les faltaba convicción cuando recordaba algunas de las tentadoras frases que ese hombre me había susurrado al oído. «¿Por qué tengo tanto miedo de enamorarme?», volví a preguntarme, pero tras recordar varias relaciones fallidas que me dejaron amargos recuerdos y dolor, tuve mi respuesta.

Los hombres solían acercarse a mí hechizados por mi encantadora apariencia. Me encandilaban con sus palabras tratando de llevarme a su cama, pero a ellos nunca les interesaba conocerme en profundidad. Y cuando alguno lo hacía y veía que yo distaba mucho de ser la chica perfecta y distinguida que jamás perdía la compostura que ellos habían imaginado que tenía, se apartaban de mi lado sin más.

Yo nunca cambiaría para cumplir las expectativas de ningún hombre, pero tampoco exigiría a nadie que cambiara por mí. Sólo quería a alguien que no me juzgara por mi apariencia y que me quisiera tanto como para desear conocer cada aspecto de mí. Quería que alguien se enamorara de mi parte coqueta y presumida, de mi irritante temperamento, de mi parte salvaje, que en ocasiones no sabía controlar, de mi buen corazón, que me llevaba a hacer algunas locuras... Simplemente quería que me quisieran a mí.

Cada vez que tenía cerca a Jacob me veía incapaz de resistirme a caer entre sus brazos, porque en mi mente siempre estaría grabado ese dulce apodo que me había dirigido y con el que me demostraba que había visto en mí más allá de lo que aparentaba: sin duda, yo era una dama salvaje. En ocasiones, su dama salvaje, pero, para desgracia de Jacob, a pesar de no poder olvidar sus palabras, tampoco podía borrar de mi mente la mirada que me había dirigido la primera vez que sus ojos se posaron sobre mí, cuando

nos conocimos: una mirada que me juzgaba tan cruelmente como la de todos los demás.

Cada vez que me sentía tentada de dejarme amar por ese hombre y a poner en riesgo mi corazón como hacían el resto de los alocados miembros de mi familia, el recuerdo de esa mirada me frenaba y me llevaba a pensar que en algún momento discutiríamos a causa de las numerosas diferencias que existían entre nosotros y esa mirada volvería a aparecer haciéndome el daño que no me había hecho en un principio, porque en esa ocasión yo le habría entregado mi corazón.

—¿Debería arriesgarme a amarte a pesar de lo que puedo perder, Jacob? —me pregunté mientras me llevaba una mano al pecho, donde mi acelerado corazón me exigía que no refrenara una vez más mis sentimientos mientras rememoraba los momentos que había pasado junto a ese hombre.

»Tal vez deba poner en riesgo mi corazón y, si me lo rompen, por lo menos no tendré que comprarle un poni a mi primo cuando vuelva llorando a casa... —resolví intentando dejar de darle vueltas en mi cabeza a algo que nunca llegaría a comprender, algo tan difícil de entender como que pudiera amar a un hombre con el que tenía tantas diferencias.

Pero luego volvía a dudar, ya que, a pesar de que a mi corazón esas diferencias no le importaran, a mí sí me preocupaban.

—Puede que me arriesgue a amarte cuando te enamores de cada parte de mí primero —musité cobardemente a la vez que recordaba que, a pesar de que él no me amara, yo siempre era débil ante la cercanía de ese hombre, una debilidad que parecía que Jacob había decidido explotar esa mañana, porque, allá adonde fuera, me cruzaba con él.

La visita de negocios que según me habían comentado sus hermanos lo debería de haber mantenido encerrado en su despacho toda la mañana había sido utilizada por él como excusa para perseguirme por el rancho mientras afirmaba estar mostrándole a su invitado las instalaciones. Jacob no dejó de importunarme en ningún momento, y siempre que pudo aprovechó para

susurrarme al oído algún que otro comentario indecente que hacía referencia a la noche anterior.

Por ese motivo decidí encerrarme en la clínica para dedicarme a la aburrida tarea de inscribir los nacimientos de las reses en los archivos. Se suponía que en la clínica me libraría de Jacob y de su perturbadora presencia, salvo por el hecho de que esa mañana había decidido arreglar las cercas rotas localizadas junto a la clínica. Verlo trabajar junto a su hermano Clay era todo un espectáculo.

Sus músculos se marcaban por el duro trabajo mientras unas minúsculas gotitas de sudor bajaban por su cuello haciendo que, de vez en cuando, Jacob se alzara la camiseta para secárselo, mostrando esos firmes abdominales que distraerían a cualquier mujer, y más aún si los había arañado, mordido y besado en más de una ocasión.

Decidida a intentar librarme de él, ya que no podía apartar la vista de la ventana en vez de fijarla en la pantalla de mi ordenador como debía hacer para acabar con mi trabajo, salí de la clínica con una botella de agua. Y, después de apoyarme despreocupadamente en la camioneta, le pregunté con impertinencia:

—Y dime, Jacob, ¿cuándo vais a terminar de arreglar esta cerca que ya está en perfectas condiciones?

Cuando se volvió hacia mí con una sonrisa ladina, le arrojé la botella, que él cogió al vuelo, y, tras darle un trago con un gesto digno de un anuncio para mujeres que me hizo babear a sus pies, se la pasó a su hermano. Luego comenzó a explicarme por qué la cerca necesitaba de más reparaciones y por qué tenía que encargarse justamente él mismo, algo a lo que no le presté la menor atención, ya que volvió a levantarse la camiseta para secarse el sudor.

—... Y por eso tardaremos unas cuantas horas más en reparar la valla y...
—continuó, hasta que se dio cuenta de dónde estaban fijos mis ojos y,

sonriéndome perversamente, se quitó la camiseta para arrojarla a un lado y seguir trabajando sin ella.

—¿Qué haces? ¡Vuelve a ponerte eso! —le exigí, sabiendo que con esa distracción, en vez de apuntar el número de becerros que habían nacido, iba a anotar el número de sus abdominales.

—Hace demasiado calor como para volver a ponerme la camiseta. Pero ¿por qué te importa tanto lo que lleve puesto...? —dijo de forma insinuante mientras se acercaba peligrosamente a mí. Y, cuando me acorraló entre sus brazos contra la camioneta y vio cómo evitaba mirar su pecho, me susurró al oído—: ¿Acaso te afecta verme de esta manera?

—No, qué va... Para nada... —mentí con descaro mientras evitaba mirarlo a los ojos, algo que no pude dejar de hacer cuando Jacob se rio desvergonzadamente de mí.

—Dime, Olivia, ¿te tienta tanto como tú lo haces conmigo? —me preguntó sensualmente mientras dirigía sus labios hacia los míos con la promesa de un beso, uno que no llegamos a darnos, ya que dos inoportunas visitas nos interrumpieron.

—¿Jacob se ha casado?! —exclamó una impertinente pelirroja que acompañaba a Gillian mientras nos señalaba groseramente.

—¿Una más de tus admiradoras? —pregunté bastante molesta.

—¡Oh, no! En esta ocasión es una de las de Clay... —respondió Jacob mientras se alejaba de mí con un suspiro resignado para dar la bienvenida a su visita, algo que no me gustó que hiciera sin la camiseta puesta.

»Hola, Abigail. En estos momentos tanto Clay como yo estamos demasiado ocupados para poder ayudarte con la organización de tu fiesta benéfica, así que sintiéndolo mucho... —comenzó a excusarse, hasta que fue interrumpido abruptamente por la decidida pelirroja, quien, fijando sus ojos en mí, declaró:

—Perfecto, ¡porque quiero que me ayude ella!

—¡Eh! Oye, no creo que ésa sea la mejor idea... —musitó Jacob mientras se mesaba nerviosamente los cabellos, temiendo lo que yo podría llegar a hacer—. Olivia no está acostumbrada a fiestas de ese tipo, tranquilas y moderadas, eventos simples apropiados para un aburrido y pequeño pueblo pero no para la gran ciudad... —añadió a continuación, tocándome las narices, ya que volvía a juzgarme equivocadamente, aunque tal vez no lo pretendiera.

—Hola... Abigail, ¿verdad? Soy Olivia Lowell y me encantan las fiestas de todo tipo... —manifesté efusivamente mientras apretaba la mano de la chica—. Así que no te preocupes: yo te ayudaré a organizar ese evento y, quién sabe, tal vez este año hagamos algo distinto... —dije sonriendo maliciosamente a ese vaquero. Y, mientras me alejaba junto a la muchacha emocionada en dirección a mi clínica, no pude evitar acabar con una más de las ideas preconcebidas que Jacob tenía de mí—. Por cierto, vaquero, a pesar de mi aspecto, soy una chica que vive con su familia en un pequeño y apartado pueblecito que apenas sale en el mapa. Pero lo que nunca podrás decir ni de mí ni de ese lugar es que somos aburridos... —anuncié dejando a Jacob y a Clay boquiabiertos con mi confesión, algo a lo que no le presté atención mientras seguía mi camino decidida a dejarlos aún más asombrados con mi idea acerca de lo que debía ser una fiesta.

* * *

—¡... Y entonces los niños del coro de la iglesia cantarán una canción poniendo fin al evento! ¿Qué te parece, Olivia? —preguntó Abigail emocionada a la que estaba segura que sería su nueva mejor amiga.

—Me aburrooo... —anunció Olivia con impertinencia, expresando en voz alta lo que todos pensaban de sus fiestas y nunca se atrevían a decir.

—Yo me aburrí desde que dijo las palabras «fiesta benéfica» —declaró Gillian, uniéndose a la conversación.

—Entonces ¿cuáles son vuestras ideas para celebrar un evento benéfico?

—¿No se supone que organizas este tipo de eventos con la intención de recoger dinero? Pues solamente tienes que pensar en algo que te haga ganar mucha pasta —señaló Gillian intentando aportar su granito de arena, aunque a ella tampoco se le ocurriera nada fantástico en ese momento.

—Tenemos que desarrollar una idea fabulosa que nos permita recaudar el suficiente dinero para esa asociación que ayuda a las mujeres y a los niños maltratados —dijo Abigail efusivamente, mostrando cuánto se preocupaba por otros..., aunque lo estropeó un poco cuando añadió con tono beligerante—: ¡Necesito una fiesta maravillosa que supere a la de Clementine Brans y me permita ganarle en esta ocasión! ¡No quiero volver a quedar en evidencia con un evento casi vacío al que sólo acudan cuatro gatos!

—¡Ése es el espíritu! —apoyó Olivia a su amiga, aunque la desalentó un poco cuando continuó—: Ahora solamente te falta todo lo demás.

—No sé lo que planeáis hacer este año, pero, por favor: que no sea lo mismo del año pasado, porque te juro que soy capaz de golpearme en la cabeza hasta quedar inconsciente con tal de no sufrir más esa tortura a la que mis tíos me obligarán a asistir —apuntó Gillian.

—¡Pero creí que las actuaciones del año pasado te habían gustado! —manifestó Abigail, ante lo cual Gillian negó con la cabeza—. ¿Ni la del mago?

—¡Buf! Ese tipo fue el más lamentable de todos: hasta yo me conocía esos trucos.

—¿Y el bufet? —insistió Abigail, que se encontró de nuevo con una rotunda negativa de la adolescente.

—Únicamente a ti se te ocurre hacer un bufet vegetariano para unos hombres carnívoros... —la reprendió Gillian, recordándole uno de sus mayores errores del año anterior.

—¡Uf! Entonces soy un desastre... Organizaré una fiesta mediocre con la que todos volverán a reírse de mí... Ni mis fiestas ni yo poseemos ningún atractivo —declaró Abigail deprimida, derrumbándose sobre la mesa mientras intentaba ocultar el rostro.

—No, no eres un desastre. Yo te ayudaré a organizarte, no te preocupes. ¡Todo saldrá bien! Tengo algo de experiencia en este tipo de cosas, ya que en el pasado he sido la anfitriona de más de un evento selecto —le dijo Olivia, sin aclarar que esos «selectos eventos» a los que se refería eran escandalosas bacanales de la universidad o fiestas de despedida de soltera —. Lo único que tenemos que encontrar para que todos vengan a tu fiesta es algo a lo que nadie pueda resistirse.

—Sí, pero ¿qué podría ser ese «algo» a lo que nadie podría resistirse? —suspiró Abigail frustrada mientras, para evadirse por un instante de sus problemas, contemplaba desde la ventana al guapo chico del que estaba enamorada, que se hallaba trabajando en la cercana valla y, como Jacob, se había quitado la camiseta haciendo que le resultara imposible apartar la mirada de tan tremendo espectáculo.

—Humm... Me parece que ellos son algo a lo que nadie de este pueblo puede resistirse, ¿no crees? —apuntó maliciosamente Olivia, recordando la afamada soltería de los Walter y el montón de mujeres que los perseguían a cada instante, una afirmación ante la que Gillian no dudó en darle la razón.

—¡Es verdad!

—Pero si los hermanos Walter acuden todos los años a mi fiesta y no... —comenzó a decir Abigail, confusa por las palabras de Olivia.

—Sí, asisten a tu fiesta, pero corrígeme si me equivoco: ellos nunca forman parte del espectáculo, ¿verdad? ¿Qué crees que ocurriría si celebrásemos una subasta de una cita con los solteros más deseados del lugar? —la interrumpió ella mientras le señalaba a su amiga la excitante imagen de esos dos hombres trabajando sin camiseta.

—No sé si me gusta mucho la idea de incitar a Clay a salir con otra mujer... —se quejó Abigail, mostrando sus sentimientos hacia ese hermano en particular.

—¿Y quién te ha dicho que tú no puedas pujar por él? —le susurró Olivia al oído, convenciéndola por completo.

—Si hacemos eso, Clay no podrá negarse a tener una cita conmigo, ¿verdad?

—No, ya que sería por una buena causa.

—No me agrada demasiado que subastéis a mis tíos para atraer gente a esa fiesta, ¡pero esto no me lo pierdo! —exclamó una sonriente Gillian, dispuesta a ayudar en todo lo posible, ya fuera por realizar una buena obra o por la posibilidad de hacerse con alguna vergonzosa imagen de sus tíos con la que poder chantajearlos en el futuro.

—No te preocupes: tus tíos no se sentirán solos sobre ese escenario, ya que por esta buena obra pienso subastar a todos los trabajadores solteros del rancho —anunció Olivia, dejando a su nueva amiga boquiabierta al ver hasta dónde podía llegar su atrevimiento.

—No quiero ni pensar en los líos en los que vas a meterte ahora. No obstante, allí estaré para grabarlos... —anunció Gillian, decidida a seguir a esa mujer en sus locuras para no perderse detalle de lo que ésta era capaz.

—Es una idea bastante atrevida, ¿no crees? —preguntó Abigail, aún algo reticente.

—Si quieres que tu fiesta gane a la de esa tal Clementine Brans, tienes que hacer algo escandaloso a lo que nadie pueda resistirse y, por ahora, lo más escandaloso que tenemos en este rancho son ellos... —dijo Olivia mientras señalaba la atractiva escena que representaban esos dos hombres sin camiseta.

—El problema ahora es... ¿cómo vas a conseguir que mis tíos accedan a esa locura? —señaló acertadamente Gillian mientras alzaba escéptica una ceja.

—¡Dejadlo todo en mis manos, que yo tengo mucho encanto! Y, si eso falla, también tengo una familia llena de granujas que siempre están dispuestos a ayudarme, aunque, para mi desgracia, algunos siempre ponen precio a sus favores...

Capítulo 14

—Me debes un poni, primita... —dijo Raymond nada más contestar el teléfono mientras señalaba a una de sus camareras para que lo sustituyera atendiendo a sus clientes detrás de la barra del bar de Zoe.

—Aún no has ganado esa apuesta, Raymond.

—¡Vaya por Dios! No puedo creer que un hombre se te resista, sobre todo cuando lo dejé atado a ti a través del matrimonio para que no pudiera huir con facilidad.

—Tú y yo tenemos pendiente una conversación acerca de lo que puedes y no puedes hacer cuando tus primos borrachos desvaríen junto a ti.

—Tú hiciste una apuesta conmigo y había algo que yo podía ganar. Deberías haber pensado en las consecuencias de provocarme antes de abrir la boca.

—¡Estaba borracha, Raymond!

—¡Bah! No te preocupes: el novio también lo estaba —contestó él. Y, conociendo a su prima, se retiró el teléfono de la oreja para esquivar sus gritos y recriminaciones hasta que oyó unas palabras mágicas que tal vez podrían reportarle algún beneficio, momento en que volvió a prestarle atención a la conversación.

—Necesito tu ayuda. Tengo que organizar un acto benéfico para recaudar dinero para una asociación de mujeres y niños maltratados y no sé por dónde empezar.

—Te equivocas de persona para eso, primita. ¿No sería mejor pedirle ayuda a tu madre? Ella está acostumbrada a realizar ese tipo de eventos a

los que siempre evitas asistir... a no ser que tengas planeada alguna de las tuyas —apuntó Raymond mientras sacaba la vieja pizarra de apuestas de la cocina, atrayendo la atención de todos los presentes en el bar.

—Mi idea es subastar a quince..., no, espera..., a diecinueve hombres en esa fiesta para conseguir el dinero.

—¡La leche! Olivia, ¡eres la mejor! Y dime algo: ¿entre esos hombres se incluye tu marido? —quiso saber Raymond mientras anotaba una nueva apuesta bajo el nombre de su prima.

—No estarás apuntándome en esa maldita pizarra, ¿verdad? —preguntó ella molesta porque sabía demasiado bien cómo era su primo.

—¡Qué poco me conoces! ¿De verdad crees que me atrevería a hacer una apuesta a costa de tu vida privada sólo para ganar algo de dinero? —inquirió Raymond, mostrando una falsa indignación que provocó que se oyera más de una risita de fondo en el bar.

—Ya estoy apuntada en esa pizarra, ¿verdad? —dijo Olivia resignada.

—Por supuesto, ¿por quién me tomas? Desde hace semanas...

—¿Y mi padre lo sabe?

—No, porque aún valoro la posibilidad de tener descendencia en un futuro y tu padre podría acabar castrándome si se enterase de que te he alentado a que te cases con un rudo y temperamental vaquero.

—¡«Alentado»..., mis narices! ¡Nos emborrachaste y nos engañaste! —gritó Olivia con indignación.

Hasta que Raymond le recordó:

—Fuiste tú quien lo eligió aquella noche, primita, no lo olvides. Yo sólo te ayudé a conseguirlo.

—Mejor cambiemos de tema y hablemos de algo que me ponga menos furiosa contigo. ¿Cómo consigo convencer a Jacob y a los demás de que se presten a convertirse en los objetos que subastar?

—¿Has probado a seducirlo?

—¡Raymond!

—También puedes emborracharlo: te puedo asegurar que funciona.

—¡Raymond, hablo en serio!

—Yo también, Olivia, porque, por muy benéfico que sea ese evento, no todos los hombres se subirían a un escenario para ser subastados. A no ser que no tengan escapatoria, claro está...

—¿En qué estás pensando? —preguntó ella interesada, ya que conocía perfectamente lo sucio que podía jugar su primo en algunas ocasiones.

—Uno de los defectos que le veo a tu vaquero es que parece ser un hombre de buen corazón. Si lo llevas a esa fiesta engañado y lo subes al escenario junto a sus hombres, cuando les anuncies a todos ellos el verdadero fin de ese evento será demasiado tarde para que huyan. Y, si lo intentasen, recuérdales para quién va destinado ese dinero y cuán desolados o desamparados se quedarían al no recibirlo.

—¡Uf! Será muy difícil conseguir que acudan todos a nuestra fiesta, y más si tenemos que ocultarles a esos hombres nuestras intenciones. Por lo que me ha comentado Abigail, la organizadora de todo esto, Jacob siempre participa donando algún artículo para subastar, pero luego se desentiende de todo lo demás.

—Y ahí es donde mis artimañas no pueden llegar pero sí tus encantos, Olivia. Convéncelos a todos para que se comprometan a ayudarte en esa fiesta, sobre todo a tu vaquero, porque si cae el jefe los demás lo seguirán. E insisto en que te «olvides» convenientemente de especificar en qué consistirá su ayuda.

—Puedo intentar conseguir ese milagro, pero ¿no crees que alguien filtrará la información de las subastas a alguno de los trabajadores del rancho, provocando que la celebración fracase antes de empezar siquiera?

—Si ese pueblo está tan lleno de cotillas como Whiterlande, tan sólo tienes que conseguir su complicidad, que colaboren contigo para mantener el secreto. Estoy seguro de que, con tal de tener algo de diversión, lo harán. Y, si eso no funciona, siempre puedes mantener a esos rancheros tan

atareados que les resulte imposible pasarse por el pueblo hasta que se celebre el evento.

—Sabía que hablar contigo resolvería muchas de mis dudas, primo.

—¡Claro! ¿Para qué está la familia si no es para ayudarnos desinteresadamente los unos a los otros? Por cierto, ¿podrías aclararme si vas a quedarte con tu marido o no? Tengo aquí una apuesta con un bote bastante jugoso y, por ahora, va ganando la opción de que le darás la patada en cualquier momento.

Cuando Olivia le colgó el teléfono después de alguna que otra grosería, a Raymond le quedó muy claro que no recibiría una respuesta. No obstante, eso no lo desanimó, sino que, dándole la vuelta a la pizarra, anunció en voz alta frente a todos los presentes:

—¡Atención, gente! ¡Últimas noticias! Mi prima Olivia va a subastar a su nuevo marido en una fiesta benéfica. La pregunta es: ¿pujará por él, o ese hombre la cabreará tanto como para que ella lo venda al mejor postor? ¡Se aceptan apuestas!

* * *

Necesitaba estar a solas con Olivia para poder seducirla adecuadamente, pero en ese maldito rancho todos parecían haberse confabulado ese día para interponerse en mi camino. Primero las tareas que mis hermanos delegaron en mí, sobrecargándome con un trabajo que intenté esquivar para tentar a Olivia con mi cercanía. Y, cuando ya había conseguido tentarla lo suficiente como para que se aproximara a mí, la inoportuna visita de la molesta Abigail se la llevó.

Abigail había requerido su ayuda para organizar uno de esos selectos eventos que los ricos organizaban para demostrar su poder y satisfacer su ego, ya que en lo que menos pensaban cuando tiraban sus billetes era en los necesitados. Ése era un juego que tenía lugar entre las dos niñas ricas del

pueblo, en el que yo me prestaba a ayudar a Abigail más por pena que por desear estar presente en esa fiesta, pero contemplar lo bien que se desenvolvía Olivia ayudando a Abigail en la organización de su evento me deprimió un poco, pues remarcó un poco más las diferencias que existían entre nosotros, demostrándome que ella se movía como pez en el agua en esos lujosos ambientes tan incómodos para mí.

A pesar de ello, y de que yo nunca podría encajar en ese elegante mundo, me negaba a dejarla marchar porque, aunque nuestros mundos no encajaran, ella siempre encajaría conmigo.

Las palabras que me había dirigido, asegurándome que ella vivía en un pueblo pequeño, nos habían dejado asombrados tanto a mí como a mi hermano, llevándonos a preguntarnos sobre cómo serían realmente el hogar y la familia de Olivia. Eran tan pocas las cosas que conocía de esa mujer y tantas las que quería saber de ella...

Lo único de lo que tenía absoluta seguridad era que lo poco que me había mostrado de sí misma me atraía irremediablemente. Ella era irresistible para mí: su sonrisa, que siempre me animaba; sus alocados intentos de hacer sonreír a otros y de animarlos con las palabras más adecuadas o las más escandalosas, según las circunstancias; sus impertinentes respuestas cuando alguien la provocaba; su forma de afrontar cualquier reto y de intentar ganarlo, aunque tuviera que hacer trampas; su manera de aleccionar a los necios que la juzgaban, entre los que yo mismo me había encontrado en algún momento; su gran corazón y su deseo de amar a alguien con todo lo que tenía, un corazón que aún se negaba a entregarme; sus miedos a que le hicieran daño, unos miedos que me resultaba complicado que dejara atrás cuando yo mismo se los había provocado en alguna ocasión con mis palabras, que, aunque ella asegurara que no le dolían, se habían grabado en su corazón, hiriéndola; sus lágrimas, que sólo se había permitido derramar entre mis brazos cuando creía que yo

era un sueño en medio del cual, por unos instantes, se había permitido amarme...

Me resultaba muy difícil intentar convencerla de que mis sentimientos hacia ella eran verdaderos después de la forma en la que había comenzado nuestra extraña relación. Lo habíamos hecho todo mal: nos habíamos casado primero y conocido después, y el tiempo que debe tomarse cualquier pareja para enamorarse nos lo habíamos saltado para pasar directamente a disfrutar de la ardiente atracción que existía entre nosotros.

Pero ella tampoco podía resistirse a esa pasión, por lo que ahí tenía algo a lo que aferrarme y que utilizaría sin dudarle para que le fuera imposible alejarse de mí, de modo que me concediera la oportunidad de conocernos mejor y de amarla como ella necesitaba para sentirse segura y que creyera en mí y en lo que albergaba mi corazón.

Dispuesto a no separarme de Olivia, seguí reparando una cerca que estaba en perfectas condiciones mientras recibía más de una burlona sonrisa procedente de mi hermano Clay. Finalmente, después de pasar un par de horas reunidas desarrollando la organización de su molesta fiesta, Abigail salió de la clínica despidiéndose efusivamente de Olivia. Creí que al fin tendría una oportunidad de acercarme a mi mujer, pero no: mis fastidiosos empleados tenían que perseguirme recordándome mis responsabilidades, unas con las que no me había molestado cargar.

Hasta ahora. Porque, cuando tenía tan cerca de mí lo que más deseaba, se me escapaba por culpa de ellas.

Tras echar una última mirada a esa ventana desde donde Olivia me contemplaba deseando acercarse a mí tanto como yo a ella, me puse la camiseta y me dirigí hacia mi nueva tarea. Mientras me alejaba de mi esposa, me di ánimos a mí mismo pensando que siempre me quedaría la noche en la que, encerrados en una habitación, nos sería imposible escapar de nuestros deseos. O eso pensaba hasta que mi hermano, luciendo una maliciosa sonrisa, me anunció:

—¿Sabes que hoy vuelve al rancho Owen con su escopeta?

—¡Mierda! —maldije en voz alta, recordando lo cabezota que podía llegar a ser ese anciano—. ¿Podrías distraerlo para que no irrumpa en mi habitación con su escopeta y nos estropee la farsa que estamos aparentando ante Francesca?

—¿Farsa? —preguntó Clay alzando irónicamente una ceja—. Creo más bien que esa «farsa» es la excusa perfecta que estás utilizando para que Olivia no se aleje de ti o, por decirlo más correctamente, de tu cama. Como cualquier hombre de rodeo, le has echado el lazo y la estás atando firmemente a ti, pero olvidas, hermano, que si ese lazo no es lo suficientemente fuerte, no habrá nada que puedas hacer para retener a esa mujer a tu lado.

—No estoy haciendo eso —repliqué algo molesto con sus palabras. Aunque, por unos instantes, evité su mirada mientras me preguntaba si tendría razón.

—Entonces ¿ya le has abierto tu corazón y le has dicho que la amas?

—Le he dicho que creo que me estoy enamorando de ella, pero Olivia no deja que me acerque lo suficiente como para saber lo que siento.

—No te estás enamorando, Jacob: tú ya estás enamorado de ella... ¡Si no eres capaz de apartar los ojos de Olivia y no puedes dejar de pensar en ella! Tú ya sabes lo que sientes, lo que pasa es que estás esperando a que ella lo diga primero para ganar ese reto que os lanzáis los dos a la cara y en el que, como los cobardes que sois, nunca ponéis en juego vuestros corazones.

—¡No soy cobarde! Le dije que la quería... —declaré evitando la escéptica mirada de mi hermano.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál fue su respuesta? —insistió Clay, que me conocía demasiado bien mientras su ceja seguía alzada.

—Creyó que era parte de un sueño que estaba teniendo y no contestó —confesé, lo que hizo que mi hermano negara con la cabeza—. ¡Pero en eso

vosotros tenéis parte de culpa, ya que, si no me hubierais atado a su cama, Olivia no habría estado tan confundida y yo...!

—Oye, ¿y has probado a decírselo cuando se encuentra plenamente despierta? —preguntó Clay, interrumpiendo mis penosas excusas.

—Tal vez si tuviera tiempo para estar con ella a solas... —dije reclamando de nuevo su ayuda. Pero, al parecer, éste no estaba por la labor.

—Lo aprovecharías para meterte en su cama —declaró Clay, sabiendo que mis intenciones de ser un buen chico siempre se difuminaban en cuanto tenía a Olivia cerca—. Ten cuidado, hermano, porque, si no le dices esas palabras, Olivia se cansará algún día de jugar y entonces, por más lazos que le eches, ninguno conseguirá retenerla a tu lado —me advirtió, haciéndome reflexionar sobre lo que necesitaba hacer para que Olivia no se alejara de mí.

Y, tras calarse su sombrero, Clay se alejó luciendo una despreocupada sonrisa en dirección a los trabajadores que nos esperaban. Una sonrisa que no tardó en desaparecer en el preciso instante en el que una atractiva pelirroja de la que él huía como de la peste comenzó a sonreírles a los nuevos empleados mientras entablaba con ellos una conversación despreocupada.

La conversación finalizó cuando mi hermano llegó a su lado. Y, para el asombro de todos, el hombre de frívola apariencia que sólo tenía amables palabras para todas las chicas no dudó en echar a Abigail del rancho de malas maneras.

Mientras ella se iba, cabizbaja y deprimida por el trato recibido del hombre que le gustaba, no pudo contemplar la airada mirada que todos los demás vimos de Clay, una mirada dirigida hacia los hombres que habían cometido el pecado de acercarse demasiado a esa pelirroja, como tal vez él mismo deseaba hacer y no se atrevía.

—¡Hum! Me pregunto si no te habrán echado el lazo a ti también, hermano —murmuré con una sonrisa complacida al ver que no era el único

Walter capaz de hacer el idiota por una mujer.

* * *

Finalmente, las responsabilidades de las que Jacob había estado huyendo durante toda la mañana para intentar jugar conmigo al gato y al ratón lo reclamaron y lo mantuvieron tan ocupado que no pude verlo ni en la cena.

Pero cuando me fui a la cama supe que, por muy tarde que fuese, no tardaría en aparecer en esa habitación, ya que todavía pretendía mantener la ficción que era nuestro matrimonio para frenar los avances de la víbora que pretendía meterse en su cama.

Esa noche me atavié de nuevo con un escandaloso salto de cama que cubrí con un fino batín, pero mientras me lo ponía me pregunté a mí misma si estaba haciendo eso para provocar a Francesca o para incitar a Jacob.

Mientras lo aguardaba en la enorme cama, me acomodé en compañía de un buen libro para simular que no lo estaba esperando a él con impaciencia, sino que lo que me mantenía despierta era una apasionante lectura.

—¡Hola, cariño! ¡Tu maridito al fin llegó a casa! —exclamó Jacob, tan falsamente que deduje que la lapa estaba pegada a la puerta.

—¡Al fin! ¿Hoy con cuerdas o sin ellas, amor? —pregunté siguiéndole el juego mientras me lanzaba a sus brazos. Efectivamente, Francesca se encontraba allí, dirigiéndome una venenosa mirada. A continuación le susurré a Jacob, para que no se olvidara de que lo nuestro era sólo una interpretación—: ¿Te mantendrás tranquilo en tu lado de la cama o tendré que atarte?

Por toda respuesta, él me ofreció burlonamente las muñecas. Luego se adentró en la habitación y, tras cerrarle la puerta en la cara a Francesca, me anunció mientras me recordaba mis palabras:

—Si estás lo suficientemente cerca, eres algo a lo que nunca podré resistirme.

Intentando ignorarlo a él y a sus palabras, me quité el batín para mostrarle lo que se perdía por no amarme y volví a ponerme una holgada camiseta al tiempo que intentaba simular que mi libro me tenía demasiado ocupada como para prestarle atención. Una estrategia que no funcionó cuando Jacob salió del baño minutos después ataviado únicamente con una toalla en torno a la cintura mientras se secaba despreocupadamente sus mojados cabellos con otra, lo que me hacía sumamente difícil ignorarlo.

—¿Qué estás leyendo? —me preguntó mientras se paseaba por delante de mí, tentándome con su presencia.

—Una novela romántica —dije intentando centrar mi atención en el libro, aunque con su presencia no pude pasar de la primera página.

—¡Oh! ¿Tan interesante es? —insistió él mientras se sentaba detrás de mí en la cama, acercándose lo bastante como para ponerme nerviosa.

—Sí, ya sabes, es una de esas novelas tan irreales en las que él se enamora de ella y ella de él, y lo único que los separa es pronunciar unas simples palabras...

—Te quiero —susurró entonces en mi oído haciendo que mi corazón se acelerara por unos instantes, hasta que me señaló esas palabras, que estaban impresas en mi novela, pero no en su corazón.

Así pues, volviéndome hacia él muy molesta, abandoné el libro para tapar sus labios, impidiéndole que pudiera pronunciar una vez más esas mentiras que le daban falsas esperanzas a mi corazón.

—No quiero oírte pronunciar esas palabras.

—¿Por qué? —preguntó Jacob confuso tras apartar mis manos de sus labios.

—Porque son mentira y si las creo podrían hacerme mucho daño.

—¿Y si son verdad? ¿Y si me he enamorado de ti? —me preguntó él, provocando que mis miedos me llevaran a guardar silencio ante unas palabras que no terminaba de creerme—. Si no quieres oírme decir cuánto te quiero, pienso demostrártelo cada día hasta que no tengas miedo de oírlo

de mis labios —añadió mostrando que empezaba a conocerme demasiado bien.

—¿Y si tengo miedo siempre?

—No pienso dejar de intentarlo, aunque tu miedo tal vez sólo desaparezca cuando tú me ames tanto como lo hago yo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que lo que sientes por mí es amor y no un simple encaprichamiento pasajero a causa de lo maravillosa que soy? —dije tratando de bromear con ese embarazoso momento en el que, mientras él me expresaba que me amaba, yo sólo podía recordar lo poco que duraba el amor que los hombres me profesaban en algún momento.

Jacob me cogió el rostro entre las manos y no permitió que apartara los ojos de su intensa mirada mientras me recordaba lo que yo siempre desearía de un hombre.

—Porque te veo, veo cada parte de ti que quieres mostrarme y eso me hace quererte cada vez más —dijo mientras se acercaba a mí y me tumbaba sobre la cama, logrando que me rindiera tanto a él como a sus palabras. No obstante, mi corazón se resistía a creerlo.

—Tú no me conoces —repliqué desviando mi mirada de él, hasta que oí su respuesta y no pude volver a alejarla de la persona que me amaba.

—Claro que sí: tú eres y siempre serás mi dama salvaje.

Incapaz de aguardar un segundo más, lo atraje hacia mis labios para darle una contestación, si bien tal vez no con mis propias palabras, sí con mis caricias, que lo buscaban con desesperación. Él me besó, demostrándome hasta dónde llegaba su deseo. Pero, mientras nos olvidábamos de todo lo que nos rodeaba una vez más, rindiéndonos a la pasión, unos molestos golpes que alguien propinaba a la puerta interrumpieron nuestro ardiente momento.

—Espera un segundo —pidió Jacob mientras se levantaba de la cama y se ajustaba la toalla para deshacerse de quienquiera que fuese el intruso que tocaba a nuestra puerta.

Cuando abrió y lo oí maldecir, supe que no lo tendría fácil para deshacerse de esa persona. Mi curiosidad me llevó a físgonear desde la cama, haciendo que me moviera un poco para contemplar mejor quién era la persona que se encontraba detrás de la puerta y por qué ponía tan nervioso a ese rudo vaquero.

Entonces fue cuando vi al viejo Owen cargando con su inseparable escopeta. Lo saludé alegremente desde la cama, lo que consiguió que fijara su reprobadora mirada una vez más en Jacob. Y, antes de que se decidiera a apuntarlo con su arma, Jacob le cerró la puerta en las narices.

—¿Qué haces? —pregunté confusa cuando lo vi rebuscando entre las bolsas de una de mis olvidadas compras después de ponerse unos pantalones.

—Si no recuerdo mal, me dijiste que en el pueblo compraste algunos anillos... ¡Ah! ¡Aquí están! —exclamó triunfante mientras depositaba sobre la cama la decena de anillos que yo había comprado para darle una lección a Gillian y comenzaba a probárselos hasta dar con uno que le encajara en el dedo. Para mi desgracia, el único que le servía era el que Gillian más deseaba, y, cuando estaba a punto de protestar por su elección, sorprendiéndome por completo, Jacob cogió mi mano y empezó a probarme los demás. Cuando dio con uno que me venía bien, aunque tuviera un diseño algo inapropiado, me susurró al oído antes de cogerme entre sus brazos—: Otro día te compraré uno mucho más bonito, pero, por ahora, espero que éste sirva.

A continuación, Jacob le abrió la puerta al anciano Owen y le enseñó orgullosamente nuestras manos entrelazadas, que llevaban unos anillos bastante inadecuados.

—Mira, ¿ves? Ya he comprado los anillos —mintió descaradamente, haciendo que Owen negara con la cabeza al contemplar la calavera que él llevaba en su dedo y el corazón roto que yo llevaba en el mío.

—Hijo mío, tienes un gusto pésimo —comentó el anciano mientras ignoraba nuestras manos y la falsa sonrisa con la que Jacob pensaba deshacerse de él y apoyaba su mano en nuestra puerta para hacerle una última advertencia—. Te permito acercarte a esta chica porque he oído que le diste tu preciado cinturón..., pero te lo advierto, Jacob: comete un solo error más con ella y volverás a dormir en los barracones.

Tras esas palabras, Owen se marchó con su escopeta y Jacob al fin pudo suspirar aliviado mientras se apoyaba en la puerta. Momentos después, me llevó de nuevo hacia la cama con impaciencia y me tumbó en ella mientras me susurraba al oído:

—¿Por dónde íbamos?

Nuestros labios volvieron a acercarse, pero cuando estábamos a punto de darnos un beso, alguien volvió a molestarnos, esta vez irrumpiendo en la estancia sin ninguna consideración. Desde nuestra embarazosa posición en la cama observamos cómo una molesta adolescente, cargada con una almohada, se abría paso por la habitación.

—La víbora me ha echado de mi cuarto porque hemos discutido y me ha dicho que, si tanto adoraba a Olivia, me viniera a dormir con ella. Y aquí estoy —anunció Gillian mientras se hacía un hueco en la cama, y, cogiendo mi olvidado libro, se sumergía interesada en la lectura mientras declaraba —: Vosotros seguid a lo vuestro y haced como si yo no estuviera.

Ambos suspiramos frustrados, y, a pesar de que yo me resignara a no pasar esa noche entre los brazos de Jacob, él aún no lo hacía. Así que, cargándome sobre su hombro, me anunció:

—Creo que todavía no has visto las dependencias junto a la clínica. Al fin están terminadas, por lo que creo que voy a enseñártelas con detalle durante toda la noche —manifestó con una maliciosa sonrisa que nadie podría borrar de su rostro, porque, a pesar de los impedimentos que se cruzaron en nuestro camino, Jacob estaba decidido a seducirme esa noche para demostrarme su amor.

Y, dispuesta a aceptarlo, me despedí desde su hombro de los inoportunos hermanos que nos perseguían con algunos de sus problemas, de la víbora que me fulminaba con la mirada deseando estar en mi lugar, de la adolescente que se había apoderado de nuestra habitación y de Owen y su escopeta, que, en esta ocasión, simplemente se limitó a sonreír ante las alocadas acciones de Jacob, como si él considerara que ése era el camino acertado para llegar hasta mi corazón.

* * *

Jacob cargó con Olivia hasta las dependencias situadas junto a la clínica: una pequeña casita que sus trabajadores habían terminado de arreglar hacía pocas horas, noticia que el vaquero se había guardado porque prefería que Olivia continuara durmiendo en su cama.

Tras abrir la puerta, negándose a soltar la preciada carga que tenía entre sus brazos, entró y la cerró de una patada antes de dirigirse hacia el dormitorio, algo que le fue prácticamente imposible cuando Olivia se hartó de esperar sumisamente y decidió reclamar la promesa de ese amor que él le había ofrecido.

Besando sus labios con anhelo, exigió de Jacob toda la pasión que éste sentía por ella, y, agarrando con fuerza sus cabellos, le demostró que no se conformaría con menos. La boca de él probó el sabor de la mujer que nunca podría olvidar al tiempo que su lengua buscaba a esa atrevida compañera que siempre estaría a su par.

La habitación donde se encontraba la cama estaba demasiado lejos para ellos, y sus impacientes cuerpos reclamaron que daba igual el lugar donde se unieran, siempre y cuando fuera cuanto antes.

Jacob retiró la holgada camiseta de Olivia, que ocultaba su atrevida ropa interior, y, devorándola con la mirada, observó detenidamente el incitante espectáculo que ella representaba. Olivia permaneció apoyada contra la

pared, intentando huir de su ávida mirada, lo que no podría hacer nunca porque ésta siempre la perseguiría, estuviera vestida o desnuda, simplemente porque Jacob siempre desearía intensamente a la mujer que amaba.

Negándose a soltarla, Jacob la sostuvo entre sus brazos mientras se hacía un hueco entre sus piernas, acercando a Olivia la dura evidencia de su deseo, un deseo que nunca podía apagar cuando estaba cerca de esa mujer.

Las impacientes manos de ella arañaron la espalda de Jacob cuando éste comenzó a rozar su dura erección contra su húmedo sexo, que reclamaba caricias más íntimas para calmar su necesidad.

Olivia dejó en él la marca de su impaciencia cuando Jacob volvió a apoderarse de sus labios, y sus besos la hicieron perderse en la promesa del placer que su amante le prometía. Después de que su lengua la devorara con ansia, las manos de Jacob no se contuvieron y comenzaron a elevar el insinuante camisón, buscando la cálida piel de la mujer que ardía bajo el roce de sus dedos.

Ese excitante trozo de tela no tardó en ser desechado por los impacientes amantes, que necesitaban eliminar las barreras que había entre sus cuerpos, a pesar de que aún no hubieran prescindido de las que todavía mantenían alzadas sus corazones.

Una de las manos de Jacob mantuvo los brazos de Olivia elevados por encima de su cuerpo después de desnudarla, mientras la otra descendía lentamente por su piel prodigando leves caricias que la llevaban a arquearse en busca de un contacto que la hacía arder.

Las yemas de sus dedos apenas la tocaron, provocando que Olivia temblara de deseo. Descendieron por su cuello y por sus pechos, remontando las enhiestas cumbres de sus pezones; continuaron por su barriga, por su ombligo, y siguieron descendiendo hasta llegar al delicado encaje de su ropa interior, que ocultaba el húmedo vértice que escondía su deseo y la impaciencia de llegar al placer que sólo él podía darle.

Jacob acarició su sexo sin compasión por encima de esa sutil ropa interior hasta hacerla gemir su nombre, lo que hizo que Olivia deseara liberar sus manos para poder acariciar a Jacob, acabando de lleno con el hombre aparentemente sereno que tenía ante sí y que sólo quería su rendición.

—Esta vez no me las rompas —pidió ella cuando sus labios abandonaron su boca, recordándole con sus palabras la pasión que siempre compartían, ya que no podía hacerlo con sus caricias. Unas palabras innecesarias, ya que Jacob no había olvidado la pasión que existía entre ellos y que intentaba controlar para poder demostrarle cuánto la amaba. Un control que no tardó en saltar por los aires cuando sus fuertes manos apenas fueron capaces de deshacerse de unos lazos que eran excesivamente intrincados para él en esos momentos.

—Demasiado tarde —musitó mientras desgarraba sus sensuales braguitas para luego acariciar directamente su sexo, haciendo que Olivia se derritiera entre sus brazos, tanto por sus caricias como por sus palabras—. Cuando estoy a tu lado pierdo toda la cordura y únicamente queda ante ti un hombre impaciente que tan sólo quiere amarte de decenas de maneras distintas para que nunca dudes de su palabra.

Y, soltando las manos de Olivia, dejó de retener su deseo para pasar a avivar el de ambos. Se apartó por unos instantes de ella para quitarse los pantalones mientras se deleitaba complacido con la desnuda belleza que tenía ante él y le pidió que no se alejara de lo que ambos sentían:

—No te escondas más de mí.

—Lo que ves es lo que hay, Jacob —anunció atrevidamente Olivia, abriendo invitadoramente sus desnudos brazos hacia ese hombre.

—Me gusta lo que veo —apuntó él queriendo tomarlo todo de ella, tanto su cuerpo como su corazón, algo a lo que Olivia aún era reticente.

—¿Y qué ves, Jacob? ¿A la perfecta dama a la que le gusta presumir de su dinero o a la chica salvaje que siempre te hace frente? —preguntó

irónicamente ella burlándose de sí misma.

Pero él acalló sus bromas contestándole con sinceridad:

—A ti.

Sin permitir que huyera de sus sentimientos, Jacob reclamó una vez más sus labios para que ninguna posible protesta saliera de ellos, y, enroscando las piernas de Olivia en torno a él, acercó aún más su firme erección a ella para que se rozara con la parte más sensible de su cuerpo, haciéndola gemir de deseo ante el placer del simple roce de sus sexos.

Apoyó la espalda de Olivia contra la pared, provocando que ella se arqueara expectante mientras sus besos comenzaban a descender por su cuello. Cuando Jacob oyó unos placenteros gemidos salir de los labios de Olivia, su lengua siguió el mismo camino, haciendo que esos labios pronunciaran su nombre, pidiéndole más de esas ardientes caricias.

Olivia se alzó una vez más, exigiendo la pasión de su boca. Y Jacob no la decepcionó al disponerse a besar las cumbres de sus erizados senos, degustando el sabor de su piel con su ardiente lengua y grabando su nombre en ella cuando sus dientes rozaron sensualmente sus erectos pezones, haciéndola temblar de goce.

Una de las manos de él bajó por el cuerpo de Olivia hasta acercarse a donde sus sexos se rozaban, y, tomando con firmeza su miembro, jugueteó con la húmeda entrada de su feminidad, donde rozó sin clemencia el excitado clítoris con la punta de su hinchado miembro.

Olivia movió las caderas con impaciencia, buscando una y otra vez el placer. Y cuando ese leve roce apenas fue suficiente para aplacarla, intentó que Jacob se adentrara en ella para darle lo que necesitaba. Pero él se resistió a concederle tal placer todavía, y, tras hacer que sus temblorosas piernas volvieran a posarse en el suelo, se alejó de ella.

Olivia empezó a protestar, hasta que una de las manos de Jacob volvió a acariciar su húmeda feminidad, aprovechando para introducir uno de sus rudos dedos profundamente en ella y comenzando a establecer un

implacable ritmo frente al cual su único punto de apoyo era la dura pared que tenía a su espalda.

Olivia se rindió a las caricias que Jacob le regalaba, y mientras la boca de éste se deleitaba con el sabor de su piel, jugando implacablemente con sus jugosos senos, otro de esos rudos dedos se adentró en ella, haciéndola gritar su nombre.

Olivia se arqueó contra la pared buscando más placer, pero él mantuvo sus dedos firmemente hundidos en su interior y sin moverse, por lo que ella comenzó a mover con ansia las caderas contra su mano. Como respuesta, él mordisqueó sutilmente sus enhiestos pezones a modo de reprimenda, y Olivia gimió excitada ante el leve dolor y el placer que le proporcionaba su juguetona lengua.

Luego Jacob volvió a mover los dedos, haciéndola gritar al tiempo que continuaba con un ritmo implacable que era imitado por el descontrolado cuerpo de Olivia mientras buscaba su placer.

Jacob quiso seguir jugando con ella a la vez que se deleitaba con sus gritos, con sus súplicas y las de su cuerpo, que le exigían que la condujera hasta donde ella anhelaba. Y, aunque él aún se resistía a llevarla al clímax hasta que esa noche quedara grabada en su recuerdo, era débil ante las palabras de esa mujer.

—Jacob, te necesito... —susurró Olivia en su oído mientras sus uñas lo marcaban con impaciencia, tentándolo a dejar a un lado todo control para convertirse en el irracional hombre al que sólo le importaba amarla.

Y, así, Jacob substituyó las caricias de sus dedos, que ya le resultaban insuficientes a Olivia, por su dura erección.

Sujetándola firmemente contra la pared, la elevó contra su cuerpo. Y, tras hacer que enlazara una vez más las piernas alrededor de su cintura, se introdujo en ella de una profunda embestida, marcando con sus impacientes acometidas el dulce cuerpo de la mujer que amaba. Una mujer que, una vez más, lo acogía en su interior como si él fuera lo único que necesitaba para

ser feliz, una felicidad que se empañó un poco cuando Jacob dejó salir esas palabras de amor que Olivia no creía y que se negó a repetir en voz alta.

A pesar de ello, sus acciones sí gritaron ese «te quiero» que no quería pronunciar cuando ella agarró fuertemente a Jacob entre sus brazos, negándose a dejarlo marchar mientras su cuerpo se abandonaba a cada una de las caricias que la llevaban hacia el clímax.

Él aumentó la profundidad de sus acometidas y el ritmo de sus embates en cuanto la oyó susurrar su nombre, y silenció los gritos de pasión de los labios de esa mujer con un ardiente beso.

Agarrada a sus hombros, Olivia se movió una y otra vez sobre él buscando sus apremiantes acometidas y el placer que éstas le proporcionaban, al tiempo que Jacob cogía con firmeza sus caderas y la dirigía implacable hacia el camino del éxtasis.

Unos instantes después, convulsionando sobre el duro miembro de ese hombre, Olivia llegó al orgasmo y Jacob no tardó en acompañarla, derramando su esencia en ella mientras gritaba el nombre de la única mujer capaz de volver su mundo patas arriba.

Al fin, saciada y exhausta a causa de todo un día de trabajo, Olivia solamente se mantenía en pie gracias a que Jacob la sostenía.

Cuando él salió de su interior y se apartó de su cansando cuerpo, Olivia creyó que caería al suelo. Pero esos fuertes brazos volvieron a acogerla entre ellos y, al contrario de lo que pensaba, Jacob no la llevó a la cama, sino que, dándole la vuelta, hizo que sus manos se apoyaran contra la pared antes de susurrarle maliciosamente al oído:

—Cielo, ésta sólo ha sido la primera ronda. Aún me quedan muchas formas de demostrarte cuánto te quiero, ¿o acaso me crees ya?

Y cuando Olivia se negó a contestar a su pregunta, él se hizo un hueco entre sus piernas y se hundió de nuevo en ella.

—Te quiero... —le susurró al oído, sorprendiéndola tanto con su dura embestida como con sus dulces palabras. Y, siguiendo un implacable ritmo

que fuera a la par del de su corazón, dejó que ella confesara con su cuerpo lo que aún no se atrevía a afirmar en voz alta.

Capítulo 15

—Te necesito, vaquero... —susurré insinuante al oído de Jacob por la mañana, después de encontrármelo en los barracones hablando con algunos de sus hombres.

Tal vez no fueran las palabras más adecuadas, ya que su reacción fue detener abruptamente su discurso y, después de devorar mi cuerpo con una ardiente mirada, sin importarle el lugar ni el momento, me cargó sobre un hombro dispuesto a llevarme a un sitio más íntimo donde darme lo que él creía que yo necesitaba.

—¡En realidad los necesito a todos ellos también! —grité desde su hombro, provocando que los pasos de Jacob se detuvieran abruptamente y que, después de que me dejara en el suelo, me reclamara bastante enfadado:

—¡Explícate!

—Necesito que tú y todos tus hombres participéis en la pequeña subasta benéfica de Abigail de este año —aclaré. Y cuando cada uno de los vaqueros comenzó a desviar la mirada en el momento en que mis ojos los buscaban, supe que no serían fáciles de convencer y que, tal vez, el más reticente de todos ellos sería el serio hombre que permanecía firme junto a mí.

—Mis hombres y yo estamos demasiado ocupados para asistir a fiestas. Te daremos algún objeto que subastar y poco más.

—En lo bueno y en lo malo... —le recordé a mi esposo, ya que, si Jacob utilizaba la baza del matrimonio para su propia conveniencia, no veía por qué no podía utilizarla yo para la mía.

—Eso es... —comenzó a replicar él molesto, pero yo corté por lo sano acercándome para distraerlo, agarrándolo de las solapas de la camisa y haciendo que se agachara hasta mi nivel para susurrarle muy cerca de sus labios:

—... jugar sucio, sí. Tal vez tan sucio como tú juegas algunas veces cuando me asignas el papel de esposa, pero sólo cuando te conviene —y, tras terminar mis palabras, tentándolo con la promesa de un beso, lo alejé de mí, ya que no se lo merecía.

—Olivia, no tengo tiempo de asistir a ninguna de las elegantes fiestecitas que organiza Abigail para presumir. Me parece bien que utilices tu tiempo libre para jugar a las princesas, pero tanto mis hombres como yo nos encontramos demasiado ocupados para esos frívolos entretenimientos. Así que no cuentes con nosotros —declaró Jacob, haciendo que unos murmullos de protesta comenzaran a alzarse.

—Esas «elegantes fiestecitas» que desprecias son eventos para recaudar dinero destinado a un centro de niños y mujeres maltratados. La «presumida» Abigail, de la que tan despectivamente hablas, pone dinero de su propio bolsillo para organizar un evento con el que recaudar más fondos para esa asociación, además de dar un jugoso donativo cada año —repliqué molesta y ofendida, provocando que varios de los trabajadores bajaran la cabeza avergonzados, aunque no logré la misma reacción en el hombre que me había encasillado en el papel de niña mimada. Así pues, decidida a darle un lección, añadí—: Y la mujer que está ante a ti va a ayudar este año con todo lo que tiene. Y, para tu desdicha, según el papelito que firmamos en Las Vegas gracias a una enorme borrachera, tú me perteneces... —Mis palabras, que pretendían ofenderlo tanto como él había hecho conmigo, tuvieron el efecto contrario, pues consiguieron sacarle una sonrisa de satisfacción. Y, mientras yo me preguntaba el porqué de ese gesto, él resolvió mis dudas de inmediato.

—¿Así que soy tuyo? ¿Y cómo quieres utilizarme? —inquirió sugerentemente en mi oído, haciendo que me sonrojara al recordar las noches que habíamos pasado juntos.

—Quiero que participes en esa subasta y que alientes a tus hombres a hacerlo. Y también quiero que, para variar, me apoyes y creas en mí cuando te digo que ese evento no será como en otras ocasiones.

—¿Y qué gano yo con eso? —preguntó maliciosamente, acercándose más a mí.

—Hacer felices a muchos niños y mujeres —respondí. Y, al ver su dubitativo gesto, añadí—: ¿Qué es lo que quieres?

Jacob recorrió mi cuerpo de arriba abajo con una de sus ávidas miradas y, tras ello, me murmuró al oído:

—Tú ya sabes lo que quiero, lo que deseo, lo que anhelo... —Mientras me embaucaba con sus palabras, me acercó más a él. Pero a continuación se alejó un paso, y, jugando cruelmente conmigo y con mi corazón, me caló el sombrero para que no pudiera ver su sincera mirada antes de confesarme una vez más al oído—: A ti.

Después se apartó de mi lado y acalló los murmullos de sus trabajadores con un fuerte silbido para dirigirse a ellos con una embaucadora sonrisa con la intención de animarlos a tomar parte en uno de mis planes, en el que él ya había caído de lleno gracias a mi manipulación.

—Los hombres que ayuden este año en el evento de Abigail serán recompensados con un día entero de paga, ya que irán en representación de nuestro rancho, más un día de descanso por los servicios prestados. Los que quieran participar pueden hablar con Olivia, que es una de las organizadoras del evento. Mis hermanos y yo le daremos nuestro máximo apoyo a esa fiesta, y os animo a todos a que participéis —anunció Jacob antes de dirigirse hacia la puerta.

Sin embargo, cuando pasó por mi lado dejándome junto a sus hombres, no se olvidó de recordarme lo único que él deseaba de mí y que yo aún me

negaba a entregarle:

—Prometes mucho, pero veamos lo que estás dispuesta a cumplir.

Mi corazón se encogió ante sus palabras, que me reprochaban lo cobarde que era yo por guardar silencio todavía acerca de lo que sentía, a pesar de haberlo oído expresar sus sentimientos. Pero el miedo que tenía a que me rompieran el corazón era aún demasiado grande como para arriesgarme a gritar mi amor o a creer en el suyo.

Mi mirada lo siguió hasta que Jacob desapareció por la puerta y el murmullo de discusión de unos hombres que aún no sabían qué hacer me hizo regresar a la realidad. Y, dejando mis confusos sentimientos a un lado, me centré en los problemas inmediatos que realmente podía resolver en esos momentos.

Me subí a uno de los bancos que había junto a las literas, silbé tan fuerte como pude para atraer la atención de esos hombres y, cuando todas las miradas estuvieron puestas en mí, los conquisté con una de mis coquetas sonrisas mientras me dirigía a ellos:

—¿De verdad creéis que ese evento será como el de otros años si lo organizo yo? —y cuando los murmullos, en esta ocasión de aceptación, comenzaron a surgir, rematé la jugada anunciando—: Si os puedo prometer algo, chicos, es que esta vez no os vais a aburrir.

Después de mis palabras, todos firmaron un documento por el que se comprometían a participar. Cuando salí de los barracones con una radiante sonrisa, el hombre que me había ayudado me estaba esperando apoyado despreocupadamente contra la pared. Sin mediar palabra, Jacob me arrebató la carpeta donde guardaba mis papeles y, tras firmar también como voluntario del evento, me devolvió los documentos al tiempo que declaraba:

—Espero no arrepentirme de esto.

Yo, para evitar contestarle, simplemente lo besé y él olvidó seguir preguntándome sobre la fiesta mientras me sostenía entre sus brazos para

reclamarme un amor que, aunque yo no estaba dispuesta a gritar en voz alta, no podía evitar darle con cada uno de mis besos.

* * *

Después de arreglar un poco sus arrugadas ropas para que nadie se diera cuenta de lo que había estado haciendo en uno de los apartados graneros con ese impulsivo vaquero, Olivia se dirigió hacia la clínica para ir al encuentro de la verdadera organizadora del evento, que estaba esperándola con impaciencia, tanto a ella como a la ayuda prometida que le había asegurado que conseguiría.

Pero mientras Olivia caminaba hacia ella se dio cuenta de la soñadora mirada que Abigail le dirigía a Clay, y decidió que ya era hora de que la pelirroja despertara e hiciera algo al respecto.

—Te toca —le dijo nada más entrar por la puerta, pasándole el documento con todas las firmas que se comprometían a participar en su evento a la verdadera organizadora de la fiesta, algo que Abigail miró con espanto en cuanto Olivia le señaló lo que pretendía que hiciera con él—. Mira: he conseguido la firma de Jacob y de sus trabajadores. Todos ellos han accedido a ayudarnos con nuestra subasta benéfica, pero ahora tú tienes que obtener la del resto de los hermanos Walter.

—No creo que sea capaz de hacerlo, sobre todo la de Clay —manifestó ella con desesperanza.

—¡Vaya! ¿Cómo lo has conseguido, Olivia? —preguntó Gillian, olvidando por unos instantes su trabajo en la clínica mientras volvía a meter su curiosa naricilla en donde no la llamaban.

Tanto ella como Abigail quedaron sorprendidas cuando oyeron la respuesta de Olivia.

—Muy fácil: el truco está en no aclararles a esos hombres de qué manera específica van a ayudarnos en ese evento..., hasta que ya sea demasiado

tarde para que puedan huir de él.

—¡Así que ni mis tíos ni sus trabajadores sabrán lo de la subasta hasta que se suban al escenario! —exclamó Gillian con una maliciosa sonrisa—. ¡Dios, la fiesta de este año no me la pierdo!

—No sé si me gusta la idea de engañar a los hombres, Olivia, sobre todo a Clay. Podría enfadarse conmigo y... —manifestó Abigail.

—Si se molesta contigo, por lo menos sabrá que existes y no podrá pasar de ti con la facilidad con la que lo hace ahora —la interrumpió ella mientras señalaba a Clay, que cuando Abigail alzó una mano para saludarlo, la ignoró una vez más—. ¿De verdad quieres seguir como hasta ahora, Abigail?

—Bien, de acuerdo. Hagámoslo a tu manera... Ese evento no puede ser mucho peor de los que yo he organizado hasta ahora.

—Confía en mí, Abigail: ésta va a ser una fiesta difícil de olvidar. Alégrate de haber encontrado a una Lowell en tu camino, ya que, cuando nos ponen un reto por delante, somos capaces de cualquier cosa con tal de conseguir la victoria. Clementine Brans este año va a acabar por los suelos y tu fiesta va a arrasarlo.

—¡Sí! —exclamó Abigail efusivamente, dejándose llevar por las palabras de Olivia. Aunque esa efusividad se apagó un poco cuando oyó su respuesta a una de las preguntas que le hizo—: Bueno, para completar la documentación del programa, ¿en qué proyectos debo poner que has participado con anterioridad, Olivia?

—¡Oh, muy fácil! Orgías de la universidad y despedidas de soltera —respondió ella despreocupadamente, dejando a Abigail boquiabierta y sin saber qué poner en ese papel mientras Gillian se partía de la risa. Y más aún cuando oyó la solución de Abigail.

—Pondremos «organizadora de eventos variados» —anotó alegremente ésta cuando se recuperó del escandaloso anuncio de Olivia, dispuesta a ignorar todas las reglas que había seguido hasta ese momento con tal de

conseguir su ansiada victoria, ya que, si ser una niña buena no le había funcionado, ¿por qué no probar a ser por una vez la mala? ¡Quién sabía! Tal vez con ello conseguiría al fin que el hombre que amaba se fijara en ella, aunque sólo fuera para reprenderla.

—Tú tienes que conseguir las demás firmas, Abigail. Yo estoy demasiado ocupada para hacerlo y Gillian tampoco puede —dijo Olivia acallando con una elocuente mirada a la efusiva adolescente que, como siempre, quería prestar su ayuda.

—Dime, ¿cómo conseguiste a Jacob? Tal vez tu respuesta pueda ayudarme a conseguir a Clay... —quiso saber la pelirroja, refiriéndose no tanto a su firma como a su corazón.

—Me arriesgué —contestó Olivia, sin atreverse a profundizar más, porque aunque era cierto que ella siempre se arriesgaba al llevar a cabo alguna de sus locuras, nunca ponía en riesgo su corazón, algo que Abigail descubrió con una sola mirada.

—No te arriesgaste del todo, ¿verdad? —preguntó ella, comprendiendo lo distintas que eran—. En cambio, yo soy una cobarde que sólo se atreve a soñar.

—Ve con todo, Abigail. No te quedes a medias. Y si alguien rompe ese corazón tan grande que tienes, yo estaré aquí para ayudarte a repararlo. Como última medida, siempre puedo castrar al hombre que te haga daño —aconsejó Olivia, sacando una sonrisa de su amiga.

—Lo haré —anunció ella con decisión mientras cogía la carpeta entre las manos, a pesar de que éstas le temblaran. Y, antes de salir con decisión por la puerta sin mostrar ningún titubeo en los pasos que la dirigirían hacia Clay, se volvió hacia su amiga—: Olivia, deberías seguir tu propio consejo y arriesgarte a darlo todo por amor. Si no lo haces, no sabrás si éste valdrá la pena.

—Lo haré —prometió, aunque desvió la mirada, mostrándole a su amiga que, al contrario que ella, aún no estaba preparada para admitir ese amor.

* * *

La misión que Abigail se había propuesto no le resultaba tan sencilla como ella sospechaba que podría haber sido para la atrevida de Olivia o para la manipuladora de Gillian. Pese a ello, y decidida a no ser menos que su nueva amiga o que una caprichosa adolescente, utilizó el único método que siempre le funcionaba para conseguir algo de su padre: durante varios días se dedicó a perseguir incansablemente a esos hombres con los papeles hasta que por fin consintieran en firmarlos, aunque sólo fuera por puro agotamiento ante el acoso de Abigail.

Dispuesta a no pasar desapercibida ante el hombre al que amaba, y teniendo una excusa para acercarse a él, esperaba a Clay y a sus hermanos a la hora del desayuno, del almuerzo y de la cena, poniéndoles los papeles por delante. Atosigaba a Clay en su trabajo. Lo seguía en sus citas, las cuales a Abigail no le importaba interrumpir descaradamente para que se fijara en ella, e incluso iba detrás de él hasta el baño, del que había sido expulsada cuando trataba de acosarlo en la ducha, consiguiendo de paso contemplar desnudo a ese hombre, una imagen que nunca podría olvidar.

—¡Ya está! ¡Me rindo! ¡Trae aquí esos malditos papeles! —dijo Will esa mañana durante el desayuno, siendo el primero en ceder ante Abigail y su persistente acoso y derribo después de que el día anterior ella se encerrase en el despacho con él y, sentada en una silla frente su escritorio, no había dejado de observarlo en silencio durante dos incómodas horas hasta que él decidió echarla de su despacho y ella se marchó con la promesa de regresar—. Y vosotros deberíais hacerlo también. Si no por ese acto benéfico, al menos para que Abigail nos deje trabajar en paz.

—A mí la verdad es que no me molesta demasiado que una atractiva pelirroja me persiga a todos lados —bromeó Jayden mientras firmaba, lo que provocó que Clay dejara escapar un gruñido, reacción que los

sorprendió a todos, ya que él siempre estaba de buen humor con todas las mujeres..., excepto con ella—. Y dime, cielo, ¿qué es lo que pretendes que hagamos todos los hombres de este rancho en tu evento benéfico de este año? —quiso saber Jayden.

—¡Oh! Casi nada: voy a subiros a todos al escenario y a subastaros al mejor postor. Pero no os preocupéis: será por una buena causa —dijo Abigail, confesando abiertamente la verdad. Pero como sus escandalosas palabras iban acompañadas por su inocente rostro y una cándida sonrisa, tal y como Olivia le había asegurado que ocurriría, nadie la creyó y se rieron de ella, creyendo que bromeaba.

—Está bien, si no quieres decírnoslo, no lo hagas. Tal vez sea más divertido de esa manera —repuso Jayden, riéndose con descaro.

—¿Y a mí también me subastarás? —preguntó Clay, burlándose de ella y de lo que sentía hacia él con una sonrisa irónica mientras le arrebatava los papeles a su hermano después de que éste los hubiera firmado.

—Sí —confirmó Abigail, haciendo que Clay frunciera por unos momentos el ceño, molesto con su contestación. Y sólo cuando terminó de firmar esos papeles se atrevió ella a informarlo de lo que le esperaba—: Pero no te preocupes: pienso pujar por ti para mantener tu virtud a salvo.

Tras el anuncio de la joven, Clay y sus hermanos se quedaron boquiabiertos por unos instantes antes de prorrumpir en escandalosas carcajadas a causa de las atrevidas palabras de Abigail, de la que los Walter nunca habrían creído que pudiera ser capaz de devolverle una pulla a Clay, tal y como éste se merecía.

—¿De quién has aprendido esa insolencia, pelirroja? —inquirió Clay, devolviéndole los documentos firmados a esa mujer, sin sospechar en lo que él y sus hermanos se habían metido.

—De tu cuñada, *rubito*... —contestó ella, volviendo a sorprender y a hacerlos reír a todos por su atrevimiento. E, imitando el presumido de gesto de Olivia, Abigail echó a un lado su hermosa melena pelirroja para advertir

a ese hombre por el que estaba dispuesta a luchar—: Y aún no has visto todo lo que me ha enseñado...

La osadía de Abigail sólo le duró hasta que salió por la puerta y, entonces, tras apoyar su tembloroso cuerpo en la pared, lejos de la vista de Clay, sonrió ante su acelerado corazón y celebró en silencio su victoria: el hombre que nunca la veía, el que siempre pretendía ignorarla, no lo había hecho en esta ocasión. Y así continuaría en el futuro, porque no pensaba permitir que volviera a pasar de ella.

Mientras hacía un estúpido bailecito de la victoria, Abigail se vio interrumpida por su amiga, quien, alzando irónicamente una ceja ante su vergonzoso comportamiento, seguramente se preguntaba si habría bebido.

Abigail recompuso su aspecto ante el rudo Jacob y la sonriente Olivia, y, tras entregarle victoriosa los papeles con las firmas del resto de los hermanos Walter, miró detenidamente a la pareja y le dedicó a ella unas palabras que antes nunca se habría atrevido a decir en voz alta de no haber encontrado el valor para perseguir su amor.

—Arriesgarse puede doler mucho, pero también te acelera el corazón y te hace sentir viva, e incluso tal vez... amada —manifestó Abigail, señalando las manos entrelazadas que la pareja mostraba esa mañana.

—Lo intentaré —respondió Olivia, decidiendo no ser menos que su amiga. Aunque le advirtió con la mirada que su historia de amor sólo acababa de empezar, y que arriesgar su corazón podía traer tanta alegría como dolor.

* * *

Decidida a ser tan valiente como esa vivaracha pelirroja a la que, posiblemente, tendría que consolar en alguna ocasión, me dispuse a darle una oportunidad a Jacob y a ese amor con el que él me perseguía. Si cuando llegara el día de la fiesta él seguía amándome, yo le confesaría lo que sentía

y le abriría mi corazón, me arriesgaría con todo, no me separaría de él y dejaríamos atrás nuestra farsa para pensar seriamente en la posibilidad de permanecer juntos, no por lo que dijera un papel, sino por lo que dictaran nuestros corazones.

Jacob me apretó la mano que esa mañana se había negado a soltar para que no me alejara de él, y, contemplando extrañado el comportamiento de Abigail mientras se alejaba, me preguntó:

—¿Qué ha sido eso?

—Abigail arriesgándose —le contesté. Y, sin darle más explicaciones, lo conduje a la cocina porque me apetecía mucho, no tanto desayunar, sino ver cómo se había quedado Clay después de comprobar que ya no podría ignorar a Abigail por más tiempo.

La sonrisa que normalmente lo acompañaba había desaparecido por completo, y el más alegre, jovial y despreocupado de los hermanos Walter fruncía ahora el ceño en dirección a la puerta por la que Abigail había desaparecido, mostrando cierta preocupación.

—¿Qué te ocurre, Clay? —preguntó Jacob interesado. Y cuando no supo qué contestar, yo lo hice por él.

—Lo que le ha ocurrido es una pelirroja...

—No le enseñes a ser tan atrevida como tú —me reprochó Clay—. Abigail no es así.

—¿Ah, no? ¿Y cómo es entonces? ¿Y por qué te preocupa? —le pregunté impertinentemente a mi cuñado, dejándolo sin palabras.

—Ella es... es...

—Aún no la conoces, Clay, pero no te preocupes: no tardarás mucho en hacerlo. Y cuando lo hagas, me pregunto si podrás volver a ignorarla con tanta facilidad.

—Te lo advierto, Olivia: no hagas nada escandaloso que Abigail no pueda sobrellevar —insistió él, concediéndole a mi amiga la posición de mujer desvalida que no pegaba con ella en absoluto.

—¿Yo? —pregunté con ironía, para luego añadir ante mi intranquilo cuñado—: Dime, Clay, ¿qué cosas escandalosas crees que puedo hacer y que Abigail no podría sobrellevar? —inquirí orgullosamente mientras tomaba asiento para avivar su genio y, si no conseguía alterarlo, tomar al menos prestada alguna de las ideas que a él se le ocurrieran.

Pero ese hombre tenía menos agallas que Jacob, y, en vez de enfrentarse a mí, simplemente se alejó enfurecido mientras me maldecía tanto a mí como a una pelirroja que no tuve duda de que era mi revoltosa amiga.

—Mira tú por dónde ahora no puede ignorarte... —Sonreí satisfecha, felicitando mentalmente a mi amiga por su valor. Y mientras lo hacía, me pregunté a cuántos problemas tendría que enfrentarse Abigail para perseguir ese amor que se le había resistido tanto... hasta el momento.

* * *

Unas semanas después de comenzar a organizar el evento, Olivia y Abigail tomaron aire y se prepararon para lo peor antes de adentrarse en el local.

En cuanto Olivia abrió la puerta no tuvo duda de que prefería mil veces enfrentarse a una jauría de lobos hambrientos que a lo que tenía delante, pese a que, por lo que podía contemplar, tal vez ambas situaciones serían muy similares.

Pero no: después de ver las despiadadas miradas que les dirigían tanto a ella como a su amiga, supo que la jauría de lobos hambrientos dolería menos.

El restaurante Donnie, al que normalmente acudían los Walter cuando iban al pueblo por alguno de sus negocios o, simplemente, para tomarse un descanso, estaba abarrotado por un montón de admiradoras de esos hermanos. Y, mientras éstos eran recibidos con una alegre sonrisa, para ellas

habían quedado reservadas esas miradas de odio que ahora les estaban dedicando.

—Comprendo las miradas que me dirigen a mí, ya que estoy casada con Jacob y valgo mucho más que ellas..., y lo saben —manifestó Olivia, recalcando las últimas palabras en voz alta para que fueran oídas por esa multitud de víboras, de lo que no tuvo duda que había logrado al comprobar Olivia que entre esas mujeres reunidas sonó algún que otro grito de indignación mientras varios hombres tuvieron que esforzarse por contener la risa—. Pero ¿por qué te odian a ti? —continuó confundida ante las miradas de desagrado que le dedicaban a la inocente pelirroja.

—Porque mi padre no cae demasiado bien. Lo comprenderás en cuanto lo conozcas: la verdad es que es un poco vanidoso y le encanta presumir de su dinero —contestó Abigail con un suspiro resignado, aceptando esas odiosas miradas y excusándolas sin que se lo merecieran.

—No lo entiendo, ¿acaso tú eres tu padre?

—No, pero soy su hija, y para mucha gente del pueblo es lo mismo.

—Medir a una persona por cómo es un familiar es tan estúpido como encasillar a alguien por su apariencia —declaró Olivia en voz alta, acallando todos los susurros que se habían abierto a su paso mientras señalaba su persona y la cara vestimenta que había elegido lucir en esa ocasión—. Nunca vas a acertar, porque la estás juzgando, no la estás conociendo... —apuntó, dándole una lección a todo aquel que la escuchara. Luego, como era habitual en ella, los escandalizó a todos—. Prefiero creer que no son tan estúpidos y que te odian solamente porque eres mi amiga y, por tanto, saben que eres mucho mejor que ellos, ya que yo sólo me quedo con productos de primera calidad. Los demás simplemente los descarto —anunció mientras pasaba orgullosamente entre las mesas, ignorando cada una de las miradas de rencor que le dirigían esas mujeres, y Abigail, por primera vez, no se encogió.

Y, siguiendo el mismo ejemplo de su amiga, mantuvo la cabeza bien alta mientras Olivia y sus presumidos gestos la hacían sonreír en más de una ocasión.

—Anda, dime que mi entrada no ha sido divina —susurró Olivia risueña a su amiga cuando ambas tomaron asiento.

—No sé si divina, pero si antes te odiaba la mitad del pueblo, ahora creo que te odian todos.

—¡Oh! Entonces es que he estado maravillosa —repuso ella burlona.

—¡Uf! Si ése es tu concepto de «estar maravillosa», entonces hace mucho que yo llevo siéndolo en este lugar —declaró Abigail, dejando salir un desalentador suspiro.

—Escúchame. Hubo un tiempo en que esas miradas llenas de prejuicios me pesaban muchísimo y me hacían llorar. Entonces mi padre, tras limpiarme las lágrimas y asustar a los niños que me habían hecho llorar hasta hacer que se mearan en los pantalones, me dijo: «¿Para qué quieres falsas sonrisas a tu alrededor? Quédate sólo con las de verdad y deja sin palabras a todos los demás». Desde ese día sigo el único consejo sabio que jamás me ha dado ese loco hombre que es mi padre. Y, a pesar de los líos en los que puedo meterme a causa de mi actitud, nunca me arrepentiré de ello.

—Vaya... Tengo que conocer a tu familia —anunció alegremente Abigail. Hasta que vio que alguien se acercaba a su mesa y su sonrisa desapareció—. Cambiando de tema, Clementine Brans se aproxima, rodeada de su horda de admiradoras, como siempre —le advirtió a su amiga, haciendo que ésta se volviera para ver cómo era la chica a la que Abigail temía.

Una mujer morena, alta y de porte distinguido, que vestía con ropas elegantes pero informales adecuadas para la dirección de un rancho, se acercaba a ellas seguida por varias de las impertinentes mujeres que Olivia

había tenido la desgracia de conocer en una reunión anterior en la que cada una de ellas quiso reclamar a su esposo.

—Tú vales mucho más que todas ellas juntas, Abigail —dijo Olivia, dándole ánimos a su apocada amiga.

—Entonces ¿por qué no me siento así? —replicó ella deprimida.

Hasta que vio su perversa sonrisa y, percatándose de que estaba a punto de hacer una de las suyas, recuperó los ánimos, sobre todo después de que su amiga le asegurara:

—Si son ellas las que vienen a nuestro encuentro con esos aires de grandeza con los que pretenden intimidarnos es que nos ven como rivales a su altura. Y, si es así, tú ya has ganado, Abigail... y yo me lo voy a pasar pipa restregándoles tu victoria.

—¡Oh! ¡Pero si es nuestra querida Abigail Chester, quien, seguramente, estará organizando otro de sus maravillosos eventos, siempre tan concurridos y multitudinarios...! —manifestó burlonamente Clementine Brans, interrumpiendo a Olivia.

Tal vez Abigail se hubiera hundido un poco con sus irónicas palabras si su amiga no hubiera estado allí para hacerla sonreír ante la persona que solamente pretendía verla llorar.

—¡Bah! Nuestra entrada ha sido mil veces mejor que la de ella. Le doy un tres, y eso porque me da pena...

—¿Y se puede saber quién eres tú? —preguntó Clementine en ese momento, mirando a Olivia como si fuera un insecto insignificante. No obstante, en el proceso se olvidó de que algunos insectos eran bastantes peligrosos.

—Lo siento, pero no suelo decir mi nombre a las personas que muestran poca o ninguna educación y no se presentan primero al acercarse a mi mesa sin ser invitadas. Y tampoco me gusta tratar con gente molesta y maleducada con el estómago vacío, así que, si me perdonas, ¡camarero, por favor...! —gritó Olivia, ignorando por completo a esa grosera mujer y a

todo su séquito. Abigail, siguiendo su ejemplo, por primera vez en su vida ignoró a la mujer que siempre la molestaba.

Para asombro de todos, y más de la propia Clementine, Olivia pidió tranquilamente su comida, su bebida y el postre, preguntando detenidamente al camarero por cada plato que le interesaba. A continuación, su amiga hizo lo mismo, y sólo cuando el camarero se marchó con los pedidos Olivia se dignó dirigirse de nuevo a Clementine para preguntarle despreocupadamente mientras miraba su móvil:

—¡Ah! Pero ¿aún sigues ahí?

—Seas quien seas, quiero que sepas que este año la fiesta de tu amiga va a ser un fracaso y va a quedarse tan vacía como siempre.

—Pero ¿qué dices? Si este año va a haber un castillo inflable para los niños... —anunció ella, haciendo que al rostro de Clementine acudiera una sonrisa satisfecha—, un concierto en vivo para los más jóvenes... —prosiguió, haciendo que la sonrisa de esa pérfida mujer se agrandara—, un concurso de tartas, decenas de juegos, rifas y atracciones —continuó mientras Clementine negaba con la cabeza para luego darles la espalda, como si tanto ellas como esa fiesta fueran algo insignificante—. Y, como plato fuerte... —comenzó Olivia. Y cuando Clementine estuvo algo apartada pero lo suficientemente cerca para oírla, anunció bien alto para que todos los presentes se enteraran—, vamos a subastar a todos los hombres del rancho La Carreta, ¡incluidos los hermanos Walter!

Tal y como Olivia tenía planeado, los pasos de Clementine se detuvieron en seco ante la noticia, y no tardó en regresar a su lado.

—¡Mientes!

—No, no miento: Abigail y yo hemos conseguido que todos los hombres del rancho se comprometan a ayudarnos en esa subasta, incluidos esos atractivos hermanos. Aunque, bueno, puede que se nos haya olvidado explicarles de un modo específico cuál será su tarea concreta esa noche.

—¡Oh! Entonces, si yo abro la boca y les cuento a los Walter lo que estás planeando, todo quedará arruinado, ¿no?

—Puede que sí o puede que no... Ten en cuenta que yo soy la esposa de Jacob Walter y puedo conseguir de él muchas cosas con las que otras mujeres ni siquiera podrían soñar —declaró Olivia, provocando a las seguidoras de esa víbora, que aún tenían puestos sus ojos en Jacob, a pesar de que éste fuera un hombre casado.

—Entonces sólo tengo que abrir la boca y...

—Y perderás la oportunidad de poder pujar por alguno de esos atractivos hermanos para tener una cita con alguno de ellos —dijo Olivia, poniendo a esas mujeres contra la espada y la pared para comprobar qué era más grande: si su deseo de venganza contra Abigail y ella o su deseo de tener una cita con alguno de los atractivos hermanos.

Después de haber conocido el encanto que tenían Jacob y sus hermanos, Olivia no tuvo ninguna duda de lo que Clementine elegiría.

—Así que, ¿qué vas a hacer...? —inquirió tendiéndole burlonamente su móvil para que pudiera llamar a cualquiera de los Walter y les advirtiera. Y cuando Clementine, después de rechinar los dientes, desvió la mirada de ella y del teléfono, Olivia no dudó de que tanto esa mujer como sus seguidoras guardarían silencio sobre la subasta—. ¡Así me gusta! ¡Calladita estás más guapa! —se burló Olivia.

Y, para asombro de todos, la apocada Abigail, que hasta ese momento había guardado silencio, tras limpiarse educadamente la boca, anunció en voz alta:

—Después de esta brusca interrupción he perdido el apetito, Olivia. Creo que sería mejor que comiésemos en otro lugar, ¿no te parece, querida amiga?

Ante el valiente paso adelante de Abigail, Olivia no pudo menos que seguirla hacia la salida, mostrándose totalmente de acuerdo con ella. Pero

cuando fue a pagar, Abigail la detuvo, y, dirigiéndole una firme mirada a la mujer que hasta ese momento había sido su rival, anunció delante de todos:

—Clementine, aceptaré tu invitación a esta comida como pago de la entrada a mi fiesta. Ahora bien, tus amigas sí tendrán que comprar una si quieren estar a tu lado..., y os advierto que con los nuevos eventos esas entradas están muy cotizadas.

Tras esas osadas palabras, Abigail depositó la cuenta en las manos de una anonadada Clementine, que no sabía qué la asombraba más, si el atrevimiento de esa habitualmente tímida mujer o la elevada suma que tenía ante ella, con la que Abigail se había permitido invitar a medio restaurante. Pero, a pesar de todo, Clementine no se negó a pagar y, por una vez, bailó al son que marcaba Abigail, permitiendo que ésta pudiera alejarse de ella con una victoriosa sonrisa. Hasta que, antes de que hiciera su salida triunfal, Clementine le preguntó con una maliciosa sonrisa:

—Abigail, ¿subastarás a todos los Walter?

—Sí, por supuesto —respondió ella con despreocupación, haciendo sonreír satisfechas a todas las hienas que tenía delante.

—Entonces no dudes de que nos veremos allí... —contestó.

Cuando Olivia y Abigail salieron del lugar al fin pudieron respirar tranquilas. Y sólo cuando se alejaron de ese ambiente lleno de envidia y resentimiento y se metieron en el coche pudieron hablar de lo que aún no sabían si era una victoria o no.

—Estoy confusa, Olivia. Tras ver las taimadas sonrisas de esas mujeres no sé si hemos ganado o no... —manifestó Abigail, confundida con la última pregunta que le había dirigido su rival.

—No dudes de que tu fiesta este año será un éxito. La victoria es tuya. Ahora bien, eso sí: si no tienes el suficiente dinero, te aconsejo que ahorres, porque creo que Clementine te ha declarado la guerra en otro terreno y que ahora va a por Clay.

—Mierda... Bueno, por lo menos tú no lo tienes tan difícil y...

—Las tres víboras que la acompañaban van a por Jacob.

—Bueno, no te preocupes por mí: llevo ahorrando toda la vida para gastarme mi dinero en algo que valga la pena, y eso, sin duda, es Clay. ¿Y tú?

—Yo aún no sé si Jacob valdrá la pena, no obstante... —dijo Olivia mientras sacaba su móvil.

Y, como respuesta a la pregunta de su amiga, hizo una llamada indispensable para conseguir lo que deseaba.

—¡Hola, mamá! Una pregunta: ¿cuánto dinero de mi asignación puedo utilizar para aportaciones a causas benéficas?... ¿Que para qué lo quiero? Para comprarme un complemento que me es indispensable. ¿Que concrete más?... Pues, verás, se trata de un hombre, más exactamente, de un vaquero que, aunque aún no sé si vale la pena quedarme con él, estoy muy dispuesta a darle una oportunidad... —explicó Olivia, acabando con las dudas de Abigail sobre si su amiga pujaría o no por su marido.

Capítulo 16

—Dan, ¿me puedes explicar en qué consiste el último trabajo al que has mandado a nuestra hija? —preguntó Victoria visiblemente molesta, interrumpiendo la reunión de chicos que mantenía su marido con su hermano Josh y su cuñado Alan.

—Es un trabajo como veterinaria en un rancho de Texas en el que obtendrá una gran experiencia atendiendo a las reses. Está muy bien pagado y lejos de los moscones que la persiguen en el pueblo, ya que en ese lugar sólo encontrará a viejos vaqueros y sus vacas.

—¿Estás completamente seguro de eso? —insistió Victoria, alzando irónicamente una ceja.

—Sí —dijo Dan, pero su afirmación no fue tan firme como sus anteriores palabras, tal vez porque comenzó a sospechar a causa del interés de su esposa—. ¿Por qué me lo preguntas? —añadió, comenzando a preocuparse.

—Oh, por nada... —repuso Victoria con gestos de despreocupación, esperando a que su marido le diera un tranquilizador trago a su cerveza para continuar—: Sólo te lo preguntaba porque nuestra hija me ha llamado para consultarme qué presupuesto tenía disponible para comprarse un nuevo capricho con fines benéficos.

—¡Ah! ¿Y qué quiere comprarse ahora nuestra princesa para ayudar a los más necesitados?, ¿unos zapatos de diseño, un nuevo vestido exclusivo, un bolso con incrustaciones...?

—Un hombre —respondió Victoria, provocando que su sobreprotector marido se atragantara con la bebida—. Más concretamente, un vaquero —apuntó mientras le dirigía una fulminante mirada a su esposo con la que lo declaraba el principal responsable de esa situación.

—Estaría de broma... —dijo Dan, intentando tranquilizarse a sí mismo mientras se recordaba que su hija no podía ser tan alocada como lo había sido él en su juventud. Después de todo, sólo era una chica, y las chicas no eran tan complicadas..., ¿o sí?

—¿Tú crees? —inquirió Victoria, volviendo a alzar irónicamente una ceja mientras le recordaba a su marido cómo era su hija—. Pues yo no estoy tan segura. Me habló en ese tono burlón que tanto me recuerda al tuyo cuando intentas ocultar una terrible verdad aireándola como si todo fuera una broma.

—¡Mierda! —exclamó Dan para luego dirigirle una mirada preocupada a su mujer—. ¿Crees que se habrá metido en algún lío?

—Es tu hija, ¿tú qué crees? —manifestó Victoria como única respuesta, haciéndole recordar los problemas en los que él mismo y el resto de los alocados miembros de su familia eran capaces de meterse.

—Creo desde hace tiempo que nos merecemos unas buenas vacaciones, y en esta ocasión me apetece ir a Texas... Victoria, ¿cuándo crees que estarás lista para partir?

—Ya suponía que ésa sería tu respuesta, así que estoy ultimándolo todo y estaremos allí a tiempo de acudir a ese inusual evento que nuestra hija ayuda a preparar. Por cierto, ahora que ya sabes que ella es una de las organizadoras de ese acto, prepárate, puesto que puede ocurrir de todo.

—Cariño, yo siempre estoy preparado para las locuras que un Lowell pueda cometer.

—Lo sé, ya que, por desgracia, tú eres uno de los más alocados de todos ellos. Y tu hija..., bueno, nadie podrá negar jamás que lleva tus genes —declaró Victoria antes de desaparecer por la puerta dejando a su marido por

imposible, porque si Olivia había planeado alguna locura, sólo Dios sabía de lo que sería capaz Dan para evitarla.

* * *

Tras oír las palabras «vaquero» y «Olivia», Raymond no pudo resistirse a entrar en la cocina, donde se encontraban reunidos su padre y sus tíos.

Con intención de averiguar algún que otro interesante chisme sobre la aventura de su alocada prima que poder poner en la pizarra de apuestas de su bar, Raymond simuló que había entrado en la estancia sólo para coger una cerveza. Y, mientras rebuscaba en el frigorífico de sus padres, dirigió sus oídos hacia la conversación que mantenían sus mayores, los cuales apenas eran capaces de sospechar la clase de líos en los que podía meterse Olivia, con su ayuda o sin ella.

—¿De verdad has enviado a tu hija a un rancho lleno de rudos vaqueros? —preguntaba en ese momento su tío Josh, el hermano mayor de Dan, un hombre bastante racional que intentaba hacer que su hermano recapacitara sobre lo que había hecho.

—Sí, era un trabajo para el que necesitaban a un veterinario y ella es la mejor que conozco —contestó Dan, muy seguro de su hija aunque no de sus propias acciones al mandarla a ese recóndito lugar.

—¿Has enviado a tu princesita a un rancho perdido en el culo del mundo para que pase sus días rodeada de hombres y vacas? —intervino Alan, el padre de Raymond, más que nada para incordiar a su cuñado y tocarle un poco las narices.

—Sí, porque eso no es algo que Olivia no pueda manejar.

—Sin duda —susurró Raymond, dándole la razón a su tío mientras elegía su cerveza. Y, una vez que la tuvo entre las manos, no pudo evitar brindar silenciosamente por su prima y por todas sus locuras, que le habían permitido llenar de apuestas su pizarra.

—¿Estás hablando de las vacas o de los vaqueros? —insistió Alan, metiendo el dedo en la llaga y haciendo que Dan apretara fuertemente la cerveza mientras rechinaba los dientes antes de contestar a su pregunta.

—De los dos. Estoy totalmente seguro de que Olivia ya habrá puesto en su lugar a todo el que haya tratado de infravalorarla tanto a ella como su trabajo.

—Sí, y eso ha sido bastante entretenido... —murmuró Raymond, ocultando una satisfecha sonrisa tras su cerveza.

—Ahora lo más probable es que Olivia esté haciendo una labor maravillosa con las reses de ese rancho, por lo que estoy seguro de que no tiene tiempo para otra cosa que no sea su trabajo.

—... O para domar a un vaquero —añadió Raymond para sí mientras observaba el serio discurso de su tío Dan, que no pegaba en absoluto con un hombre tan despreocupado como el que había mandado a su hija a hacer ese trabajo sólo porque él no quería moverse de su cómodo hogar.

—¡Ajá! Una última pregunta: ¿crees que es por eso por lo que Olivia quiere comprarse un hombre, porque «no tiene tiempo para otra cosa que no sea su trabajo»? —preguntó Alan con una maliciosa sonrisa, desarmando por completo el discurso de su amigo y cuñado.

—¿Eh? ¿Qué hombre quiere comprarse Olivia? ¿Sabéis su nombre? —preguntó Raymond de repente emocionado, dejando de lado su cerveza para intentar conseguir algo de información que le permitiera realizar una nueva apuesta—. Bueno, no importa. Ya mejor me lo decís en otro momento... —añadió intentando escaquearse cuando tres interrogantes miradas se volvieron con suspicacia hacia él. Y en el momento en el que Raymond intentó salir por la puerta se vio retenido por la mano de su tío Dan, quien, presionando su hombro, le exigía que se quedara.

—No sé el nombre del hombre que mi hija quiere comprar, pero, al parecer, tú podrías saber por qué..., así que lo mejor será que me lo expliques.

Y, tras ser conducido a uno de los taburetes de la cocina, Raymond fue rodeado por tres intimidantes miembros de su familia que le exigían una explicación a las locuras de su prima, una que tal vez él nunca encontraría.

—Bueno, veréis: Olivia quería organizar algo que llamara la atención, así que decidió subastar a diecinueve hombres al mejor postor. Sin duda, quiere ayudar en el evento pujando por uno.

—Parece de lo más racional —dijo Josh, y todos estuvieron de acuerdo.

Pero cuando Raymond creía haber salido de ese aprieto y comenzaba a levantarse del taburete, su padre lo empujó por un hombro, volviendo a sentarlo mientras de los rostros de sus familiares desaparecía esa fingida despreocupación para pasar a mostrar un gran cabreo.

—No me lo trago, así que desembucha, Raymond. Tú siempre estás muy enterado... —exigió acusadoramente Alan, mostrando cuánto conocía a su hijo.

—Bueno, lo único que sé es que Olivia ayuda a organizar esa fiesta benéfica porque la han provocado, y va a hacer participar a todos los vaqueros del rancho porque de este modo tendrá las de ganar para que el evento sea un éxito, ya que entre ellos se encuentran los hermanos Walter, los propietarios del rancho y los solteros más cotizados del lugar —declaró Raymond, provocando que las miradas que lo presionaban se volvieran hacia su tío Dan mientras Josh y Alan murmuraban reprobadoramente:

—Conque «viejos vaqueros y vacas», ¿eh?

—¡Mierda! —maldijo Dan, para luego volverse preocupado hacia su sobrino—. ¿Y cuál de esos hombres va detrás de mi pequeña?

—Conociendo como conozco a Olivia, y a juzgar por sus últimas noticias, creo que los diecinueve... —dejó caer Raymond con una sonrisa satisfecha mientras veía cómo su tío se desesperaba.

—¡La madre que la parió! ¿Creéis que me dejarán subir la escopeta de papá al avión? —preguntó Dan, mesando sus cabellos con frustración.

—No te preocupes, tío: Olivia estará bien. Después de todo, su esposo, ese vaquero gruñón, no deja que nadie se le acerque y... —comenzó a explicar Raymond, hasta que recibió unas miradas incrédulas de esos tres personajes y se dio cuenta de que acababa de meter la pata hasta el fondo.

—¿Cómo que «su esposo»?! ¿De qué estás hablando? ¿Desde cuándo mi niña está casada, y con quién?! —preguntó Dan, cada vez más alterado.

—Eh..., vale... ¿Recuerdas ese viaje que hicimos a Las Vegas para celebrar la despedida de soltera de Tori? Pues..., bueno..., yo acabé con una resaca y Olivia con un marido.

—¿Raymond! ¿Se suponía que debías vigilar a tu prima y cuidar de ella! —reprendió Alan a su hijo.

—Y lo hice, papá: no la perdí de vista en ningún momento. Incluso tengo fotos de la boda en mi móvil, por si queréis verlas —anunció él provocadoramente.

—¿Trae acá! —exclamó Dan, arrebatándole el teléfono.

—Más tarde me vas a explicar hasta dónde eres responsable de que esa boda se llevara a cabo... —murmuró Alan a su hijo, aprovechando la distracción de su cuñado con esas fotografías, ya que conocía demasiado bien la perversa sonrisa que su hijo lucía en esos momentos.

—Pues verás, papá: todo comenzó con mi prima apostándose conmigo un poni y... —empezó a explicar Raymond burlonamente, haciendo que su padre lo mirara bastante enfadado. Pero las reprobadoras palabras que estaban a punto de salir de la boca de Alan fueron interrumpidas por las de otro padre aún más cabreado.

—¿Este hombre va a estar en esa subasta?! —exclamó Dan dirigiéndose a su sobrino mientras observaba una vez más la imagen del rudo hombre que le había arrebatado a su pequeña.

—Sí, es Jacob, uno de los cotizados hermanos Walter. Pero ¿por qué lo preguntas, tío Dan?

—¿No es evidente? ¡Porque voy a pujar por él y, cuando lo consiga, pienso comprobar si ese tipo tiene lo que hay que tener como para que mi pequeña se lo quede!

—¿Y si no es así? —preguntó Raymond, comenzando a preocuparse por las locuras de las que su tío era capaz.

—Simplemente lo convenceré de que se alejé de Olivia. Y, creedme, cuando quiero puedo llegar a ser un hombre muy convincente... —manifestó Dan, luciendo una maliciosa sonrisa que no tranquilizó en absoluto a su sobrino.

En ese instante, Alan intervino para anunciarle a Raymond el merecido castigo que había encontrado para que su hijo pagara por sus imprudentes acciones mientras lo palmeaba felizmente en la espalda.

—¡Enhorabuena! Te toca hacer de niñero, así que tú también irás a Texas, Raymond.

—No creo que mi prima Olivia necesite a nadie más que la vigile, papá: con su marido y su padre será más que suficiente —declaró Raymond, luciendo una sonrisa que desapareció en cuanto su padre le manifestó:

—No iras a vigilar a tu prima.

—¿Entonces?

—Te encargarás de cuidar que tu tío Dan no se meta en problemas ni meta en problemas a otros —aclaró Alan, dejando a su hijo boquiabierto cuando le señaló a Dan Lowell, el experto veterinario del pueblo, que lucía una perversa sonrisa mientras añadía a su lista de equipaje un sospechoso material quirúrgico que normalmente utilizaba para la castración de animales.

»Tú metes a tu prima en líos, tú la sacas de ellos —sentenció Alan mientras golpeaba animadamente la espalda de su hijo, cuya sonrisa había desaparecido después de percatarse de lo que se le venía encima—. Sólo espero, tanto por tu bien como por el de ese hombre, que Olivia no sea un simple capricho pasajero, porque Dan está muy dispuesto a acabar con el

celo de ese tipo de una forma un tanto drástica. Y con un veterinario cabreado ya se sabe cómo puede acabar la cosa, ¿verdad? —terminó mientras se reía de Raymond cuando éste al fin fue consciente de que, por más taimado que fuera, su padre lo era mucho más y nada lo libraría de ese viaje.

—No te preocupes, papá. Jacob es demasiado serio para estar en celo —anunció. Y, mientras lo hacía, recordando cómo se comportaban Olivia y él, no se olvidó de cruzar los dedos...

* * *

Definitivamente, estaba en celo.

No podía dejar de pensar en esa mujer ni un instante. Era incapaz de no desearla a cada momento. Cuando estaba sumergido en mi trabajo, de repente me encontraba sin poder quitármela de la cabeza mientras contaba las horas que faltaban para volver a verla, para volver a tenerla entre mis brazos y de nuevo en mi cama. Pero, a pesar de conseguir que Olivia se rindiera a mí, ahora no me conformaba sólo con su cuerpo y quería más de ella.

Las semanas pasaban y no había oído aún de labios de Olivia salir esas palabras que tanto necesitaba. A pesar de ello, todas las noches me aceptaba en su cama. Y, aunque me entregaba su cuerpo, todavía no estaba dispuesta a arriesgar su corazón.

Yo, que jamás había sido un hombre impaciente, ansiaba oír ese «te quiero» que me aseguraría que jamás se alejaría de mí porque me había entregado su corazón y, por ello, buscando una confesión como la mía, la hacía derretirse entre mis brazos una y otra vez.

Todas las noches la hacía gritar mi nombre sin descanso, grababa mis caricias en su piel, mis besos en su cuerpo y mis palabras en su corazón susurrándole cuánto la amaba. Y cada noche ocurría lo mismo: mientras esa

mujer se acurrucaba entre mis brazos, yo me preguntaba qué necesitaría para confiar en mí, para creer en mis palabras y no alejarse de mi lado.

Éramos tan diferentes que a menudo nuestros caracteres chocaban. En ocasiones discutíamos acaloradamente sin importarnos nada lo que nos rodeaba, y luego terminábamos esa discusión de una forma aún más acalorada, en la cama. Pero mientras nuestras palabras se cruzaban antes de llegar al dormitorio, Olivia siempre me miraba como si estuviera esperando esa palabra o ese gesto que la alejaría de mí para siempre. Temía que yo le rompiera el corazón y, sin saberlo, ella estaba rompiéndome el mío al no confiar en que lo que yo sentía era de verdad. Cada instante que pasaba junto a esa mujer estaba colmado de felicidad, pero también de amargura, porque no sabía cuándo terminaría esa felicidad y ella se alejaría de mí.

Yo, un hombre que nunca había perseguido a ninguna mujer ni pensado en una sola chica durante mucho tiempo, me pasaba los días ideando alguna excusa para poder acercarme a Olivia. Cada cosa nueva que descubría de ella me llevaba a amarla más, pero todavía no la veía del todo, porque ella se negaba a mostrarme a esa mujer enamorada que yo encontraba brevemente entre mis brazos al amarla.

Mientras pasaban los días también lo hacía el tiempo que Olivia me permitiría pasar junto a ella antes de despedirse de mí, y, aunque quería aprovechar cada segundo a su lado, las responsabilidades que cargaba sobre mis hombros me reclamaban a cada instante, imposibilitándome que me quedara con ella por mucho tiempo. Pese a ello, allá donde fuera siempre la recordaba, ya que Olivia era la única mujer que nunca podría borrar de mi cabeza, tal vez porque había ocupado todo el espacio que había en mi corazón.

—Creí que estábamos aquí para comprar materiales, no para que flirteases con las chicas —le dije a mi hermano Clay, molesto, mientras él dedicaba coquetas miradas y una abierta sonrisa a las chicas que se cruzaban en nuestro camino, haciéndolas reír como colegialas.

Y, ante mi asombro, esas chicas que parecían tan inocentes clavaron su mirada en mí después de fijarla en mi hermano y nos evaluaron a ambos, como si fuéramos parte de un ganado que estaban dispuestas a comprar.

—Tú también te has dado cuenta, ¿verdad? —dijo Clay, señalando el extraño comportamiento de esas mujeres.

—¿De qué? —pregunté algo confuso.

—Últimamente, cuando vengo al pueblo, todas coquetean conmigo —anunció en tono preocupado, haciendo que yo alzara irónicamente una ceja.

—Eso es algo habitual para ti, Clay.

—No. Nunca han sido tan descaradas ni me han incomodado tanto —repuso él mientras señalaba a una anciana que nos medía a ambos de arriba abajo con sus escrutadores ojos—. Siento que esa mujer me acaba de desnudar con la mirada —apuntó Clay, bastante asustado.

—¡Bah! Tonterías... —rechacé despreocupadamente. No obstante, por si acaso, coloqué a mi hermano delante de mí para que los ojos de la anciana siguieran fijos solamente en él—. Ahora, hagamos lo que hemos venido a hacer: compremos los materiales para arreglar esas cercas que los vándalos no dejan de destrozar por las noches —dije recordando lo atareados que nos encontrábamos últimamente mis hombres y yo con ese trabajo extra que nos daba algún gamberro mientras entrábamos en la tienda del viejo Billy.

—¿Sabes otra cosa que me tiene bastante preocupado, además del descarado acoso de esas mujeres? Esos actos vandálicos: nunca pillamos a esos gamberros, a pesar de lo bien organizados que estamos. Es como si supieran de antemano por dónde nos moveremos y la hora a la que lo haremos...

—¿Crees que alguno de nuestros hombres nos está saboteando?

—O mujeres... —apuntó Clay, despertando mis sospechas mientras me señalaba a mi esposa y a su nueva mejor amiga, que se hallaban en la tienda del pueblo comprando materiales de lo más extraños para la organización de una fiesta—. ¿Eso que llevan son unas cizallas y unos alicates?

—Y unos guantes de seguridad... —señalé, cada vez más molesto.

—¿Por qué lo harán?

—En el caso de Olivia, cualquiera sabe. Tal vez esté cabreada conmigo o la haya molestado alguno de mis hombres y ésta sea su forma de vengarse. O puede que, simplemente, esté en uno de esos días del mes. En cuanto a la pelirroja, no tengo ni idea. Creo que lo mejor será que se lo preguntes tú —opiné contemplando la cara de enfado que lucía mi hermano por culpa de una mujer por primera vez en su vida, que yo recordara.

—De Abigail me encargo yo. Estoy seguro de que sólo lo hace para llamar mi atención..., ¡pues enhorabuena, porque finalmente lo has conseguido! —murmuró mi hermano mientras cogía los útiles adecuados para atrapar a nuestros vándalos esa misma noche, unos materiales con los que estuve totalmente de acuerdo, por lo que yo también me hice con unos.

Desde un apartado rincón, vigilamos cómo las mujeres finalizaban sus compras. Y, cuando se alejaron de la tienda del viejo Billy con una sonrisa, fue nuestro turno de acercarnos al mostrador luciendo un gesto mucho más malicioso que el de Olivia y Abigail, que anunciaba que en esta ocasión sus trastadas no quedarían sin su merecido escarmiento.

—¿Vuelves a los rodeos? —me preguntó el viejo Billy al ver los fuertes lazos Western que depositábamos sobre el mostrador.

—No, pero hay algunos problemas en mi rancho que tengo que solucionar —anuncié mientras pensaba que esa noche le mostraría a Olivia algunas de mis habilidades de las que aún no había tenido el placer de disfrutar.

—*Tenemos* que solucionar —señaló abruptamente mi hermano mientras me fulminaba con la mirada.

Y, tras coger su cuerda, salió de la tienda sin más.

—¿Y a ése qué le pasa? —preguntó Billy, bastante extrañado ante la actitud de Clay, ese niño bonito que siempre ofrecía a todos su mejor sonrisa. Hasta el momento.

—Una mujer... —respondí sin dar más detalles para no exponer más de la vida privada de mi hermano y de los problemas que se le venían encima por culpa de esa pelirroja.

—¡Ah! Entonces es normal que haya perdido la razón: las mujeres pueden traer muchos quebraderos de cabeza.

—No te preocupes. Creo que he dado con la forma de evitarlos y, si no, me voy a divertir mucho en el proceso —anuncié, dejando a Billy algo confuso al probar la resistencia de la cuerda mientras pronunciaba esas palabras.

A continuación, tras pagar mi compra me percaté de que, a saber por qué, mis movimientos eran atentamente seguidos por las mujeres que se hallaban en la tienda, por lo que decidí poner tierra de por medio antes de que comenzaran a desnudarme con sus miradas mientras la chica de la que nunca podía olvidarme acudía una vez más a mi mente, pero en esta ocasión lo hacía tratando de imaginar cómo recibiría esa noche el escarmiento que, sin duda, merecían sus maliciosas acciones.

* * *

—No estamos haciendo nada malo —le dije a mi amiga, y a mí misma, intentando convencernos a ambas de lo contrario. Pero si mis palabras no funcionaban para calmar mi conciencia, mucho menos iban a calmar la de mi miedosa amiga.

—Olivia, ¡que estamos allanando una propiedad privada para destruir sus infraestructuras, esto está penado por ley! —manifestó Abigail acusadoramente mientras, para recalcar sus palabras, señalaba nuestro sospechoso aspecto, puesto que ambas vestíamos totalmente de negro como dos delincuentes. Aunque unas delincuentes de marca, eso sí, ya que, a pesar de que nuestra ropa consistiera en unos entallados *leggings* negros y

una ceñidas camisetas del mismo color a juego con unas caras zapatillas, sólo vestíamos lo mejor.

—¡Venga ya, Abigail! Que solamente son un par de cortecitos en las vallas para mantener a los hombres lo suficientemente ocupados con su trabajo como para que no puedan acudir al pueblo. La idea me la dio mi primo, así que no puede fallar.

—Tu familia tiene unas ideas bastante cuestionables, Olivia. En cuanto a las consecuencias de nuestras acciones, sabes que las reses podrían hacerse daño o escaparse, ¿verdad?

—No te preocupes por eso: los hermanos Walter siempre revisan minuciosamente el terreno antes de soltarlas por los pastos, y yo siempre dejo caer ante alguno de los muchachos que he visto movimientos sospechosos por el lugar que hemos roto.

—Sigo pensando que debe de haber una manera mejor de mantenerlos entretenidos, una que sea menos peligrosa para el ganado y menos trabajosa para nosotras —anunció Abigail, que aún manejaba con dificultad los alicates.

—Si quieres podemos decirles a las mujeres del pueblo que nos ayuden a mantener entretenidos a los hombres del rancho que pasen por allí para que no se enteren de lo que ocurrirá en nuestra fiesta benéfica... Creo que estarán encantadas, sobre todo las mosconas que van detrás de Clay —repliqué, un poco harta de las quejas de mi amiga con la idea de avivar su genio y que finalmente dejara de vagar y se pusiera manos a la obra.

Sin embargo, tal vez me pasé un poco, ya que Abigail se subió a la vieja camioneta de su padre que había traído y me gritó antes de ponerla en marcha:

—¿Te quitas o te quito?!

Y en un par de segundos la camioneta hizo el trabajo que a nosotras nos había llevado horas, aunque quedó bastante dañada en el proceso.

—¡Hala! ¡Ahora ninguna moscona distraerá a Clay, porque eso es algo que sólo puedo hacer yo! —dijo bastante orgullosa mientras bajaba de la camioneta, sacudiéndose las manos como si todo el trabajo estuviera hecho.

Y, antes de que me diera tiempo a advertirle que el ruido que había hecho tal vez atraería a los hombres, éstos ya estaban allí para darnos una lección. Y, para colmo, se trataba de los dos a los que más podíamos temer.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo pretendes distraerme, pelirroja? —oímos que decía en la oscuridad una perversa voz mientras se acercaba a mi amiga.

Abigail se quedó paralizada cuando se volvió y vio ante ella a Clay acercándose a nosotras, montado en su caballo con una linterna mientras mostraba una mirada enfurecida dirigida exclusivamente a ella. Un instante después me percaté de que no estaba solo, y cuando vi a Jacob y su furioso gesto supe que estaba metida en un millón de problemas. Así que, cogiendo la mano de mi amiga, le grité antes de emprender la huida:

—¡Corre!

A oscuras y sólo con una linterna posiblemente esos hombres no nos habrían encontrado hasta la mañana siguiente, cuando su enfado se hubiera disipado un poco. Pero mi nueva amiga y su tendencia a ir a la moda estropearon mi brillante plan de escape.

—¿En serio, Abigail?! ¡¿Vienes a una incursión nocturna vistiendo unas zapatillas deportivas con luces?! —pregunté enfadada.

—¡Eh! Es lo último... —respondió, haciéndome echar las manos al cielo mientras pensaba si abandonarla o no.

No obstante, no me dio tiempo a pensar nada, ya que, para mi asombro, Clay movió por encima de su cabeza la cuerda que llevaba y, con gran habilidad, le echó el lazo a mi amiga, atrapándola por completo. Y, antes de que me diera cuenta, yo también estaba apresada por una cuerda de la que Jacob tiraba lentamente para arrastrarme hasta su lado.

—Creo que nos debes una explicación y una disculpa, tanto a mí como a mis hombres, por todas las horas de trabajo que nos has hecho perder con

esta jugarreta —susurró Jacob en mi oído cuando finalmente estuvo detrás de mí.

—¡Me niego a hablar con un hombre que me retiene de esta manera tan humillante! —exclamé furiosa mientras señalaba la cuerda con la que me había atrapado.

—¿Por qué? Si a ti nunca te ha importado jugar con las cuerdas... —me susurró él perversamente, haciéndome recordar la vez que él había estado atado a mi cama y yo me había aprovechado de sus ataduras.

—¡Eso fue completamente distinto, y lo sabes! —le recriminé, aunque no pude evitar que mi rostro enrojeciera ante los recuerdos de esa noche.

—No te preocupes, esto también lo será —anunció él. Y, para mi sorpresa, con la misma cuerda que rodeaba mi cintura me ató las manos y me echó sobre uno de sus hombros, tras lo que me amonestó con una fuerte palmada en el trasero.

Cuando me debatí sobre su hombro recibí otra cachetada, y otra más cuando lo insulté desde esa precaria situación. Pensé en pedirle ayuda a mi amiga, pero, por lo visto, ella estaba metida en el mismo lío que yo, o quizá en uno aún mayor, ya que cuando Clay perdía la sonrisa podía ser mucho más intimidante que Jacob.

—No te preocupes: si ella lo ha molestado también puede calmarlo —apuntó Jacob para que dejara de preocuparme, algo que casi consiguió hasta que susurró a mi trasero—: Tal vez deberías preocuparte menos por lo que le pasará a tu amiga y más por lo que te pasará a ti...

Con estas palabras, consiguió que dejara de pensar en Abigail y lo que le depararía esa noche para concentrarme en lo que me esperaba a mí tras haber avivado el mal genio de Jacob y esa perversa faceta con la que él solamente quería jugar conmigo hasta quedar satisfecho. Y ese vaquero, al igual que yo, en ocasiones era muy difícil de satisfacer.

* * *

Jacob cargó con una rebelde mujer que no paraba de golpear su espalda para que la soltara y que, mientras trataba de evitar justificar sus locas acciones, dejaba salir de su boca apelativos de lo más originales, todos y cada uno dirigidos hacia él y hacia su forma de solucionar sus problemas.

—¡Animal! ¡Neandertal! ¡Ésta no es forma de tratar a una dama!

—Yo no veo aquí a ninguna dama, sino a una potrilla salvaje que no sabe comportarse —cortó él, sujetándola con más fuerza para prevenir la reacción de esa gata salvaje ante sus palabras.

—¿Cómo has podido compararme con uno de tus caballos?! —gritó Olivia al oído de Jacob indignada, casi logrando que la soltara.

—Tienes razón. Compararte con mis caballos ha sido un error... —reconoció él, haciendo que sus gritos se apaciguaran, sintiéndose satisfecha por haber conseguido su rectificación..., hasta que Jacob continuó con sus palabras—: Mis caballos son más obedientes y más fáciles de domar.

—¡Eres estúpido! —chilló Olivia ofendida antes de comenzar con una nueva retahíla de insultos que él silenció cuando dejó en el suelo a esa irascible mujer y buscó sus ojos mientras volvía a increparla con unas preguntas ante las que ella prefirió volver a guardar silencio.

—¿Por qué lo has hecho? —quiso saber Jacob, cogiéndola de los hombros con ganas de zarandearla por sus imprudentes acciones—. ¿Eres consciente del daño que podrías haberte hecho con esa travesura? ¿O del trabajo y el tiempo que mis hombres y yo hemos perdido en esos arreglos? Por no hablar del dinero que ha costado y que en estos momentos no me puedo permitir tirar. Dime, ¿cuál es tu estúpida razón para cometer esta gamberrada?

—Por el dinero no te preocupes: yo te pagaré lo que hayas gastado en arreglar las vallas, y también pagaré por tu trabajo y el de tus hombres —contestó Olivia mientras desviaba la mirada, intentando evitar dar una explicación.

—No quiero tu dinero de niña rica: quiero una explicación —exigió Jacob enfadado, atrayendo el rostro de la esquiva mujer hacia él.

—¡No quería que fueras al pueblo! ¡No quería que te acercaras a las mujeres que siempre te persiguen! ¡No quería que te fijaras en otra que no fuera yo! —gritó Olivia. Y, evitando decir el verdadero motivo de sus acciones, confesó descuidadamente la verdad que guardaba su corazón y que no podía ocultar por más tiempo—: Y no quiero que mi papel en tu vida se limite a ser una simple excusa para alejar a otras. Quiero que me veas de verdad y me digas quién soy para ti —terminó mientras apretaba fuertemente sus puños para darse el valor que necesitaba.

Luego miró a los ojos a Jacob y vio en ellos una férrea determinación, tras lo que él comenzó a confesarle el papel que desempeñaba ella tanto en su vida como en su corazón.

—¿Tu papel, dices? Tu papel es ser la mujer que me vuelve loco, la persona en la que nunca puedo dejar de pensar, la chica que deseo a cada instante, que me asombra a cada momento y que siempre quiero tener entre mis brazos.

Tras esas palabras, Jacob la acogió entre sus brazos y la besó tan apasionadamente como ella necesitaba, haciendo que Olivia se derritiera ante ese hombre que lo pedía todo de ella.

Sus besos la consumían, mostrándole cuánto la necesitaba. Su lengua le exigía la misma respuesta, y por ello la buscaba y la devoraba probando su sabor y reclamándole que ella probara el suyo para grabarlo en su recuerdo.

Olivia dejó escapar un gemido de pasión y, sin saber qué más decirle a ese hombre, expresó todo su cariño con sus labios y las caricias de sus impacientes manos, las cuales, a pesar de estar atadas, lo atraieron más hacia su cuerpo.

La impaciencia que Jacob sentía ante su necesidad de recibir las caricias de la mujer que amaba lo llevaron a apartarse unos instantes de Olivia para

desatar sus manos, y, mientras lo hacía, no pudo evitar desconcertarla con sus palabras tanto como ella hacía con él a cada momento.

—Tu papel en mi vida es, simplemente, el de la mujer a la que amo —susurró Jacob en su oído mientras desenlazaba la cuerda para arrojarla a un lado, y luego, para el asombro de Olivia, añadió—: Y, quieras admitirlo o no, yo soy el hombre del que te has enamorado.

Olivia simplemente se mantuvo en silencio mientras miraba asustada a ese hombre que, aunque ella hubiera tratado de ocultarlo, había visto la verdad que guardaba su corazón. Unas palabras que sonaron más reales al ser dichas en voz alta, pero que ella todavía no se atrevía a pronunciar, sin darse cuenta del daño que su silencio causaba en el hombre que amaba.

—No te preocupes: algún día romperé ese silencio que mantienes como respuesta a mi confesión, pero, mientras tanto, me conformaré con romperlo en la cama —declaró Jacob antes de volver a cargarla sobre su hombro, más que resuelto a encontrar un lugar donde hacerla gritar su nombre.

Las manos de Olivia, que minutos antes lo habían golpeado furiosamente, ahora comenzaron a acariciar su espalda sensualmente, y Jacob se preguntó qué situación era peor: si llevar sobre sus hombros a una mujer furiosa que lo golpeaba o a una que lo deseaba y lo acariciaba ante la que apenas podía resistirse.

—Vas a conseguir que no lleguemos a una cama... —advirtió cuando las manos de Olivia empezaron a levantar su camiseta mientras su boca mordía y besaba con descaro su espalda—. ¡Suficiente! ¡Vamos al viejo granero! —propuso Jacob, echando a andar hacia el antiguo edificio que sólo utilizaban para guardar el heno. Y, como la respuesta de esa mujer fue hacer todo lo posible por quitarle la camiseta, él dedujo que estaba de acuerdo.

Instantes más tarde, arrojó a Olivia sobre el heno para poder deshacerse de su camiseta, de sus botas, y cuando fue a hacer lo propio con sus pantalones, las impacientes manos de ella tomaron el relevo, torturándolo en el proceso.

Las dulces manos de la mujer que amaba desprendieron uno a uno los botones de sus pantalones, acariciando a cada momento la dura erección que encerraba su ropa y que esperaba con impaciencia su liberación. Cuando acabó con todos sus botones, las ligeras caricias que le dedicaban sus dedos apenas eran suficientes para calmar el ardor de su erecto miembro. Olivia, perversamente, ignoró su dura firmeza, y, dirigiendo sus manos hacia arriba, acarició con atrevimiento el desnudo pecho de Jacob hasta llegar a su cuello, para luego volver a descender por su torso a la vez que lo hacían los besos que marcaban su piel.

—Me matas... —gimió él apretando los puños mientras intentaba controlar el deseo que lo embargaba.

—Pero, Jacob, si tan sólo acabo de empezar —susurró Olivia atrevidamente antes de que su boca siguiera el camino de sus traviesas manos.

Sus caricias jugaron una y otra vez cerca de su erección, y cuando Jacob no pudo resistir ese juego por más tiempo, la cogió de los hombros para poner fin a sus torturas. Pero Olivia lo esquivó hábilmente y extrajo de su encierro su duro miembro. Y, tras acariciarlo con firmeza, lo dirigió hacia su boca para dejar a Jacob sin palabras.

Olivia lo atormentó con la lengua, lamiéndolo de arriba abajo, repartiendo sutiles besos en la dura envergadura de su deseo, acariciando con sus dulces manos su pene, unas manos que en ocasiones marcaban levemente su piel con las uñas mientras su boca lo torturaba deliciosamente.

Finalmente, cuando Olivia acogió toda su rígida erección imprimiendo un lento ritmo con sus labios, las manos de Jacob se hundieron en el pelo de su mujer, dirigiéndola a su placer mientras el nombre de su torturadora no dejaba de salir de sus labios, amándola y odiándola por igual por no concederle aún lo que necesitaba, sino tan sólo una leve prueba del goce que podía conseguir.

—Necesito más, te necesito a ti... —gimió Jacob. Y sin poder aguantar un instante más, se apartó de Olivia y la echó sobre el heno para comenzar a desnudarla y a dedicarle sus perversas caricias tanto como ella había hecho con él.

Las negras zapatillas de Olivia no tardaron en ser arrojadas a un lado, y, sin darle un respiro, las rudas manos de Jacob ascendieron por sus piernas hasta sus caderas, donde se apresuró a deshacerse de esos ceñidos pantalones que poco podían hacer para ocultar cada una de las curvas que él deseaba probar, besar, lamer y morder, dejando su marca en esa delicada piel que sólo ardía bajo su mano.

—¡Espera, espera! —dijo ella nerviosa mientras Jacob le quitaba los pantalones y Olivia intentaba esconder sus sexys braguitas de encaje negro debajo de su camiseta.

—No me dirás que después de todos los atrevidos modelitos que me has mostrado a lo largo de la semana para provocar a Francesca ahora sientes vergüenza de enseñarme unas simples bragas —declaró él, retándola, mientras alzaba provocadoramente una ceja.

—Mi ropa interior nunca es simple —repuso Olivia presumida, aunque continuó ocultándolas de Jacob mientras le pedía con un poco de timidez—: En esta ocasión no me las rompas, ¿vale?

Impaciente por ver qué era lo que Olivia pretendía ocultarle, Jacob apartó sus inseguras manos. Y cuando alzó un poco su camiseta, contempló un indecoroso bordado en forma de mariposa adornando un atrevido tanga negro casi transparente.

—¿Esto era lo que llevabas debajo de esas ropas? —preguntó él mientras pasaba nerviosamente la mano por su rostro, pensando sobre si llegaría a desprenderla totalmente de su ropa antes de llegar a poseerla.

—Era lo único negro que tenía, ¿vale? Y yo siempre voy conjuntada... —anunció Olivia, ocultando su avergonzado rostro detrás de sus brazos.

—¡Quiero ver el resto! —manifestó él con impaciencia.

Y, de inmediato, le levantó la camiseta para poder contemplar ante él un sensual sujetador con el mismo adorno bordado de mariposas y la misma escasa y transparente tela, que dejaba sus senos casi expuestos.

Las manos de Jacob no pudieron aguantar durante más tiempo permanecer alejadas de ella, por lo que la camiseta de Olivia no tardó en ser arrojada a un lado. Después de esa sugerente visión, Jacob se hizo un hueco entre sus piernas decidido a hacer enloquecer a la mujer que tanto lo tentaba.

Las rudas manos que siempre se impacientaban subieron en esta ocasión con lentitud por la cintura de Olivia, haciéndola estremecer por el roce de sus caricias. Cuando llegaron hasta el delicado encaje que cubría sus senos, él acarició sus turgentes pechos por encima de la liviana prenda, haciéndola gemir y provocando que su cuerpo se arqueara reclamando más.

Jacob agasajó las tentadoras cumbres que se exponían ante sí con sus fuertes manos, unas manos que ante el deseo de esa mujer se volvían débiles y sólo pretendían complacerla. Alzando sus senos como una ofrenda hacia él, Jacob succionó los erectos pezones por encima de la fina tela humedeciendo el encaje, que acabó pegándose a la ardiente piel de Olivia, lo que hizo más evidente su deseo.

La lengua de Jacob acarició sus excitados pezones, que también fueron mimados por sus dientes antes de apartar el sujetador con la boca. Los gemidos que Olivia dejaba salir guiaron la pasión de las caricias que Jacob dedicaba al fogoso cuerpo que tenía ante él.

Jacob deslizó con lentitud los tirantes del sujetador por los hombros de Olivia para luego abrir el cierre delantero de la exquisita prenda con los dientes. Y, mientras ella temblaba ante la abierta exposición de su deseo, él disfrutaba de esa preciosa mujer que se derretía entre sus brazos.

Los enhiestos pezones reclamaron sus caricias, y él acogió entre sus manos los jugosos senos para hacerlos arder con el provocador roce de su lengua, esta vez sin barrera alguna. Sus cálidos besos la enardecieron cada

vez más, mientras el sutil roce de sus dientes la torturó con la promesa de un placer mayor.

Olivia se arqueó ante las expertas caricias de esa boca, y fue entonces cuando los besos de Jacob comenzaron a descender por su cuerpo. Sus fuertes manos la sujetaron mientras él probaba de nuevo la dulzura de su piel. Los labios de Jacob, acompañados por su lengua, descendieron por su cintura, pasando por su ombligo hasta llegar a esa traviesa mariposa que descansaba en un tentador encaje que hacía poco por disimular el deseo de su mujer.

Queriendo jugar con ella como a menudo ella hacía con él, Jacob besó la mariposa situada entre las piernas de Olivia, ocultando su deseo. Luego, la traviesa lengua acarició lánguidamente su sexo por encima de su ropa interior. Las manos de Olivia se apretaban fuertemente a sus costados casi sin poder retener su deseo, hasta que lo dejó salir de golpe cuando Jacob abrió sus piernas y, tras colocarlas sobre sus hombros, la expuso ante su ávida mirada antes de comenzar a devorarla.

Olivia gritó su nombre mientras la lengua de él le acariciaba sin piedad el clítoris. Las fuertes manos del vaquero apretaban con fuerza su trasero mientras lo alzaba hacia él, haciéndole imposible huir de esa avasalladora lengua.

—¿Estás segura de que no quieres que las rompa? —susurró Jacob mientras una de sus manos la torturaba jugando con el fino hilo del tanga.

—Sí... No... —contestó Olivia, perdiéndose de nuevo en el deseo cuando uno de sus dedos apartó la prenda hacia un lado y su lengua la devoró por completo a la vez que un dedo juguetón se atrevía a hundirse despacio en su interior.

—¿Sí o no? —insistió él mientras otro de sus dedos se adentraba en su hendidura.

—¡Haz lo que quieras! —exclamó Olivia, perdida en el placer que esa mano le prometía con sus atrevidas caricias.

—Lo haré, pero antes... acaricia tus pechos como si fuera yo quien los estuviera tocando —reclamó Jacob, deteniendo sus caricias y retirando los dedos de su húmedo interior al tiempo que volvía a jugar con ella al tirar del fino hilo del tanga, con el que rozaba su sexo mientras esperaba una respuesta a su provocación.

De nuevo, Olivia no lo decepcionó. Y aunque al principio se mostró dubitativa a causa de su intensa mirada, sus manos pronto dejaron de estar inmóviles para pasar a acariciarse como Jacob le había indicado.

—Coge tus pechos entre las manos y acaricia suavemente tus pezones con un dedo. Me encanta ver cómo se alzan ante mí esas excitadas cumbres —señaló Jacob, haciéndola sonrojar—. Ahora quiero que los pellizques sutilmente con dos dedos y que vayas aumentando poco a poco la intensidad de esos pellizquitos hasta que grites entre mis brazos por el placer de esas caricias.

Olivia obedeció sus exigencias y gimió, sumida en el placer que ella misma se estaba proporcionando y el que le daba ese hombre mientras, con la mirada clavada firmemente en ella, continuaba jugando con el fino hilo de su tanga.

—Creo que voy a ser yo quien te haga gritar a partir de ahora... —advirtió Jacob antes de arrancar esa insignificante prenda de su camino y alzar el trasero de Olivia para volver a devorarla, esta vez sin barrera alguna que se interpusiera frente a su apasionada lengua.

Ella gritó una y otra vez el nombre del perverso hombre que amaba. Mientras su cuerpo convulsionaba entre los brazos de Jacob, éste no le concedía descanso, exigiéndolo todo de ella, así como una rendición tan completa que la llevara a gritar algo más que su pasión. Su lengua la rozaba sin clemencia mientras sus manos le impedían que se alejara y la acercaban a su voraz boca.

—¿Qué quieres de mí? —jadeó sin saber cuánto tiempo más podría aguantar la pasión de ese hombre.

Y él, otorgándole un breve descanso, se alejó unos momentos para contestar a su pregunta mientras la admiraba con avidez:

—A ti.

Los ojos de Olivia se perdieron en la firme mirada de Jacob, que le anunciaba que sus palabras no sólo se referían a ese momento, sino que él lo quería todo de ella, incluida su confianza y su corazón, algo que esa mujer aún temía poner en juego.

—Te amo —dijo una vez más. Y, antes de que Olivia decidiera alejarse, se deshizo del resto de sus ropas para acercarse al cálido cuerpo que ansiaba sus caricias y se adentró en ella de una dura embestida para demostrarle con su pasión cuán ciertas eran sus palabras.

Olivia enlazó las manos detrás del cuello de Jacob, atrayéndolo junto a ella, y él impuso el ritmo de su placer con fuertes y duras acometidas que exigían su rendición.

El cuerpo de la chica, todavía sensible a causa de la tortuosa lengua del vaquero, temblaba de placer cada vez que él la inundaba con su duro miembro. Pero Jacob no cesaba en sus embates, exigiendo que ella le confesara con su cuerpo lo que nunca hacía con sus palabras.

Las uñas de Olivia se clavaron en su cuello y él acalló con sus besos los gritos que llevaban su nombre mientras silenciaba los suyos, que sólo querían proclamar lo mucho que amaba a esa mujer.

Aumentando la profundidad y el ritmo de sus acometidas, finalmente Jacob hizo que Olivia se rindiera al placer y llegara al clímax, acompañada por él cuando no pudo resistir por más tiempo a causa de la tentadora mujer que tenía debajo.

Rendido, se derrumbó a su lado para no aplastarla con su cuerpo. Pero sus manos rodearon su cintura y la mantuvieron junto a él mientras le recordaba lo que deseaba de ella hasta que se decidiera a darle algo más que su cuerpo.

—Aún no he tenido suficiente de ti —susurró en su oído mientras apretaba más la espalda de esa mujer contra su duro pecho—. Aunque creo que nunca tendré suficiente de alguien como tú. Quédate a mi lado, Olivia, y descubre si esto es amor.

Y, tan cobarde como siempre a la hora de apostar su corazón, ella acalló las palabras de Jacob con un beso y se prometió a sí misma que otro día se arriesgaría a pronunciar ese «te quiero» que guardaba su corazón.

Capítulo 17

Los días habían pasado sin que los rancheros sospecharan nada, y yo me encargué personalmente de mantener a Jacob lo suficientemente ocupado en la cama como para que no se preocupara por lo que estaba pasando a su alrededor.

Pero, a cambio, él se había convertido en un hombre al que no podía resistirme, y esos miedos que todavía persistían en mí desaparecían cada noche que pasaba entre sus brazos. Sus ojos ya no me perseguían juzgándome o acusándome, y cuando cometía algunas de mis locuras, que algunos podían malinterpretar, él simplemente se reía de ellas sabiendo cómo era yo.

Jacob me veía como nadie lo había hecho antes, y mi corazón me gritaba que ya era el momento de dejar de protegerme y mostrarle todas mis facetas, incluida la de mujer enamorada que todavía pretendía ocultarle.

En esos instantes me encontraba delante del espejo dándole los últimos retoques a mi vestido de fiesta para esa gran noche. Mi elección había sido uno entallado y largo de color rojo con un solo tirante, adornado por unas bonitas flores de pedrería. Lo acompañaba con unos altos tacones de aguja del mismo color rojo que me concedían un toque perverso, y mi melena morena recogida en un complicado tocado que me otorgaba un aire elegante y sofisticado que no quería que nadie olvidara de mí.

Las joyas que elegí lucir no fueron nada vistoso comprado para presumir en selectas reuniones, sino un feo colgante de plata en forma de perro que mi padre me regaló en cierta ocasión y unos antiguos pendientes de plata

que me regaló mi madre y que pertenecieron a la tía abuela Mildred. Unos pendientes que, aunque apenas parecían tener valor, seguramente debían de costar una fortuna.

No elegí mis alhajas para presumir, sino porque las necesitaba para darme valor, para recordar la persona que yo era y que quería seguir siendo. El barato colgante de mi padre era tan valioso para mí como los caros pendientes de mi madre. Y no por su valor económico, sino por la importancia que tenían para mí las personas que me las habían regalado.

Esos dos complementos que luciría con orgullo me recordaban que yo era la hija del alocado veterinario de un humilde pueblo y de una rica heredera que había antepuesto el amor al dinero, y me daban fuerzas para seguir adelante porque me permitían comprobar que las barreras que a veces imponíamos en nuestros corazones por estúpidas e irrelevantes diferencias podían romperse si las personas se amaban de verdad.

—Estás divina —me dije dándome ánimos mientras miraba mi reflejo y me preguntaba si sería verdad.

—Tienes razón: esta noche luces espléndida —confirmó una sensual voz en mi oído, sorprendiéndome por completo. Y cuando Jacob me devoró de arriba abajo con la mirada a través del espejo, me hizo sonrojar—. Tengo algo para ti —anunció Jacob cuando me volví hacia él. Y, mostrándome una cajita procedente de una joyería, comenzó a abrir su presente—. Tal vez no sea el anillo que te debo, ni tampoco algo lo suficientemente elegante como para que lo lleves esta noche... —En ese momento interrumpí su discurso por unos segundos, haciéndolo reír al señalarle con una sonrisa el lamentable collar que lucía en mi cuello. Luego, Jacob continuó—: Pero en cuanto lo vi supe que era para ti y no pude evitar comprarla. —A continuación, se hizo con mi muñeca y puso sobre ella una hermosa pulsera de plata con abalorios, cada uno de los cuales representaba un momento especial para nosotros—. Una copa para recordar nuestro primer encuentro —dijo Jacob mientras acariciaba el pequeño adorno—. Un tacón, por esa

primera pelea que nunca olvidaré —anunció con una sonrisa—. Un sombrero vaquero, por los excitantes momentos que hemos tenido con esa inusual prenda —rememoró acariciando sensualmente mi muñeca—. Una vaca, para honrar la primera vez que me diste una lección, y un toro, para recordar esos perversos juegos en los que siempre me ganas —finalizó jugando traviesamente conmigo al besar mi muñeca.

—Aún falta uno —dije señalando un lugar vacío de la pulsera.

—No, está aquí... —repuso Jacob. Y, sacando un pequeño corazón de su bolsillo, lo añadió a la pulsera. Y yo dejé que lo colocara en su lugar con una sonrisa complacida, algo que él castigó propinándole un leve mordisco a mi muñeca donde, segundos antes, había depositado un beso—. Aunque todavía no te lo hayas ganado, esto es algo que nunca podré evitar darte —dijo recordándome que, pese a que él me entregaba su corazón, yo aún no había hecho lo mismo.

—Creo que es hora de ir a la fiesta —repuse con un hilo de voz y el corazón encogido, encaminándome hacia la puerta dispuesta a acabar con ese evento cuanto antes para arrojarme después a los brazos de Jacob. Pero cuando tenía la puerta entre mis manos, no pude evitar volverme hacia él—. ¿Me esperarás? —le pregunté, rogando porque aún hubiera tiempo para nosotros y para ese amor que ya no me negaba a aceptar.

—Siempre —contestó con una gran sonrisa que me dio ánimos para seguir adelante y enfrentarme a todo lo que me echaran.

* * *

Olivia miraba reprobadoramente la fila de vaqueros que tenía ante sí.

A excepción de los hermanos Walter, que vestían impecablemente para la ocasión con sus trajes de chaqueta con ese peculiar toque ranchero que les proporcionaban sus botas y sus sombreros, los demás trabajadores

habían sido bastante despreocupados en lo referente a su aspecto: camisas rotas, botas gastadas, sombreros descoloridos...

—¡No, no y no! ¡Os pedí que os arreglarais para la ocasión y os pusierais vuestras mejores prendas!

—Éstas son nuestras mejores prendas... —se quejó Jarod, uno de los empleados, sintiéndose insultado.

—No todos podemos ser ricos, princesa —añadió Buster burlonamente.

—Si prefiere nos quedamos aquí y... —añadió el joven Spike, luciendo una audaz sonrisa por lo que sin duda habría sido un maravilloso plan para él, si no hubiera sido porque Olivia estaba dispuesta a todo con tal de llevarlos a esa subasta.

—¡No! ¡Quiero a todos los hombres que se han comprometido a ayudar en esa camioneta a la de ya!

—¿Vamos a ir a la fiesta? —preguntaron asombrados, mostrando con su reacción que su intención desde el principio había sido la de no asistir.

—No, así no. Primero vamos a ir de compras, mis cenicientas, y yo voy a ser vuestra hada madrina..., ¡así que ya podéis estar subiendo a la calabaza! —ordenó Olivia mientras señalaba la camioneta en la que los hombres se apilaron mientras dirigían miradas suplicantes a su jefe, un jefe que se limitó a despedirlos con la mano, luciendo una perversa sonrisa.

—¿Qué vas a hacer con ellos? —preguntó Jacob, intentando tranquilizar a los vaqueros, que, por su semblante, parecían ir al matadero en vez de a un selecto evento benéfico.

—¿Recuerdas la escena de la película *Pretty Woman* que tiene lugar en los probadores? Pues digamos que voy a hacer *Pretty Man* multiplicada por quince... —respondió Olivia, contando a los hombres que la acompañaban para que ninguno se escaqueara.

Y, antes de que Jacob tuviera tiempo de explicarle que nunca había visto esa película, ella se remangó su elegante vestido y puso en marcha la camioneta, dejando detrás de sí a un hombre confundido que, por la cara de

horror de sus trabajadores, sospechó que, o bien habían visto la película, o simplemente sabían cómo se las gastaba su mujer.

—¿Los salvamos? —preguntó Jayden, señalando la ya lejana camioneta.

—¿Para que se dedique a hacer de hada madrina con nosotros? Olvídalo —contestó Clay, despreocupándose del asunto.

—¿Crees que tu mujer sabrá manejarlos? —preguntó Will preocupado.

—Creo que más bien son ellos los que no sabrán cómo manejarla a ella —respondió Jacob con una sonrisa mientras les recordaba a sus hermanos que aún tenían cosas que hacer—. ¡Vamos, que llegamos tarde a una fiesta que no pienso perderme!

* * *

Los hermanos Walter se asombraron con los cambios que Olivia había conseguido introducir, tanto en ese evento como en la propia organizadora: mientras en años anteriores el lugar estaba casi vacío, en esta ocasión estaba completamente lleno, lo que hacía que Abigail se moviera con orgullo entre la multitud.

A diferencia de otras ocasiones, todas las personas que habían acudido a esa fiesta se divertirían por igual, pues habían dejado de lado la ostentación de la que el padre de la chica siempre gustaba de hacer gala en esas ocasiones para presumir y, en su lugar, buscar lo que podría gustarles a los vecinos del pueblo. De este modo, mezclando la elegancia y la sencillez, Abigail y Olivia mostraban a todos el mundo en el que se desenvolvían.

En primer lugar, había una zona de juegos para niños muy animada y colorida, llena de castillos hinchables y otras atracciones para adultos, en la que Jacob había visto meterse a algún viejo ranchero cuando nadie miraba porque en medio de ella había un toro mecánico que ninguno se resistía a probar, especialmente cuando el premio para quien tuviera la mayor puntuación era un mes de cervezas gratis en El Rancho, el bar del pueblo.

Los extraños entremeses y las exóticas comidas servidas por un exclusivo servicio de catering que Abigail solía contratar en sus anteriores eventos con la esperanza de sorprender a sus invitados habían sido sustituidos por una enorme y sabrosa barbacoa y exquisitos postres caseros, acompañados por una elegante fuente de chocolate y una torre de copas de champán, junto a otra de cervezas, que más de uno de los asistentes aplaudió con ganas.

Los adornos no eran tan pomposos como los de años anteriores, y, prescindiendo de estatuas de hielo o tonterías similares, en esta ocasión las mesas y las estructuras del recinto estaban adornadas con enredaderas de hermosas y variadas flores, haciéndolas parecer parte de la naturaleza.

En un rincón había un elegante cenador de madera con una pequeña banda de música clásica que tocaba diversos tipos de bailes de salón para las parejas más selectas. Y, cuando la banda se detenía, le correspondía el turno a un grupo popular que interpretaba música country en la pista de baile de madera, animando a todos a moverse al son de una alegre melodía.

En el centro del lugar se levantaba el gran escenario principal, que permanecería cerrado hasta que más tarde actuara una banda juvenil que Gillian le había recomendado a Olivia, y donde posteriormente se celebraría alguna que otra subasta para obtener dinero para la asociación de mujeres y niños maltratados, el acto principal del evento.

—¡Vaya! ¡Esto no es como otros años! —comentó Jayden, señalando con admiración el lugar.

—No, no lo es —gruñó Clay cuando sus ojos se dirigieron hacia una pelirroja que aún se le resistía pero que, al parecer, comenzaba a no resistirse a otros—. Si me perdonáis, voy a por los números que llevarán nuestros artículos en la subasta —declaró antes de enfilar hacia Abigail, quien, con el elegante y seguro aspecto que exhibía debido al bello y atrevido vestido verde que lucía, ya no era tan ignorada como antes, especialmente por parte de Clay.

Observando de lejos, Jacob contempló cómo su hermano dejaba de lado su sonrisa para ponerle por primera vez una mala cara a una chica y discutir con ella. Pero, mientras antes Abigail tal vez habría huido tímidamente, ahora se enfrentaba a Clay. Y, por lo que Jacob veía, también ganaba...

Tanto Jacob como Will y Jayden miraron a su hermano intentando contener la risa después de que regresara junto a ellos con las pegatinas de sus números para la subasta, tratando de ignorar que el número de Clay descansaba sobre su frente en vez de entre sus manos.

—¡Maldita pelirroja! —murmuró perdiendo sus buenas maneras mientras se arrancaba el número de la frente y se lo ponía bruscamente en el pecho.

—Cuidado, hermano: yo me sentí igual de perdido que tú cuando conocí a Olivia.

—¿Y qué hiciste para volver a la normalidad?

—Me casé con ella —confesó Jacob entre risas, sorprendiendo a su hermano con su respuesta y sus carcajadas, las cuales aumentaron al ver a sus rudos hombres entrando en la fiesta como unos tiernos corderitos que se dirigían al matadero, algo que Jacob comenzó a pensar que no estaba tan alejado de la realidad al comprobar cómo Olivia les colocaba unos números en sus camisas y les anunciaba que el acto principal de esa fiesta aún estaba por llegar.

De repente, las risas de Jacob se interrumpieron con brusquedad cuando unas improbables sospechas comenzaron a abrirse paso por su mente: que el plato fuerte de ese evento eran ellos mismos..., sospechas que la astuta sonrisa que lucía Olivia mientras los recorría a todos con una ladina mirada confirmaron.

* * *

No sabía cómo las cosas que habían comenzado tan bien podían estar torciéndose tanto. Primero con esos reticentes hombres intentando escaquearse del evento al presentarse con una vestimenta inadecuada, lo que traté de solucionar buscando para ellos un *look* elegante e informal, objetivo que logré, a la vez que inadvertidamente los convertí en el alma de esa fiesta: cuando llegamos al evento hicimos una entrada triunfal en la que las mujeres no dejaron de devorar con los ojos a mis vaqueros. Yo caminaba orgullosa del brazo de uno de los que, bajo mi criterio, era el que valía más de esa subasta.

—No mires, Owen, pero creo que la viuda Marcia me está fulminando con la mirada... Para mí que te ha salido una admiradora, ¿tal vez es un viejo amor? —le pregunté al hombre que me acompañaba.

—No digas tonterías, chiquilla, que a mi edad no estoy yo para amoríos —se quejó Owen.

No obstante, a pesar de sus palabras, el viejo se sonrojó visiblemente mientras desviaba la mirada con disimulo hacia esa mujer que, definitivamente, me tenía en su punto de mira.

Después de colocarles los números a cada uno de esos hombres que estaban dispuestos a ayudarme sin saber todavía el precio que tendrían que pagar, comenzó otro de los grandes problemas de mi fiesta: todas las mujeres habían emprendido una guerra silenciosa por conseguir a su objetivo y se medían y retaban unas a otras, para luego dirigir avariciosas miradas hacia los vaqueros cuya cita querían conseguir, unos vaqueros que comenzaron a sentirse intimidados y a sospechar de mi artimaña.

—Nos miran como si fuéramos ganado... —opinó Spike, el más joven de ellos.

—No digas tonterías: sólo están admirando vuestra nueva imagen. ¡Estáis todos muy guapos! —repuse mientras saludaba a los hermanos Walter para intentar atraerlos a nuestro lado y que las miradas de las

mujeres se desviarán hacia ellos para que los hombres ya no estuvieran tan nerviosos.

Pero, al parecer, mi plan salió mejor de lo que esperaba. O tal vez debería decir peor, ya que las mujeres se pegaron como lapas a los cuatro hermanos y, para desgracia de ellas, uno de esos hombres, pujara por él o no, ya era mío.

Harta de contemplar sus coqueteos desde lejos, me dirigí hacia Jacob para dejarles claro a esas mujeres que no tenían ninguna posibilidad con el hombre al que amaba. Y, mientras lo hacía, no dejaba de mirar orgullosamente mi pulsera, sabiendo que, a pesar de que Jacob estuviera rodeado de mujeres hermosas, sus ojos nunca se fijarían en otra que no fuera yo. Y, para desgracia de ellas, al igual que yo presumía de mi regalo, él presumía del suyo. Un presente que realmente no era el más adecuado, pero eso no importaba.

—¿Qué es eso? —le preguntó una mujer, espantada al ver en el dedo de Jacob el anillo en forma de calavera.

—Es un regalo de mi mujer —dijo él con orgullo, sin aclarar que realmente se había hecho ese regalo a sí mismo después de agenciárselo sin preguntar.

—¡Es horrendo! ¡Más bien parece el anillo que se le regalaría a un hijo adolescente antes que a un esposo! —declaró una de las lapas.

Desafortunadamente, la adolescente a la que pertenecía ese anillo, que se había ganado a pulso, estaba allí también para observarlo. Y, sintiéndose traicionada, Gillian me fulminó con la mirada antes de salir corriendo sin que yo pudiera ofrecerle una explicación.

—¡Hola, cariño! —me saludó amorosamente Jacob sin sospechar el lío que había montado por llevar ese anillo. Y yo, aunque deseaba arrojarme a sus brazos, simplemente pasé con despreocupación por su lado mientras le anunciaba en voz alta:

—Ocupada.

Luego, ante el asombro de todos, seguí mi camino corriendo detrás de una adolescente a la máxima velocidad que me permitían esos tacones que no estaban hechos ni para ese terreno ni para ese tipo de ejercicio.

Cuando al fin localicé a Gillian, ésta se encontraba detrás del telón del escenario que muy pronto ocuparía la banda de música que ella me había recomendado. No quise interrumpir su romántico encuentro con el batería o, al menos, hasta que lo oí hablando con ella y vi cómo la trataba.

—Lo siento, Roy. No he podido conseguirte el anillo. He trabajado muy duro para ello, pero al final esa mujer se lo ha dado a otro... —dijo Gillian apocadamente.

—¡Eres estúpida! ¿No te dije que sería mucho mejor y más rápido que lo robaras? ¡Ahora has perdido un montón de tiempo y esfuerzo para nada! —replicó bruscamente ese chico para luego añadir, ganándose todo mi odio—: Si no eres capaz de conseguir algo tan insignificante, tal vez no seas la mujer que necesito... Pero ¿qué digo? ¡Si todavía eres una niña!

—¡Yo no soy una niña! Voy a demostrarte de lo que soy capaz, Roy —anunció Gillian, haciéndome temer lo peor, sobre todo cuando ese embaucador le susurró algo al oído, dispuesto a volver a utilizarla.

Escondida en un rincón, fulminé con la mirada a esa clase de sabandija que conocía demasiado bien. En la asociación de mujeres maltratadas que mi madre había fundado a menudo venían mujeres que habían perdido toda la confianza en sí mismas a manos de un hombre que les repetía una y otra vez lo inútiles que eran y lo poco que valían, hasta que ellas mismas llegaban a creerse esa gran mentira que ellos habían creado sólo para hacerles daño.

Cuando en una ocasión yo miré a esas mujeres, negando con la cabeza y sin comprender su dolor, mi madre me dijo unas palabras que nunca podría olvidar: que las mayores heridas que tenían esas mujeres no estaban por fuera, sino por dentro, y que éstas eran las que más tardaban en curar.

Yo sabía que si permitía que Gillian siguiera ese camino acabaría mal, muy mal, y no deseaba eso para ella. También sabía que ella no escucharía mis palabras y negaría una y otra vez la realidad de que ese chico no la quería hasta que lo viera por sí misma de una forma que no pudiera negar de ninguna manera.

—Bueno, qué se le va a hacer... Tendré que ser la mala de esta historia —me dije, decidida a salvar a esa chica aunque ella no quisiera salvarse.

Cuando di con Gillian, tal y como yo sospechaba, no estaba haciendo nada bueno, ya que la encontré junto a la caja de donativos de uno de los puestos que vendían las entradas para el evento, un puesto ahora mismo vacío porque la encargada de esa caja seguramente habría ido al baño aprovechando la presencia de Gillian, que era uno los miembros de la organización. En esos instantes, la chica había conseguido abrir hábilmente la caja para hacerse con ese dinero, probablemente para entregárselo a ese muchacho.

—¿Tantas ganas tienes de ayudar a recaudar fondos? —dije irónicamente a su espalda, sorprendiéndola, lo que provocó que volviera a cerrar la caja con brusquedad.

—No quiero oír ningún sermón de una mujer que no sabe mantener una promesa —manifestó Gillian acusadoramente mientras me fulminaba con la mirada, decidiendo pasar al ataque al haberla pillado in fraganti, algo que me afectó, pero que no permití que se mostrara en mi siempre impecable apariencia.

—Ni yo pienso dártelo. ¿Para qué quieres ese dinero, Gillian?

—¿A ti qué te importa? —replicó despectivamente la adolescente, tratando de evitarme, lo cual yo no pensaba permitirle.

—¡Ah, ya entiendo! Tú también quieres comprarte a un hombre..., pero debes saber algo, Gillian: al contrario que los que van a subirse al escenario para ayudar en nuestro evento benéfico, ése no merece la pena.

—¡Tú no sabes nada! ¡No conoces a Roy!

—No, pero tú tampoco... Se me ocurre algo. Verás, a mi familia le encanta hacer apuestas, así que te propongo que hagamos una: si te demuestro que ese chico es pura basura, tú dejaras de perseguirlo y, por supuesto, no tocarás ese dinero. Pero si, por el contrario, yo estoy equivocada y él realmente vale la pena, dejaré que te lleves toda la recaudación de esta caja y luego repondré el dinero que haya en ella de mi propio bolsillo como si aquí no hubiera pasado nada. ¿Te parece bien?

—¿Dónde está la trampa? —preguntó Gillian con una sonrisa irónica asomando en su rostro que persistió hasta que Gertrudis, la amable anciana encargada de esa caja, volvió a ocupar su lugar en el puesto tras darle las gracias.

Y, cuando al rostro de Gillian asomó una pizca de culpabilidad por las amables palabras de la mujer, yo le contesté mientras caminaba con decisión hacia el escenario, seguida de cerca por ella, que había aceptado mi reto:

—La trampa es que el valor de ese chico lo vas a medir tú, así que veamos cuánto tiempo puedes seguir engañándote a ti misma.

Dispuesta a ganar esa apuesta por el bien de la chica, decidí hacerle una encerrona a ese chaval para demostrar su verdadera cara. Pero, mientras yo trataba de desenmascararlo, los inseguros pasos de Gillian me indicaban que ella quería seguir mintiéndose a sí misma. Cuántas mentiras sería capaz de soportar era algo a lo que únicamente ella podría responder y que, tal vez, yo le enseñaría de la forma más cruel.

Cuando llegamos al escenario, la banda había terminado de tocar. Entonces coloqué a Gillian en un lugar bastante escondido desde el que pudiera oírnos y vernos tanto a mí como a ese tal Roy. A continuación, recordando la coquetería que alguna vez había utilizado con los especímenes defectuosos que en alguna ocasión se le habían acercado a mi prima Tori en el instituto, caminé sensualmente hacia ese chaval para alabar lo único que él valoraba, su ego.

—¡Has estado fantástico! ¡Nunca había oído a nadie tocar así! Sin duda tienes un futuro prometedor en la música y no tardarán en descubrirete como la gran estrella que eres... Te llamas Roy, ¿verdad? —le pregunté apoyando una mano en su brazo mientras me acercaba provocativamente.

—Roy Timer —se presentó él pegándose más a mí, lo que me dio repelús e hizo que quisiera pegarle de hostias.

Pero como debía continuar con mi interpretación ante los ojos de la ingenua de Gillian por su propio bien, seguí representando mi papel de mala.

—Encantada... Yo soy Olivia Lowell, una de las ricas organizadoras de este evento... —dije rematando mi jugada tentándolo con lo que más deseaba: dinero. Y, desde el instante en el que sus avariciosos ojos brillaron al mirarme, supe que era mío—. Te invitaría a tomar algo cuando finalizara el concierto, pero creo que todavía eres menor de edad y que incluso tienes novia —añadí alejándome sólo unos pasos de Roy.

Y, al ver que su nueva presa se le escapaba, él no tardó en correr detrás de mí como seguramente nunca habría hecho con Gillian.

—¡Espera! ¡No! No tengo a nadie y no soy menor. Tengo diecinueve años, y, a pesar de ser tan joven, ya estoy acostumbrado al alcohol... y a muchas otras cosas —manifestó Roy, reteniendo mi muñeca mientras dejaba ver que su lista de perversiones continuaba.

—¡Oh! ¿En serio? Creí que esa chica del pelo azul que he visto persiguiéndote por la fiesta era tu novia —repuse a la vez que clavaba mis ojos donde Gillian se escondía, decidida a hacerla reaccionar.

—¡No, qué va! ¡Ella es sólo una molesta chiquilla que no deja de perseguirme por todos lados con la estúpida idea de enamorarme! Gillian es incapaz de comprender que lo que yo necesito es una mujer y no una niña.

—Pero ¿no sientes nada por ella? ¿Nada de nada? —insistí, atragantándome un poco con mi papel de villana cuando vi llorar a Gillian silenciosamente en su oculto rincón.

—Aburrimiento, hastío..., poco más —declaró ese imbécil, terminando de romperle el corazón.

No obstante, a pesar de que ese corazón estuviera roto, aún se podía embaucar con bonitas palabras, así que, a pesar de estar siendo cruel, decidí hacerlo añicos.

—Entonces ¿no puedes decirme nada sobre ella? Verás, esa chica se ha metido en problemas. Sospecho que podría haber robado parte del dinero de la recaudación, y cuando le pregunté por su coartada y que me dijera si estaba con alguien en el momento en que desapareció el dinero, ella mencionó tu nombre —le solté, tratando de hacerle ver a Gillian lo que le habría ocurrido si hubiera seguido con esa estúpida idea.

—Ella es así: suele mentir y robar. No creo que haya sido la primera vez, ni que sea la última, pero lamento que me utilizara de excusa solamente porque hayamos hablado unas cuantas veces.

Aunque Gillian pudo aguantar las lágrimas, no fue capaz de retener un grito de indignación ante las palabras del chico en el que, equivocadamente, había confiado. Y, saliendo de su escondite, me concedió la victoria en nuestra apuesta, una que me supo más amarga que nunca.

—¡Eres basura! —exclamó dirigiéndose a Roy.

—Gillian, ya es hora de que te hagas responsable de tus acciones. Lo mejor sería que devolvieras ese dinero —replicó él, intentando representar ante mí el papel de niño bueno.

—¡Yo no he cogido ningún dinero, maldito imbécil, y ahora que sé cómo eres me alegro de no haberlo hecho!

—No mientas, Gillian —insistió Roy.

—No lo hace —intervine yo, informando a ese chaval de mi artimaña—. El anuncio del robo ha sido una mentira que he usado contra ti para que Gillian comprobara cómo eres en realidad.

Y, como cualquier tipejo como él, viendo que había caído en una trampa, intentó salir del aprieto con más mentiras que únicamente demostraron lo

poco que valía.

—¿Gillian? ¡No es lo que piensas! Ella sólo quiere separarnos..., ¡incluso ha intentado seducirme! Pero yo sólo estaba siguiéndole el juego para ver hasta dónde era capaz de llegar...

—Sí, pobrecito, él sólo se ha dejado seducir un poco... —dije irónicamente mientras señalaba que era él quien todavía me retenía a su lado, consiguiendo que por fin me soltara y pusiera distancia entre nosotros.

—Gillian, sabes que yo no soy así: tú eres la única que me conoce de verdad —suplicó Roy, haciendo dudar a la adolescente de lo que había visto y de lo que había oído, así que, dispuesta a hacerla reaccionar, grité:

—¡Suficiente! ¿Cuánto quieres por alejarte de ella: mil, diez mil, veinte mil, treinta mil dólares tal vez...? ¡Pues son tuyos, si los quieres! —dije mientras escribía una abultada cifra en uno de los talones de mi chequera, para luego menearlo tentadoramente ante sus ojos.

Sus despiadados ojos al fin dejaron de mentir mientras perseguían avariciosamente mi cheque, y, cuando finalmente lo cogió, Gillian miró a Roy con furia y decepción, pero no fue al único.

—¡Puede que él sea basura, pero tú también lo eres! —me chilló la dolida adolescente antes de salir corriendo... para ir a caer directamente entre los brazos del único hombre que yo nunca habría deseado que contemplara esa escena: su tío Jacob.

La mirada prejuiciosa que siempre había esperado de él, esa que me juzgaba sin esperar a escuchar de mí una respuesta y sin preocuparse por averiguar lo ocurrido me llegó en ese instante. Jacob me miró con visible decepción, descartándome así de su corazón y, tal vez, de su vida porque le había hecho daño a su sobrina.

—¿Tantas ganas tenías de gastarte tu dinero en esta fiesta? —me preguntó con sarcasmo, encasillándome una vez más como una niña mimada mientras negaba decepcionado con la cabeza—. No eres como

pensaba —añadió, agrandando la herida a la vez que me hacía a un lado sin pedirme una explicación o un porqué.

Ese instante y esas palabras me hirieron profundamente porque, tal y como yo había temido siempre si me enamoraba, que me rompieran el corazón dolía muchísimo. No obstante, me limité a sonreír disimulando, tan divina como siempre. Y, antes de que ese hombre me hiciera más daño, le contesté como se merecía.

—No eres el primero ni serás el último que me dice algo así.

Luego, mientras pasaba por su lado, deposité en su mano esa pulsera que para mí ya no tenía ningún valor y seguí mi camino, deseando alejarme lo más rápido posible de ese hombre para que no viera las lágrimas que mi roto corazón ya no podía retener por más tiempo.

Capítulo 18

Olivia se alejaba de mi lado y yo ya no sabía qué hacer. Mi corazón estaba dividido entre lo que sentía por esa mujer y lo que sentía por mi sobrina. La chiquilla a la que yo siempre había intentado proteger a toda costa lloraba desconsoladamente entre mis brazos, y la responsable de sus lágrimas no era otra más que la mujer que amaba, una mujer que pasó despreocupadamente por mi lado sin ofrecerme ninguna explicación para sus despiadadas acciones.

Cuando Olivia desapareció de mi vista, el corazón comenzó a dolerme porque me aseguraba que en ese instante estaba perdiendo algo demasiado importante que tal vez no podría recuperar, pero las lágrimas de mi sobrina me mantenían demasiado ocupado como para volver la vista atrás. Mientras abrazaba fuertemente a Gillian, mis ojos se fijaron furiosos en otro de los responsables de su dolor.

—Supongo que con esto nuestra relación ha terminado, pero, compréndelo, Gillian: en estos instantes yo necesito dinero para poder seguir con mi música y ella ha pagado un buen precio por mí —se excusó el despreciable sujeto mientras las lágrimas de mi sobrina empapaban mi camisa y él se guardaba el cheque de Olivia en el bolsillo—. Tal vez en un futuro volvamos a encontrarnos y...

—No volverás a acercarte nunca más a mi sobrina —manifesté amenazadoramente, dirigiéndome a ese chico que, en definitiva, no valía el precio que Olivia había pagado por él.

—Entonces tal vez me acerque a esa niña rica que paga tan bien — comentó el muy idiota con una ladina sonrisa que provocó que diera un paso hacia él, hasta que los brazos de Gillian me detuvieron.

—Esa «niña rica» es mi esposa. Tampoco te acercarás a ella —le dije, advirtiéndole con una última e intimidante mirada lo que podría pasarle si intentaba hacer lo que anunciaba.

—¡Vaya! Entonces ¿tú también vas detrás de su dinero? —se burló de mí ese niño, tratando de ponerme a su mismo nivel mientras sacaba el cheque de su bolsillo y lo sacudía sarcásticamente delante de mí.

Con ese gesto acabó con la poca paciencia que me quedaba y provocó que me acercara a él, acorralándolo contra un rincón. Antes de que le diera tiempo a reaccionar, le arrebaté el cheque, lo arrugué en una bola de papel y se lo introduje en su gran boca. Y, mientras mi mano permanecía sujetando su boca, yo respondí a la estúpida pregunta que me había hecho.

—No: yo sólo voy detrás de ella. Ahora, ¡traga! —le ordené airadamente.

Y, tras observar mi intimidante mirada, supo que mis palabras iban muy en serio. Al final dejó de hacerse el gallito y tragó. Treinta mil dólares se deslizaron por su gástrico mientras yo lo contemplaba con satisfacción.

Luego me alejé de él sin mirar atrás ni permitir que mi sobrina lo hiciera.

Tan protector como siempre, abracé a Gillian con cariño, apartándola de sus problemas. Y, mientras me preguntaba si no sería mejor para que ella madurase un poco que comenzara a enfrentarse a algunos de ellos por sí misma, yo empecé a buscar a mi mayor problema entre la multitud.

«No comprendo por qué la persigo después de esto...», me dije a la vez que me sacaba mis cabellos con frustración, admitiendo lo confusos que eran mis sentimientos en esos instantes en los que no acababa de entender lo ocurrido. Lo único que tenía claro era que no quería que Olivia se alejara de mí.

Mientras caminaba junto a mi sobrina tratando de calmar sus lágrimas, recordé todas las facetas de la mujer a la que amaba y no pude evitar preguntarle a Gillian:

—¿Me puedes explicar qué papel ha desempeñado Olivia en toda esta historia?

Los ojos de la chica se desviaron de mí llorosos, y, no queriendo aumentar su dolor, permití que guardara silencio, agravando más las heridas de mi corazón al dudar de la mujer que amaba.

—En estos momentos no quiero hablar de ello. Yo... ¡odio a Olivia! —dijo Gillian, echándose de nuevo entre mis brazos.

—No te preocupes: tienes todo el tiempo del mundo para explicarte, y yo para escucharte cuando quieras hablar —contesté, dándole a mi sobrina el tiempo que necesitara mientras, sin saberlo, acertaba el mío con la mujer que amaba.

«Siempre podré disculparme con ella mañana...», me consolé, queriendo creer en Olivia, pensando que tendríamos tiempo para resolver esos problemas que habían surgido entre nosotros. Pero no era consciente de lo equivocado que estaba hasta que una conocida voz resonó junto a mi oído, anunciándome jovialmente su presencia.

—¡Ya estoy aquí!

Al volverme contemplé con asombro a Raymond, el risueño primo de Olivia, que, con su burlona sonrisa, parecía reírse de mí.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunté al principal responsable de los mayores líos de mi vida, aunque también lo era de los mejores momentos.

—¿No es obvio? He venido a por mi prima. Te elegí como caballo ganador, pero... aún no sé si he ganado. A juzgar por el rostro dolorido de Olivia, sospecho que me vas a hacer perder esa apuesta —apuntó Raymond señalando a la hermosa mujer que se paseaba por el escenario anunciando el siguiente evento con una bonita sonrisa que no engañaba a los que la conocíamos. Olivia usaba ese falso gesto para que los demás no viéramos

su dolor—. Has tenido tiempo de sobra para enamorar a tu mujer, Jacob, y si esto es lo que has conseguido, no te la mereces —manifestó él con seriedad, haciéndome ver que la estaba perdiendo.

—¡No voy a permitir que la alejes de mí! —le grité con desesperación.

—¡Oh! No te equivoques: no soy yo quien está alejando a Olivia de ti —afirmó Raymond. Y, pasándome con despreocupación uno de sus brazos por encima del hombro, me hizo mirar a la mujer que se movía sobre el escenario, señalándome la mirada decepcionada que Olivia me dirigía cada vez que volvía sus ojos hacia mí—. No seas tan modesto ni te quites mérito: eso es algo que has conseguido tú solito, Jacob —susurró en mi oído, recordándome los mayores errores que había cometido con Olivia y que aún seguía cometiendo al juzgarla precipitadamente.

Cerrando los ojos ante la dolorosa escena, me lamenté en silencio mientras todavía me permitía dudar de ella. Y los volví a abrir cuando su voz resonó desde el escenario.

—Y ahora demos inicio a lo que todos lleváis esperando durante toda la noche: ¡la subasta... —anunció Olivia, dándonos la entrada para que mis hombres, mis hermanos y yo subiéramos al escenario para ayudar en el evento. Y, a pesar de que yo debería estar allí junto a ellos, todavía me resistía a acudir al lado de esa mujer, porque no quería ver de cerca el dolor que mis palabras le habían causado, por lo que me quedé a un lado— de los hombres del rancho La Carreta! —terminó de anunciar ella.

Tras unos segundos de estupor mientras asimilábamos las palabras que acabábamos de oír, finalmente mis hombres y yo nos percatamos de que ésa era otra más de sus jugarretas. Sobre todo cuando comprobamos cómo las organizadoras habían colocado ante una de las salidas del escenario a los niños y mujeres de la asociación a la que iría a parar ese dinero, recurriendo al chantaje emocional, mientras que en la otra se hallaba Abigail, mostrando la inquebrantable determinación de no apartarse del camino. Aun así, mi hermano Clay lo intentó. Infructuosamente.

Mis hombres comenzaron a murmurar entre ellos, confusos a causa de ese singular anuncio y asustados tras contemplar a la multitud que rodeaba el escenario. Pero sus ganas de escapar de esa situación se vieron superadas por su conciencia y su buen corazón cuando Olivia comenzó a hablar de nuevo, ganándose tanto al público como a los hombres que estaban sobre el escenario.

—Estos hombres se han ofrecido desinteresadamente a ser subastados por una buena causa. Con lo que recaudemos por ellos ayudaremos al centro Smile Again, que se encarga de atender a mujeres y niños maltratados. Con ese dinero contribuiremos a reestructurar las instalaciones del edificio principal, al que se le añadirá una nueva ala dedicada a tratar traumas psicológicos y aumentar la capacidad de esa institución para que pueda acoger a más personas que huyen de esta terrible situación.

»En los eventos celebrados en años anteriores se subastaron artículos donados por voluntarios a los que se les daba un precio estimado de salida, pero, en esta ocasión, las organizadoras nos vemos incapaces de cuantificar la valía de estos hombres, que, a pesar de estar enormemente ocupados con su trabajo, han buscado tiempo para acudir a este acto, para perder la vergüenza subiéndose al escenario y para enfrentarse a una multitud que los juzgará sin conocerlos y que, tal vez, no sepa valorarlos como es debido, pero que, finalmente, les pondrá un precio que con toda seguridad no estará a su altura —dijo Olivia. Y mientras pronunciaba estas últimas palabras, no tuve ninguna duda de que esas recriminaciones iban dirigidas a mi persona—. Para mí, cada uno de estos hombres posee un valor incalculable —añadió recordándome burlonamente que yo no estaba sobre el escenario, para luego simplemente ignorarme antes de volver a su papel de anfitriona—, pero sólo la puja más alta tendrá el privilegio de tener a su disposición, y durante veinticuatro horas a su elegido.

»Así pues, señoras y señores, ¡anímense a poner un precio a cada uno de ellos, porque yo no puedo! —incitó Olivia a la multitud para, luego, en

medio de los emocionados gritos de los presentes, preguntarles a mis hombres—: ¡Vamos! ¿Quién será el primero en salir a subasta?

—¡Dios! ¡Nunca me aburro con mi prima! ¿Y tú? —preguntó impertinentemente Raymond mientras me animaba a subir al escenario con una jovial palmada en la espalda, un reto que yo acepté como hacía con todos los que a menudo me lanzaba esa mujer.

Mientras miraba a mis dubitativos empleados sobre el escenario y los veía tan perdidos como yo solía encontrarme ante las tretas de Olivia, apresuré mis pasos hacia ella. Y, a pesar de ser consciente del lío en el que me estaba metiendo, no me detuve hasta encontrarme sobre el escenario junto a esa mujer que me traía de cabeza.

—¡Yo seré el primero! —anuncié, animando a todos los demás a participar. Pero mientras lo hacía no miraba hacia la multitud, sino hacia la mujer que amaba—. Tenemos que hablar —le susurré para que ella fuera la única que me oyera, pero Olivia intentó evitarme esquivando mi mirada—. ¿O es que acaso tienes miedo de que crea tus palabras? —dije recordándole que no me había dado ninguna explicación ante sus despiadadas acciones, retándola para que me concediera más tiempo para que solucionáramos nuestros problemas, para que entendiéramos lo que sentíamos o nos conociéramos mejor. Pero, a pesar de que ella nunca se achantaba ante los retos, esta vez no quiso jugar conmigo.

—Tu mirada lo dijo todo por ti en ese momento, Jacob, así que no necesitas más explicaciones de mi parte: tú ya me has condenado. Espero que no te molestes si no pujo por ti, ya que ayudar a tu sobrina ha acabado con todo mi presupuesto. Aun así, no me arrepiento de ello. ¡Ah! ¡Y mira por dónde, este episodio me ha servido para averiguar tu precio de salida en esta subasta! —añadió fríamente para luego ignorarme mientras gritaba animadamente hacia la multitud—: ¡Comencemos la puja por Jacob Walter! ¡Ofrezco un dólar como precio de salida!

Yo cerré los ojos, entre dolorido y furioso por su insulto, y por unos instantes me pregunté si ella habría sentido lo mismo ante el peso de mi mirada.

Y mientras las otras mujeres, a las que no deseaba ni quería para nada, me valoraban con altas sumas de dinero, la que amaba no daba nada por mí. En ese momento me pregunté qué debía hacer para recuperar ese «valor incalculable» que tenían a sus ojos todos los hombres del escenario excepto yo.

* * *

Raymond miraba intrigado a la rebelde adolescente que tenía junto a él, ya que parecía ser la causa de la disputa de esa pareja.

—¿Qué has hecho? —le preguntó despreocupadamente tras tenderle un pañuelo de papel. Y, dándole el tiempo necesario para que contestara, siguió contemplando la trágica escena que se desarrollaba sobre el escenario, donde su prima volvía a cerrar a cal y canto su corazón, rechazando por completo al hombre al que amaba, tal vez porque amarlo le dolía demasiado.

»Si crees que tú eres la única que está sufriendo en estos instantes, no sabes lo equivocada que estás: hay personas que lloran en estos momentos tanto como tú, con la diferencia de que a ellas no les gusta exhibir su dolor en público y se lo guardan dentro. Mi prima Olivia es una de ellas —dijo Raymond, señalando la falsa sonrisa de Olivia detrás de la que ocultaba su sufrimiento.

—No digas tonterías: esa niña mimada no llora. ¿Qué motivos tendría para llorar?

—No lo sé, dímelo tú —increpó Raymond a la adolescente, harto de sus despectivas y egoístas palabras hacia su prima. Y cuando la chica apartó la mirada de Olivia, sintiéndose culpable, continuó—: Todos lloramos en un

momento u otro de nuestra vida, lo único que sucede es que algunos lo sabemos ocultar mejor que otros. Olivia es una de esas personas, pero a los que la conocemos no nos engaña y podemos verlo a través de sus acciones. Es evidente que no la conoces lo suficiente, si no, lo sabrías. Sin embargo, lo que me preocupa es que él tampoco lo reconoce, y, si esto es así, definitivamente Jacob no es el hombre adecuado para ella —declaró Raymond, señalando al hombre que veía tan perdido sobre ese escenario como en el amor.

—Mi tío es el mejor hombre del mundo.

—Puede ser, no te lo niego..., pero tanto a mí como al resto de mi familia sólo nos importa si es el mejor para Olivia.

—Mi tío tiene dinero y una posición estable. Es guapo, joven y de trato amable, ¿qué más se puede pedir? —inquirió Gillian despectivamente, como si se tratara de un guion memorizado. Un guion que era obvio que le desagradaba, a pesar de que lo hubiera mencionado y que alguien debía de haberle repetido hasta la saciedad para que lo defendiera pese a todo.

—Amor —manifestó Raymond con sencillez, enseñándole una nueva lección. Y mientras le entregaba un nuevo pañuelo para que se secara las lágrimas, le reveló lo que buscaban todos los alocados miembros de su familia—: Un amor que nos deje ser nosotros mismos, que nos complemente, que nos haga reír en los buenos momentos y nos apoye y nos consuele en los más duros. Un amor tan irracional que nos lleve a cometer cualquier tipo de locura tan sólo para aspirar a tenerlo con nosotros y, por supuesto, para conservarlo, porque sabemos que sin él estaríamos perdidos y no seríamos nada. Tan perdidos como se encuentran justo en estos momentos tu tío Jacob sobre ese escenario... y mi prima junto a él.

—Puede que mi tío quiera a Olivia, pero dudo que ella lo ame. Además, no creo que Olivia sea la mejor mujer para él.

—¿Estás pensando en lo que es mejor para tu tío o en lo que sería mejor para ti? —preguntó Raymond con una cínica sonrisa.

—Olivia me ha hecho daño. Ha sido muy cruel.

—Mi prima no haría daño a nadie sin ninguna razón de peso. Mejor pregúntate por qué ha hecho lo que sea que haya hecho... —sugirió Raymond. Y, tras ver la esquiva mirada de esa adolescente que se ponía excusas a sí misma, añadió—: ¿O es que tal vez ya sabes la respuesta a esa cuestión y tienes miedo de afrontarla?

—¡Ella compró al hombre al que amaba! ¡Le dio a elegir entre un montón de dinero o yo! —gritó airadamente Gillian.

—¡Ah, entiendo! Te resulta más fácil odiar a mi prima antes que a la persona que se dejó comprar, ¿verdad? —preguntó irónicamente él, provocando a esa adolescente para que se enfrentara a lo que no quería ver y dejara de hacerles daño a los demás.

Y cuando Gillian intentó huir de su lado, Raymond la sujetó. Y, haciendo frente a su airada mirada, añadió una pregunta que ella no quería hacerse, pero que siempre estaría allí hasta que la afrontase:

—Dime, ¿te habrías dado cuenta de cómo era ese hombre si mi prima no lo hubiera comprado? —Cuando sus fríos ojos se clavaron en él, odiándolo profundamente por hacerle afrontar la verdad de sus palabras, Raymond señaló al escenario, donde esa perdida pareja se alejaba más y más—. Te recomiendo que, si quieres a tu tío Jacob, lo ayudes contándole toda la historia y no sólo parte de ella, como supongo que habrás hecho por tu propia conveniencia —finalizo Raymond, soltándola con gesto de disgusto.

—Yo no le he contado nada a mi tío.

—¡Oh! Pues peor me lo pones, chiquilla, ya que eso supone que has guardado silencio por tu propio interés egoísta y que no te importa nada que él pierda algo que quizá no pueda recuperar jamás —manifestó él, señalándole cómo esa pareja se distanciaba cada vez más.

—Aún hay tiempo... —se resistió la joven, reticente a reconocer sus errores y confesar sus pecados, pero sus palabras fueron interrumpidas por el hombre más loco de cuantos Raymond había conocido, un miembro de su

familia al que él no podría eludir y al cual su padre le había ordenado vigilar: su tío Dan. Aunque, ¿qué locuras podría cometer su tío si apenas acababan de llegar a ese pequeño pueblo?

—Raymond, ¿dónde está el hombre que le ha hecho daño a mi pequeña?

—Por enésima vez, tío Dan, no lo sé. Y, aunque lo supiera, no te... ¿Eh? ¡¿Qué cojones haces con un saco, una cuerda y una pala?! —preguntó él alarmado, quedándose a medias en la esquivada respuesta que llevaba dándole todo el día a su tío.

—No te preocupes por esto. Solamente estoy ultimando los preparativos para mantener una seria conversación con ese hombre acerca de mi pequeña y sobre lo que puede y no puede hacer con ella.

—¿Y se supone que tus palabras deben dejarme más tranquilo? —preguntó irónicamente Raymond mientras se mesaba los cabellos con frustración, negando con la cabeza ante las descabelladas acciones de su alocado tío Dan.

—Pues...

—Mejor déjalo, tío. Prefiero desconocer esa información que podría meterme en problemas con la justicia.

—Lo siento, pequeña, pero tu tiempo se ha acabado. Y, al parecer, el de tu tío también... —susurró Raymond al oído de Gillian mientras intentaba desviar los pasos de Dan hacia la salida o, en su defecto, de conducirlo lo más lejos posible de su prima, ahora que ella mostraba ante todos las señales de un corazón roto que un padre no tardaría demasiado en reconocer —. Será mejor que te ayude a buscarlo. ¡Vámonos! —propuso empujando a su tío para alejarlo del lugar.

—No te preocupes, Raymond..., ya lo he encontrado —anunció Dan, deteniendo abruptamente sus pasos mientras evitaba los empujones de su sobrino al tiempo que fijaba la vista en el escenario.

Y cuando Dan vio a Olivia sobre él, tal y como Raymond se había temido, la jovial sonrisa que su tío solía mostrar habitualmente desapareció

de su rostro, siendo sustituida por una seriedad que únicamente dirigía a aquellos que le hacían daño a su pequeña y que, para él, no tenían perdón.

—¿Qué piensas hacer ahora? —preguntó mientras le arrebatava a su tío la pala, el saco y las cuerdas, negándose a devolvérselos a un alocado y furioso individuo que ya tenía un objetivo marcado.

—Lo que tenía planeado desde el principio... —dijo. Y, sacando una paleta con un número que tenía guardada en el bolsillo trasero de los pantalones, Dan gritó ante todos mientras mostraba una maliciosa sonrisa que Raymond sabía que anunciaba problemas—: ¡Diez mil dólares!

—¡Mierda! Creo, cielo, que tu tío acaba de meterse en un gran problema del que tal vez yo no podré sacarlo —dijo Raymond a esa adolescente que aún no sabía lo protectores que podían ser algunos de los miembros de su familia cuando a un Lowell le rompían el corazón.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó Gillian, confusa y alarmada cuando el desconocido comenzó a pujar por su tío con más ímpetu que todas las solteras del lugar.

—¿No es evidente? Un padre cabreado —señaló Raymond con una maliciosa sonrisa asomando a su rostro.

—¿Ése es el padre de Olivia? —inquirió la asombrada adolescente mientras revisaba minuciosamente la despreocupada apariencia de ese hombre de revueltos cabellos que nunca llegaría a parecer tan distinguido como Olivia, pero cuyos genes compartían las mismas locuras y manías de meterse en problemas.

—Sí, y ya te he dicho antes que yo soy su primo. Y alégrate de que no hayan venido ni mi padre ni mi malicioso tío Josh... No eres capaz de imaginar lo que pasa cuando esos tres se juntan. Yo sí lo sé, pero mejor no te lo cuento.

—¿Y qué piensa hacer con mi tío Jacob cuando lo consiga? —preguntó la alarmada adolescente, dándose cuenta por primera vez de que su tío

podía llegar a correr peligro si ese hombre conseguía hacerse con él en la subasta.

—No tienes edad suficiente para oírlo —replicó Raymond con una cínica sonrisa, negándose a explicar las locuras de las que Dan Lowell era capaz.

—¡Pero haz algo! —exigió Gillian asustada cuando vio que las pujas del padre de Olivia iban ganando a las de las solteras del lugar, que codiciaban a Jacob desde hacía años. Pero si ellas lo querían, Dan lo quería todavía más, aunque solamente fuera para darle una lección.

—No te preocupes, vengo preparado para ello —dijo Raymond con una maliciosa sonrisa. Y, ante el asombro de la alarmada joven, no detuvo la alocada puja de su tío, sino que, tras sacar su propia paleta, avivó la subasta al gritar de viva voz—: ¡Treinta mil y un poni!

* * *

Al principio de la subasta de Jacob estaba enfadada, furiosa y dolida a causa de esa mirada que no sabía si podría olvidar alguna vez y con esas explicaciones que me solicitaba demasiado tarde, porque yo ya no quería darle ninguna a un hombre que me pedía otra oportunidad después de romperme el corazón.

En mitad de la subasta me sentí celosa por todas las mujeres que pujaban por él, mujeres que correrían a sus brazos para consolarlo cuando yo ya no estuviera ocupando su cama o el pequeño lugar que había encontrado en su corazón y que él decía que llevaba mi nombre. A pesar de dolerme esa situación, seguí sonriendo como si nada pasara y aceptando todas las pujas de esas mujeres que lo deseaban, intentando calmar a mi acelerado corazón, que aún quería apostar por él a pesar de saber que enamorarme de un hombre como Jacob sólo me hacía daño. Yo en ese momento solamente

quería llorar por cómo me había equivocado con él y por lo engañosas que eran tanto la ávida mirada que Jacob dirigía hacia mí como él mismo.

—Acaba con esto —dijo cuando pasé por su lado, sujetando mi mano entre las suyas, todavía resistiéndose a dejarme marchar. Pero ya era demasiado tarde para él porque ya me había perdido—. Puja por mí, aceptaré hasta ese insultante dólar con el que me has valorado tanto a mí como a mi amor —añadió apretando mi mano.

Pero yo me deshice de su agarre, y, tras dedicarle una fría mirada, aparté el micrófono para susurrarle:

—Ése es el precio que merece un amor tan falso como el tuyo, Jacob.

Luego seguí representando mi papel, y, sonriendo al público, animé a que continuaran pujando por ese defectuoso amor que yo ya no quería.

—¡Vamos! ¿Quién da más por este hombre?

De este modo incité a la multitud, que no necesitaba de mucho aliento para seguir pujando por Jacob. Las cifras pronto comenzaron a elevarse, pero, para mi asombro, la que más llamó la atención no fue la puja de una de las atractivas mujeres que rondaban a Jacob ni la de la víbora que siempre lo perseguía, sino la de un hombre cuya voz conocía demasiado bien.

—¡Diez mil dólares! —gritó mi padre, anunciando su presencia en ese lugar, haciéndome ver que había venido a por mí como siempre hacía: en el momento más oportuno. Después dirigió una furiosa mirada hacia Jacob que me hizo pensar que conocía parte de nuestra historia, aunque la despiadada sonrisa que mostraba mientras medía a Jacob me decía que no estaba demasiado contento con ella y que sus intenciones al querer adquirirlo no eran demasiado buenas.

—¡Mierda! No puede ser... —murmuré, negando con la cabeza, sin querer aceptar esa puja. Y, aunque en esos momentos no quería tener a Jacob cerca, tampoco quería que le hicieran daño, y sólo Dios sabía lo que mi padre podría hacerle a Jacob mientras mostraba esa cara de cabreo.

—¿Conoces a ese hombre? —preguntó él con extrañeza, interesado en el hombre que lo despedazaba con la mirada.

—Sí, se trata de un tipo muy peligroso al que nunca debes acercarte, así que lúcite más por el escenario porque, créeme, es mejor que no acabes siendo comprado por él.

—No sé lucirme, Olivia. Además, la única puja que me interesa es la tuya.

—Lo siento, pero yo no compro nada defectuoso, así que mi puja está fuera de lugar.

—¿El defectuoso soy yo o lo es mi amor? —preguntó Jacob acercándose a él, tal vez con la intención de que recordara la pasión que siempre estallaba entre nosotros.

Y, cuando sus labios estuvieron cerca de los míos, susurré antes de apartarme negándole un beso:

—Los dos.

—¡Quince mil! —gritó nuevamente mi padre, haciendo que no pudiera ignorarlos ni a él ni a su puja.

—¡Mierda! —murmuré. Y, exhibiendo de nuevo una falsa sonrisa, anuncié a viva voz sobre el escenario para advertirle a mi padre que dejara ese juego—. La organización recuerda a todos los participantes que se comprobarán los cheques, y aquellos que no tengan fondos serán descartados, así que, por favor, no pujen con más dinero del que tienen o puedan aportar a este acto benéfico —reprendí sutilmente desde el escenario a mi padre, que nunca llevaba encima más dinero que el que costaban unas cervezas.

—¡Veinte mil! —replicó él tras mi advertencia, seguramente para tocarme las narices.

—¿Alguien da más? —dije alarmada, buscando desesperadamente a alguien que pujara por Jacob..., pero cuando esto ocurrió yo no pude hacer otra cosa más que maldecir a su salvador.

—¡Treinta mil y un poni! —resonó la risueña voz de mi primo Raymond, recordándome la apuesta que aún manteníamos sobre la mesa.

La subasta de Jacob estaba llegando a su final y yo estaba aterrada: las únicas posibilidades para él eran o mi vengativo padre, o mi aprovechado primo, que seguramente lo revendería de nuevo al mejor postor para ganar dinero.

Unos momentos después, para mi desgracia y, sobre todo, para la de Jacob, los dos alocados miembros de mi familia comenzaron a picarse hasta que sus apuestas llegaron a sumas desorbitadas. Mientras todos los que nos rodeaban creían que se trataba de un juego y jaleaban divertidos las diferentes pujas, yo sabía la verdad y rogaba por un milagro.

Y ese milagro llegó en forma de una elegante mujer vestida con un caro traje a la que la multitud le abrió paso. Cuando se aproximó a los dos necios miembros de mi familia, no dudó en arrebatarnos las paletas de la subasta para golpearlos en la cabeza con ellas.

Por unos momentos suspiré aliviada. Y, cuando me disponía a reiniciar la subasta de Jacob, mi madre terminó con todo levantando su propia paleta y exclamando seriamente:

—¡Cien mil dólares!

Si hubiera sido cualquier otro miembro de mi familia podría intentar ignorar esa puja o tratar de evitar que Jacob fuera reclamado, pero con ella no podía. La firme mirada que me dirigía me advertía de que no tenía escapatoria y, para desgracia de Jacob, él tampoco, porque Victoria Olivia Lowell no quería dejarnos a ambos sin nuestra merecida reprimenda.

—¿Alguien da más? ¿Un poquito más? Aunque sea un centavo... —animé a la multitud, recibiendo de mi madre otra mirada de advertencia que avisaba de que acabara ya con ese juego—. Entonces Jacob Walter es adquirido por la señora con cara de pocos amigos del fondo por cien mil dólares. ¿Cree usted que este hombre vale realmente esa desorbitada cantidad? —le pregunté, intentando hacerla desistir de su adquisición.

—Eso es justamente lo que he venido a averiguar... —repuso mi madre mientras me dedicaba una irónica sonrisa, recordándome la cantidad de dinero que yo le había pedido para pujar por un hombre que finalmente no se merecía nada.

—Espero que tenga más suerte que yo a la hora de averiguarlo —dije. Y, cuando no pude resistirlo más, mis lágrimas comenzaron a deslizarse en silencio por mi rostro. Entonces, dispuesta a acabar con ese juego, bajé del escenario y le entregué el micrófono a Abigail para dejar en sus capaces manos el resto de las subastas.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Jacob, confuso, sin comprender nada mientras me seguía fuera del escenario.

—Que nuestro tiempo juntos acaba de expirar.

—Pero nuestro matrimonio...

—No más excusas, Jacob. Mi familia ha venido a por mí y yo quiero irme con ellos.

—Pero ¿por qué?

—Porque con ellos me siento querida.

—¡No, Olivia! Dame más tiempo para comprender lo ocurrido, para comprenderte a ti... —rogó Jacob mientras se mesaba los cabellos frustrado.

—No lo tienes —dije decidida a alejarme de ese falso matrimonio que ya no tenía ninguna razón para seguir existiendo, ya que Jacob no me amaba y yo no era tan buena actriz como para seguir fingiendo que no me importaba.

—¡Entonces concédeme una última noche! —dijo desesperado, reteniendo una de mis manos fuertemente entre las suyas. Un falso gesto de cariño del que yo intenté huir hasta que él susurró en mi oído una última petición—: Sé mía por una última vez, mi dama salvaje...

Tras oír esas palabras, que siempre serían mi perdición cuando salían de los labios del hombre que amaba, fui débil. Y, cediendo a sus deseos, y tal vez también a los míos, dejé que sus labios se acercaran y que él reclamara esa última noche en la que, definitivamente, nos diríamos adiós.

Capítulo 19

La mirada de Olivia le dijo a Jacob que su tiempo juntos había terminado, que la excusa de su matrimonio, de Francesca o de cualquier otra mujer que lo persiguiera ya no le valdría para que ella se quedara a su lado. Jacob no sabía qué hacer para que Olivia desistiera de la idea de abandonarlo, y en un momento desesperado, le había suplicado por una última noche, cuando lo cierto era que deseaba mucho más de la mujer que tenía entre sus brazos.

Cuando ella se rindió a él, Jacob no perdió más tiempo y se alejó de esa fiesta conduciendo a Olivia al único lugar donde nadie los molestaría: la pequeña casita junto a la clínica veterinaria que él mismo había remodelado pensando en esa mujer y en todo lo que necesitaría para realizar su trabajo junto a él.

Cuando detuvo su camioneta, la impaciencia lo llevó a coger a la mujer que amaba entre sus brazos y a no soltarla hasta llegar a la cama donde ambos desatarían su pasión.

Los sentimientos que lo embargaban en esos instantes no eran los mejores para amar a esa mujer, pero si sólo tenía una noche, Jacob pensaba aprovecharla. Sentía una profunda rabia al ver que Olivia se alejaba de él y volvía a ocultar su corazón sin darle la oportunidad de comprender lo que había ocurrido. Lo condenaba por no confiar ciegamente en ella, cuando ella no hacía lo propio con él.

Jacob sabía que no había estado bien culparla de todo antes de escuchar sus razones, pero las lágrimas de su sobrina lo habían cegado y él en ese momento no había visto más allá. Aún no comprendía lo que había

sucedido en la inusual escena que se había desarrollado ante sus ojos, pero quería hacerlo, y Olivia se negaba a darle una explicación, limitándose tan sólo a alejarse de él, reprobando su conducta tan fríamente como él había hecho antes con ella.

Su mirada de desaprobación pareció ser la excusa que Olivia había esperado desde el principio de esa relación para poder dar la espalda a su amor, y Jacob odiaba esa cobardía que los alejaba a ambos por el miedo de su esposa al dolor, cuando lo que más les dolería sería estar separados. Pero eso tal vez Olivia lo descubriera cuando ya fuera demasiado tarde.

—Si me concedes tan sólo una última noche a tu lado, lo quiero todo —afirmó Jacob con decisión mientras arrojaba a un lado su chaqueta, su sombrero y sus botas para comenzar a quitarse la camisa. Olivia se deshizo de su vestido y sus tacones, lanzándolos a un lado para acomodarse en la cama con intención de contemplar el espectáculo que representaba ver a Jacob desnudar ante ella tanto su cuerpo como su alma—. Quiero tu amor —terminó él antes de acompañarla en la cama, momento en el que Olivia trató de alejarse, algo que Jacob no permitió.

Y, atrapándola bajo su cuerpo, retuvo sus muñecas por encima de su cabeza con una mano para enfrentarse a esos fríos ojos que lo rechazaban a él y a su amor.

—Eso no pienso dártelo. No pienso entregarle mi corazón a un hombre que no lo merece —declaró ella forcejeando.

—Pero ya lo has hecho, ¿verdad? Por eso quieres alejarte de mí: porque me amas —susurró Jacob en su oído, acabando con los esfuerzos de Olivia.

Cuando soltó sus muñecas vio ante él el sorprendido rostro de una mujer que al fin comprendía la verdad.

—Si te he roto el corazón y te duele mucho..., ¿por qué no me permites repararlo? —preguntó Jacob mientras su manos comenzaban a deslizarse dulcemente por su piel, haciéndola estremecerse con cada roce de sus dedos.

—Porque no puedes —respondió Olivia evitando mirarlo a los ojos, tal vez porque sus palabras eran una gran mentira que dirigía tanto a él como a sí misma.

—¿Qué te apuestas? —insistió Jacob mientras sus besos empezaban a descender por su cuello, haciéndola gemir.

—Después de esta noche desapareceré de tu vida —le advirtió ella.

—Pues yo te perseguiré vayas donde vayas —dijo Jacob con una firme mirada.

—¿Por qué? —inquirió Olivia, todavía confusa por lo que sentía ella y por lo que sentía ese hombre.

La respuesta de él fue hacerse con una de sus manos, que se limitaban a sujetar las frías sábanas de la cama, para llevarla hasta su pecho, al lugar donde palpitaba su acelerado corazón. Y, mientras la sostenía contra él, fijó sus profundos ojos en ella para confesarle:

—Porque mi corazón está tan roto como el tuyo a causa de tu rechazo, y no creo que tu ausencia me ayude a curarlo, sino solamente a olvidar que está ahí.

Olivia no contestó, pero sus manos recorrieron su fuerte pecho y, cuando llegaron a su cuello, lo acercó a ella para reclamar con un beso todo su amor. De este modo, con sus caricias, intentó esquivar darle una respuesta, pero con sus actos solamente demostró que también lo amaba y que en esa última noche juntos él obtendría de ella todo lo que le reclamaba.

* * *

Perdida en los besos de Jacob, Olivia se entregó por completo a pesar de que su corazón le recordaba lo que podía doler amar a ese hombre. Ella lo acalló, decidida a darle todo lo que él le pedía.

Sus manos lo atraieron con impaciencia hacia su cuerpo, demostrándole cuánto lo deseaba con su ardiente respuesta, pero también recordándole

cuánto lo odiaba cuando sus uñas se clavaban en su espalda marcando su piel.

Jacob aceptaba ese castigo sin quejarse, porque sabía que el mayor castigo que ella podía infligirle era que se alejara. Así pues, como respuesta, la abrazó con más fuerza contra su cuerpo, mostrándole que su deseo nunca se apagaba.

Sus besos le exigieron una respuesta que ella no pudo negarle, e, igualando la pasión de la ávida lengua de Jacob, Olivia lo buscó enseñándole cuánto la hacía arder.

Él le dio un respiro al separar sus labios, pero fue sólo por un instante, para comenzar a descender por su cuello a la vez que sus manos lo hacían por su cuerpo, indicando que eso tan sólo era el principio de su seducción.

Los labios de Jacob no se limitaron a dejar sutiles besos en la piel de su amada que la hicieron estremecerse, sino que, exigiéndole toda la pasión que ella podía darle, los acompañó con una maliciosa lengua que quería degustar cada centímetro de su cuerpo, así como con unos juguetones dientes que rozaban levemente su piel, haciéndola temblar de placer.

Los besos del vaquero se dirigieron despacio hacia la excitante ropa interior que Olivia exhibía ante su deseosa mirada: un sujetador sin tirantes del mismo provocativo color rojo de su vestido, que mostraba a través de un encaje transparente las tentadoras cumbres de sus senos.

Acarició con dulzura la piel que quedaba expuesta por encima de la delicada tela de encaje, para luego acoger los senos entre sus rudas manos y excitarlos con el calor de su tacto, de sus besos, de su aliento, de su lengua y de sus dientes, que no dudaban en torturar sus erectos pezones por encima del frágil encaje, haciéndola gemir su nombre presa del placer que únicamente él podía darle.

Olivia apartó las manos de la espalda de ese hombre que sólo pretendía amarla y, sujetando con fuerza las sábanas de la cama, estuvo dispuesta a

marcar en ella su pasión, su dolor y su resentimiento hacia un hombre al que se negaba a entregarle su corazón, aunque no su cuerpo.

Jacob no se lo permitió, y, queriéndolo todo de ella, dirigió esas manos hacia él, necesitado de volver a sentir sus caricias, fueran dolorosas o placenteras, porque esa noche lo quería todo de ella.

Los gemidos que salían de sus labios, junto a las manos, que volvieron a clavarse en su piel, le demostraron la rendición de Olivia ante cada una de sus caricias y ante una noche a la que, aunque tuviera un tiempo limitado, él no quería ponerle fin.

Mientras sujetaba entre sus brazos a una mujer que se arqueaba contra él en busca de más placer, su boca se dirigió hacia el cierre delantero del elegante sujetador. Y, en cuando éste cayó sobre la cama, Jacob no pudo evitar devorar con avidez los jugosos pechos que se encontraban al alcance de su boca y, en esta ocasión, sin barrera alguna.

Olivia gritó el nombre del vaquero que quería marcar su cuerpo con sus ardientes atenciones y que esa noche no le permitiría huir de él de ninguna manera.

Los sonidos de placer que emitía aumentaron la abrasadora pasión de Jacob y el deseo de conseguirlo todo de ella. Una de sus manos descendió por la ardiente piel de esa mujer, haciéndola estremecer. Y, cuando ésta llegó al lazo que sujetaba un elegante y seductor tanga rojo transparente, adornado con hermosos bordados, Jacob, que nunca había tenido paciencia para desenvolver el regalo que representaba esa mujer para él, lo deshizo con delicadeza haciéndola gemir en cada ocasión que sus dedos rozaban de un modo sutil su piel, para luego simplemente tirar con brusquedad de él hasta desnudarla por completo.

—No me puedo creer que lo hayas roto: ¡si tan sólo tenías que tirar del otro lazo! —protestó ella ante ese impaciente hombre. Pero sus reproches cesaron en cuanto una atrevida mano se dirigió hacia el húmedo vértice que

había entre sus piernas y una seductora voz le recordó cómo eran ambos cuando la pasión se desataba entre ellos.

—Nunca he sido demasiado paciente para conseguir lo que quiero, especialmente si lo tengo al alcance de la mano. Y dime, Olivia, ¿qué es lo que quieres tú?

Sin esperar una respuesta, los dedos de Jacob comenzaron a rozar su sexo, dándole una muestra del placer que podía regalarle si se entregaba por completo a él durante esa noche, incluyendo su corazón.

Olivia no respondió a sus palabras, aunque sí a sus caricias cuando éstas cesaron y ella se arqueó en busca de esos traviesos dedos.

—Dámelo todo esta noche, mi dama salvaje... —pidió Jacob, torturándola con el placer de sus caricias cuando uno de sus dedos se adentró en ella siguiendo el ritmo anhelante que marcaban sus caderas mientras otro rozaba la zona más sensible de su cuerpo, haciéndola gritar.

Las manos de Jacob, que la acariciaban sin pausa; su boca, que no abandonaba el placer de degustar el sabor de su cuerpo; sus dientes, que no dejaban de excitar su piel, e incluso sus ardientes palabras hacían ver a Olivia cuánto la deseaba, y la llevaron hasta la cúspide del placer. Ella marcó su espalda con las uñas en medio de su orgasmo, mientras él intentaba hacer lo mismo con sus palabras en el alma de la mujer que amaba.

—Te quiero... —confesó Jacob en su oído, y ella, negándose a dejar salir ese «te quiero» que su corazón se resistía a entregarle, mordió su hombro mientras se abandonaba al placer.

»Te quiero... —insistió Jacob ante la saciada mujer que tenía entre sus brazos. Y, cuando ella apartó su mirada de él y alejó las manos de su cuerpo, supo que Olivia volvería a negarle una respuesta—. Entiendo. Todavía te niegas a pronunciar esas palabras... Entonces veamos lo que me contesta tu cuerpo, que, sin duda, es más sincero que tú.

Y, antes de que ella pudiera volver a rechazarlo, se hizo un hueco entre sus piernas y, abriéndolas a él, la hizo gritar su nombre cuando su boca comenzó a devorarla con ansia. Olivia se perdió en medio del placer de las perversas caricias que le dedicaba la lengua de Jacob, así como sus manos, que siguieron dedicando su atención a sus excitados senos. Luego, uno de sus dedos se hundió en su interior para establecer el ritmo que su lengua le regalaba, llevándola a delirar de placer.

Olivia gritó el nombre de Jacob sin pausa mientras él la conducía hacia el clímax una y otra vez deteniéndose en el último instante, sin llegar a concederle nunca ese alivio que su cuerpo reclamaba. De este modo, sin darle descanso a su pasión, él la torturó haciéndola rogar con todo su ser por el placer que él no le permitía alcanzar. Su cuerpo se rendía continuamente a él, pero eso no era bastante para Jacob, que siempre le exigía más.

—¡Te odio! —gritó finalmente ella, dejando salir su rencor a pesar de que su cuerpo se deshiciera entre los brazos de ese hombre.

—Eso es sólo porque aún no has aprendido a amarme —contestó Jacob. Y cuando intentó volver a torturarla, Olivia cogió firmemente sus cabellos y lo apartó para responderle con la sinceridad que él le pedía esa noche, exponiéndole su roto corazón.

—No: te odio. Porque amarte duele demasiado.

—Algún día eliminaré tus miedos, pero por ahora me conformaré con conocerlos para poder borrarlos de tu corazón.

—Me has demostrado que quererte duele —replicó ella intentando taparse con las sábanas de la cama, utilizándolas como barrera entre ambos mientras trataba de alejarse de él.

—Entonces ahora sólo tengo que demostrarte todo el placer que puede traerte amarme para que cambies de opinión —le dijo Jacob mientras se deshacía de sus pantalones, dejándole claro que no le permitiría alejarse de él.

—Pero acuérdate de que tan sólo tienes esta noche —declaró Olivia, apartando las sábanas que ocultaban su cuerpo y recordándole el límite que ella había impuesto a su amor.

Furioso porque ella siguiera empeñada en la idea de alejarse de él, Jacob se metió en la cama y, aprisionándola debajo de su cuerpo, hizo que se enfrentara a él mientras su firme miembro buscaba su calor. Y, de una dura acometida, se introdujo en su apretado interior mientras le declaraba su amor una vez más.

—Una noche a tu lado no me basta, Olivia. No obstante, he aceptado esa exigencia tuya porque no tenerte una última vez sería peor —susurró en su oído mientras marcaba un ritmo lento que la hiciera volver a desearlo.

Olivia no tardó en señalarlo de nuevo con sus uñas mientras sus brazos lo retenían junto a ella, negándose a dejarlo marchar, y sus piernas lo rodeaban, acompañándolo en cada una de sus acometidas.

El deseo de Jacob por esa mujer se incrementó cuando ella susurró su nombre, entre gemidos de goce, abandonándose al placer que él le proporcionaba. Finalmente, incapaz de contener por más tiempo lo que sentía por ella, Jacob se dejó llevar, y adentrándose más profundamente, aceleró el ritmo de sus acometidas exigiéndole que lo siguiera hasta la cima del placer.

El cuerpo de Olivia se rindió ante cada una de sus exigencias y, mientras él gritaba su amor por ella en medio de un arrollador orgasmo, ella gritó su nombre a la vez que ambos llegaban al clímax.

Saciados y cansados, se abrazaron en la estrecha cama al tiempo que un incómodo silencio se imponía entre esos amantes que sólo se habían prometido una noche. Un silencio que fue roto por un hombre que, ya sin esperanzas, sólo podía rogar.

—Dame más tiempo, Olivia.

—¿Para qué lo quieres? ¿Para conocerme mejor? —repuso ella burlonamente, dándole la espalda para alejarse de sus palabras. Pero él no

permitió que ella se alejara, y, juntando su pecho, donde latía su acelerado corazón, con la espalda de la mujer que lo rechazaba, la abrazó mientras suplicaba que ella lo escuchara.

—No, para que me conozcas tú a mí. Me pides que confíe ciegamente en ti y luego tú misma me juzgas con dureza cuando no puedo hacerlo, y después me castigas apartándome por completo de tu vida. Dime, ¿qué confianza has depositado tú en mí si ni siquiera eres capaz de entregarme tu corazón, asumiendo que lo romperé, cuando no quieres reconocer que yo sería capaz de arrancarme el mío antes que hacerte daño?

Olivia forcejeó con los brazos que la retenían contra un cálido cuerpo y un palpitante corazón que podrían convencerla de ese amor e intentó huir. Intentó huir de Jacob y de ese amor al que tanto temía, y más aún cuando recordó cuánto podía doler la mirada de ese hombre. Las lágrimas comenzaron a deslizarse silenciosamente por su rostro mientras pugnaba por desasirse de él.

—No, Olivia. No te vayas. Me has prometido una última noche —le reclamó Jacob cuando ella luchó por alejarse de él. Y ella sólo dejó de forcejear con esos acogedores brazos que la retenían cuando notó en su espalda que los besos que Jacob dejaba en ella iban acompañados de unas silenciosas lágrimas que exhibían el mismo dolor que ella estaba sintiendo en esos instantes.

—Una última noche —susurró rindiéndose de nuevo ante las caricias de él mientras se preguntaba si una noche sería suficiente para alguno de los dos. No obstante, ése era el tiempo que tenían, el límite que ella había puesto a un amor por el que había decidido que no merecía la pena arriesgar su corazón.

Capítulo 20

Dan había llegado dispuesto a separar a ese hombre de su hija, ya que un rudo vaquero nunca podría ser la pareja de su princesa, nunca llegaría a comprenderla o a quererla tanto como ella necesitaba y merecía.

Había viajado hasta ese lejano lugar dispuesto a exigir el divorcio de un matrimonio precipitado, sin duda, por los excesos inducidos por el alcohol y las locuras por las que a menudo eran conocidos los miembros de su familia.

Había ido preparado para alejar a ese vaquero de su niña, y ahora que se daba cuenta de que su intervención no era necesaria para separarlos, porque ese hombre había hecho su trabajo por él, no sabía qué hacer.

En esos momentos se encontraba observando cómo abrazaba a su hija ese sujeto: como si fuera lo máspreciado para él, como si tuviera miedo de que huyera en cuanto aflojara su agarre o, incluso, como si ya la hubiera perdido pero todavía se resistiera a dejarla marchar.

Contemplar esa escena lo llevaba a recordar la época en la que él mismo corría detrás del amor de su vida, sin ser plenamente consciente de sus sentimientos. Eso llevó a Dan, por unos instantes, a simpatizar con ese vaquero que envolvía a su pequeña entre sus brazos..., pero solamente hasta que recordó que el tipo que abrazaba a Olivia estaba en pelotas debajo de esas sábanas.

Al observarla a ella, Dan se percató del modo en que guardaba las distancias, aun dormida, mostrando sin saberlo las barreras que todavía mantenía su corazón. Ahora solamente le faltaba saber si el corazón de su

hija intentaba mantener las distancias porque estaba roto o porque tenía miedo de amar a alguien.

Dan intentaba decidir si ese hombre era el más adecuado para ocuparse de su pequeña, pero no lo ayudaba nada que se encontrara desnudo junto a su hija en la cama, lo que indicaba lo que habían estado haciendo antes de que él llegara.

—¡Princesa, ya es hora de que te levantes! —gritó, ante lo que la respuesta de Olivia fue, como siempre, cubrirse la cabeza con la almohada y rogar por unos minutos más.

Por su parte, el sorprendido vaquero que la acompañaba lo miró con cara de espanto. Tal vez porque Dan iba vestido para la ocasión.

—Princesa, se nos hace tarde. He programado la castración de un macho en celo, un asunto que creo que no debemos retrasar más —anunció éste con una despiadada sonrisa mientras miraba al «macho en celo» en cuestión, provocando que éste se cubriera protectoramente una parte de su anatomía a la que, por lo visto, le tenía mucho aprecio, cosa que Dan no.

—¿Quién es usted? —preguntó Jacob preocupado.

Dan contestó con una airada mirada y una maliciosa sonrisa.

—El padre de Olivia. Y, dime, ¿cómo lo prefieres: con anestesia o sin ella? —fue su respuesta, lo que hizo que Jacob se cubriera con la sábana a sí mismo y a Olivia hasta la barbilla, tratando de disimular infructuosamente la embarazosa situación en la que se encontraban.

La reacción de Jacob hizo que ella por fin se desperezara. Pero, por desgracia para el vaquero, mientras lo hacía mostró su desnuda piel y las marcas que en ella había dejado la apasionada noche, lo que incrementó el mal humor del cabreado padre que Jacob tenía ante sí.

—Sin anestesia, pues... —anunció Dan para, a continuación, terminar de despertar a su hija—. ¡Olivia Lowell, arriba! He venido a por ti. La fiesta ha terminado. Nos volvemos a casa.

Si la cara de Jacob mostraba miedo ante la aparición del extraño personaje, después de sus palabras pasó a exhibir desesperación ante la idea de que alguien le quitara lo que más quería. Y, enfrentándose a ese hombre con la mirada, abrazó a Olivia con fuerza junto a él, decidido a que nadie se la arrebatará.

La muchacha abrió los ojos luciendo una gran sonrisa al encontrarse entre los brazos del hombre al que amaba. Luego recordó todo lo ocurrido el día anterior y su sonrisa se desvaneció. Pero, antes de que pudiera apartarse de Jacob, observó con espanto a su padre, ataviado con su uniforme de quirófano completo, incluyendo sus guantes, su gorro y una mascarilla que permanecía bajada, revelando una maliciosa sonrisa y una airada mirada dirigidas a Jacob. Olivia, para que la atención de su padre se desviara hacia ella y no se centrara en el hombre que la acompañaba en la cama, se apresuró a manifestar con desfachatez:

—Sí, es exactamente lo que parece, papá: me he acostado con un vaquero.

Jacob la miró con asombro, mientras que Dan se limitó a sonreír, contento de que nada de lo que le hubiera ocurrido en ese lugar le hubiera hecho perder su descaro.

—Ya lo veo, hija. Y, por lo que sé, no es la primera vez que ocurre. ¿No te tengo dicho que no metas animales en tu cama, por muy desvalidos que puedan parecer? Algunos muerden... —replicó el hombre, tan burlón como su hija, señalando las marcas de su piel.

—No te preocupes, papá. Ésta es la última vez que lo hago. Te prometo que he aprendido la lección —repuso ella irónicamente mientras lucía una falsa sonrisa que, por unos instantes, desapareció al mirar a Jacob.

—¡Olivia y yo estamos casados! —se quejó éste, atrayendo la atención de ambos, resistiéndose a dejarla marchar usando su matrimonio como una nueva excusa para ganar tiempo. Pero, mientras sus pretextos podrían

haberle servido un poco con esa mujer, con el furioso padre que tenía ante sí no sirvieron más que para cabrearlo un poco más.

—Y, justo cuando me estaba replanteando tu castración, vas y abres la boca. ¿Para qué crees que estoy aquí sino para ayudar a mi hija con todos sus problemas, incluido su matrimonio? —dijo Dan mientras sacaba un papel de su bolsillo y lo ponía delante de Jacob—. Firma —le ordenó ofreciéndole un bolígrafo que él rechazó.

—Normalmente, en una situación así, los padres amenazarían al novio para que se casara con su hija, no para que firmase el divorcio —declaró Jacob mientras arrugaba entre las manos ese papel que significaría el final de todo.

—Eso es porque aún no nos conoces ni a mi familia ni a mí. Lo que más valoramos los Lowell, por encima de todo, es el amor. Y si Olivia quiere alejarse de ti es porque no has conseguido su corazón, y, sin éste, vuestro matrimonio no vale nada, esté impreso en un papel o no... Olivia, ¡nos vamos! —dijo Dan.

Y, antes de que ella se levantara de la cama, Jacob retuvo uno de sus brazos y se enfrentó a los fríos ojos azules del hombre que quería arrebatarse a su mujer, anunciando:

—Olivia aún no ha terminado su trabajo como veterinaria del rancho. No puede irse hasta que encuentre un sustituto adecuado para ella.

—Aquí mismo tienes a su sustituto, no hay ningún problema —replicó Dan señalándose a sí mismo, advirtiéndole así que estaba dispuesto a ocupar el lugar de su hija en ese rancho con tal de alejarla de él.

—Usted no es adecuado —lo rechazó Jacob, luciendo una victoriosa sonrisa al saber que él, como dueño de ese lugar, tenía la última palabra para contratar a alguien. Una sonrisa que desapareció después de oír las palabras de Dan.

—En ese caso me quedaré aquí junto a mi hija hasta que encuentres a alguien porque, en lo referente a ti, firmes o no esos papeles, ella ya ha

terminado contigo.

—¡Olivia! —exclamó Jacob, suplicando una respuesta diferente de la que le daba su padre. Pero ella apartó la mirada, ya que, como le había anunciado la noche anterior, su tiempo juntos se había terminado y ella había vuelto a cerrar su corazón para él.

—Bien. Ahora me marchó a esperar fuera de la habitación. Os concederé un tiempo razonable para que os vistáis —informó Dan antes de disponerse a dejar a solas a la pareja—. ¡Sólo para que os vistáis! —les advirtió a ambos, aunque sus ojos se clavaron en el hombre que, sin duda, intentaría utilizar todas las bazas que estuvieran en su mano para convencer a Olivia, incluida la seducción.

En cuanto la puerta de la habitación se cerró detrás de él, Olivia no perdió el tiempo y salió de la cama para buscar sus ropas, desperdigadas por la estancia, mientras ignoraba al hombre que la perseguía reclamándole su corazón.

—No puedes irte con él —le recriminó él desesperado.

—Jacob, se acabó. Te di la noche que me pedías, ¿qué más quieres de mí? —replicó ella mientras terminaba de vestirse, volviéndose enfadada hacia el hombre que no le permitía huir de él y que siempre le exigía más de lo que podía darle.

—Te quiero a ti.

—Pero a mí ya me has perdido. Me perdiste en el momento en que me juzgaste con esa intransigente mirada tuya y, sin esperar ninguna aclaración, me declaraste culpable.

—¡Olivia, vi a mi sobrina llorando desconsoladamente entre mis brazos mientras tú jugabas a la mimada niña rica comprando a un hombre! ¿Qué querías que pensara de ti, salvo que eras otra Francesca?

—¿Quieres dejar de compararme con otra?! ¡Deja de encasillarme en ese papel de niña mimada que sólo sabe gastar su dinero de una maldita vez! ¡Desde que te conocí aquella noche en Las Vegas sólo sabes juzgarme

precipitadamente y, a pesar de las veces que te he demostrado lo errado que estabas, sigues haciéndolo!

»¿Sabes lo que yo quería que pensaras de mí en esos instantes en los que parecía la mala de la historia, con tu sobrina llorando desconsoladamente entre tus brazos? ¡Quería que dudaras sobre lo que tus ojos te estaban mostrando, concediéndome el beneficio de la duda! ¡Quería que confiaras en mí y me pidieras una aclaración, porque eso significaría que ya me conocías y no te dejarías llevar por prejuicios! ¡Pero no: me condenaste nada más ver esa escena y luego me exigiste una explicación que no querías oír!

»Se acabó, Jacob. Ahora no quiero darte ninguna y no me importa nada lo que pienses de mí. ¿Crees que soy la mala de la película? Pues muy bien: ¡lo soy! ¿Crees que soy una niña mimada que únicamente sabe gastarse su dinero en frivolidades como comprar a un hombre? ¡Pues muy bien: me comportaré como tal para confirmar tus prejuicios! Dime, Jacob, ¿cuál es el precio que debo pagar por la noche pasada? ¿Cien dólares? ¿Doscientos? ¿Trescientos? —finalizó Olivia mientras sacaba su chequera.

—¡No rebajes mi amor poniéndole precio a esta noche! —declaró él furioso y ofendido mientras le arrancaba la chequera y la arrojaba a un lado.

—¡Ah! ¿Y no lo rebajas y lo desprecias tú cada vez que juzgas injustamente a la mujer a la que dices amar?

—Olivia, yo... —repuso Jacob mesando sus cabellos con frustración, sin saber qué decir ante unas acusaciones tan certeras.

—No quiero oír tus pretextos. Tan sólo deseo desaparecer de tu vida para que no me sigas juzgando. Estoy harta de ese tipo de miradas que un hombre que me amara de verdad jamás me dirigiría, así que guárdate tu falso amor, que ya me guardaré yo mi corazón para un hombre que lo merezca de verdad.

—Aún no puedes irte de mi lado... —susurró él tristemente, sujetando uno de sus brazos cuando ella intentó alejarse.

Ante lo que Olivia respondió cogiendo el arrugado papel que Jacob sostenía entre las manos y, tras firmarlo, lo depositó sobre su duro pecho, donde se suponía que estaba su corazón. A continuación, antes de abandonarlo, sentenció con contundencia:

—Lo nuestro se ha terminado, así que no intentes retenerme más a tu lado porque, de lo contrario, voy a hacer que te arrepientas de ello.

—Nunca me arrepentiré de retenerte junto a mí.

—¿Qué te apuestas? —replicó Olivia, dejando entrever una maliciosa sonrisa hacia el hombre que había amado pero que ahora comenzaba a odiar.

Luego se alejó con firmes y elegantes pasos hacia la salida. Y, alzando orgullosamente la cabeza, dejó que las lágrimas que se había prometido no soltar más frente a ese hombre comenzaran a deslizarse por su rostro.

—Sólo es alergia al polvo —dijo cuando pasó junto a su padre y éste miró con reprobación al interior de la estancia, donde se hallaba Jacob.

—Ya... ¿y cuándo terminará esa «alergia»? —preguntó Dan a su hija, mostrándole que no creía su mentira.

—Cuando me vaya de aquí.

—¿Estás segura de eso? —inquirió él preocupado.

—No, papá, pero marcharme de este lugar es el único remedio que conozco para que cesen mis lágrimas —dijo antes de alejarse rápidamente cuando oyó tras de sí los pasos del hombre que estaba dispuesto a gritarle su amor en un momento en el que ella no quería escucharlo.

Y, en el instante en que Jacob pasó junto a Dan, éste se interpuso en su camino.

—Si de verdad la quieres, no deberías hacerla llorar.

—Nunca he querido hacerle daño —respondió Jacob, bajando la cabeza arrepentido.

—No obstante, se lo has hecho, así que, ¿por qué no acabas mejor con todo esto y la dejas marchar? —indicó Dan, señalando el papel que él

arrugaba furiosamente en una de sus manos.

—Porque me merezco una segunda oportunidad para demostrarle cuánto la amo —repuso Jacob alzando el rostro con decisión hacia el hombre que se interponía en su camino.

—¿Sabes una cosa? A Olivia nunca le ha gustado estar atada a nada ni a nadie, así que ten cuidado, porque retenerla a tu lado con excusas es un arma de doble filo: puedes conseguir perfectamente que acabe odiándote mientras buscas su amor —declaró Dan, señalando la firma de Olivia estampada en esa petición de divorcio.

—¡Yo la amo! —gritó Jacob.

—Sí, bueno..., me parece perfecto. Pero a quien tienes que convencer de eso es a mi hija. Y, por lo que he visto hasta ahora, Olivia no parece muy convencida de ello.

—No dude ni por un momento de que voy a hacérselo saber.

—Muy bien, no lo dudaré. Ahora, que ella te crea es otra historia. Puedo decirte desde ya que Olivia no te lo va a poner fácil, y, después de ver sus lágrimas, confieso que yo tampoco —anunció Dan, golpeando jovialmente la espalda del hombre que aún no sabía si debía odiar o no. Todo dependería de cuánto durasen las lágrimas de su pequeña.

* * *

Después de que mi familia llegara yo me trasladé a la pequeña casita que había junto a la clínica, el lugar que debería haber ocupado desde el principio, en vez de haber acabado en la cama de ese vaquero.

Jacob y sus hombres habían restaurado la vieja vivienda convirtiéndola en un plácido hogar. Sus paredes habían sido pintadas de un blanco luminoso. Tenía ventanas nuevas y en la puerta principal aparecía una placa con mi nombre: DOCTORA OLIVIA LOWELL, que me hacía sentir orgullosa de todo lo que había conseguido.

A pesar de tener una sola habitación, los muebles rústicos que habían colocado en ella la convertían en una casa muy acogedora. El salón estaba provisto de una pequeña cocina con su barra americana y sus correspondientes taburetes. Había un viejo pero cómodo sofá en el que me sentaba a revisar mis informes, aprovechando la baja y robusta mesa de madera que tenía delante para colocar el ordenador portátil con el que hacía gran parte del papeleo de mi trabajo mientras trataba de ignorar la habitación que contenía esa cama con su cabecero de hierro, un gran armario y un pequeño baño con su ducha, que me traían demasiados recuerdos de lo que había hecho ahí con un hombre al que sólo quería olvidar.

A pesar de que mi madre y mi primo estuvieran cómodamente alojados en el pueblo, mi padre se había resistido a dejarme sola en el rancho y se había apropiado de una cama supletoria para instalarse conmigo.

Me pregunté por qué había ignorado su comodidad para estar a mi lado, y la respuesta vino cuando Jacob se coló en mi habitación y fue recibido por un padre cabreado que no dudó en llamar al viejo Owen y su escopeta para que le recordaran cuál era su lugar. Esa noche Jacob durmió en los barracones, y muchas noches más, después de que mi padre reclutase a Owen para su causa por intentar meterse en mi cama o, simplemente, para tocarle las narices a Jacob cuando no lo intentaba.

Jacob y yo apenas nos veíamos o hablábamos. Los días pasaban y yo no podía dejar de llorar. Y, para mi desgracia, no sabía si era porque él se negaba a dejarme marchar o porque el momento de separarnos cada vez estaba más cerca.

Igual que había hecho en el pasado con los chicos que me perseguían, mi padre se interponía a cada instante entre nosotros. Y en ocasiones no sabía si agradecersele o maldecirlo, aunque seguramente en esos momentos quien no tuviera dudas en maldecirlo fuera Jacob.

—¿Se puede saber qué es eso? —preguntó Abigail cuando vio una interminable cola de hombres de mediana edad que se encontraban en el camino de entrada a la casa principal y que, conociendo a mi padre, llegarían hasta el despacho de Jacob.

—Creo que es cosa de mi padre: me está buscando un sustituto.

—¿De verdad te vas a marchar? —preguntó ella apenada por la posibilidad de que la única amiga que había hecho en ese maldito lugar lleno de prejuiciosas miradas la abandonase.

—Vente conmigo a Whiterlande, Abigail. ¡Nos lo pasaremos en grande! Te puedo asegurar que no te aburrirás.

—No puedo, aún hay algo que me retiene aquí —contestó ella mirando entre suspiros al hombre que amaba, ante lo que Clay replicó con una mirada furiosa.

—Parece más enfadado que antes. ¿Qué le has hecho? —pregunté extrañada por su comportamiento.

—Seguí tu ejemplo —respondió mi amiga mientras me señalaba con el dedo, para luego derrumbarse junto a mí en la ventana de la clínica desde donde observábamos el espectáculo que había desarrollado mi padre para fastidiar a Jacob—. Clay me cabreó y yo finalmente decidí no pujar por él a pesar de habérselo prometido —confesó finalmente mi amiga.

—¡Ah! Entonces ¿a quién te llevaste en la subasta?

—Al viejo Owen. Y, por si fuera poco, ahora también tengo detrás de mí a una abuelita con intenciones homicidas porque le quité a su hombre... —comentó Abigail entre suspiros de resignación, haciéndome sonreír.

—Bueno, mira el lado positivo: si Clay se molestó tanto porque no pujaras por él, seguro que siente algo por ti. Puede que al fin hayas llegado a su corazón.

—Más bien creo que llegué a su orgullo y lo herí un poquito —dijo mi amiga, mostrando sus dedos índice y pulgar separados por una pequeña distancia.

—¿Cómo de poco? ¿Qué ocurrió? —pregunté intrigada mientras alzaba irónicamente una ceja, ya que ella nunca conseguiría engañarme, por más inocente que aparentara ser.

—Mi puja por Owen superó con creces a la de Clay.

—¿Ah, sí? ¿Por cuánto?—sonreí. Y al ver que mi amiga trataba de esquivar mi pregunta, insistí, cada vez más intrigada—: ¿Por unos mil? ¿Diez mil? ¿Cien mil?

—Trescientos mil, ¿vale...? Me gasté trescientos mil en el viejo Owen... —confesó finalmente Abigail, sacando de mí esa risa que no había tenido ganas de exhibir durante días por culpa de un corazón roto.

»No te rías. Ese pobre hombre se subió al escenario asustado y pensando que nadie daría ni siquiera un mísero dólar por él. Yo pensaba pujar razonablemente por el viejo vaquero, pero entonces vi la cara de satisfacción de Clay porque no hubiera pujado por ningún hombre hasta ese momento mientras de sus brazos colgaban las dos estúpidas rubias que se habían hecho con él, y me molestó. Además, parecía que Clay pensaba que Owen no valía la pena, y fue entonces cuando estuve dispuesta a demostrarle que era él quien no valía nada, por lo que no pude evitar hacer la mayor oferta de la subasta, superando con creces lo que las dos lapas habían ofrecido por Clay y haciéndole ver a todo el mundo que si no había pujado por él había sido, simplemente, porque no me había dado la gana.

—¡Oh! Eso fue grandioso, Abigail —rio Olivia—. Y, dime, ¿cómo fue tu cita con Owen?

—Creo que lo hice bien, ya que cuando finalizó me dijo que si tuviera veinte años menos me propondría matrimonio. Yo le respondí que si tuviera unos cuantos años más no dudaría en aceptar. Desde ese día me he ganado un admirador, o dos, si contamos la escopeta con la que me defiende cuando alguien se mete conmigo —repuso ella con una sonrisa—. Por cierto, Olivia, entiendo que esa cola que llega hasta la entrada de la casa, compuesta por hombres de mediana edad, es de los candidatos a sustituirte

como veterinaria, pero respóndeme a una cosa: ¿para qué narices es la otra cola que rodea el edificio y está llena de mujeres vestidas de esa manera tan... peculiar? —quiso saber mi amiga, señalando a una variopinta cola de mujeres en la que todas tenían la singular característica de que iban vestidas de novia.

—Conociendo a mi padre, esa cola también es para sustituirme... —dije luciendo una sonrisa ante otra más de las locuras de mi progenitor—, pero, en esta ocasión, para el papel de esposa.

—¡Vaya! ¿Cómo crees que se lo tomará Jacob?

—Pues la verdad es que no lo sé. Tal vez en estos momentos le esté agradeciendo a mi padre su ayuda. O tal vez no... —respondí sonriendo con malicia—. Pero lo que sí te puedo garantizar, Abigail, es que Jacob nunca lo olvidará con facilidad.

* * *

—¡Maldito Dan Lowell! —grité furioso cuando no dejaron de entrar cualificados veterinarios a mi despacho. Mientras que antes no había encontrado ni uno que ocupara ese lugar en mi rancho, ahora tenía a decenas de candidatos para sustituir a una mujer que no quería que se fuera.

—No sé quién te lo está poniendo más difícil, si la hija o el padre... —se burló Clay de mí, recordándome la situación y mis innumerables intentos de acercarme a Olivia, que no me habían servido para nada, ya que su padre siempre se entrometía. Pero las burlas de mi hermano sólo duraron hasta que yo comencé a repetir los rumores que había oído sobre él y Abigail a propósito de la subasta, borrando su burlona sonrisa de un plumazo.

—Oye, Clay, ¿por qué no me cuentas qué tal te fue en tu cita con las chicas que pujaron por ti? Por lo que he oído de los muchachos, el viejo Owen se lo pasó de miedo: lo llevaron a un conocido local de barbacoas, luego a un rodeo, le compraron un sombrero firmado por el mismísimo

Lane Frost, el mítico jinete de toros, y luego disfrutó de una cerveza escuchando música country para acabar bailando con su encantadora y joven pareja alguna que otra pieza antes de regresar al rancho...

—No vayas por ahí —me advirtió mi hermano, que ya no tenía humor para burlarse de mí. O al menos no lo tuvo hasta que Will y Jayden entraron precipitadamente en mi despacho, cerrando bruscamente la puerta tras de sí para exigirme alarmados:

—¡Tienes que deshacerte del padre de Olivia, pero ya!

—¿Qué ha hecho ese hombre ahora? —pregunté mientras me sacaba frustrado mis cabellos por la pesadilla que representaba Dan Lowell desde que había llegado a mi rancho.

—¡Hay una inmensa cola de posibles sustitutos que ha convocado ese hombre para su hija dando la vuelta al edificio!

—¡Ah, bueno! Ya lo sé. Ahora mismo estoy bregando con ese asunto como buenamente puedo, recojo los currículos y prometo estudiarlos a fondo tras una breve charla. Creo que tal vez para la tarde habré terminado con esto y...

—¡No estamos hablando de esos sustitutos, sino de los otros que Dan Lowell ha traído para que dejes en paz a Olivia! —dijo Will mientras le señalaba a través de la ventana una larga cola de mujeres vestidas de novia que esperaban en el exterior.

—Pero ¿qué demonios hacen aquí todas esas mujeres? —inquirió Jacob sorprendido.

—¡Buscarte! ¡O, mejor dicho, buscarnos a todos, ya que ese maldito no ha especificado qué Walter es el que desea una esposa! —declaró Jayden alarmado mientras me mostraba el burlón anuncio que aparecía publicado en el periódico local. Uno que era obvio que se refería a mí, aunque sólo fuera para provocarme.

—«Macho en celo de metro ochenta y cinco, ojos azules y cabellos rubios, bien parecido, de apellido Walter, busca esposa. Especie: ranchero;

se desconoce si tiene pedigrí, pero está vacunado y desparasitado. Se puede entregar con la castración realizada, gratuitamente, si lo creen conveniente. Posibles interesadas, preséntense en el rancho La Carreta ataviadas para la ocasión, ya que este rico soltero busca esposa con urgencia y, en cuanto la encuentre, no la dejará escapar. A la afortunada elegida se le entregará como dote un millón de dólares y un poni» —leí ante todos sorprendido—. ¡Maldito hijo de...! —exclamé colérico. A continuación, mientras arrugaba el maldito papel entre las manos traté de tranquilizarme buscando una solución—. No comprendo qué hacen aquí todas esas mujeres, ya que es más que evidente que este anuncio es una broma. De mal gusto, pero una broma.

—Bueno, la mitad de las mujeres que veo son las mismas que nos han perseguido durante años —dijo Jayden, señalando a varias conocidas.

—Y la otra mitad es obvio que vienen atraídas por el dinero —apuntó Will mientras señalaba a Francesca, que también formaba parte de la cola.

—¿No es ésa la viuda Marcia? —preguntó Clay boquiabierto mientras señalaba con espanto a una anciana vestida de novia.

—¡Suficiente! ¡Voy a acabar con esta burla! ¿Dónde está Dan Lowell? —pregunté a mis hermanos, queriendo terminar con las jugarretas de ese hombre que lo veía todo como un juego.

—¿Crees que si lo supiéramos no estaríamos ya frente a él exigiéndole que acabara con este lío? —replicaron ellos, tan molestos como yo con ese hombre mientras me fulminaban con la mirada, declarándome culpable de haberlo provocado.

—Empezaré buscando en la clínica veterinaria. Seguramente estará allí junto a Olivia —opiné en voz alta, haciendo que mis hermanos alzaran las cejas con escepticismo por mis palabras, conscientes de que ésa era una excusa muy pobre para poder acercarme a ella.

—Sí, claro..., la clínica —dijo Jayden con ironía mientras Will me recordaba señalándome la horda de novias que me esperaban en el exterior:

—¡Pues tú dirás cómo vas a llegar allí, ya que estamos rodeados!

—Improvisaré —respondí. Y, evitando usar la puerta, abrí la ventana y salí por ella.

Para mi desgracia, la maldita familia de Olivia parecía estar decidida a hacerme la vida imposible, pues nada más salir me encontré a Raymond apoyado contra la pared, un tipo del que no sabía si había venido a ayudarme o a fastidiarme. Pero mis dudas quedaron resueltas pronto, en cuanto él fijó su maliciosa mirada en mí y yo recordé las palabras de Olivia con las que me advertía que su primo sólo ayudaba a otros cuando él mismo salía beneficiado en el proceso. Y, por lo visto, conmigo no ganaba nada.

—Me has hecho perder la primera apuesta de mi vida, Jacob, y eso no me gusta. Me debes un poni —me acusó confirmando mis sospechas sobre lo que ocurría con esa familia: sin duda, todos y cada uno de ellos estaban como una cabra—. ¿Cómo piensas resarcirme? —continuó Raymond. Ante mi falta de respuesta, el muy condenado emitió un fuerte silbido para atraer la atención de la multitud de mujeres que rodeaban la casa y luego gritó bien fuerte, haciendo eco con las dos manos—: ¡Eh, señoras! ¡El novio está por aquí!

Viendo lo que se me venía encima, intenté volver a entrar en mi despacho a través de la ventana, pero mis malditos hermanos la cerraron con pestillo para resguardarse detrás de ella y me señalaron la clínica, recomendándome con malsana satisfacción:

—¡Corre!

Tras leer sus labios, los maldije e intenté volver abrir la ventana, algo imposible a no ser que quisiera romperla. Así que, finalmente, seguí sus consejos y salí corriendo hacia la clínica, rodeado por unas cuantas decenas de novias que, a pesar de llevar esos incómodos vestidos y zapatos de tacón alto en muchos casos, cuando iban a la caza de un hombre podían ser bastante rápidas. Y, mientras la risa de Raymond me seguía, me pregunté cuánto más tenía planeado hacerme sufrir esa familia por el pecado que

había cometido, que no era otro más que enamorarme de una mujer que llevaba su apellido.

* * *

—Tres, dos, uno... —contó Olivia mientras permanecía con la puerta abierta. Y, antes de que llegara a cero, Jacob se precipitó por ella, cerrándola bruscamente y echando el pestillo mientras descansaba de su agitada carrera, apoyándose contra ella—. Esta mañana mi primo y mi padre han hecho una apuesta sobre cuánto podrías correr... Debería haber sospechado que tramaban algo —dijo mientras ignoraba a Jacob para continuar con su trabajo.

—¡Ayúdame! —suplicó él sin especificar para qué requería su ayuda, si para librarse de las impacientes novias que lo perseguían o de su familia.

—Claro, por supuesto —aceptó ella con una falsa sonrisa. Y, poniendo un papel frente a él, solicitó el precio de su ayuda—. En cuanto firmes el divorcio, estaré encantada de ayudarte.

—¿Me estás chantajeando? —preguntó Jacob asombrado.

—No, solamente estoy siguiendo uno de los consejos de mi primo Raymond. Él me ha dicho a menudo que no debería ayudar a nadie si no saco nada de provecho a cambio.

—Si me ayudas, soy todo tuyo... —ofreció Jacob, acercándose atrevidamente a ella para acorralarla contra la pared con sus fuertes brazos, unos brazos que Olivia no tardó en esquivar mientras le recordaba:

—Pero yo no te quiero.

Jacob cerró los ojos al oír esas palabras para luego mostrar una mirada dolorida que finalmente fue sustituida por otra llena de furia mientras se mesaba los cabellos, frustrado ante esa situación.

—¡No sé qué pretenden tus familiares de mí, salvo que quieran volverme loco!

—Mi padre te está facilitando que encuentres exactamente lo que le pediste para dejarme marchar: un sustituto para mi trabajo en el rancho. Y, como te ve reticente ante la idea de darme el divorcio, se ha tomado la libertad de buscarte una sustituta también para eso. ¿Por qué no eliges ya a otra persona para que me sustituya y acabas con tu sufrimiento?

—Porque eso es imposible, Olivia: jamás encontraré a una sustituta adecuada para ti, ni en mi rancho ni en mi corazón —replicó Jacob enfrentándose a ella. Y su decidida mirada parecía tan sincera que, por unos instantes, estuvo tentada de creerlo. Pero, antes de caer en la tentación, volvió a darle la espalda, tanto a Jacob como a su amor.

Él, dolido y sin más que decir, anunció antes de abrir la puerta:

—Si me disculpas, prefiero enfrentarme a las locuras que tu familia haya preparado para mí, pues la otra opción es dejarte ir, alternativa a la que me niego por completo porque soy un hombre muy egoísta que quiere retener a su corazón junto a él, ya que si tú te vas de mi lado, se irá contigo.

Tras estas palabras, se marchó decidido a enfrentarse a esas mujeres y Olivia intentó ignorar la escena que se desarrollaba frente a ella. Pero, aunque ella podía hacer caso omiso de Jacob, su corazón no podía hacerlo y, finalmente, sin poder evitar sus impulsivos actos, abrió la puerta y, sin importarle que todas las mujeres que los rodeaban la fulminaran con la mirada, se arrojó a unos brazos que siempre estarían abiertos para ella.

—Lo siento, señoras, pero esto ha sido una broma pesada organizada por parte de algún gracioso que se aburría. Jacob ya está casado y no pienso dejarlo marchar jamás —declaró en dirección a la multitud, utilizando la oportunidad que le brindaba esa situación para permitirse decir en esos momentos lo que más deseaba.

Por su parte, Jacob, aprovechando el momento, atrajo a Olivia hacia su cuerpo y la besó con entusiasmo mientras la hacía olvidarse una vez más de todo lo que no fuera el ardor de su pasión.

Las mujeres se fueron alejando de ellos, y cuando Jacob creía que podría conquistar de nuevo a Olivia, un molesto carraspeo resonó a su espalda, provocando que su esposa se apartara de él.

—Me han dicho que me estabas buscando —dijo Dan Lowell, luciendo en su rostro una sonrisa satisfecha.

—Usted siempre aparece en el momento más inoportuno, ¿verdad? —inquirió Jacob, resentido con el hombre que alejaba a Olivia de él una vez más.

—Más inoportuno para ti y más oportuno para mi pequeña —declaró Dan sin perder su burlona sonrisa—. Pero ¿cómo es que aún no has elegido a un sustituto para Olivia, si te he mandado a un montón de candidatos perfectos para los dos puestos que necesitarás cubrir cuando ella se marche: el de veterinario y el de esposa? —inquirió irónicamente, sabiendo que con sus palabras sólo lo provocaba.

Y mientras Jacob apretaba con fuerza los puños ante las provocaciones de Dan, fijó la mirada en Olivia y contestó a esa cuestión sin apartar los ojos de la mujer que amaba.

—Olivia es insustituible —declaró. Y, sin esperar a recibir una nueva lección de esa familia, se marchó del lugar para lamerse en silencio las heridas que comenzaba a tener en el corazón por no haberse dado cuenta antes de lo que valía esa mujer.

—¿Estás segura de que quieres alejarte de él, princesa? —preguntó Dan cuando Jacob estuvo lejos de ella y sus lágrimas comenzaron a salir.

—Amarlo duele mucho, papá —contestó Olivia, negándose a dar un respuesta.

—¿E intentar odiarlo duele menos? —preguntó Dan, alzando el rostro de su pequeña para borrar de él las lágrimas.

—No lo sé —negó Olivia mientras se echaba a los brazos de su padre y se refugiaba en ellos, dispuesta a hacer lo que le dictaba su cabeza y no su

corazón, porque el miedo a que volvieran a romperselo era demasiado grande como para seguir arriesgándose a conocer el amor.

Dan guardó silencio y, mientras consolaba a su pequeña y limpiaba sus lágrimas se preguntaba si éstas cesarían más rápido si esos dos se separaban, o si no sería mejor volver a juntarlos para que ambos repararan las heridas que les había creado la desconfianza, y que sólo el amor podía curar.

Capítulo 21

—¿Me puedes explicar cómo lo hiciste para que esos dos acabaran juntos?
—le preguntó Dan a su sobrino, al no estar del todo convencido de que separar a esa pareja fuera la mejor solución.

—Los emborraché —respondió Raymond sin remordimiento alguno, contestación que tal vez habría escandalizado a cualquier otra persona, pero no a su desvergonzado tío, que no dudó en preguntar de nuevo:

—¿Crees que volvería a funcionar?

—¿Eh? Pero bueno, tío Dan, ¿tú no querías separarlos?

—Ésa era mi intención inicial, pero lo que realmente quiero es que cesen las lágrimas de mi pequeña, Raymond. Y, después de verlos juntos, dudo mucho de que poner distancia entre mi hija y ese vaquero pueda acabar con ellas.

—¡Hum! Tal vez, si ponemos la carnada adecuada, vuelva a funcionar esa estratagema —opinó Raymond, emocionado.

—¿Y qué ganas tú con esto, si puede saberse? —inquirió Dan, sospechando de su sobrino al comprobar lo resuelto que estaba a ayudarlo.

—Si consigo que esos dos acaben juntos no habré perdido en mi vida ni una sola apuesta. Y, además, mi prima me deberá un poni.

—¿Un poni? ¿Para qué narices quieres un poni a tu edad?

—No lo sé, tío Dan. Ya se me ocurrirá algo, pero una apuesta es una apuesta. Así que, ¡apostemos! ¿Qué crees que avivará más el genio de ese vaquero: los celos o el alcohol?

—Eso lo averiguaremos esta noche...

* * *

Los extraños familiares de Olivia estaban intentando firmar una tregua conmigo, y eso era algo que no me convencía del todo. Por lo poco que conocía de Raymond, sabía que era un tipo demasiado interesado como para hacer algo que no le aportara ningún beneficio, así que supuse que esa noche habría hecho algún tipo de apuesta a mi costa.

En cuanto al amenazante veterinario que me perseguía, todavía no estaba seguro de si me odiaba o me tenía lástima. En ocasiones recibía algún buen consejo de su parte cuando me veía fallar al intentar acercarme a Olivia, mientras que en otros momentos me dedicaba una mirada fulminante, sobre todo si la hacía llorar. Pero lo que sí tenía muy claro con ese hombre era que no dudaría en castrarme si intentaba jugar de nuevo con su hija.

Esa noche me habían invitado al bar El Rancho, el lugar más conocido de los alrededores, y yo, dispuesto a hacer todo lo posible por ganarme a Olivia, acepté la invitación con la única idea en mente de conseguir más tiempo y que esa alocada familia no se la llevara de mi lado.

Cuando llegué al local, me dirigí alegremente hacia la barra para saludar al dueño, pero la sonrisa que llevaba en el rostro se borró en cuanto vi a Olivia sentada a la barra del bar, rodeada de hombres. Por lo visto, el rumor de que mi divorcio estaba en curso, a pesar de que yo no había firmado todavía los papeles, había volado por el lugar, y no tenía duda alguna de que eso se debía a los dos fastidiosos personajes que me saludaban desde una mesa, luciendo unas maliciosas sonrisas que me advertían que su juego tan sólo acababa de empezar.

—¡Una tregua, mis narices! —murmuré malhumorado mientras fulminaba a esos dos con la mirada. Pero mis ojos no tardaron en desviarse hacia otros hombres que podrían llegar a cabrearme esa noche mucho más que los familiares de mi esposa.

Todos esos tipos, que antes mantenían las distancias con Olivia por miedo a provocar mi mal humor, ahora habían decidido ignorarla en su errónea creencia de que nuestra historia había terminado, cuando únicamente acababa de empezar, una cuestión que pensaba dejarles bien clara desde ese momento.

Al acercarme a Olivia, pude verla riendo junto a su amiga Abigail. La hermosa visión de su sonrisa se vio algo ensombrecida por los moscones que la rodeaban. Pero, a pesar de ello, no pude evitar contemplar a la mujer que amaba, viéndola más hermosa que nunca, tal vez porque hacía días que su familia y mi trabajo me impedían acercarme a ella.

Olivia había elegido para esa noche uno de esos elegantes y seductores vestidos que no había dudado en acompañar por un sombrero vaquero y unas botas adecuadas para ese tipo de ambiente. Para mi desgracia, había prescindido de mi cinturón, detalle que no pasó desapercibido para ninguno de los hombres del establecimiento, que, al parecer, además de conocer mis hazañas en los rodeos, también conocían las hazañas de mi esposa en el pueblo y, como yo, no podían resistirse a su lado salvaje.

—Richard, ponme una cerveza —pedí bien fuerte cuando estuve en la barra junto a Olivia y sus admiradores.

La risa que tanto me había gustado volver a observar desapareció cuando me acerqué a ella y sus ojos se clavaron en mí, declarándome culpable. A continuación, tras desafiarme con la mirada, volvió a coquetear con esos hombres usando una falsa risa que esta vez me dolió oír.

—Has perdido una buena pieza —comentó Richard señalando con la cabeza a Olivia en cuanto puso una cerveza frente a mí.

—Una que estoy muy dispuesto a recuperar —repliqué en voz alta, haciéndole ver a mi chica que nada saldría como ella había planeado esa noche.

—¿Y cómo lo harás? —preguntó irónicamente Olivia, dignándose a mirarme al fin. Y, provocándome desde detrás de su cerveza, terminó de

darle un trago y, a continuación, se lamió sensualmente los labios con la lengua mientras me animaba a empezar un nuevo juego.

—Princesa, mi reputación me precede, tanto en los rodeos como fuera de ellos —dije acercándome peligrosamente a esos labios que estaba muy dispuesto a besar, hasta que se alejaron de mí.

»Richard, ¿me prestas tu lazo? —pedí en voz alta, sacando una sonrisa de Richard al tiempo que cogía una de las cuerdas que adornaban la pared y la puso en mis manos.

Dejando en la barra a Olivia y a sus admiradores, me fui con mi cerveza a una mesa distinta de la que ocupaban los molestos individuos que me habían invitado a acompañarlos al bar, un lugar mucho mejor que el que ellos habían elegido, pues estaba justo delante de Olivia, y, sin dejar de mover la cuerda entre mis manos, fulminé a cada uno de esos hombres con la mirada, insinuando con mi siniestra sonrisa que acabarían mal si seguían insistiendo en avivar mi mal humor.

Esos hombres conocían mi destreza y mi rapidez a la hora de echarles el lazo a los novillos en los rodeos, por lo que no tardaron en desaparecer de mi vista al creer, acertadamente, que utilizaría mis habilidades con ellos si seguían provocándome con su molesta presencia.

Logrado mi objetivo, sonreí con satisfacción, ante lo que Olivia decidió darme la espalda mientras seguía conversando animadamente con su amiga. Entonces sí pude disfrutar de mi cerveza, al menos hasta que mis olvidados acompañantes ocuparon mi mesa.

—Eres mejor que mi tío espantando a los pretendientes de Olivia, y eso que sólo has utilizado una cuerda y tu cara de cabreo —anunció Raymond mientras golpeaba jovialmente mi espalda, ocupando el asiento que había a mi lado.

—Sí, tienes razón, pero no puedes imaginarte lo que corren cuando les dices que eres veterinario y te ven con el bisturí en las manos. Ni tampoco lo que yo disfruto viéndolos correr —repuso Dan Lowell mientras se

sentaba a mi otro lado y me recordaba la amenaza que aún pendía sobre mi cabeza o, para ser más precisos, sobre mis pelotas—. Bueno, ¿qué vas a hacer a continuación? Según lo veo, tienes dos opciones: o te alejas de mi hija para siempre o curas su corazón roto —dijo ese veterinario loco del que yo todavía no sabía si quería ayudarme con su hija, separarme de ella o tocarme las narices. Así que, para variar, decidí tocárselas yo un poco.

—Escojo la tercera opción: me tomo mi merecida cerveza —contesté uniéndome al juego de esos excéntricos personajes. Y, al parecer, lo hice bien, ya que Raymond empezó a reírse a carcajadas antes de que Dan Lowell lo fulminara con la mirada.

* * *

No podía creer que el hombre con el que había pasado días sin cruzarme apareciera de pronto en el momento más inoportuno. Cuando Abigail y yo fuimos a disfrutar de unas cervezas a ese bar después de decidirnos a ignorar nuestros corazones rotos. Y mientras reíamos y nos divertíamos en compañía de agradables desconocidos, los sujetos que no podíamos apartar de nuestra mente ni arrancar de nuestros corazones aparecieron ante nosotras para borrarlos la sonrisa.

Al principio de la noche, Clay se había presentado con un harén de admiradoras que no dudó en colocar frente a mi amiga para recordarle el valor que él tenía para otras y que ella no había querido otorgarle.

La antigua Abigail, la que no se valoraba porque nadie creía en ella, seguramente habría huido para llorar en silencio. Pero esa nueva chica, que ahora contaba con la confianza en sí misma y el amor propio que siempre debería haber tenido, se limitó a acabarse su cerveza de un solo trago para luego enfrentarse a la mirada de ese tipo que sólo quería provocarla.

—¡Sigo pensando que me llevé al mejor hombre de la subasta! Definitivamente, Owen valía cada uno de los dólares que invertí en él. No

como otros... —me dijo Abigail, en voz lo suficientemente alta para que todos los presentes la oyeran.

Y, a continuación, le dio la espalda a un hombre que no dudó en dirigirle miradas de enfado durante toda la noche, sobre todo cuando mi amiga reía ante los comentarios de nuestros acompañantes masculinos.

Pero mientras Abigail fingía frente a Clay que se lo estaba pasando muy bien sin él, a mí no me engañaba, pues podía ver perfectamente cómo mi amiga tenía que apretar los puños en más de una ocasión para darse fuerzas para seguir adelante con ese juego mientras le daba a probar a él de su propia medicina enseñándole lo que significaban los celos.

Quise ayudar a Abigail introduciéndome en las bromas y los coqueteos, tratando de que mi amiga no perdiera su sonrisa..., pero casi la perdí yo cuando Jacob hizo su aparición ante mí, provocándome y retándome a que intentara olvidarlo.

Al contrario que la jugarreta de Clay, él no quiso usar la baza de los celos contra mí. Pero no por ello jugó menos sucio que su hermano, ya que frunció el ceño y puso su intimidante cara de cabreo a la vez que se hacía con un lazo, amenazando a nuestros admiradores sin pronunciar ni una palabra y acabando con parte de la diversión de esa noche, en la que tanto Abigail como yo tan sólo queríamos olvidarnos de esos hermanos.

Pero, por lo visto, los Walter no eran tan fáciles de olvidar como habíamos creído.

En esos momentos tenía frente a mí al hombre al que amaba y odiaba por igual, que me retó burlonamente a borrarlo de mi corazón alzando su cerveza hacia mí. Yo no dudé en responderle de la misma manera, y, levantando mi propia bebida para aceptar su desafío, encontré en el alcohol un conveniente sustituto de las diversiones que Jacob había echado a perder, dando comienzo a una velada en la que mi amiga y yo queríamos acallar con nuestras falsas risas y la bebida a nuestros ruidosos corazones, que palpitaban demasiado escandalosamente cuando esos hombres se

encontraban cerca de nosotras, olvidándose de que ellos habían sido los responsables de todas sus heridas.

El resultado fue que tanto Abigail como yo, tras alguna que otra cerveza de más, acabamos dando todo un espectáculo cuando nos subimos a bailar sobre la mesa, uno que terminó bruscamente en cuanto Jacob me enlazó con la cuerda que había estado acariciando perversamente toda la noche y, entre silbidos de descontento de los hombres que estaban rodeándonos, llegó hasta mí para cargarme sobre su hombro.

Preocupada, busqué a mi amiga con la mirada para pedir su ayuda. Pero cuando vi que Clay había dejado de lado a sus admiradoras y se hacía con otra de las cuerdas que adornaban la pared, supuse que seguiría el ejemplo de su hermano y que Abigail estaba metida en los mismos problemas que yo, o quizá en algunos más gordos, ya que ella estaba bailando entre dos atractivos rancheros y, por la cara de enfado de Clay, no pude decidir si la cuerda era para atraparla a ella o para amarrar a los dos hombres que la acompañaban y apartarlos bien lejos de mi amiga.

Entonces busqué con la mirada a alguien que me ayudara a hacer entrar en razón a ese vaquero para que me soltara, y di con mi padre y mi primo. Sabiendo que los hombres de mi familia nunca me fallarían, esperé su ayuda... y esperé... y esperé..., y seguí esperando mientras los muy condenados contemplaban el espectáculo y disfrutaban de sus cervezas.

—¡Papá, di algo! —exigí a mi loco padre, que, por toda respuesta, levantó los dos pulgares mientras me daba un último consejo antes de volver a su bebida.

—Recuerda siempre utilizar protección.

—¡Raymond! —grité desesperada, recurriendo a mi última opción antes de que Jacob alcanzara la puerta y yo me viera obligada a resignarme a mi suerte.

—A mi poni la llamaré *Blanquita* —anunció mi primo brindando por mí, para luego seguir charlando despreocupadamente con mi padre. Y,

conociendo a esos dos, no tuve dudas de que su conversación trataría sobre una pizarra en la que habrían escrito una apuesta que llevaba mi nombre.

* * *

Solamente cuando llegamos hasta su camioneta, Jacob se dignó bajarme de sus hombros. Yo lo miré furiosa y, una vez más, le reclamé la libertad que él no quería darme y que yo cada vez dudaba más de seguir pidiendo.

—¿Qué crees que estás haciendo?!

—Llévate a casa, ya que no me parece que seas capaz de llegar por tus propios medios después de beberte medio bar.

—No te necesito ni a ti ni tu ayuda —le dije recordándole que lo nuestro había terminado.

—¿Estás segura de eso? —inquirió Jacob sensualmente en mi oído para luego soltarme y apartarse un paso de mí.

Yo, que me encontraba algo aturdida tanto a causa del alcohol como de su cercanía, me tambaleé y estuve a punto de caer. Pero, justo antes de llegar al suelo, unos fuertes brazos me cogieron y me atrajeron hacia un cuerpo que me costaba olvidar. Jacob volvió a susurrarme provocativamente al oído:

—¿Estás segura de que no me necesitas? Porque yo te sigo necesitando...

—Sí, ya lo sé: me necesitas para que espante a tus mosconas haciéndome pasar por tu mujer. O para que cuide de tus vacas —le recordé con ironía.

—No, Olivia. Te necesito para que éste siga latiendo, porque eres la única que ha conseguido hacerse un hueco en él —replicó colocando mi mano sobre su pecho, en donde yo podía notar su acelerado corazón, que latía al mismo ritmo que el mío.

Luego recordé que mi corazón estaba roto por su culpa y retiré la mano.

—Funcionaba muy bien antes de que yo llegara, y lo seguirá haciendo después de que me haya ido —repuse.

—No: tan sólo sobrevivía hasta que tú llegaste, e intentará seguir haciéndolo cuando me dejes a pesar de estar herido, porque sólo contigo ha sabido lo que es el amor.

—Un hombre que me amara no me juzgaría tan duramente como has hecho tú.

—Un hombre enamorado comete muchos errores, Olivia, porque, ¿sabes una cosa?... No existe el hombre perfecto —declaró Jacob muy cerca de mis labios, recordándome las palabras que un día le había dicho en un momento de debilidad.

—No quiero amarte —murmuré sabiendo que estaba cayendo una vez más bajo el embrujo de sus palabras.

—No obstante, lo haces —contestó él.

Y, poniendo fin a mis dudas, me besó con el mismo anhelo que yo sentía en esos momentos, provocando que ambos cayéramos en un nuevo y placentero error.

* * *

Después de que Olivia se rindiera a sus besos, Jacob se apresuró a meterla en su camioneta. Tras ponerla en marcha, se dirigió hacia un lugar donde pudieran seguir manteniendo esa conversación, esta vez, en su cama.

El silencio se hizo entre ellos hasta que llegaron a su destino. Una vez allí, él abrió la puerta de Olivia y tuvo miedo de que ella volviera a alejarse de él. Pero Olivia, tal vez por efecto del alcohol o porque simplemente quería dejar a un lado su dolorido corazón y disfrutar del momento, se arrojó a sus brazos y comenzó a reclamarle esos besos que la hacían olvidarse de todo excepto de la pasión.

Aprovechando el momento, Jacob respondió a la ardiente mujer y, tras cerrar con dificultades su vehículo, se adentró en el rancho sin importarle escandalizar a todo aquel que se encontrara en su camino. Por suerte, no

hallaron a nadie mientras su fogosa pasión se desataba y algunas de las ropas de ambos quedaban abandonadas por el camino.

El sombrero de Olivia cayó olvidado al suelo cuando él cogió fogosamente sus cabellos para acercarse esa impetuosa lengua que quería devorar. Y, mientras él la besaba apasionadamente, ella arrojó su sombrero vaquero a un lado haciéndolo sonreír, una sonrisa que desapareció en cuanto Olivia desabrochó su camisa y sus manos comenzaron a acariciar su piel.

Tras ayudarla a deshacerse de la camisa, Jacob buscó con impaciencia el cierre del vestido de su amante mientras caminaban con algo de dificultad sin dejar de abrazarse y besarse, apoyándose en las paredes del pasillo en busca de esa habitación que les parecía tan lejana.

Frustrado por no encontrar el cierre de ese vestido de diseño, Jacob gruñó de fastidio, lo que provocó que Olivia se riera de él, pero sólo hasta que sus rudas manos comenzaron a levantarle el vestido mientras se dirigían hacia su ropa interior.

Apoyando a su esposa contra una de las paredes, Jacob intentó ser tan delicado con sus caricias como ella se merecía, tratando de contener algo de su pasión y su impaciencia por encontrarse de nuevo profundamente hundido en el cuerpo de esa mujer.

Acarició despacio su piel, haciéndola estremecerse de deseo mientras sus dedos iban avanzando hacia las braguitas de encaje. Rozando por encima de éstas su húmedo sexo, hizo que Olivia se arqueara contra la pared mientras sus caderas se alzaban en busca de sus caricias.

Las manos de Jacob jugaron con el filo de la delicada prenda y, mientras una de ellas rozaba la parte más sensible de su cuerpo, la otra acariciaba su trasero.

Cuando comenzó a bajar con delicadeza la ropa interior de Olivia, ésta acercó atrevidamente su cuerpo hacia él, y, rozándose con descaro contra su dura erección, le susurró al oído:

—Rómpelas.

Jacob sonrió ante la petición de ella, que le reclamaba que fuera él mismo y, así, dejando de contener su pasión, cedió a la locura que era tener a esa apasionada mujer entre sus brazos y más en esa ocasión, en la que se entregaba por completo a él.

Tras romperle las braguitas, intentó conducirla hasta su habitación para no dar el espectáculo en el pasillo. Pero cuando ella enroscó las piernas alrededor de su cintura y comenzó a mecerse contra su duro miembro, no pudo soportarlo más: solamente habían conseguido llegar hasta la puerta cuando, apoyando a Olivia contra ella, Jacob se adentró de una firme embestida en su interior.

Las uñas de Olivia marcaron la espalda del vaquero una vez más, haciéndolo sonreír con satisfacción mientras él la marcaba a ella con su deseo. Imprimiendo un ritmo cada vez más apremiante, hizo que lo acompañara en la pasión mientras trataba de silenciar los fogosos gritos que únicamente él debía oír.

Las caderas de Olivia se ajustaron al ritmo que él dictaba con sus acometidas, y, cuando el placer la desbordaba, Jacob la sujetó firmemente por el trasero, guiándose por los sonidos de la pasión que dejaban escapar los labios de su mujer para llevarla hasta la cima del placer.

Desatando por completo su deseo, Jacob se adentró más profundamente en el cuerpo que lo reclamaba, y, aumentando el ritmo de sus acometidas, ambos llegaron al orgasmo, gimiendo en un silencioso beso el nombre del otro.

Una vez saciados, rieron ante la locura que habían llevado a cabo al hacer el amor en el pasillo de esa concurrida casa. Y, tras mirar a ambos lados como dos niños traviesos con miedo a ser atrapados en una de sus trastadas, recompusieron un poco su aspecto antes de entrar en la habitación.

Las risas que los habían acompañado haciéndolos olvidarse de sus disputas desaparecieron en cuanto vieron que la cama estaba ocupada por Francesca, que, reclinándose descaradamente en ella, mostraba con atrevimiento su escueto camisón mientras apartaba la revista con la que se había estado entreteniendo hasta el momento.

—Si ya has terminado con tu falsa esposa, ¿por qué no vienes ahora aquí conmigo? —invitó descaradamente Francesca.

—Sal de mi cama, Francesca. No te he invitado a ella —ordenó Jacob enfadado mientras le señalaba la puerta de salida.

—Pero un día lo hiciste —replicó Francesca, enfrentándose a él. A continuación señaló el desaliñado aspecto de Olivia y añadió con malicia—: Veo que sigues tan apasionado e impaciente como siempre, incapaz de evitar arrancarle las bragas a una mujer.

Tras esas palabras, Jacob desvió la mirada, mostrando así que no todo lo que decía Francesca era mentira.

Olivia lo miró, más dolida que nunca con las acciones de ese hombre.

—Así que es cierto que te acostaste con ella... —manifestó con dolor.

—Fue hace mucho tiempo, Olivia. No significa nada —confesó Jacob, haciendo que ella cerrara los ojos dolida.

Y cuando los volvió a abrir decidió salir precipitadamente de esa habitación, de ese rancho y de la vida de ese hombre.

—¡Fue mucho antes de conocerte a ti! —exclamó él mientras corría detrás de Olivia. Una vez que llegó hasta ella, aunque intentó retenerla a su lado agarrándola de un brazo, no pudo alcanzar su corazón—. Escúchame, por favor. Fue una noche de debilidad en la que me pesaban todas las responsabilidades que habían recaído sobre mí y todo el dolor que sentía por la muerte de mi hermano. Ahogué mis penas en el alcohol y, para mi desgracia, ella se metió en mi cama y yo me dejé llevar. No me juzgues, Olivia. Te lo pido por favor. Igual que a ti no te gusta que te juzguen, no lo hagas tú ahora conmigo —pidió Jacob, mesando sus cabellos frustrado.

—No juzgo lo que hiciste antes de conocerme, Jacob, sino lo que hiciste después —declaró Olivia, volviéndose hacia ese hombre con la decepción asomando a su mirada—. No me hiciste interpretar el papel de tu esposa para alejar a una mujer que codiciaba tu dinero: me hiciste representar esa farsa para no enfrentarte a una de tus equivocaciones y poder evitar así el problema de ofrecerle a Francesca una explicación, una que en estos momentos debes darle para que no vuelva a meterse en tu cama, si es lo que realmente deseas. No me retengas más a tu lado, Jacob, o sólo conseguirás que llegue a odiarte. Y, sobre todo, no me utilices más —exigió zafándose de su sujeción, alejándose de él, pero esta vez decidida a que fuera para siempre.

—¡Eso no es cierto, Olivia! Te pedí que representaras el papel de mi esposa para no perderte antes de poder llegar a conocerte —afirmó Jacob, pero los pasos de su mujer eran demasiado rápidos y, cuando alzó la vista, ya no había nadie que escuchara su confesión en ese silencioso pasillo.

—Muy bien. Y, ahora que al fin se ha marchado, ¿por qué no vuelves a la cama? —oyó entonces que decía a su espalda la melosa voz de la mujer que lo había estropeado todo mientras se pegaba insinuante a su cuerpo y lo abrazaba.

Y, mientras que antes había evitado hablar con Francesca para no hacerle daño y por temor a sus posibles represalias, ahora Jacob sentía que tan sólo podría hacerle justicia a la mujer que era su esposa enfrentándose a ella con toda la verdad.

—Lo nuestro fue cosa de una sola noche, Francesca... —declaró apartando sus brazos de su cuello. Tras alejarse de ella, se volvió para enfrentarse a su cuñada y dejarle bien claro quién era la mujer a la que él amaba—. Un error que cometí dolido y borracho y que no pienso repetir.

—Pues, por lo que he oído, con ella también te acostaste después de una borrachera. Entonces ella también es otro error —comentó Francesca

despectivamente mientras señalaba el pasillo vacío por el que se había alejado Olivia.

—Puede ser, pero ella es un error en el que estoy dispuesto a caer una y otra vez, porque la amo.

—¡Bah! En un momento u otro te cansarás de ella, y entonces yo estaré aquí para...

—No, Francesca. No estarás aquí porque éste no es tu hogar. Desde ahora te prohíbo regresar a este rancho. Puedes ir al lujoso piso que mi hermano te compró y disfrutar del ostentoso deportivo que tienes a tu nombre, viajar con el dinero que él te dejó y que te estás gastando tan rápida e irresponsablemente. Pero no me pidas más, porque no estoy dispuesto a ocultar por más tiempo los desfalcos que hizo mi hermano para satisfacer tus caprichos.

—¿Qué? ¿Tú lo sabías? —preguntó ella asustada, dando un paso atrás para huir de las posibles consecuencias de sus actos.

—Desde que comencé a dirigir el rancho y pusieron el primer libro de cuentas en mis manos. Evan no era el único de los hermanos Walter que tenía cabeza y habilidad con las cifras, ¿sabes? Y si se lo he ocultado a Gillian y al resto de mis hermanos es porque no quiero empañar su memoria. Quiero que lo recuerden tal como era antes de conocerte, no al hombre que tú y tus frívolos deseos llevaron a la desesperación.

—Puede que yo no tenga parte de este rancho, pero sí la tiene mi hija y...

—Sí, tu hija... De ella quería hablarte también. Vas a cederme la guarda y custodia en exclusiva de Gillian porque, admitámoslo, Francesca, tú no le tienes ningún cariño y tan sólo la utilizas como un medio para obtener más dinero, un flujo de dinero que pienso cortar desde ya si no accedes a lo que te pido.

—¿Así que quieres la custodia de Gillian? Pues muy bien: quiero un millón de dólares a cambio de mi firma en esos papeles. Y lo quiero para

dentro de un mes o, de lo contrario, cuando me marche de aquí me la llevaré conmigo y no volverás a verla jamás.

—¿Cómo te atreves a pedirme dinero después de lo que hiciste?

—Yo no hice nada: lo hizo tu hermano, tal y como has recordado. Si abres la boca, ese pecadillo no me inculpará sólo a mí: también mancillarás la memoria de tu hermano.

—Francesca, sabes que yo no tengo ese dinero —dijo Jacob frustrado.

—Oh, tal vez. Pero puedes conseguirlo fácilmente: tan sólo tienes que pedirselo a tu adinerada mujercita —repuso Francesca, burlándose de él.

—¡Yo no me casé con Olivia por su dinero!

—Bueno, pero ahora que lo necesitas con desesperación, ¿qué harás?

—Si yo le pidiera dinero a ella en estos momentos lo único que lograría sería hacerle más daño y confirmar sus dudas acerca de mis sentimientos.

—Lo sé —repuso Francesca con una perversa sonrisa. Y, mientras se despedía de ese hombre desesperado, decidió hundir un poco más el dedo en la llaga al gritarle burlonamente mientras se alejaba—: ¿Quién es el cazafortunas ahora?

Capítulo 22

Hundido una vez más y sin saber cómo resolver las dificultades que se me venían encima, me desplomé en la silla del despacho de mi hermano y me hice con una botella del mejor licor de los que Evan había escondido en ese lugar. A continuación, saqué su fotografía del cajón donde la tenía relegada desde que ocupé su lugar y comencé a discutir con él mientras lo maldecía para desahogarme, bebiendo a morro de esa cara botella con la que pretendía ahogar mi dolor.

—¡Te odio! —le grité a la imagen de Evan, culpándolo de todas las responsabilidades no deseadas que soportaban mis hombros, que me aprisionaban en ese lugar y que me arrebatarían la posibilidad de ir en pos de Olivia si ella se alejaba de mi lado—. ¡Siempre igual! ¡Siempre obligado a resolver tus problemas y a cuidar de lo que es tuyo! ¿Cuándo podré tener mi propia vida? —exclamé dirigiéndome a una persona que no estaba allí para contestarme. Luego, tras recapacitar, admití en medio de mi borrachera —: Pero más me odio a mí mismo por no ser capaz de retener a mi lado a la mujer que amo.

Tras pronunciar en voz alta esa desgarradora verdad, no pude evitar que las lágrimas que nunca había dejado salir desde la muerte de mi hermano comenzaran a brotar al darme cuenta de todo lo que estaba perdiendo en esos instantes.

Mis gritos atrajeron la curiosa naricilla de mi sobrina, que se asomó a la puerta de mi despacho. Yo me apresuré a secarme las lágrimas y a ocultar

disimuladamente la fotografía de su padre, colocándola boca abajo para que ella no supiera con quién estaba discutiendo antes de invitarla a entrar.

—¿Qué ocurre, Gillian? ¿No puedes dormir?

—No. Y al parecer tú tampoco, tío Jacob.

Sus dubitativos pasos la llevaron hasta mi mesa y, cuando estuvo frente a mí, me miró confundida con mi comportamiento.

—La quieres mucho, ¿verdad, tío Jacob?

—No te preocupes, ya se me pasará —respondí tratando de restarle importancia al dolor que me provocaba haber perdido a Olivia.

—¿Por qué la quieres? —preguntó con curiosidad—. Sois tan diferentes..., ella es...

Y, antes de que mi sobrina dijera unas palabras que no pudiera perdonarle, le expliqué lo que nadie más que yo veía en Olivia.

—Ella es la mujer que me completa, Gillian, la única que me hace reír y olvidar mis problemas; la que me hace enfrentarme a mis defectos y me lleva a aceptarlos; la que me señala cuándo me equivoco y me premia con su sonrisa cuando acierto... Ella es escandalosa. En ocasiones se comporta como una niña mimada; en otras, como una gata salvaje. Olivia es la loca contradicción que siempre necesitaré en mi vida para ser mejor persona. Muchos, cuando nos ven juntos, se preguntan por qué la quiero cuando es tan distinta a mí. Mi respuesta a esas personas es; ¿y por qué no puedo amarla, si eso es lo que me exige mi corazón que haga?

—Tío Jacob, yo...

—No te preocupes, Gillian. No voy a pedirte que quieras a la mujer de la que me he enamorado pero, por favor, respeta lo que siento por ella. Y más en este momento en que la estoy perdiendo.

—Tío Jacob —insistió mi sobrina, lo que hizo que esta vez alzara la vista hacia ella y observara su rostro marcado por la culpabilidad.

Tomando asiento frente a mí, sus palabras comenzaron a titubear mientras obtenía toda mi atención.

—Tío Jacob, yo... yo... tal vez no me haya comportado demasiado bien desde que llegué a este rancho —manifestó.

Y, apretando fuertemente los puños, comenzó a contarme una historia que yo desconocía y que me llevaba a entender un poco mejor el comportamiento de Olivia.

—Lo siento, tío Jacob —dijo con lágrimas en los ojos cuando terminó de relatarme todas las aventuras que había vivido con mi esposa—. Ahora que sabes todo lo ocurrido, tal vez puedas recuperarla —continuó mi sobrina, esperanzada en que ese final de cuento de hadas existiera para mí. Pero esos finales felices estaban muy lejos de un lugar como ese viejo rancho, donde lo único que existía era el duro trabajo y no había tiempo para el amor.

—Gracias por contármelo, Gillian —agradecí, acariciándole tristemente la cabeza para consolarla—. Pero no puedo recuperarla, porque ya la he perdido. Ahora sé con toda certeza que ella tiene razón al querer alejarse de mí.

—¡Pero es por mi culpa y...!—comentó desesperada. Y, aunque por unos instantes también quise culparla, finalmente admití la verdad que ambos sabíamos.

—No, el único culpable aquí soy yo —declaré, haciendo que a Gillian se le escaparan unas lágrimas que yo no me permitiría soltar delante de ella—. Si me disculpas, ahora quiero estar solo —dije conduciéndola hacia la salida.

Y, cuando me quedé solo, grité lleno de rabia y comencé a destrozar el impecable despacho de mi hermano, dejando salir todo mi dolor. Unos minutos más tarde, me derrumbé en el suelo y ahogué mis penas con la botella de licor una vez más, recriminándome a mí mismo haberme equivocado tanto con la mujer que amaba.

* * *

Cuando Dan Lowell le comunicó a su esposa que todos los problemas de su hija estaban solucionados, Victoria no albergó la menor duda de que ese hombre sólo habría conseguido enredar a su hija en muchos más, lo que confirmó el rostro de Olivia a la mañana siguiente al mostrar restos de unas lágrimas que habían empañado la bella sonrisa que ella parecía haber perdido desde que conoció al tal Jacob.

Decidida a enfrentarse de una vez por todas al hombre que retenía a su pequeña, fue en su busca alegando, como pretexto para acercarse a él, que Jacob era su premio de la alocada subasta, por lo que nadie pudo negarle llegar hasta él.

Cuando Victoria se reunió finalmente con Jacob, se sorprendió, pues no había esperado encontrarlo de esa manera: frente ella no tenía a un hombre terco y orgulloso que se negaba a concederle el divorcio a su mujer por despecho, tal como pensaba, sino a un hombre derrumbado que se peleaba con sus propios errores y, al parecer, por cómo estaba la estancia, éstos iban ganando.

Jacob Walter se hallaba en el suelo de un despacho destrozado, agarrando fuertemente una botella vacía mientras sus hermanos, preocupados por su comportamiento, intentaban despertarlo para que se enfrentara a ella.

—¿Y tú eres el hombre con el que se ha casado mi hija? —inquirió Victoria despectivamente mientras lo medía de arriba abajo, sabiendo que sus palabras lo animarían a reaccionar.

Y así fue: unos instantes después, unos decididos ojos azules se abrieron para centrarse en ella.

—Sí, yo soy el esposo de Olivia —respondió mirando a la fría mujer que era la madre de Olivia. A continuación, levantándose del suelo sin aceptar la ayuda de sus hermanos, caminó con decisión hasta su escritorio. Luego cogió dos sillas, y, sin prestar la menor atención a la destrozada estancia,

invitó a Victoria a que se sentara frente a él—. Usted se parece mucho a mi esposa —comentó con una triste sonrisa mientras recordaba a Olivia.

—Sí, pero si la conoces lo suficiente, también te habrás dado cuenta de que se parece mucho a su padre.

—Sí, es toda una contradicción. Olivia es mi dama salvaje, a la que nunca podré dejar de admirar... —declaró Jacob, haciendo que ella dudara de su decisión cuando oyó el apelativo que ese hombre le daba a su hija, el mismo que solamente su marido había usado en alguna ocasión para referirse a su pequeña.

—¿Sabes por qué estoy aquí? —preguntó Victoria, depositando sobre la mesa un papel que Jacob intentaba esquivar.

—Sí, por la cita de esa maldita subasta... Si me concede unos minutos para que me arregle... —manifestó él, tratando de evitar una vez más el final de su historia. Pero en esta ocasión se enfrentaba a una firme e inalterable abogada que no le permitiría huir.

—Quiero que firmes los documentos del divorcio y le pongas fin al estúpido matrimonio que tienes con mi hija. No creo que una precipitada boda en Las Vegas sea lo mejor para ella ni para ti.

—Y ahora añadirá para justificar su petición que Olivia y yo somos demasiado diferentes para estar juntos, ¿no?

—¿Acaso no nos has visto a mi marido a y a mí? Jamás utilizaría una excusa tan burda como ésta como motivo para romper ese matrimonio y que te apartes de mi hija.

—Entonces ¿cuál utilizará?

—No la mereces.

—Yo... —intentó contrarrestar Jacob, pero sus dubitativas palabras fueron silenciadas de golpe por una fría afirmación que él no pudo negar.

—Le haces daño.

La resuelta mirada de Victoria se topó con los avergonzados y dolidos ojos de ese hombre, que, tras cerrarlos con resignación, cogió los papeles

que ella le tendía y finalmente los firmó. En los ojos del hombre que admitía abiertamente sus errores Victoria sólo percibió dolor y, por unos instantes, le recordaron al problemático individuo que una vez la persiguió.

—Mi marido, en una ocasión, tuvo que dejarme marchar. Sólo dándome esa libertad supe cuánto lo amaba cuando volvimos a encontrarnos y yo corrí hacia sus brazos —reveló Victoria, intentando darle esperanzas a ese hombre derrumbado que tal vez amaba a su pequeña más de lo que ella pensaba.

—Olivia no volverá —musitó Jacob mostrando una sonrisa irónica que le enseñaba a Victoria cuánto conocía ese hombre a su hija.

—Todo depende del valor que tengas a sus ojos —anunció ella mientras colocaba burlonamente un dólar sobre la mesa, recordándole en cuánto lo había tasado Olivia en la salida de su subasta. Después se levantó de la silla, pero antes de abandonar la estancia le hizo una revelación a Jacob—: Hace poco, mi hija me pidió una desorbitada cantidad de dinero para pujar por un hombre que para ella no tenía precio. Si no quieres perderla, tan sólo tienes que recuperar tu valor ante sus ojos y, de este modo, quizá esto no sea el final, sino el principio... —terminó a la vez que agitaba ante Jacob el documento que certificaba el fin de su matrimonio.

Unos minutos más tarde, mientras se alejaba del vaquero, Victoria no quiso volverse para no contemplar su dolorido rostro y no arrepentirse de haber interferido en la historia de amor de su hija, pero no pudo evitar percibir su dolor cuando sus hermanos lo instigaron y él respondió con el corazón.

—¿Estás loco?! ¿Por qué has firmado esos papeles? ¿No te das cuenta de que así vas a perder a Olivia? —preguntó uno de los Walter a su derrumbado hermano, ante lo que éste contestó:

—Ya la había perdido mucho antes de haberlos firmado.

Esas palabras conmovieron a Victoria, quien, recordando su propia historia de amor, decidió concederle un poco más de tiempo a ese hombre

guardando silencio sobre la libertad de su hija, que ahora tenía entre sus manos.

* * *

Aprovechando la presencia de sus hermanos en el despacho, Jacob decidió no retener más los secretos que ocultaba en su corazón y que tanto daño le causaban, por lo que se dispuso a comentarles los problemas sobre los que había guardado silencio durante años. Una vez terminó de revelarles los secretos de Evan, sus hermanos lo miraron resignados mientras negaban con la cabeza.

—¿Acaso crees que somos idiotas, Jacob? Ya sabíamos de las dificultades que tenía el rancho por culpa de Evan —anunció Will.

—Entonces ¿por qué nunca dijisteis nada...? —inquirió Jacob confuso.

—Estábamos esperando a que tú nos lo contaras, hermano. No eres precisamente fácil de tratar si el tema del que nosotros queremos hablar no te agrada, ¿sabes? —señaló Jayden, recordándole que ellos siempre habían estado ahí para él.

—Esperábamos que nos dijeras lo que ocurría y que pidieras nuestra ayuda, Jacob, no que soportaras tú toda la carga que dejó Evan —manifestó Clay.

—No quería que le guardarais rencor sobre lo que había hecho ni que os preocupaseis por la situación económica del rancho...

—Ya. No confiaste en nosotros y preferiste guardártelo para ti solo..., hasta que explotaste —dijo Jayden, señalando el destrozado despacho que testimoniaba todo el resentimiento que Jacob había acumulado por el exceso de responsabilidad hasta que no pudo más.

—Tienes razón. No sabía qué hacer cuando me encontré de golpe con todas las obligaciones que recayeron sobre mí tras la muerte de nuestro hermano. Al principio me sentía muy mal por su muerte; luego me

avergonzaba por mi deseo de escapar y por odiar a Evan por dejarme a cargo de todo. Me sentía miserable y egoísta por tener esos deseos. Luego descubrí lo que había hecho y mi odio por él aumentó, con lo que mis remordimientos por odiar a mi hermano fallecido también lo hicieron y, para tratar de aliviar algo mi sensación de culpa, decidí honrar su memoria guardándomelo todo para evitar que vosotros lo odiarais también y, de paso, para ahorraros este dolor. Preferí esconder su desfallo y usé mi propio dinero y parte de las ganancias del rancho para cubrir esas pérdidas.

—Bueno, si finalmente has decidido hablarnos de ello es porque las cosas no deben de ir demasiado bien, ¿verdad? Así que, cuéntanos, ¿qué ocurre? ¿Qué podemos perder? —exigió Will, preocupado por el rancho.

Pero la respuesta de su hermano no fue la que él esperaba.

—A Gillian —confesó Jacob, y, tras unos momentos, continuó con su explicación—: Francesca me reclama un millón de dólares a cambio de entregarme la custodia de Gillian o, de lo contrario, se la llevará de nuestro lado para siempre.

—¡Mierda! ¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó Jayden preocupado, sabiendo que en cuestiones de dinero esa víbora no se andaba con bromas.

—Un mes.

—¿Qué hiciste para cabrearla tanto? —quiso saber Clay, consciente de que Francesca les habría concedido un período de tiempo tan corto para castigar a Jacob.

—Echarla de mi cama —respondió él con satisfacción recordando ese momento.

—¡Joder! Nos habría salido más barato que te acostaras con ella —comentó Clay en tono de broma, sacándole una sonrisa a su hermano mientras le palmeaba amistosamente la espalda para darle una muestra de su apoyo.

—Pero ¿no ves que Olivia lo ha dejado arruinado para cualquier otra mujer, Clay? —bromeó Jayden, tratando de aliviar la situación, pero sólo

consiguió que sus sonrisas se desvanecieran por unos instantes al recordarle a Jacob lo que había perdido.

—Bueno, dejemos ese tema. Ahora lo que importa es que tenemos que conseguir ese dinero como sea, y tengo una idea que quería discutir con vosotros —dijo él mientras ponía sobre la mesa un panfleto de un rodeo que se celebraría en San Antonio—. Mis contactos me han avisado. Si nos apuntamos todos, quizá tengamos una oportunidad de ganar varios premios que podamos usar para contentar el ansia de Francesca por el dinero. Yo ya me he inscrito, pero estoy algo oxidado y tengo que practicar. ¿Y vosotros? ¿Entráis u os quedáis fuera? —preguntó Jacob a sus hermanos, y éstos, como siempre, no le fallaron a la hora de darle su apoyo.

—¿Por quién me tomas? ¡Pues claro que entro al rodeo! —anunció Clay otorgando su consentimiento.

—¿Cuánto tiempo tenemos para entrenar? —preguntó Will, preocupado por su manejo del lazo.

—Dos semanas —contestó Jacob, haciéndoles ver que iban contra reloj para lograr su objetivo.

Will miró la fotografía de familia que reposaba sobre el escritorio del despacho y, observando la sonrisa que su sobrina lucía junto a ellos y que no quería que desapareciera, confirmó con decisión:

—Estoy dentro.

—Y yo, por supuesto que estoy dentro también. ¡Me va a encantar poder medirme con mis hermanos! Debo advertiros que os voy a machacar y voy a acabar con la leyenda de Jacob en los rodeos —declaró con chulería Jayden, llevándose algún que otro abucheo por parte de los otros Walter.

—Bueno, pues desde este momento delegaremos parte de nuestras responsabilidades entre los trabajadores del rancho, porque lo más importante ahora es entrenar.

—¿Estás seguro de que podrás concentrarte, hermano? —preguntó Clay, recordándole a Jacob la distracción que suponía su situación con Olivia.

—No os preocupéis, yo no me distraigo con facilidad —declaró él dirigiendo una tranquilizadora sonrisa a sus hermanos, una tan falsa y forzada que no los convenció en absoluto. No obstante, todos guardaron silencio porque la cuenta atrás para alcanzar esa meta imposible había comenzado.

* * *

—Una caída más y te relevo sobre ese caballo —advirtió Jayden a su hermano tras verlo caer de nuevo a los pies de su salvaje montura.

—No volverá a ocurrir —aseguró Jacob, y, tras ponerse de pie y sacudir las manos, estiró sus doloridos músculos para comprobar que no había ningún daño y podía volver a montar.

—Eso dijiste la última vez antes de caer al suelo. La verdad, Jacob, no creo que estés preparado para participar en ese rodeo —opinó Jayden, mirando con preocupación a su hermano.

—No obstante, tengo que hacerlo —replicó Jacob, más decidido que nunca a tomar las riendas de ese caballo.

—Cuando te subes a ese animal, tu mente no está centrada en lo que haces, sino en la mujer a la que llevas intentando ignorar desde hace días. ¡Y qué decir cuando ella pasa cerca de aquí! Acabas en el suelo... Jacob, te distraes demasiado y es peligroso. Tienes que estar concentrado cuando te subes a un caballo. Así que, semental, deja de pensar en montar a esa mujer y dedica todos tus sentidos a la tarea de domar a ese caballo. Recuerda: la perseverancia y la concentración lo son todo a la hora de apaciguar a tu montura.

—¿Quién te ha dicho esa estupidez? —refunfuñó Jacob malhumorado mientras se dirigía una vez más a su caballo.

—Tú, poco antes de que yo empezara a participar en los rodeos —repuso burlonamente Jayden a su hermano, que no quería admitir que había

perdido su toque después de años sin ejercitarlo.

—Entonces es un buen consejo —se retractó Jacob, haciéndolo reír.

Luego volvió a subirse a ese caballo salvaje que sus hombres sujetaban, intentando poner su mente y su corazón en lo que hacía. Pero, para su desgracia, su corazón estaba en otra parte.

Se sujetó con todas su fuerzas a su montura y recordó la época en la que subirse a uno de esos animales lo era todo para él, se hizo uno con el caballo y no le puso fácil deshacerse de él, manteniéndose sobre su grupa con la misma cabezonería con la que perseguía a su indómita mujer. Ese pensamiento lo llevó a recordar a Olivia, considerando que ella se lo había puesto más difícil que ese caballo y, una vez más, distraerse pensando en la mujer que había perdido lo llevó al suelo.

—¡Mierda! —gritó frustrado mientras golpeaba la tierra con las manos.

Y, cuando alzó los ojos esperando recibir la reprobadora mirada de su hermano Jayden advirtiéndole que su torpeza les haría perder ese rodeo, se encontró con los preocupados ojos de una mujer que, pese a que aseguraba que quería alejarse de él, no podía evitar acercarse.

* * *

Llevaba varios días sin encontrarme con Jacob. Intentaba evitarlo porque me había hecho daño otra vez y yo no sabía cómo tratar con ese hombre que me había roto el corazón tantas veces y que, a pesar de ello, todavía se resistía a dejarme marchar.

Sin saber cómo enfrentarme a él, trataba de evitarlo. Al parecer, él hacía lo mismo conmigo, quizá porque en esta ocasión se sentía culpable.

Mientras me dirigía a la clínica intentando averiguar qué era lo que realmente sentía por ese hombre al que amaba y odiaba por igual, por poco no se me salió el corazón del pecho al verlo sobre un caballo salvaje.

Una cosa era contemplarlo montando el viejo toro mecánico del bar, donde cualquier caída acababa sobre el suelo acolchado, y otra muy distinta observarlo sujetándose a un animal que se movía con agresiva desesperación por deshacerse de su jinete.

Cuando lo vi volar por los aires y aterrizar en el duro suelo no pude evitar correr hacia él, apartando de mi camino a todos los hombres que se dedicaban a animar estúpidamente a Jacob para que volviera a coger las riendas. Salté la cerca e ignoré las advertencias de los trabajadores, pues sólo me importaba llegar hasta él para comprobar que estaba bien.

Preocupada, con el corazón en un puño y las lágrimas a punto de saltárseme de los ojos, llegué junto al hombre al que ya no podía negar que amaba a pesar de todo el daño que me había hecho.

De mis labios quisieron salir las palabras de inquietud que toda mujer pronunciaría al ver herido al hombre que amaba, pero cuando me di cuenta de que en su rostro lucía una sonrisa que anunciaba que volvería a subirse a ese caballo, sólo pude dejar salir mi exasperación.

—¡Pero ¿tú eres idiota?!

—No, cielo: soy un hombre de rodeo —respondió Jacob burlonamente mientras volvía a ponerse en pie. Antes de que se dirigiera de nuevo hacia su montura, me interpuse en su camino, decidida a que desistiera de esa estúpida idea.

—¡Pero si tú ya habías abandonado los rodeos!

—Bueno, pues ahora he vuelto —dijo él intentando apartarme de su camino para llegar junto al caballo, algo que yo no pensaba permitir.

—¿Y se puede saber por qué narices has vuelto? ¡Y como me digas que es por las mujeres, te arreo! —le advertí recordando las admiradoras que lo perseguían, muchas de ellas antiguas seguidoras de sus proezas en el ruedo.

Jacob sonrió satisfecho ante esas palabras, que demostraban más de lo que yo quería admitir, por lo que alzó provocativamente mi rostro hacia él y me preguntó con descaro:

—¿Celosa?

—No, por ahora sólo cabreada —negué apartando su mano de un golpe.

Tras dejar escapar un desalentador suspiro, Jacob comenzó a explicarse, y yo a cabrearme más con cada una de sus palabras.

—Necesitamos dinero, Olivia, así que tanto mis hermanos como yo estamos domando a estos caballos para otro rancho. Así nos ganamos un dinero extra y, de paso, practicamos para poder participar en el rodeo de San Antonio que se celebrará dentro de dos días.

—Es evidente que no estás preparado para ese rodeo —señalé intentando aparentar que no me importaba lo que Jacob hacía, cuando en realidad mi corazón se encogía de miedo al pensar en lo que podía pasarle a ese hombre si se subía a uno de esos caballos—. ¿Cuánto necesitas? —le pregunté despreocupadamente, sacando mi móvil del bolsillo trasero de mis pantalones para solucionarlo todo con una sola llamada a mi banco y una rápida transferencia. Con esa acción quería poner fin a esa locura sin exhibir demasiado mis sentimientos, pero la sonrisa irónica que Jacob me dedicó, advirtiéndome de que no aceptaría mi dinero, lo hizo del todo imposible.

—Lo siento, preciosa, pero no puedo aceptar tu dinero —se negó intentando seguir su camino hacia su montura. Pero yo volví a interponerme en él, más alterada que nunca. Y, sin saber qué hacer, utilicé a la desesperada la misma baza que él había usado conmigo antes para que yo me quedara a su lado.

—«En lo bueno y en lo malo», ¿recuerdas? —dije recordándole nuestros falsos votos para que su orgullo pudiera aceptar de mí lo que necesitaba—. Como estamos casados, mi dinero es tuyo. Así que cógelo y olvida esa locura de volver a subirte a ese caballo y del rodeo.

—¡Ah! Veo que tu familia no te ha dado la buena noticia... —replicó Jacob con gesto serio—. Ya he firmado los papeles del divorcio, Olivia, como tú querías. Por tanto, ya no nos une ningún tipo de relación, salvo la

estrictamente laboral. Y ésa finalizará dentro de dos días, cuando el nuevo veterinario que he contratado llegue al rancho.

—¿Me echas el mismo día que se celebra ese rodeo? —le pregunté enfadada.

—Tu presencia me distrae demasiado. Y no te echo: te recuerdo que eres tú la que quiere irse —respondió él, pasando de largo. Pero, antes de que se apartara de mí, mi mano sujetó la manga de su camisa.

Jacob se volvió y, con una triste sonrisa en los labios, me acercó a él para susurrarme al oído lo que no tenía dudas de que era una despedida:

—Te amo, mi dama salvaje, y a pesar de que quieras marcharte para no oírlo, yo seguiré gritándotelo desde la distancia cuando te alejes de mí.

A continuación, me dio un apasionado beso, uno muy dulce y, a la vez, muy amargo, con el que me dijo adiós. Y yo, mientras acariciaba pensativa mis labios, no pude evitar preguntarle:

—¿Por qué ahora?

—Me he equivocado tantas veces contigo... —dijo él mesándose los cabellos con nerviosismo—. Y si yo no puedo perdonarme mis errores, ¿cómo podrías hacerlo tú? —terminó. Y, rindiéndose finalmente con nuestro amor, me dio la espalda y se subió a ese caballo.

A mí se me volvió a encoger el corazón. En ese momento quise correr hacia él y exigirle que se bajara de ese maldito animal, que se alejara de los rodeos y que, simplemente, se quedara conmigo. Pero yo ya no era nadie para hacerle ese tipo de exigencias. La libertad que le había pedido durante tanto tiempo al final me la había concedido firmando los papeles que corroboraban que nuestro encuentro en aquel bar de Las Vegas fue un error; pero ahora que la tenía no la quería, y sólo deseaba volver a cometer ese mismo error, siempre y cuando fuera con él.

Mi corazón quiso volver a luchar por ese hombre al que ya había perdonado pero al que todavía mantenía alejado por miedo. Pero en esta ocasión no sabía cómo hacerlo.

Cuando di unos cuantos pasos hacia él, su hermano Jayden se interpuso en mi camino.

—Si quieres verlo sobrevivir a esto, será mejor que te vayas. No sabes lo peligroso que es que un hombre distraído intente domar a un caballo salvaje, y tú lo distraes demasiado. Siempre lo harás —dijo echándome del lugar donde entrenaba Jacob. Y, por sus duras palabras, sentí que también me estaba echando de ese rancho, donde yo ya no tenía un lugar.

Sin poder contener las lágrimas, me marché corriendo hacia la pequeña clínica, donde pretendía esconder mis lágrimas y mi dolor, pero cuando entré vi que no estaba vacía, sino que me encontré a Gillian. La chica intentó ocultar que no había estado acariciando los muebles de la estancia con añoranza, echando de menos los momentos que había pasado allí, y yo traté de borrar mis lágrimas limpiándolas con las manos.

—Una alergia primaveral —le dije quitándole importancia.

—Yo sólo estaba comprobando si había polvo —manifestó Gillian, intentando disimular sus acciones.

Luego nos miramos durante unos instantes, sabiendo que ninguna de las dos había logrado engañar a la otra. Y, para mi asombro, fue esa rebelde adolescente la que rompió el silencio que se hizo ante nuestras mentiras.

—Lo siento, Olivia, te juzgué mal y te hice daño. Y creo que también se lo he hecho a mi tío Jacob con mi comportamiento.

—Yo... tal vez debería haberme explicado mejor e intentado que comprendieras mis acciones en vez de hacer una estupidez de esas tan habituales en mi familia.

—No te vayas, Olivia: mi tío Jacob te necesita —me rogó ella.

—No puedo quedarme, Gillian. Aunque, irónicamente, ahora que puedo irme, no quiero marcharme de aquí —le dije de manera confusa, dejando salir abiertamente mis lágrimas.

—Te entiendo mejor de lo que crees. Yo también tengo que irme de este odioso lugar que no quiero abandonar —declaró Gillian, y, comenzando a

llorar, se abrazó a mí.

—Creo que todo se debe a que los hombres que viven aquí son difíciles de olvidar, porque lo cierto es que la acogida de las mujeres del pueblo deja mucho que desear, ¿no te parece? —bromeé, sacando una sonrisa de su desolado rostro—. ¿Por qué tienes que irte tú? —le pregunté extrañada por la marcha de la adolescente, pues sus tíos la adoraban.

—Por mi madre —dijo Gillian, respondiendo así a mi pregunta y a muchas más que se habían agolpado en mi mente desde que vi a Jacob sobre ese caballo.

—Deja salir todas tus lágrimas, porque cuando éstas se acaben, vamos a limpiárnoslas y a enfrentarnos a todos nuestros problemas como nunca lo hemos hecho —declaré con decisión.

—Yo jamás sería capaz de enfrentarme a mi madre.

—No obstante, eso es lo que necesitas hacer, Gillian.

—Ella nunca me escuchará.

—Pues oblígala. Y, si continúa ignorándote, fastídiala hasta que se dé cuenta de que lo mejor para ambas es que te quedes aquí.

—¿Estás aconsejándome que sea una mala hija? —me preguntó ella mientras una maliciosa sonrisa asomaba a su rostro.

—Sólo un poquito —le respondí mostrándole mis dedos pulgar e índice separados por una pequeña distancia. Luego provoqué que Gillian rompiera a reír a carcajadas cuando separé las dos manos hasta la máxima distancia que podía.

—¿Y a qué problema tienes que enfrentarte tú?

—A uno muy grande —dije recordando la envergadura de Jacob. Y, para conseguir ayuda en la alocada idea que estaba comenzando a formarse en mi cabeza para que nadie pudiera dudar de que mi lugar estaba junto a él, la abracé cariñosamente mientras le preguntaba—: Y, dime, ¿sabes lo que hay que hacer para participar en un rodeo?

Capítulo 23

—Cuando volvamos a casa voy a hablar con tu padre para que te deje trabajar en su clínica y para advertirle que no vuelva a encargarte ninguna tarea más como ésta. Tus tíos estarán muy contentos de volver a verte y celebraremos una gran reunión donde les contarás a todos la historia que has vivido en este lugar como lo que es: una gran aventura que pronto dejarás atrás y... —comentaba Victoria mientras le hacía la maleta a su hija.

Pero cuando alzó los ojos en mitad de su discurso vio que Olivia no estaba de acuerdo con ella y que, vestida para la ocasión, se preparaba para realizar una de esas locuras que los Lowell hacían por amor.

—No vas a venir, ¿verdad?

—Lo siento, mamá, pero aún me queda algo importante que hacer aquí.

—¿O quizá existe alguien importante que te retiene en este lugar? —repuso ella, sonriendo complacida ante la decisión de su hija—. Creo que ya no necesitarás esto —anunció Victoria entregándole los papeles del divorcio a su hija, para añadir mientras ésta los sostenía entre las manos—: Después de los cientos de casos de divorcio que he visto en mi carrera, sólo puedo pensar que ese hombre no te dejaba ir simplemente porque quería más tiempo para demostrarte cuánto te amaba.

—Entonces ¿qué tengo que pensar ahora que ha firmado estos documentos? ¿Acaso ya no me quiere a su lado? —preguntó Olivia mientras sus nerviosas manos temblaban al tiempo que sostenía los papeles del divorcio.

—Creo que Jacob se ha dado cuenta de que su tiempo para retenerte se había terminado y, aprendiendo de sus errores, ha decidido que tú elijas arriesgarte o no en el amor.

—Aún tengo miedo —confesó Olivia.

—Hija, todos tenemos miedo a enamorarnos en alguna ocasión o a que nos hagan daño al entregar nuestro corazón a otra persona. Pero, sin darnos cuenta, nosotros también podemos infligir ese dolor que tanto tememos. No puedo prometerte que no llorarás ni gritarás o que no te enfurecerás en alguna ocasión con el hombre al que amas porque, cuando queremos a alguien, sus reacciones o sus palabras tienen mucha influencia en nosotros; pero sí puedo asegurarte que, si la persona que te hiere te ama, hará todo lo posible por reparar todas tus heridas, porque hacerte daño también lo lastimará a él.

—¿Crees que estoy haciendo lo correcto al correr detrás de Jacob? —preguntó Olivia.

—Eso lo tienes que decidir tú, cariño. Pero, a juzgar por tu nuevo atuendo, creo que ya has tomado esa decisión —dijo Victoria mientras negaba con la cabeza ante el extraño aspecto de su hija.

—Mamá, ya sabes que me gusta vestirme acorde para la ocasión —manifestó atrevidamente ella mientras su padre y su primo entraban en la estancia charlando despreocupadamente, interrumpiendo la conversación que mantenía con su madre.

—Menos mal que nos marchamos. En este lugar no pasa nada interesante desde hace una semana y me aburro... —se quejaba Raymond. Hasta que vio la vestimenta de su prima y sus ojos brillaron de interés ante la posibilidad de una nueva distracción o, quizá, de un nuevo escándalo que podría ser protagonizado por un Lowell.

Recorriendo de arriba abajo a su prima, observó que Olivia iba vestida como una verdadera chica de rodeo: llevaba unos ajustados pantalones vaqueros con unas chaparreras personalizadas con llamativas manchas

blancas y negras, semejantes a la piel de una vaca. El conjunto lo completaban unas botas negras a juego, un sombrero vaquero, una camisa blanca muy ceñida, unos guantes de cuero negro y un llamativo y conocido cinturón que lo llevó a sospechar que iba en busca de su marido.

Si la interesante vestimenta de Olivia lo hizo salir de su aburrimiento, el detalle que lo convenció para ir tras ella fue la cuerda que llevaba y la interesante respuesta que le dio cuando le preguntó:

—¿Se puede saber adónde vas así vestida, primita?

—Me voy de rodeo —contestó ella con decisión.

—Sabes que aunque vayas vestida para la ocasión no vas a ganar nada, ¿verdad? —declaró Raymond con impertinencia.

—¡Oh! El premio ya es mío, ahora solamente tengo que reclamarlo —respondió Olivia mientras se despedía de su madre con una sonrisa, ante la que Victoria asintió complacida.

Luego se dirigió hacia la salida, y Raymond, sin pensarlo ni un instante, fue detrás de ella para comenzar una nueva apuesta.

* * *

Esa tarde tenía que asistir a mi primer rodeo e iba dispuesta a todo. Pensaba ganar el premio mayor de ese evento, lo quisieran los jueces o no. Para mí no había más excusas para perseguir el amor y me negaba a tener más miedo por culpa de ese loco sentimiento que ponía patas arriba todo mi mundo.

A pesar de lo diferentes que éramos Jacob y yo, ese tozudo vaquero era el hombre del que me había enamorado. Él era la persona que me había mirado con reprobación en nuestro primer encuentro y que me había juzgado precipitadamente más de una vez, pero también era quien se había molestado en tomarse el tiempo de conocerme para no volver a equivocarse conmigo. Jacob me veía tal y como era, conocía lo bueno y lo malo que

había en mí y, a pesar de ello, no dudaba en gritarme una y otra vez su amor.

Ese irascible vaquero me había hecho llorar en alguna que otra ocasión, pero también me había hecho reír y disfrutar como nunca de nuestros juegos y había logrado que mi corazón se acelerara desbocado con su mera presencia.

A pesar de las veces que había intentado alejarlo de mí, él había insistido, metiéndose constantemente en mi camino y atándome a él para pedirme tiempo con la intención de descubrir si lo nuestro era amor. Y, ahora que me había soltado, era yo la que estaba dispuesta a volver a atarlo a mí, porque ya tenía una respuesta para él: lo nuestro, desde el principio, lo quisiéramos o no, era amor. Pero éramos tan distintos que, aunque nuestros corazones estuvieran seguros de su decisión, nosotros tardamos más en aceptarlo.

Vestida para la ocasión, marché a ese multitudinario evento que era el rodeo de San Antonio, del que Gillian me había informado que no sólo se celebraban distintas competencias, sino que había ventas y subastas de caballos, exposiciones de ganado y actividades para los más pequeños, como concursos juveniles de rodeo o de cría de novillos, cabras y cerdos.

En un gran estadio cerrado rodeado por decenas de puestos de comida y de recuerdos se encontraban reunidas miles de personas que habían venido a disfrutar de ese espectáculo, donde podrían contemplar las habilidades de los vaqueros participantes.

No pude evitar que mi primo Raymond se pegara a mí, ya que, a pesar de la variada oferta de entretenimiento que había en el rodeo de San Antonio, él estaba seguro de que yo sería la principal atracción del evento. Pero no fue el único. Gillian también me había seguido a la ciudad, negándose a darme las llaves de la vieja camioneta del rancho si no la dejaba acompañarme.

En los pocos días que tuve para preparar mi entrada al ruedo, Gillian me enseñó algún que otro truco con el lazo. Y, como la digna hija de un Walter que era, se sabía muchos. También me explicó en qué consistían las diferentes pruebas que se celebraban en los rodeos en los que Jacob estaba acostumbrado a participar.

Había pruebas de habilidad en las que estuve segura de que ese vaquero tenía muchas posibilidades de ganar, como la «carrera de barriles», donde el jinete mostraba su destreza dirigiendo su caballo con agilidad y velocidad para rodear una serie de barriles dispuestos en un recorrido. O la «lazada de novillos», donde uno o dos vaqueros atrapaban a uno usando sus cuerdas en el menor tiempo posible.

No obstante, otro tipo de pruebas me hicieron desear que Jacob no llegara a pisar el ruedo, justamente los eventos en los que él tenía más fama o había conseguido más premios, que eran los más peligrosos: la «monta de toros», donde el participante montaba a un toro adulto e impredecible, o la monta de caballos salvajes, donde los jinetes podían participar en dos variantes: uno con silla de montar, llamada «caballo con montura», y otro sin silla, con el jinete montado directamente sobre la grupa del caballo, sin riendas ni estribos, más peligrosa. Y, cómo no, Jacob tenía que elegir esa opción. Después de oír el peligro al que se expondría ese día, estaba dispuesta a que no se subiera a uno de esos caballos. Así que cuando llegamos a San Antonio me adentré, más decidida que nunca, en ese rodeo para llegar hasta mi vaquero.

Preparada para todo, busqué a Jacob con la mirada dejando atrás las gradas y colándome por las calles de los participantes en las pruebas, y me dispuse a gritarle esas palabras que siempre me había pedido que le dijera, abriéndole mi corazón. Sin embargo, para mi desgracia, cuando lo encontré cerca de un caballo las que salieron fueron otras.

—¡Serás cabezota, maldito vaquero! —murmuré furiosa. Y, decidida a que no se montara en ese animal salvaje, enfilé hacia él.

Los guardias de seguridad podrían haberse interpuesto en mi camino, pero el cinturón que yo llevaba les hizo desistir y me abrieron paso con curiosidad, permitiéndome llegar hasta Jacob.

—Por muy preparada que estés, no creo que te dejen entrar en el ruedo, primita, sobre todo cuando tú no eres uno de los participantes —dijo Raymond, incitándome para que llevara a cabo alguna locura. Pero ese día no había que provocarme mucho para que saltara porque, como los demás miembros de mi familia, estaba dispuesta a todo por conseguir a la persona que amaba.

—¿Qué te apuestas? —repliqué provocando a mi primo con una ladina sonrisa mientras me abría paso entre los demás participantes que esperaban su turno para la siguiente prueba. Cuando hallé entre ellos a los hermanos de Jacob, aproveché sus sorprendidos rostros al verme allí y le quité el lazo a Will y el dorsal numerado de su camisa a Jayden para, de inmediato, colocarlo en la mía antes de dirigirme hacia el ruedo—. ¡Ahora sí que estoy divina! —dije burlonamente a mi primo y a Gillian, que, desde un lugar en las gradas, me sonreía mientras me abría paso entre todos los hombres que me miraban con asombro.

—¡No pienso apostarme nada contigo, primita, porque aún me debes un poni! —gritó Raymond, tal vez porque sabía que ese día podría perder contra mí—. ¡No obstante, no te niego que ya se estén haciendo apuestas sobre ti y este rodeo, así que mucha suerte a la hora de domar a tu semental! —añadió mientras se despedía de mí burlonamente con su sombrero, animándome a su manera.

Yo le contesté como se merecía y le enseñé mi dedo corazón. Y luego, tomando aire, me encaminé hacia la prueba más difícil de ese evento, que para mí no era otra más que recuperar al hombre al que amaba.

* * *

—¡Y a continuación, démosle la bienvenida a Jacob Walter, un conocido vaquero que, tras unos años de descanso, ha decidido volver al ruedo! Recordemos que es un antiguo campeón nacional en la doma de caballos, por lo que nuestros demás participantes lo tendrán difícil al enfrentarse a él. ¡Que comience el espectáculo! —anunció el presentador del evento mientras en la gran pantalla que tenía sobre mí proyectaban antiguas imágenes de mis pasadas proezas, ante las que la multitud que poblaba las gradas se levantó para corear mi nombre.

Eso me hizo suspirar porque mi mente no estaba en ese lugar, sino a kilómetros de distancia, donde fuera que se encontrase la mujer que amaba, una mujer que se había alejado de mí sin darme una nueva oportunidad porque consideraba que ya me había dado muchas y yo las había desperdiciado todas. Olivia se había ido de mi lado con un corazón roto, y, negándose a mirar atrás, no se había dado cuenta de que el mío también se había quebrado en el proceso.

No sabía cómo podía haberme enamorado de una mujer tan distinta de mí, una chica que a simple vista parecía tener todos los defectos que yo odiaba en una mujer. Pero eso fue sólo hasta que la miré más de cerca y descubrí cómo era en realidad.

Esa mujer en ocasiones me volvía loco con sus disparatadas ocurrencias. Me desesperaba con sus sofisticados modales que usaba para burlarse de quienes la cuestionaran, pero también llenaba mis días de la alegría y las risas que había olvidado debajo del peso de mis responsabilidades, viviendo para otros y no para mí. Con ella me sentía vivo y recordaba esa parte sinvergüenza que había en mí, a la que le gustaba jugar, aunque ahora sólo fuera con la mujer adecuada.

Enamorarme de Olivia había sido algo inevitable desde que la vi subida a la barra de aquel bar en Las Vegas, porque yo siempre había tenido buen ojo para reconocer lo mejor. Y aunque en ese momento me resistí a verlo,

ahora podía decir abiertamente que ella era lo mejor que me había ocurrido en la vida.

Desde el primer instante en que nuestras miradas se cruzaron no pude apartar los ojos de ella, la deseé como nunca había deseado a ninguna mujer y, a pesar de saber lo que estaba sintiendo mi acelerado corazón, me negué a llamar «amor» a ese loco sentimiento que profesaba irracionalmente por la mujer que creí menos adecuada para mí. Aunque eso fue hasta que la conocí y comprendí que nunca habría ninguna que se le comparase o que pudiera sustituirla en mi corazón.

Ahora que la había perdido, me arrepentía de todos los errores que había cometido con ella y me reprochaba haber firmado esos papeles de divorcio que le permitían alejarse de mí, pero, a pesar de todo, sabía que si no los hubiera firmado, por muy cerca que estuviera, lo nuestro nunca habría tenido ninguna posibilidad.

Sabiendo que no podía despedirme de la mujer a la que amaba, porque si la veía una vez más, a pesar de mis buenas intenciones, no la dejaría marchar, le di a Olivia la libertad que me había reclamado con insistencia el mismo día en el que estaría tan ocupado que no podría correr en su busca. Ahora, de pie en el ruedo mientras saludaba a la multitud, únicamente podía pensar en ella. Mi concentración era nula, y, mientras me dirigía hacia el reticente caballo que debía montar, susurré mi despedida hacia esa mujer como no me había atrevido a hacer en persona:

—¿Adónde volarás ahora que te he dado la libertad, mi dama salvaje?

No esperaba que mi silenciosa pregunta, que apenas fue un murmullo completamente inaudible en medio de los gritos de la multitud, tuviera alguna respuesta, pero, para mi sorpresa y la de todos los espectadores, un lazo cayó a mis pies en ese momento, como si hubiera pretendido atraparme.

—¡Señoras y señores, tenemos a un espontáneo en el ruedo! Por el número que porta en el dorsal de su camisa debería tratarse de Jayden

Walter, hermano de Jacob..., ¡pero que me aspen si no nos encontramos ante una mujer! —anunció el comentarista sorprendido, sacando de mi rostro una pequeña sonrisa que se agrandó cuando vi caer de nuevo a mis pies esa cuerda mientras oía una conocida voz maldiciendo a mi espalda.

»¡Parece que nuestra espontánea está intentando probar suerte en la prueba de lazada...! Pero ¿es que nadie le ha explicado que lo que tiene que atrapar es un novillo, no un hombre? —bromeó el comentarista, animando a la multitud—. ¡Comencemos la cuenta atrás antes de echarla del ruedo! ¡Veamos si puede atrapar a nuestro mejor hombre! —añadió antes de dar la señal para que en la pantalla gigante apareciera el reloj que solían poner en las pruebas de lazo, comenzando a contar el tiempo que ella tardaría en atraparme.

De pie y delante de las gradas, donde se congregaba una excitada multitud que empezaba la cuenta atrás de nuestro juego, no estuve dispuesto a desperdiciar más mi tiempo. Y de este modo, cuando la cuerda volvió a pasar junto a mí, la cogí al vuelo y me metí dentro del nefasto lazo, dejándome atrapar.

—¡Atención, señoras y señores! ¡Ya puedo decir que lo he visto todo en esta vida! ¡Increíblemente, Jacob Walter se ha dejado atrapar por una mujer! —comunicó el comentarista, pasando a verse abucheado por las mujeres y animado por los escandalosos silbidos de los hombres, que, como yo, estaban impacientes por saber qué ocurriría a continuación.

Volviéndome al fin hacia la mujer que me había atrapado tanto a mí como mi corazón, alcé irónicamente una ceja hacia ella. Y, deseando reducir la distancia que nos separaba, fui tirando de la cuerda que Olivia sujetaba entre las manos hasta acercarla a mí.

—Muy bien. Y, ahora que me has atrapado, ¿qué piensas hacer conmigo? —le susurré tentadoramente al oído.

—Atarte a mí y no dejar escapar jamás al hombre al que amo —declaró ella, pronunciando al fin las palabras que yo tanto había deseado oír

mientras perdonaba todos mis errores para quedarse conmigo.

En ese momento me di cuenta de que sus manos temblaban junto a las mías, pero, a pesar de ello, Olivia sujetaba con firmeza esa cuerda, quizá con miedo a que hubiera cambiado de opinión sobre mis sentimientos, por lo que decidí dejarle claro que éstos nunca cambiarían.

—No te hace falta esta cuerda, Olivia, ya me tenías atado a tu corazón desde la primera vez que te vi —contesté. Y, sin poder resistirme, eliminé la distancia entre nuestros labios y la besé de forma que no tuviera dudas de que la amaba.

Mientras la multitud nos aplaudía y silbaba escandalosamente, no pude evitar ofrecerles un último espectáculo a mis admiradores antes de abandonar el ruedo, y, cogiendo la cuerda que Olivia sostenía entre las manos, jugué con ella por encima de la cabeza, y, sin abandonar los labios de la mujer que amaba, la dejé caer sobre ambos, enlazándonos juntos en esa aventura que ahora ya no tenía duda de que era el amor.

—¡Señoras y señores, nuestro hombre ha caído y, admitámoslo, se ha resistido poco! Pero, con una mujer como ésa..., ¿quién opondría resistencia alguna? ¡Damos por ganadora de este encuentro, en la nueva categoría de «lizada de vaquero», a Olivia Lowell, que, según me comunican, es el nombre de esta mujer, esposa de nuestro orgulloso ranchero. ¡Así que pido un aplauso para la pareja mientras los sacamos del ruedo para seguir con la diversión! —dijo el comentarista a todos los espectadores, echándonos de allí cuando al fin consiguieron separarnos.

En el momento en que los guardias de seguridad nos condujeron fuera del ruedo, yo esperé recibir las miradas acusadoras de mis hermanos por haberles fallado. No obstante, me encontré con que me sonreían satisfechos mientras me aseguraban con sus burlas que ellos se encargarían de todo en esa ocasión.

—Ya sabía yo que no estabas preparado para volver a los rodeos —dijo Jayden, disponiéndose a tomar mi relevo en la prueba.

—La próxima vez apuntamos a Olivia: es penosa con el lazo, pero no se puede decir que no dé el espectáculo —bromeó Clay.

—No te preocupes por nada, nosotros estamos aquí. De un modo u otro, saldremos de ésta —anunció Will, poniendo su mano sobre mi hombro para mostrarme todo su apoyo al ver cómo Francesca se dirigía furiosa hacia nosotros.

Al contrario de lo que todos pensábamos, no vino a darnos un ultimátum o a amenazarnos de nuevo mientras intentaba sacar la máxima tajada posible, sino que, señalando rabiosamente a Gillian, nos gritó histérica:

—¿La queréis?! ¡Pues es toda vuestra! ¡No sé qué demonios le habéis enseñado, pero es una niña insoportable a la que ya no puedo aguantar más! ¡Desde hace varios días Gillian se ha pegado a mí para, según ella, «demostrarme lo que sería nuestra convivencia» y me ha estropeado una importante cita con un acaudalado empresario entrometiéndose en nuestra suntuosa cena mientras mostraba unos modales atroces! ¡Luego se ha gastado un dinero que no tenía en un montón de tiendas donde dejó mi nombre y mi teléfono para que me hiciera cargo de esos gastos! ¡No sé de quién ha aprendido ese comportamiento atroz, creyéndose que soy su banco particular, pero ya no puedo más! —se quejó Francesca, haciendo que todos los Walter alzáramos irónicamente nuestras cejas porque justamente así era como ella se comportaba con nosotros—. ¡Así que finalmente he decidido dejaros la custodia de Gillian a vosotros, para que os hagáis cargo de esta insoportable malcriada!

—No sé yo, ¿estás segura de que no te arrepentirás? —le pregunté a Francesca, animado por la burlona sonrisa que mi sobrina mostraba hacia su madre cuando ella no miraba, demostrándonos que en esta ocasión había sacado las agallas y había luchado por nosotros tanto como nosotros lo hacíamos por ella.

—¡Aquí tienes tus malditos papeles! —dijo Francesca furiosa, sabiendo que solamente me estaba burlando de ella mientras colocaba sobre mi pecho

los documentos por los que me transfería la guarda y custodia de Gillian, renunciando ella a todos sus derechos como progenitora legal, unos que yo no dudé en aceptar—. ¡Ahora es tu problema! —añadió. Y, mientras la siempre perfecta Francesca, cuyo aspecto se veía ahora un poco descuidado, desaparecía ante nosotros, todos y cada uno de los Walter nos volvimos hacia Olivia, sabiendo que esa treta solamente podía deberse a una más de sus descabelladas ideas.

—A mí no me miréis: yo no tengo nada que ver... —dijo ella tratando de esquivar nuestras miradas—. Bueno, tal vez un poco sí... —confesó finalmente, haciéndonos sonreír.

—Fue todo idea suya —apuntó mi sobrina, recuperando la sonrisa que, por unos instantes, había perdido al presenciar las duras palabras de su madre.

—¡Chivata! —contestó Olivia acusadoramente y en tono de broma, señalado a Gillian con un dedo. En ese momento supe que sus problemas, al igual que los míos, se solucionarían.

—Bueno, y ahora que no tenemos que subírnos a esos caballos, ¿lo hacemos? —preguntó mi hermano Jayden, dispuesto a medirse conmigo.

Pero, cuando estaba a punto de aceptar su reto, una decidida mujer se interpuso en mi camino.

—¡Oh, no! ¡No pienso permitir que subas a ese caballo!

—¿Y cómo piensas impedírmelo, preciosa? —declaré orgulloso, luciendo una burlona sonrisa que desapareció en cuanto ella se dirigió hacia mí moviendo sensualmente sus caderas.

Cuando Olivia llegó a mi lado, apoyó una mano en mi pecho y me susurró al oído otro tipo de cabalgada a la que, definitivamente, ningún hombre se resistiría. Y yo, decidido a poner a prueba nuestra resistencia, me la cargué al hombro y me encaminé hacia la salida.

Para mi desgracia, los chicos de seguridad nos cortaron el paso. Entonces yo me pregunté qué estaba ocurriendo, hasta que la voz de la

megafonía volvió a convertir nuestra reconciliación en todo un espectáculo.

—Me comunican que cuando termine este rodeo se celebrará una boda en el centro del ruedo, en la que volveremos a ser testigos de cómo Jacob Walter cae rendido ante una mujer. Los familiares de la novia buscan a un cura entre los presentes, y un tal Owen, que ha invadido mi cabina, me pide que le recuerde al novio que haga las cosas en condiciones en esta ocasión.

Sabiendo que no tenía escapatoria ante esa encerrona, y que tampoco quería huir de ella, bajé a Olivia de mi hombro. Arrodillándome ante ella, tomé su mano entre las mías y, sin ningún anillo ni ningún presente adecuado para tentarla con mi petición, le ofrecí lo único que tenía para darle, que no era otra cosa más que mi eterno amor.

—Olivia Lowell, necesito que te quedes a mi lado, que ilumines mis días con tu sonrisa, que me tientes con tus juegos, que me saques de mi monótona existencia con tus provocaciones, que me señales mis defectos y me ayudes a enfrentarlos recordándome que sólo soy un hombre. Y no quiero un tiempo limitado, sino toda nuestra vida, porque sólo a tu lado soy yo mismo después de haber encontrado mi otra mitad. ¿Querrías hacerme el hombre más feliz del mundo casándote conmigo?

Tras mis palabras, Olivia comenzó a llorar. Y, mientras yo me preguntaba en qué me había fallado para causarle tal reacción, ella asintió con la cabeza aceptando mi proposición. Y, asegurándome que sus lágrimas eran de felicidad, se arrojó a mis brazos.

Yo no dudé en abrazarla fuertemente entre ellos, disfrutando de ese momento, sabiendo que en esta ocasión, cuando los abriera, ella no se alejaría de mí porque era allí donde quería estar.

Cuando el comentarista hizo un nuevo anuncio interrumpiendo nuestro momento, Olivia comenzó a reírse a carcajadas ante mi asombro.

—Tenemos un anuncio que hacer: un hombre está buscando a un poni perdido. Al parecer, lo dejó al cuidado de su prima y se ha extraviado. Se

llama *Blanquita*, tiene manchas y tan sólo un año. Cualquiera que lo encuentre, póngase en contacto con Raymond Taylor. Su número es...

—¿Sabes? Le debo un poni a mi primo.

—¿Por qué? —pregunté extrañado con las bromas de esa alocada familia.

—Por una apuesta en la que lo reté a que encontrara al hombre adecuado para mí. Y finalmente te encontró a ti.

—No, no fue Raymond el que me encontró, sino nosotros mismos quienes nos hallamos el uno al otro en el lugar más inadecuado, por eso tardamos en ver que estábamos hechos el uno para el otro. Y, ahora que me he dado cuenta de ello, no pienso dejar marchar nunca a mi otra mitad —respondí colocando su mano sobre mi acelerado corazón—. Te amo, mi dama salvaje... —confesé usando el apelativo que le había dado aquella primera noche en que la vi de verdad y sólo quise acercarme a ella para conocerla mucho mejor. Y ahora que lo había logrado, definitivamente, no pensaba dejarla marchar.

—Te amo —contestó Olivia antes de besarme con pasión, sin miedo a mostrarme su lado dulce o su lado salvaje, porque había encontrado en mí a la persona que había visto todas sus facetas, incluso la de mujer enamorada que hasta entonces se había negado a representar y que en esos instantes interpretaba a la perfección únicamente entre los brazos del hombre que había aprendido a amarla todo de ella.

Epílogo

Tres meses después

Toda mi vida había cambiado desde que conocí al hombre que desbarató todo mi mundo, pero yo había necesitado de ese gran cambio para encontrar mi lugar. Las miradas prejuiciosas no me perseguían en ese rancho que se había convertido en mi hogar, donde todos sabían cuál era mi valor, y, aunque aún lo hicieran fuera de éste, yo sabía sobrellevarlas como siempre: a mi manera, algo que había hecho de nuevo esa misma mañana. Y antes de que fuera reprendida esa noche por mi gruñón marido, me escondí donde creí que él no me hallaría.

—Buenas noches —saludé a los chicos mientras me adentraba en los barracones. Y, pasando junto a ellos abrazada a mi almohada, me di cuenta de que la mayoría de ellos no pudieron contestarme porque se cubrían avergonzados por su escasa vestimenta o salían corriendo del lugar, seguramente para avisar a Jacob—. Chivatos... —me quejé entre susurros mientras seguía mi camino.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —preguntó Owen, reprendiéndome con la mirada cuando me subí a su litera—. ¿Has vuelto a discutir con tu marido? —quiso saber, preocupado.

—No, esta vez estoy aquí para esquivar una pelea —dije cubriéndome avergonzada con las sábanas cuando oí a Jacob gritando mi nombre.

—¡Olivia Walter, dime que lo que he oído en el pueblo no es cierto!

—¡No es cierto! —grité asomándome entre las sábanas para luego volver a esconder la cabeza de inmediato, algo que no me sirvió en cuanto Jacob llegó a mi lado y me las arrancó de las manos.

—Entonces ¿no has hecho que la directora del instituto de Gillian se coma tu diploma? —preguntó él alzando irónicamente las cejas, ya que me conocía demasiado bien.

—No, por supuesto que no hice que esa mujer se comiera mi diploma. ¿Cómo puedes pensar eso de mí, con lo que me ha costado ganarme mi título de veterinaria...? —repliqué, haciéndolo suspirar aliviado hasta que proseguí con mi explicación—: Sólo era una copia...

Ese tic nervioso que Jacob exhibía cuando lo desesperaba con alguna de mis trastadas comenzó a hacerse presente, así que, antes de que empezara a sermonearme, le expliqué rápidamente lo ocurrido.

—Cuando fui a hablar con la directora sobre Gillian y su plan de carrera, esa mujer, que al parecer también es otra de tus ex, se burló de mí cuando oyó que yo tenía la carrera de veterinaria e insinuó que estaba dispuesta a comerse mi diploma si era verdad. Como no quise decepcionarla, en la siguiente reunión me llevé una copia de mi título, e incluso lo aderecé con una estupenda salsa barbacoa para que pudiera tragarse mejor su derrota.

—¿Y tuviste que hacer tu numerito delante de todos los padres y alumnos de esa reunión?

—Bueno, ella me provocó, y yo últimamente estoy muy sensible.

—Por esa regla de tres, tú siempre estás sensible y... —comenzó Jacob con su sermón, declarando que debía comportarme adecuadamente, porque era una adulta responsable y blablablá. Aunque yo sabía muy bien que, a pesar de sus palabras, él me prefería tal y como era, lo que resultaba evidente por la sonrisa que intentaba ocultar en momentos como ése. Para acabar deprisa con su aburrido discurso y pasar a la parte divertida de las reconciliaciones, no dudé en interrumpirlo—. Jacob, ¿qué te apuestas a que te dejo sin habla?

—Olivia, en estos momentos estoy demasiado enfadado como para que tus trucos me distraigan...

—Jacob, estoy embarazada —dije, consiguiendo lo que me había propuesto: que ese rudo vaquero se quedara con la boca abierta en mitad de su sermón. Luego me bajó de la litera, y, cogiéndome entre sus brazos, me hizo dar una vuelta en el aire mientras celebrábamos la buena noticia.

Los hombres lo felicitaron entre risas y orgullosas palmadas en la espalda y, cuando estuvo lo suficientemente feliz, le di otra noticia que tal vez no fuera tan buena para él como la anterior.

—Mi familia no tardará en llegar.

Por unos momentos, Jacob arrugó su ceño, no muy contento con mi anuncio, sabiendo lo entrometidos que podían ser mis familiares. Y eso que aún no conocía a mi familia por completo, pero luego pareció pensarlo mejor y dejó escapar una ladina sonrisa mientras me decía:

—Tenemos que darle las gracias a Raymond por habernos presentado, y yo tengo la forma perfecta de hacerlo... —Y, por su forma de frotarse las manos, supe que estaba planeando alguna maliciosa locura en la que yo, sin duda, tendría que participar.

Whiterlande, bar de Zoe

Raymond había vuelto a casa. De nuevo se encontraba en Whiterlande, un pequeño pueblo que para algunos podía resultar un lugar aburrido, con sus monótonas casas blancas de estilo colonial, sus habituales cotillas y sus viejos negocios, que pasaban de padres a hijos. Pero para él y para su familia ese pueblo siempre sería un lugar muy interesante debido a la tradición de una vieja pizarra y sus innumerables apuestas.

Tras la barra del bar, Raymond colocó sobre uno de los estantes el premio que había ganado con su última apuesta, que deseaba que todos vieran. El poni que finalmente le había regalado su prima Olivia era una

cara figura de plata que mostraba a un caballo alzándose salvajemente sobre las dos patas traseras, un ostentoso regalo que él no habría dudado en rechazar de no ser porque formaba parte de un marco que contenía la fotografía de Olivia y su marido el día de su boda.

—Parecen felices —señaló uno de los habituales del bar.

—Lo son —confirmó Raymond, dejando salir una satisfecha sonrisa mientras borraba algo apenado la pizarra sin saber qué podría apuntar en ella a continuación—. Creo que se nos acaban las apuestas que poner en esta pizarra, señores —anunció a sus clientes.

Y, cuando se volvió, comprobó que todos y cada uno de ellos sonreían con satisfacción mientras tenían sus ojos puestos sobre él.

—¿Eh? ¡Oh, no, lo siento! Yo no soy un Lowell —les recordó Raymond.

—No, tú eres un Taylor, y por eso no dudo de que, más tarde o más temprano, aparecerás en esa pizarra —dijo Zoe, la vieja octogenaria con la que Raymond se había asociado desde los diecisiete años para llevar el bar. Y, tan atrevida como siempre, sus temblorosas manos anotaron el nombre de su socio en esa pizarra, tentando al destino para que le encontrara a Raymond una loca aventura como la que hallaban los miembros de su familia cada vez que se enamoraban.

—Yo no soy de los que se enamoran, Zoe —repuso Raymond, riéndose de esa locura.

—Eso es lo mismo que me dijeron tus tíos y tus padres poco antes de caer —anunció la anciana, haciendo que todos los clientes afirmaran con la cabeza mientras seguían fijando empecinadamente sus miradas sobre Raymond.

—¡Vamos! Soy un hombre sencillo al que nunca le ocurre nada interesante —declaró mintiendo descaradamente para intentar alejar a ese montón de casamenteras de él y de su pizarra. Una mentira que cayó por su propio peso cuando un mensajero entró por la puerta tirando de un poni.

—¡Perdón! ¿Está aquí un tal Raymond Taylor?

—¿Decías? —preguntó irónicamente Zoe, alzando una arrugada ceja hacia Raymond.

—Es él —dijo uno de los clientes mientras todos señalaban a Raymond, frotándose las manos por volver a poner algo en la pizarra.

—Buenas tardes, señor Taylor. El señor Jacob Walter le manda este poni desde Texas, y tengo un mensaje de su prima donde le recuerda que, aunque ella haya perdido una apuesta con usted, señala que no piensa perder la siguiente. Y a continuación asegura que usted no tardará en aparecer en una pizarra —dijo el mensajero, leyendo una nota que dejó descuidadamente entre sus manos, animando a todos los cotillas de ese aburrido pueblo a acercarse en busca de una nueva distracción mientras la vieja mano de la anciana comenzaba a anotar una nueva apuesta.

—¡Maldito vaquero! —murmuró Raymond mientras aceptaba su presente y despedía al mensajero. E, intentando volver a hacer entrar en razón a su clientela, se giró hacia Zoe, que aún se resistía a separarse de la pizarra—. ¡Vamos, bórrame de ahí! Tú sabes que aunque escribas mi nombre en la pizarra no vas a conseguir nada, ya que aún no he conocido a la mujer que pueda llevarme a la misma locura irracional por la que pasan todos mis familiares cuando se enamoran.

Los murmullos de los parroquianos del bar comenzaron a alzarse, concediéndole la razón a Raymond y a hacer dudar a Zoe sobre si seguir o no adelante con esa apuesta..., hasta que una furiosa chica desconocida entró en el local algo desaliñada y, tras señalarlo airadamente con su dedo, exclamó:

—¡Tú! ¡Al fin te encuentro!

Ante esas palabras, Raymond se limitó a sonreír con malicia a la chica, por lo que Zoe, animada ante esa nueva aventura, levantó de nuevo sus viejas manos hacia su querida pizarra y retó con la mirada al muchacho antes de gritar ante todos:

—¡Se aceptan apuestas!

Biografía



Silvia García siempre ha creído en el amor, por eso es una ávida lectora de novelas románticas a la que le gusta escribir sus propias historias llenas de humor y pasión.

En la actualidad vive con su amor de la adolescencia, quien la anima a seguir escribiendo, y compagina el trabajo con su afición por la escritura. Reside en Málaga, cerca de la costa. Le encanta pasear por la orilla del mar, idear nuevos personajes y fabular tramas para cada uno de ellos.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en: Facebook: <https://www.facebook.com/profile.php?id=100004625625675&fref=ts> y en Instagram: [@silvia_garciaruiz](#)

Una dama salvaje
Silvia García Ruiz

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© fotografía de la autora: archivo de la autora

© Silvia García Ruiz, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

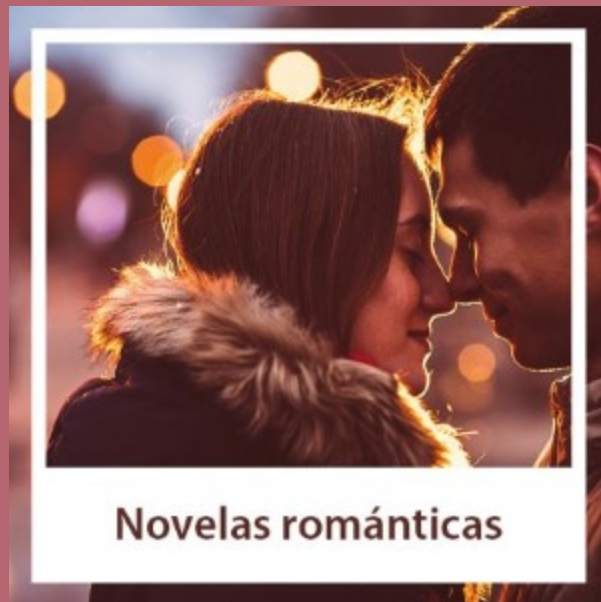
Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición (epub): noviembre de 2020

ISBN: 978-84-08-23546-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**



¡Síguenos en redes sociales!

